

# JAMES BOND

007<sup>5</sup>

## Doctor No



Ian Fleming

Lectulandia

El agente secreto James Bond viaja al Caribe para averiguar por qué un equipo entero de agentes secretos ha desaparecido. En una de las islas tropicales conoce a una hermosa joven nativa e intenta reunir pruebas para acusar por las desapariciones al Doctor No, un lunático de casi dos metros de altura poseedor de un secreto fantástico, una tendencia maníaca a la tortura y la pasión por matar.

Lectulandia

Ian Fleming

# Doctor No

James Bond: 007 /6

ePUB v1.0

000 01.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Doctor No*  
Ian Fleming, 1958.  
Traducción: Pedro González del Campo  
Ilustraciones: Jordi Ciuró  
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)  
ePub base v2.0

# Capítulo 1

## «Os oigo alto y claro»

A las seis, con puntualidad, el sol se puso tras los Montes Azules con un último resplandor amarillo; una sombra violeta se derramó por Richmond Road, y los grillos y ranas de San Antón comenzaron a chirriar y croar en los distinguidos jardines.

Aparte del ruido de fondo de los insectos, la ancha calle vacía estaba tranquila.

Los ricos propietarios de aquellas casas enormes y apartadas —directores de bancos, jefes de compañías y altos funcionarios— llevaban en casa desde las cinco en punto y estarían comentando el día con sus esposas o dándose una ducha y cambiándose de ropa. Dentro de media hora, la calle volvería a cobrar vida con el tráfico para el cóctel; sin embargo, en este kilómetro más elevado de la «Calle Próspera», como la llamaban los repartidores de Kingston, ahora sólo había la tensa espera de un escenario vacío y el intenso aroma del perfume vespertino de los jazmines.

Richmond Road es la «mejor» calle de toda Jamaica y en ella se encuentran el Park Avenue, los jardines del Kensington Palace y la *Avenue D'léna*. La «mejor» gente vive en estas grandes casas anticuadas, cada una en el marco de un acre o dos de césped demasiado bien cuidado y con los árboles y flores más delicados de los Jardines Botánicos de Hope. La calle, larga y recta, es agradable, tranquila, apartada del caluroso y vulgar desbarajuste de Kingston, donde sus residentes se ganan el jornal. Al otro lado del cruce, en su cumbre, se hallan los jardines de King's House, donde el gobernador y comandante en jefe de Jamaica vive con su familia. En Jamaica ninguna calle podría tener un final mejor.

En la esquina este de la parte alta del cruce se encuentra el N° 1 de Richmond Road, una casa sólida de dos pisos con un balcón corrido blanco en ambas plantas.

Desde la carretera, un sendero de grava conduce hasta la entrada de pilares pasando por amplios campos de césped marcados por pistas de tenis en los que esta tarde, como todas las tardes, los aspersores están funcionando. Esta mansión es la Meca social de Kingston. Es el Club de la Reina, que durante cincuenta años se ha jactado de su poder y de la frecuencia con que ha denegado la entrada de nuevos socios.

Tan empecinado conservadurismo no sobrevivirá mucho en la moderna Jamaica. Algún día romperán a pedradas las ventanas del Club de la Reina y tal vez lo reduzcan a cenizas, pero por ahora es un lugar valioso en una isla subtropical, bien dirigido, con una buena plantilla y la mejor cocina y bodega del Caribe.

A esa hora del día y casi todas las tardes del año se veían los mismos cuatro coches aparcados en la calle del club. Eran los coches de los jugadores de la selecta partida de bridge, los cuales se reunían con puntualidad a las cinco y jugaban hasta

cerca de la medianoche. Casi se podía poner el reloj en hora por estos coches. Perteneían, por el orden en que estaban aparcados contra el bordillo, al general de brigada de las Fuerzas de Defensa del Caribe, al principal abogado criminalista de la isla y al catedrático de matemáticas de la Universidad de Kingston. Al final de la calle se hallaba el Sunbeam Alpine negro del comandante John Strangways, de la Royal Navy (jubilado), oficial del Control Regional del Caribe o, menos discretamente, representante local del Servicio Secreto británico.

Justo antes de las seis y cuarto, el silencio de Richmond Road se vio interrumpido. Tres mendigos ciegos doblaron la esquina del cruce y se encaminaron lentamente por la acera hacia los cuatro coches. Eran rechinos —chinos negros—, hombres robustos, pero que se encorvaban al andar y arrastraban los pies, tanteando el bordillo con los bastones blancos. Caminaban en fila. El primer hombre, que llevaba gafas azules y presumiblemente veía mejor que los otros, caminaba delante y sostenía en la mano izquierda una taza de latón junto con el puño del bastón. La mano derecha del segundo hombre reposaba sobre el hombro del primero, y la mano derecha del tercero, sobre el hombro del segundo. Los ojos del segundo y del tercero estaban cerrados. Los tres hombres vestían harapos y sucias gorras de béisbol hechas de jipijapa con largas viseras. No decían nada ni hacían ningún ruido, excepto el tanteo de los bastones al caminar por la sombría acera en dirección a los coches.

Los tres ciegos no habrían desentonado en Kingston, donde se ven muchos enfermos por las calles, pero en esta pudiente calle desierta producían una desagradable impresión. Y resultaba extraño que todos fueran chinos negros. No es una mezcla de sangres corriente.

En la sala de juego, la mano tostada por el sol se extendió sobre el tapete verde de la mesa central y recogió las cuatro cartas, que hicieron un chasquido sordo al unirse al resto.

—Cien honores —dijo Strangways— y noventa abajo —Consultó su reloj y se levantó—. Vuelvo en veinte minutos. Tú repartes, Bill. Pedid bebidas; lo de siempre para mí. Y no juguéis una mano a mis espaldas mientras estoy fuera. Siempre os descubro.

Bill Templar, el general de brigada, soltó una risa corta. Tocó la campana que tenía a su lado y recogió los naipes diciéndole:

—Apresúrate, maldita sea. Siempre dejas que se enfríen las cartas cuando tu pareja va ganando.

Pero Strangways ya estaba saliendo por la puerta. Los tres hombres se recostaron en las sillas con resignación. El camarero de color acudió y pidieron bebidas para ellos y un whisky con agua para Strangways.

Se producía esta interrupción exasperante todas las tardes a las seis y cuarto, en torno a la mitad de la segunda tanda. En aquel momento exacto, aunque estuvieran en

mitad de una mano, Strangways tenía que ir a la «oficina» a «hacer una llamada». Era un incordio, pero Strangways formaba parte vital del cuarteto y había que aguantarse. Nunca explicó en qué consistía la «llamada» ni nadie se lo había preguntado. El trabajo de Strangways era «secreto», nada más. Pocas veces se ausentaba más de veinte minutos y se daba por supuesto que compensaba la ausencia con una ronda.

Llegaron las bebidas y los tres hombres se pusieron a hablar de las carreras.

De hecho, era el momento más importante de la jornada de Strangways, la hora del contacto obligado por radio con el poderoso transmisor sito en el tejado del edificio de Regent's Park, cuartel general del Servicio Secreto. Todos los días, a las seis y media hora local, a menos que hubiera dado aviso el día anterior de que no estaría en antena —por ejemplo, cuando tenía asuntos que tratar en una de las otras islas del territorio o sufría una enfermedad grave—, transmitía su informe diario y recibía órdenes. Si no conectaba exactamente a las seis y media, habría una segunda llamada a las siete y media. Si el transmisor seguía en silencio, se consideraba una emergencia y la Sección III, la autoridad controladora en Londres, se apresuraba a averiguar lo que había ocurrido.

Las llamadas «azules» suponen un baldón en el expediente de los agentes a menos que sus «justificaciones por escrito» sean incontestables. Los horarios de la radio de Londres en todo el mundo eran terriblemente estrictos y una mínima interrupción en el programa por una llamada adicional suponía un peligroso inconveniente. Strangways nunca había sufrido la ignominia de tener que hacer una llamada «azul», y menos una «roja», y estaba seguro de que nunca tendría que hacerla. Todas las tardes, justo a las seis y cuarto, salía del Club de la Reina, cogía el coche y conducía durante diez minutos por las estribaciones de los Montes Azules hasta su atildado bungalow con esa vista fabulosa del puerto de Kingston. A las seis y veinticinco cruzaba el recibidor de la oficina trasera. Abría con llave la puerta y la cerraba otra vez después de entrar. La señorita Trueblood, que pasaba por ser su secretaria y en realidad era la N<sup>o</sup> 2 y antigua oficial jefe del servicio femenino de la Royal Navy, ya estaría sentada frente al instrumental estableciendo el primer contacto, telegrafando la señal de llamada, WXB, en los 14 megaciclos. Tendría un bloc de taquigrafía sobre las elegantes rodillas.

Strangways se dejaría caer en la silla junto a ella, cogería el otro par de auriculares y, exactamente a las seis y veintiocho, tomaría el mando y esperaría a oír el repentino vacío en el aire que significaba que la WWW de Londres iba a contestar.

Era una rutina férrea. Strangways era un hombre de rutinas férreas. Por desgracia, la exactitud en los hábitos puede ser mortal cuando la conoce el enemigo.

Strangways, un hombre alto y delgado con un parche negro sobre el ojo derecho y un rostro aguileño que uno asociaría con el puente de un destructor, atravesó con rapidez el recibidor panelado del Club de la Reina, abrió las puertas con mosquitera y

bajó los tres escalones.

Como no tenía muchas preocupaciones, experimentó el placer sensual del aire fresco de la tarde y el recuerdo del lance que le habían proporcionado las tres picas. Por supuesto, estaba ese caso en el que estaba trabajando, un asunto raro y complicado que M le había confiado restándole importancia hacía ya dos semanas. Pero la cosa iba bien. Una pista inesperada en la comunidad china había dado buenos resultados. Habían salido a la luz unas circunstancias extrañas —por el momento simples sospechas, nada concreto—, pero si cuajaban, pensó Strangways mientras avanzaba a trancos por el sendero de grava hacia Richmond Road, tal vez se viera envuelto en algo realmente raro.

Strangways se encogió de hombros. Por supuesto, no sería así. Lo fantasioso nunca se materializaba en este tipo de trabajo. Tendría una solución aburrida, enrevesada por las imaginaciones calenturientas y la histeria habitual de los chinos.

Automáticamente, otra parte de la mente de Strangways se percató de los tres ciegos. Avanzaban hacia él tanteando con lentitud la acera. Estaban a unos veinte metros y calculó que pasarían junto a él un segundo o dos antes de que llegara al coche. Avergonzado por su buena salud y en agradecimiento por ella, Strangways buscó una moneda en el bolsillo. Pasó la uña del pulgar por el canto para asegurarse de que era un florín y no un penique, y lo sacó. Estaba a la altura de los mendigos. ¡Qué raro, todos eran chinos negros! ¡Muy raro! Strangways alargó la mano y la moneda resonó en la taza de latón.

—Bendito sea, señor —dijo el primero de ellos—. Bendito sea —vocearon los otros dos.

Strangways tenía la llave del coche en la mano. Vagamente percibió el instante de silencio al cesar el tanteo de los bastones blancos. Era demasiado tarde.

Cuando Strangways adelantó al último hombre, los tres se dieron la vuelta con rapidez. Los dos últimos se abrieron en abanico para tener el campo de tiro despejado. Tres revólveres, desproporcionados por los silenciadores en forma de salchicha, volaron fuera de las fundas ocultas entre los harapos. Con precisión disciplinada, los tres hombres apuntaron a distintos puntos de la columna vertebral de Strangways: uno entre los hombros, otro en la región lumbar y otro en la pelvis.

Los tres zumbidos se oyeron casi al unísono. El cuerpo de Strangways se desplomó hacia adelante como si le hubieran dado una patada. Quedó completamente quieto sobre la acera, envuelto en una nube de polvo.

Eran las seis y diecisiete minutos. Con un chirrido de neumáticos, un deslucido coche funerario, con sus plumas negras flotando en las cuatro esquinas del techo, giró en el cruce de Richmond Road y aceleró hacia el grupo de la acera. Los tres hombres sólo habían tenido tiempo de levantar el cuerpo de Strangways cuando el coche funerario se detuvo a su altura. Las dos puertas traseras estaban abiertas lo mismo que



el sencillo ataúd del interior. Los tres hombres metieron a pulso el cuerpo en el vehículo y luego en el ataúd. Entraron dentro del coche. Taparon el féretro y cerraron las puertas. Los tres negros se sentaron en tres de los cuatro asientos dispuestos junto a las esquinas del ataúd y apresuradamente dejaron los bastones blancos en el suelo. De los respaldos de los asientos colgaban unos amplios abrigos de alpaca negra. Se pusieron los abrigos sobre los harapos. Luego se quitaron las gorras de béisbol y, recogiendo del suelo unos sombreros de copa negros, se los calaron.

El conductor, que también era un chino negro, los miró con nerviosismo por encima del hombro.

—¡Venga, hombre, venga! —dijo el más corpulento de los asesinos. Echó un vistazo a la esfera luminosa del reloj. Eran las seis y veinte. Justo en tres minutos.

A la hora exacta.

El coche fúnebre dio una decorosa vuelta de ciento ochenta grados y avanzó a una velocidad moderada hacia el cruce. Allí giró a la derecha y, a cuarenta kilómetros por hora, recorrió sosegadamente la carretera de asfalto hacia las colinas, con las plumas negras anunciando el duelo de su carga y los tres acompañantes sentados muy erguidos con los brazos cruzados respetuosamente sobre el pecho.

—WXN llamando a WWW... WXN llamando a WWW... WXN... WXN...  
WXN...

El dedo corazón de la mano derecha de Mary Trueblood pulsaba con suavidad y elegancia el manipulador. Levantó la muñeca izquierda. Las seis y veintiocho. Un minuto de retraso. Mary Trueblood sonrió al imaginarse el Sunbeam descapotable a toda velocidad por la carretera. Dentro de un segundo, oiría sus pasos apresurados, la llave en la cerradura y se sentaría junto a ella. Le dedicaría una sonrisa de disculpa mientras cogía los auriculares. «Lo siento, Mary, el maldito coche no arrancaba» o «tú crees que la condenada policía no conocía mi número y me pararon en Halfway Tree». Mary Trueblood levantó el segundo par de auriculares del gancho y los puso sobre la silla para ahorrarle medio segundo.

—... WXN llamando a WWW... WXN llamando a WWW...

Movió el dial el grosor de un cabello y volvió a intentarlo. El reloj marcaba las seis y veintinueve. Empezó a preocuparse. En cuestión de segundos, Londres empezaría a transmitir. De repente pensó: Dios, ¿qué pasaría si Strangways no llegara a tiempo? Era inútil contactar con Londres y pretender que ella era él, inútil y peligroso, porque Seguridad estaría monitorizando la llamada como monitorizaba todas las llamadas de los agentes. Aquellos aparatos, que registraban las peculiaridades mínimas de la «escritura» del operador, detectarían en seguida que Strangways no pulsaba el manipulador. Mary Trueblood había visto la selva de esferas en la silenciosa habitación del último piso del cuartel general, y había sido testigo de que las manecillas registraban el peso de los pulsos, la velocidad de cada

grupo de códigos, el tropiezo en una letra en particular. El controlador se lo había explicado cuando se enroló para la estación del Caribe hacía cinco años. Sonaría una chicharra y el contacto se interrumpiría automáticamente si el operador en antena no fuera el debido. Era un sistema de protección básico para los casos en que un transmisor del Servicio Secreto caía en manos enemigas. Y, si el agente había sido capturado y lo forzaban a contactar con Londres bajo tortura, sólo tenía que cambiar ciertas peculiaridades de su «escritura» habitual para transmitir la historia de su detención con la misma claridad que si lo hubiera anunciado abiertamente.

¡Ahí estaban! Oyó el vacío indicador de que Londres iba a transmitir. Mary Trueblood echó un vistazo al reloj. Las seis y media. ¡Horror! Pero... ¡Por fin! Oyó pasos en el recibidor. ¡Gracias a Dios! En un segundo entraría. ¡Debía cubrirlo! A la desesperada, decidió arriesgarse a mantener el circuito abierto.

—... WXN llamando a WWW... WXN llamando a WWW... ¿Me oyen?... ¿Me oyen?... —La transmisión de Londres era clara, a la búsqueda de la estación de Jamaica.

Los pasos llegaron hasta la puerta.

Tranquila y confiada, volvió a telegrafiar: «Os oigo alto y claro... os oigo alto y claro... Os oigo...»

Tras ella hubo una explosión. Algo le dio en el tobillo. Bajó la vista. Era la cerradura de la puerta.

Mary Trueblood se giró bruscamente en la silla. Había un hombre en el umbral que no era Strangways. Era un negro corpulento de piel amarilla y ojos rasgados.

Empuñaba una pistola rematada por un grueso cilindro negro.

Mary Trueblood abrió la boca y gritó.

El hombre esbozó una amplia sonrisa. Levantó la pistola lenta y amorosamente, y le disparó tres veces en el pecho izquierdo y a su alrededor.

La chica se desplomó por el costado de la silla. Los auriculares resbalaron hasta el suelo por su cabello dorado. Durante un segundo quizá, el piar casi inaudible de Londres se dejó oír en la habitación. Luego paró. La chicharra del despacho del controlador de Seguridad había detectado que algo iba mal en WXN.

El asesino salió por la puerta. Volvió llevando una caja con una etiqueta de colores en la que ponía FUEGO RÁPIDO, y un gran saco de azúcar con el nombre TATE & LYLE. Dejó la caja en el suelo, fue hasta el cuerpo y metió sin miramientos el saco por la cabeza hasta los tobillos. Como los pies sobresalían, los dobló y metió a presión en el saco. Arrastró el voluminoso saco hasta el recibidor y volvió. La caja fuerte estaba abierta en una esquina de la habitación, tal como le habían dicho que estaría, y el libro de códigos descansaba sobre el escritorio, listo para descifrar las transmisiones de Londres. El hombre arrojó estos y otros papeles al suelo en el centro de la habitación. Arrancó las cortinas y las añadió al montón, que culminó con un par

de sillas. Abrió la caja de astillas para encender fuego, cogió un puñado, las echó al montón y las encendió. Salió al recibidor y encendió hogueras similares en sitios apropiados. El mobiliario reseco prendió con rapidez y las llamas comenzaron a lamer los paneles. El hombre fue hasta la puerta de la casa y la abrió. A través del seto de hibisco vio un destello del coche fúnebre. No se oía más ruido que los chirridos de las cigarras y el motor al ralentí del furgón.

No había otro signo de vida calle abajo o calle arriba. Las puertas traseras del coche fúnebre estaban abiertas. Les pasó el saco a los hombres y observó como lo metían en el ataúd encima del cuerpo de Strangways. Luego subió dentro, cerró las puertas, se sentó y se caló el sombrero de copa.

Cuando las primeras llamas asomaron por las ventanas del bungalow, el coche fúnebre ya se apartaba lentamente de la acera en dirección a la presa de Mona.

Allí, el pesado ataúd se sumergiría en su tumba a cincuenta brazas de profundidad y, en sólo cuarenta y cinco minutos, el personal y los documentos de la estación del Caribe del Servicio Secreto habrían quedado completamente destruidos.

## Capítulo 2

### Elección de armas

Tres semanas más tarde, en Londres, marzo llegó anunciándose como una serpiente de cascabel.

Con las primeras luces del día uno del mes, el granizo y la aguanieve, impulsados por un viento de fuerza ocho, azotaron la ciudad y azotaron a la gente que desfilaba hacia el trabajo penosamente y sin interrupción, con las piernas flageladas por los faldones de los chubasqueros y las caras enrojecidas por el frío.

Era un día horrible y todo el mundo lo decía, hasta M, que raramente admitía la existencia del mal tiempo incluso durante sus manifestaciones más extremas.

Cuando el viejo Rolls-Royce Silver Wraith negro con matrícula ordinaria se detuvo junto al elevado edificio de Regent's Park y M subió entumecido a la acera, el granizo le golpeó la cara como una descarga de perdigones. En vez de apresurarse a entrar en el edificio, dio la vuelta deliberadamente al coche hasta la ventanilla del chófer.

—Smith, no volveré a necesitar el coche hoy. Lléveselo y váyase a casa. Esta tarde cogeré el metro. No hace tiempo para conducir un coche; es peor que uno de aquellos convoyes de la provincia de Quebec.

El ex-fogonero jefe Smith sonrió francamente agradecido:

—Sí, señor. Y gracias.

Vio la erguida y vetusta figura dar la vuelta al capó del Rolls, cruzar la acera y meterse en el edificio. Nunca cambiaría aquel veterano. Siempre cuidaría por encima de todo de sus hombres. Smith puso la mano en el cambio de marchas, metió la primera y comenzó a rodar tratando de ver algo a través del parabrisas sobre el que diluviaba. Ya no había hombres como él.

M subió en el ascensor hasta el octavo piso y recorrió el pasillo de tupida moqueta hasta su oficina. Cerró la puerta tras él, se quitó el abrigo y la bufanda, y los colgó detrás de la puerta. Sacó un pañolón y se limpió el rostro con brusquedad. Era raro, pero no habría hecho esto delante de los porteros o del ascensorista. Fue hasta la mesa y se sentó delante del intercomunicador. Pulsó un botón:

—Estoy dentro, señorita Moneypenny. Las transmisiones, por favor, y todo lo que tenga. Luego póngame con Sir James Molony. Ahora estará haciendo la ronda en el hospital de Saint Mary. Dígale al jefe de personal que veré a 007 dentro de media hora. Y pásame el expediente de Strangways.

M esperó a oír la respuesta metálica «Sí, señor» y soltó el botón. Se recostó en el asiento, cogió la pipa y comenzó a cebarla pensativamente. No levantó la mirada cuando la secretaria entró con la pila de papeles e incluso ignoró la media docena de expedientes con la señal Muy Urgente en la parte superior. Si hubieran sido vitales, le

habrían pedido que acudiese durante la noche.

Una luz amarilla parpadeó en el intercomunicador. M cogió el teléfono negro de los cuatro que tenía.

—Gracias. ¿Sir James? ¿Tiene cinco minutos?

—Seis para usted —Al otro lado de la línea el famoso neurólogo se rió entre dientes—. ¿Quiere que certifique la locura de alguno de los ministros de Su Majestad?

—Hoy no —M frunció el ceño irritado. El viejo marino de la Armada nunca había cuestionado a ningún gobierno—. Se trata de uno de mis hombres que ha estado en sus manos. No mencionaremos el nombre, porque ésta es una línea abierta. Creo que usted le dio de alta ayer. ¿Está listo para volver al servicio?

Hubo un silencio en el otro extremo de la línea. La voz era ahora profesional y prudente:

—Físicamente está fuerte como un roble. La pierna está completamente curada y no debería haber efectos secundarios. Sí, está bien. —Hubo otra pausa—. Sólo una cosa, M. Como ya sabe, ha soportado una gran tensión. Somete a esos hombres a pruebas muy duras.

»¿No podría darle algo fácil para empezar? Por lo que usted me ha dicho, lo ha pasado muy mal los últimos años.

—Para eso le pagan —dijo M con brusquedad—. Pronto se verá si no está a la altura del trabajo. No será el primero en derrumbarse. Por lo que usted dice, está en muy buena forma y no parece que haya sufrido heridas como alguno de los pacientes que le he enviado y que resultaron mutilados.

—No hay duda si lo mira desde ese punto de vista, pero el dolor es algo extraño. Sabemos muy poco sobre él. No se puede medir la diferencia entre el sufrimiento de una mujer de parto y el de un hombre con un cólico renal. Gracias a Dios, el cuerpo parece olvidar el dolor con bastante rapidez. Pero este hombre suyo ha sufrido *mucho*, M. No crea que porque no tuviera nada roto...

—Bueno, bueno —Bond había cometido un error y había pagado por ello. En cualquier caso, a M no le gustaba recibir lecciones aunque fuese de uno de los médicos más famosos del mundo, ni que le aconsejaran cómo actuar con sus agentes. Había apreciado un tono crítico en la voz de Sir James Molony. M dijo con brusquedad—: ¿Conoce a un hombre llamado Steincrohn, doctor Peter Steincrohn?

—No, ¿quién es?

—Un médico norteamericano. Ha escrito un libro que los agentes de Washington han enviado a nuestra biblioteca. Este hombre habla del sufrimiento soportable por el cuerpo humano y da una lista de partes del cuerpo sin las que un hombre normal puede vivir. De hecho, la he copiado para que sirva de referencia en el futuro. ¿Le interesa oírla? —M rebuscó en el bolsillo del abrigo y depositó varias cartas y trozos

de papel sobre la mesa ante sus ojos. Con la mano izquierda escogió un trozo de papel y lo desdobló. No le molestaba el silencio al otro extremo de la línea—. ¡Hola!, ¿Sir James? Bueno, escuche: Vesícula biliar, bazo, amígdalas, apéndice, uno de los dos riñones, uno de los dos pulmones, dos cuartas o quintas partes de la sangre, dos quintas partes del hígado, la mayor parte del estómago, un metro veinte de los siete metros de intestino y la mitad del cerebro —M hizo un alto. Como el silencio se prolongaba al otro extremo, dijo—: ¿Algún comentario, Sir James?

Se oyó un gruñido entre dientes al otro lado del teléfono:

—Me pregunto por qué no añadió un brazo, una pierna o ambos a la vez. No sé lo que trata de demostrar.

M soltó una risa cortante.

—No trato de demostrar nada, Sir James. Me pareció una lista interesante. Lo que intento decirle es que mi hombre parece haber salido muy bien librado si lo comparamos con este tipo de mutilaciones —M cedió un poco y dijo con voz más conciliadora—: Pero no discutamos por eso. De hecho, tenía en mente darle un respiro.

»Algo ha pasado en Jamaica —M echó un vistazo a las ventanas azotadas por la lluvia—. Será más una cura que otra cosa. Dos agentes, un hombre y una chica, se han fugado juntos o así lo parece. Nuestro amigo pasará una temporada de agente investigador tostándose al sol. ¿Qué le parece?

—A pedir de boca. En un día como éste no me importaría aceptar ese trabajo.

—Sin embargo, Sir James Molony estaba dispuesto a recalcar su mensaje—. No piense que deseo interferir, M, pero el coraje humano tiene sus límites. Ya sé que debe tratar a esos hombres como si fueran prescindibles, pero presumiblemente usted no quiere que se derrumben en el momento menos propicio. Este hombre al que he curado es duro; yo diría que podrá sacar mucho más partido de él, pero ya sabe lo que Moran dice del valor en su libro.

—No me lo recuerde.

—Dice que el valor es una suma de capitales que se ve reducida por el gasto.

Estoy de acuerdo con él. Lo que trato de decir es que este hombre en concreto parece haberlo pasado muy mal desde antes de la guerra. No diría que está en números rojos, aún no, pero existen ciertos límites.

—Precisamente —M decidió que ya estaba bien. Hoy en día la gente era demasiado blanda—. Por esa razón lo envió a Jamaica a pasar unas vacaciones. No se preocupe, Sir James. Cuidaré de él. Por cierto, ¿descubrió qué fue lo que aquella mujer rusa le dio?

—Obtuve la respuesta ayer —Sir James también agradeció que hubiera cambiado de tema. Aquel anciano era tan desapacible como el tiempo. ¿Había alguna posibilidad de que su mensaje hubiera penetrado en lo que él describía como cráneo

granítico de M?—. Nos ha costado tres meses, y fue un brillante colega de la Escuela de Medicina Tropical quien dio con ello. Es un veneno llamado *fugu* que los japoneses emplean para suicidarse. Se obtiene de los órganos sexuales del pez globo japonés. Puede estar seguro de que los rusos siempre emplearán algo de lo que nunca hayamos oído hablar. También podrían haber usado curare. Tiene casi el mismo efecto: parálisis del sistema nervioso central. El nombre científico del *fugu* es tetrodotoxina. Es un veneno terrible y muy rápido.

»Una inyección como la que recibió su hombre y en cuestión de segundos los músculos motores y respiratorios se paralizan. Primeramente, el tipo ve doble; luego es incapaz de mantener los ojos abiertos. Después ni siquiera puede tragar saliva, hasta que el cuello deja de sostenerle la cabeza y no logra levantarla. Al final muere de parálisis respiratoria.

—Suerte tuvo de salir bien librado.

—Fue un milagro. Gracias al francés que estaba con él. Lo tumbó en el suelo y le hizo la respiración artificial como si fuera un ahogado. De algún modo consiguió que los pulmones siguieran funcionando hasta que llegó el médico. Por suerte, como el médico había trabajado en América del Sur, diagnosticó envenenamiento con curare y le aplicó un tratamiento acorde. Pero era una posibilidad entre un millón. Por cierto, ¿qué le pasó a la mujer rusa?

—Oh, murió —dijo M por todo comentario—. Bien, muchas gracias, Sir James. Y no se preocupe por su paciente, cuidaré de que pase una temporada tranquila.

»Adiós.

M colgó el teléfono. Su rostro era impertérrito y frío. Abrió el documento de las transmisiones y lo hojeó rápidamente. En algunas de las transmisiones garabateó comentarios. De vez en cuando hacía una llamada telefónica breve a una de las Secciones. Cuando acabó, metió el montón de papeles en la cesta de *salida*, y cogió la pipa y el frasco del tabaco hecho con la cápsula de un obús de catorce libras. Nada quedaba frente a él excepto un cartapacio de ante marcado con la estrella roja de Alto Secreto. En el centro del cartapacio estaba escrito en mayúsculas: ESTACIÓN DEL CARIBE y, debajo, en cursiva: *Strangways y Trueblood*.

Una luz parpadeó en el intercomunicador. M pulsó hacia abajo el botón.

—¿Sí?

—007 está aquí, señor.

—Hágalo pasar. Y dígame al armero que se presente dentro de cinco minutos.

M se recostó en el asiento. Se llevó la pipa a la boca y arrimó una cerilla. A través del humo observó la puerta de la oficina de la secretaria. Sus ojos estaban muy brillantes, expectantes.

James Bond entró por la puerta y la cerró tras él. Avanzó hasta la silla frente al despacho de M y se sentó.

—Buenos días, 007.

—Buenos días, señor.

Reinó el silencio en la habitación, exceptuando el tiro de la pipa de M. Parecía estar costándole muchas cerillas el encenderla. Al fondo, las uñas de la aguanieve tabaleaban sobre las dos amplias ventanas.

Era exactamente como Bond lo recordó durante los meses en que fue de hospital en hospital, durante las semanas de penosa convalecencia y durante el período de recuperación. Para él, esto suponía volver a la vida. Sentarse en esta habitación frente a M era el símbolo de la normalidad que tanto había deseado.

Miró los astutos ojos grises de M, que lo observaban a través de la nube de humo.

¿Qué se avecinaba? ¿Una autopsia del desastre de su último caso? ¿Una relegación tajante a una de las secciones internas, donde pasaría un período de trabajo en un despacho? ¿O una nueva y espléndida misión que M había pospuesto a la espera de que Bond se reincorporara al servicio?

M lanzó la caja de cerillas sobre la mesa de cuero rojo. Se recostó en el asiento y enlazó los dedos detrás de la cabeza.

—¿Cómo se siente? ¿Contento de estar de vuelta?

—Muy contento, señor. Y me siento bien.

—¿Alguna reflexión final sobre su último caso? No le he molestado hasta que estuviera bien. Ya sabe que ordené una investigación. Creo que el jefe de personal reunió algunas pruebas en su contra. ¿Algo que añadir?

La voz de M era impasible, fría. A Bond no le gustó. Algo desagradable se avecinaba. Dijo:

—No, señor. Fue un fallo. Fue culpa mía que esa mujer me ganara la partida. No tenía que haber ocurrido.

M desenlazó los dedos detrás de la nuca y lentamente se inclinó hacia delante, dejando las manos extendidas sobre la mesa. Sus ojos eran duros:

—Precisamente —La voz era aterciopelada, peligrosa—. Si no recuerdo mal, su pistola se encasquilló. Su Beretta y el silenciador. Algo falla en ella, 007. No puedo permitirme este tipo de fallos si ha de llevar los números 00. ¿Preferiría perderlos y volver a los trabajos normales?

Bond se puso en tensión. Miró con resentimiento a M. La licencia para matar del Servicio Secreto, el doble prefijo 00, era un gran honor que le había costado mucho ganar. Le procuraba a Bond las únicas misiones con las que disfrutaba, las más peligrosas.

—No, no me gustaría, señor.

—Entonces tendremos que cambiar de armamento. Esa fue una de las conclusiones de la comisión de investigación. Y yo coincido con ellos, ¿me comprende?



Bond dijo con obstinación:

—Estoy acostumbrado a esa pistola, señor. Me gusta trabajar con ella. Lo que ocurrió podría pasarle a cualquiera y con cualquier tipo de arma.

—No estoy de acuerdo ni tampoco lo está la comisión de investigación. Y eso es definitivo. La única duda es qué arma empleará en su lugar —M se incorporó y pulsó el intercomunicador—: ¿Ha llegado el armero? Hágale pasar.

M se volvió a recostar en el asiento.

—Tal vez no lo sepa, 007, pero el mayor Boothroyd es el mejor experto en armas cortas del mundo. No estaría aquí si no lo fuera. Oiremos lo que tenga que decir.

La puerta se abrió. Entró un hombre bajo y delgado con el pelo rubio rojizo, avanzó hasta la mesa y se quedó de pie junto a la silla de Bond. Bond alzó la vista y lo miró a la cara. No había visto a aquel hombre muchas veces, pero recordaba los ojos de color gris claro muy separados y que parecían no parpadear nunca.

Echó un vistazo evasivo a Bond, y se quedó mirando a M en actitud relajada. Le dijo:

—Buenos días, señor —La voz era monótona, impasible.

—Buenos días, armero. Deseo hacerle varias preguntas —La voz de M era informal—. Primero de todo, dígame qué piensa de la Beretta .25.

—Es una pistola para damas, señor.

M arqueó las cejas mirando irónicamente a Bond, que sonrió sin alegría.

—¿En serio? ¿Y por qué lo dice?

—No tiene potencia de detención, señor. Pero es de fácil manejo. Su aspecto también es un poco fantasioso, si sabe a lo que me refiero, y atrae a las damas.

—¿Qué resultado da con un silenciador?

—Aun menos potencia de detención, señor. Y no me gustan los silenciadores. Son pesados y se enganchan en la ropa cuando se tiene prisa. No le recomendaría a nadie que probara una combinación como ésta, señor. No si estuviera en el negocio.

M dijo a Bond complacido:

—¿Algo que comentar, 007?

Bond se encogió de hombros.

—No estoy de acuerdo. He utilizado la Beretta .25 durante quince años. Nunca se encasquilló y nunca he fallado con ella hasta el momento. No es un mal porcentaje para una pistola. Estoy acostumbrado a ella y puedo apuntar sin mirar.

»He usado pistolas más grandes cuando he tenido que hacerlo, por ejemplo el Colt del 45, de cañón largo; pero para trabajar en distancias cortas y para ocultarla, prefiero la Beretta —Bond hizo una pausa. Sintió que tenía que ceder en algo—. Estoy de acuerdo en lo del silenciador. Son un engorro, pero a veces no queda más remedio que usarlos.

—Ya hemos visto lo que sucede cuando los usa —dijo M secamente—. Y

respecto a lo del cambio de pistola, sólo es cuestión de práctica. Pronto le cogerá el pulso a la nueva —M permitió que su voz mostrara una pizca de comprensión—. Lo siento, 007, pero lo he decidido. Póngase de pie un momento; quiero que el armero estudie su constitución.

Bond se levantó y miró de frente al otro hombre. No había calor en los dos pares de ojos. Los de Bond expresaban irritación. Los del mayor Boothroyd se mostraban indiferentes y clínicos. Dio una vuelta en torno a Bond. Le dijo: «Permítame» y palpó los bíceps y antebrazos de Bond. Volvió a ponerse delante de él y dijo:

—¿Me permite ver su arma?

La mano de Bond se introdujo con lentitud en la chaqueta. Le pasó la Beretta con el cañón recortado. Boothroyd examinó el arma y la sopesó en la mano. La dejó sobre la mesa.

—¿Y la pistolera?

Bond se quitó la chaqueta, la pistolera de piel de gamuza y el arnés. Volvió a ponerse la chaqueta.

Tras echar un vistazo a los bordes de la pistolera, quizá para ver si mostraban algún enganchón, Boothroyd la puso junto a la pistola con un gesto de desprecio.

Miró a M.

—Creo que podemos mejorarlo, señor.

Era la misma voz que había puesto el primer sastre de lujo de Bond.

Bond se sentó. Se obligó a dejar de mirar maleducadamente al techo y, en vez de ello, se quedó mirando impasible a M.

—Bien, armero, ¿qué recomienda?

El mayor Boothroyd expuso su opinión con voz de experto:

—De hecho, señor —dijo con modestia—, acabo de probar la mayor parte de las pistolas automáticas cortas. Quinientos cartuchos con cada una a veinticinco metros. Entre todas he elegido la Walther PPK de 7,65 mm. Quedó en cuarto lugar tras la M-14 japonesa, la Tokarev soviética y la Sauer M-38; pero me gusta la ligereza del gatillo, y la capacidad del peine le proporciona un control que debería irle bien a 007. Es una pistola con verdadera potencia de detención. Por supuesto, es un calibre 32 frente a la Beretta .25, pero no le recomendaría nada más ligero. Se consigue munición para la Walther en cualquier parte del mundo, lo cual le da ventaja sobre las pistolas japonesas y soviéticas.

M se volvió hacia Bond:

—¿Algo que comentar?

—Es una buena pistola, señor —admitió Bond—, más voluminosa que la Beretta. ¿Cómo sugiere el armero que la lleve?

—En una pistolera Berns Martin —dijo sucintamente el mayor Boothroyd—. La mejor forma de llevarla es dentro de la cinturilla del pantalón y a la izquierda, pero

también queda bien ubicada bajo el hombro. La pistolera es de cuero de silla de montar rígido y sujeta la pistola con un muelle, lo cual ayuda a sacarla con más rapidez que ésta —hizo un gesto hacia la mesa—. No está mal un tercio de segundo para matar a un hombre a sesenta centímetros.

—Queda decidido entonces —la voz de M era tajante—. ¿Y qué tal algo más grande?

—Sólo hay una pistola para ese cometido, señor —dijo el mayor Boothroyd, inmutable—. Un Smith & Wesson Centennial Airweight. Un revólver del calibre 38, sin martillo para no engancharse con la ropa. Longitud general de diecisiete centímetros y un peso de sólo ciento tres gramos. Para que el peso no aumente, el tambor carga únicamente cinco cartuchos. Pero cuando se han disparado —el mayor Boothroyd se permitió esbozar una sonrisa invernal—, alguien ya ha muerto.

»Dispara cartuchos S & W Special del calibre 38, muy precisos. Con una carga normal, la velocidad del cañón es de doscientos sesenta y dos metros por segundo, y la potencia, de treinta y seis kilogramos por metro. Hay varias longitudes de cañón: de ochenta y nueve milímetros, de ciento veintisiete milímetros...

—Está bien, vale —la voz de M mostraba irritación—. No me queda la menor duda. Si usted dice que es la mejor, le creo. Así, pues, nos quedamos la Walther y el Smith & Wesson. Tráigale una de cada a 007 y el arnés. Y disponga lo necesario para que empiece a practicar desde hoy mismo. Tiene que ser un experto en una semana. ¿De acuerdo? Muchas gracias, armero. No lo retendré más.

—Gracias, señor —dijo el mayor Boothroyd. Se dio la vuelta y salió con aire marcial y muy tieso fuera de la habitación.

Hubo un momento de silencio. La aguanieve chocaba contra las ventanas. M giró la silla y contempló los cristales mojados.

Bond aprovechó la oportunidad para mirar el reloj. Las diez en punto. Sus ojos se deslizaron hacia la pistola y la funda sobre la mesa. Pensó en los quince años de matrimonio con aquel feo trozo de metal. Recordó las veces en que una sola palabra suya le había salvado la vida, y las veces en las que su sola amenaza había bastado. Pensó en los días en que se había vestido literalmente para matar, cuando desmontaba la pistola, la engrasaba y cargaba las balas cuidadosamente en el peine con sistema de muelle y lo probaba una o dos veces, haciendo caer los cartuchos sobre la cama del dormitorio de algún hotel del mundo. Finalmente, tras la última limpieza con un paño seco, enfundaba la pistola y, tras una pausa delante del espejo para ver que nada sobresaliese, salía por la puerta a una cita que iba a terminar con la oscuridad o la luz. ¿Cuántas veces le había salvado la vida? ¿Cuántas sentencias de muerte había firmado? Bond se sentía irrazonablemente triste. ¿Cómo podía haber establecido tales vínculos con un objeto inanimado y tan feo, y, había que admitirlo, con una pistola que no era de la misma categoría que las elegidas por el armero? Pero los vínculos

existían y M iba a cortarlos.

M volvió a girar la silla hacia él.

—Lo siento. James —dijo M sin compasión en la voz—. Sé que le gusta ese trozo de hierro. Pero me temo que le llegó su hora. Nunca le dé a un arma una segunda oportunidad, ni una más que a un hombre. No me puedo permitir jugar con la sección del doble cero. Deben estar convenientemente equipados, ¿lo comprende? En su trabajo, una pistola es más importante que una mano o un pie.

Bond sonrió sin convicción.

—Lo sé, señor, y no se lo discutiré. Simplemente siento decirle adiós.

—Está bien. No diré nada más al respecto. Ahora tengo noticias para usted.

Hay un trabajo en Jamaica. Un problema personal, o así lo parece. Una investigación e informe rutinarios. El sol le sentará bien y podrá practicar con las nuevas pistolas disparando contra las tortugas o contra cualquier cosa que tengan allí. Usted necesita unas pequeñas vacaciones. ¿Quiere aceptarlo?

Bond pensó: «Me da esto por culpa de mi último trabajo. Piensa que le he defraudado, y como no se fía hasta el punto de confiarme algo importante, quiere ponerme a prueba. ¡Bien!». Y dijo:

—Me suena a vida regalada, señor. Ya he tenido mucho de eso últimamente. Pero si hay que hacerlo... Y si usted lo dice, señor...

—Sí —dijo M—. Yo lo digo.

## Capítulo 3

### Una misión de descanso

Oscurecía. En el exterior, el tiempo era borrascoso. M se alzó un poco y encendió la lámpara de tulipa verde del despacho. Sobre el centro de la habitación se vertió un chorro de luz amarilla cálida que hizo que la parte superior de la mesa brillara como la sangre.

M empujó sobre la mesa el grueso expediente hacia Bond, quien reparó por primera vez en él. Leyó las letras invertidas sin dificultad. ¿En qué se había metido Strangways? ¿Quién era Trueblood?

M apretó un botón en la mesa:

—Haré que venga el jefe de personal —dijo—. Conozco el meollo del caso, pero él podrá ponerle la carnadura. Mucho me temo que sea una historia un tanto gris.

El jefe de personal entró. Era coronel de zapadores y aparentaba más o menos la edad de Bond, pero tenía el cabello prematuramente encanecido en las sienes por el interminable trajín del trabajo y las responsabilidades. Se salvaba de las crisis nerviosas gracias a su constitución física y al sentido del humor. Era el mejor amigo de Bond en el cuartel general. Se sonrieron el uno al otro.

—Acérquese una silla, coronel. He asignado a 007 el caso de Strangways.

Tendrá que aclarar el embrollo antes de que asignemos nuevos cargos para Jamaica. 007 actuará de jefe de la estación mientras tanto. Quiero que parta dentro de una semana. ¿Dispondrá usted todo con el oficial de las Colonias y el gobernador? Bien. Ahora estudiemos el caso —Se volvió hacia Bond—. 007, creo que usted conoce a Strangways y que trabajó con él en el asunto del tesoro hará unos cinco años. ¿Qué opina de él?

—Un buen hombre, señor, pero un poco pasado de rosca. Suponía que ya le habrían relevado. Cinco años son mucho tiempo en el trópico.

M hizo caso omiso del comentario.

—Y su número dos, esa chica llamada Trueblood. ¿Alguna vez se encontró con ella?

—No, señor.

—Veo que tiene un buen historial. Oficial jefe del servicio femenino de la Royal Navy. Nada en su contra en el informe confidencial. Una chica bonita a juzgar por las fotografías. Eso probablemente lo explique todo. ¿Diría usted que Strangways era en cierto modo un donjuán?

—Podría haberlo sido —dijo Bond con precaución, sin querer decir nada en contra de Strangways, aunque recordando su atractivo y distinción—. Pero, ¿qué les ha pasado, señor?

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo M—. Han desaparecido, se los ha

tragado la tierra. Se fueron la misma tarde hará unas tres semanas. Dejaron el bungalow de Strangways reducido a cenizas junto con la radio, los libros de códigos y los archivos. No quedaron más que unos cuantos papeles chamuscados. La chica dejó sus cosas intactas. Debió de irse sólo con lo que llevaba puesto. Hasta dejó el pasaporte en su habitación, aunque sería fácil para Strangways falsificar dos pasaportes. Tenía muchos formularios, pues era el oficial del control de pasaportes de la isla. Son muchos los aviones que pudieron haber cogido hacia Florida, América del Sur o alguna de las otras islas del área. La policía sigue revisando las listas de pasajeros. Nada se ha descubierto hasta el momento, pero podrían haberse quedado en tierra un día o dos y luego esfumarse. La chica se teñiría el pelo y ese tipo de cosas. La seguridad del aeropuerto no es muy buena en esa parte del mundo. ¿No es cierto, coronel?

—Sí, señor —El tono de voz del jefe de personal era dubitativo—. Pero sigo sin entender el último contacto por radio —Se volvió hacia Bond—. Comenzaron a establecer el contacto rutinario a las dieciocho treinta, hora de Jamaica. Alguien, Seguridad cree que fue la chica, sintonizó con WWW y desapareció de antena.

Tratamos de recuperar el contacto, pero sin duda había algo sospechoso y lo interrumpimos. No hubo respuesta a la llamada azul ni a la roja. Al día siguiente la Sección III envió a 258 a Jamaica desde Washington. Por aquel entonces la policía ya se había hecho cargo del caso y el gobernador había decidido echarle tierra al asunto. Todo era muy evidente. Strangways había tenido problemas con chicas de tanto en tanto, y no lo culpo. Es una estación tranquila, sin muchas cosas en las que ocupar el tiempo. El gobernador sacó conclusiones obvias. Y, por supuesto, lo mismo hizo la policía local. El sexo y las peleas con machete son lo único que comprenden. 258 pasó una semana allí y no consiguió reunir ninguna prueba de lo contrario. Mandó un informe de acuerdo con esto y lo enviamos de vuelta a Washington. Desde entonces la policía ha estado figoneando sin sacar nada en claro ni llegar a ninguna conclusión \2El jefe de personal hizo una pausa. Miró a M disculpándose—. Señor, sé que usted se inclina a dar la razón al gobernador, pero aquel contacto por radio sigue dándome mala espina. Continúo sin ver dónde encaja en la historia de la fuga de la pareja. Los amigos que Strangways tenía en el club dicen que su comportamiento era normal. Se fue en mitad de una partida de bridge, como siempre hacía cuando se acercaba la hora. Dijo que volvería al cabo de veinte minutos. Pidió una ronda para todos, justo como siempre hacía, y se fue del club exactamente a las seis y cuarto, de acuerdo una vez más con el horario. Entonces se esfumó en el aire. Hasta dejó el coche en el club. ¿Por qué habría de dejar al resto del cuarteto de bridge esperándolo si quería fugarse con la chica? ¿Por qué no irse por la mañana, o mejor aún, a última hora de la noche, después de haber hecho la llamada por radio y haber dejado todo arreglado? Sencillamente, no me cuadra.

M gruñó en tono evasivo:

—Las personas... esto... enamoradas hacen cosas estúpidas —dijo con brusquedad— y actúan a veces como lunáticos. En cualquier caso, ¿qué otra explicación hay? Ningún trazo de juego sucio y ningún móvil que nadie haya descubierto. Aquélla es una estación tranquila. La misma rutina todos los meses.

Algún comunista de vez en cuando que trata de entrar en la isla desde Cuba, o ladrones ingleses que creen poder ocultarse sólo porque Jamaica está lejos de Londres. No creo que Strangways haya tenido un caso importante desde que 007

estuvo allí —Se dio la vuelta hacia Bond—. ¿Qué opina de lo que ha oído, 007? No queda mucho más que contar.

Bond fue categórico:

—No me imagino a Strangways perdiendo la cabeza hasta ese punto, señor.

Me atrevería a asegurar que estaba liado con la chica, aunque jamás hubiera pensado que era el tipo de hombre que mezcla los negocios con el placer. El Servicio Secreto era su vida. Nunca hubiera desertado de ese modo. Me lo imagino renunciando al cargo, y a la chica haciendo lo mismo, para luego irse con ella una vez que usted hubiera enviado el relevo. Pero no creo que estuviera en sus planes dejarnos a dos velas de este modo. Y por lo que usted cuenta de la chica, diría lo mismo de ella. Las oficiales jefe del servicio femenino de la Royal Navy no pierden el juicio así como así.

—Gracias, 007 —M estaba controlando el tono de su voz—. También me han pasado por la cabeza estas consideraciones. Nadie ha llegado a conclusiones precipitadas sin haber sopesado antes todas las posibilidades. Tal vez usted sugiera alguna solución.

M se arrellanó en la silla y esperó. Cogió la pipa y comenzó a cebarla. El caso le aburría. No le gustaban los problemas de personal, y menos un embrollo como éste. Existían muchos otros problemas esperando a ser resueltos en todo el mundo. Sólo con el fin de dar a Bond algo parecido a una misión, junto con un buen descanso, había decidido mandarle a Jamaica a que cerrara el caso. Se llevó la pipa a la boca y cogió las cerillas.

—¿Y bien?

Bond no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Strangways le caía bien y estaba impresionado por los hechos que el jefe de personal había enumerado.

Dijo:

—Bien, señor. Por ejemplo, ¿cuál era el último caso en el que estaba trabajando Strangways? ¿Mandó algún informe o hay algo que la Sección 111 le pidiera que investigase? ¿Alguna cosa en los últimos meses?

—Nada —M fue categórico. Se sacó la pipa de la boca y apuntó con ella al jefe de personal—. ¿No es así?

—Así es, señor —dijo el jefe de personal—. Sólo el maldito caso de los pájaros.

—Ah, ése —dijo M con desprecio—. Una bobada del zoo o algo parecido. La Oficina Colonial consiguió que lo aceptáramos. Fue hace unas seis semanas, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Pero no fue el zoo. Fue una asociación norteamericana llamada Audubon Society. Protegen de la extinción a especies de aves o algo parecido. Se pusieron en contacto con nuestro embajador en Washington, y el Ministerio de Asuntos Exteriores le echó el muerto a la Oficina Colonial, la cual, a su vez, nos endilgó el caso. Parece ser que esos ornitólogos son muy poderosos en Estados Unidos. Incluso lograron desviar el curso de las bombas atómicas de la Costa Este, porque interferían con la nidificación de unas aves.

M resopló:

—Aquel maldito asunto de Whooping Crane. Lo leí en los periódicos.

Bond persistió:

—¿Podría contármelo, señor? ¿Qué quería que hiciéramos la Audubon Society?

M agitó la pipa en el aire con impaciencia. Cogió el expediente de Strangways y lo dejó con un movimiento brusco delante del jefe de personal.

—Cuénteselo, coronel —dijo con hastío—. Está todo ahí.

El jefe de personal cogió el expediente y lo hojeó por el final. Halló lo que quería y dobló el expediente por la mitad. Reinó el silencio en la habitación mientras pasaba los ojos por tres páginas mecanografiadas que Bond vio encabezadas por el código blanquiazul de la Oficina Colonial. Bond permaneció callado, tratando de enajenarse de la impaciencia concentrada de M, que irradiaba por la mesa.

El jefe de personal cerró el expediente de golpe y dijo:

—Bien, ésta es la historia tal y como se la enviamos a Strangways el día veinte de enero. Él acusó recibo, pero luego no volvimos a tener noticias tuyas —El jefe de personal se recostó en la silla y miró a Bond—. Parece ser que hay un ave llamada espátula rosada. Hay una fotografía en color aquí dentro. Su aspecto es el de una cigüeña rosa con un pico plano y feo que emplea para buscar comida en el fango. No hace muchos años, estos pájaros se estaban extinguiendo. Justo antes de la guerra sólo había unos pocos cientos en el mundo, la mayoría en Florida y en su entorno. Entonces alguien informó de la presencia de una colonia en una isla llamada Cayo Cangrejo entre Jamaica y Cuba. Forma parte del territorio británico, una isla de explotación de guano en posesión de Jamaica, pero cuya calidad era demasiado baja como para seguir amortizando el coste de la explotación. Cuando descubrieron los pájaros llevaba deshabitada unos cincuenta años. Cierta personal de esta Sociedad fue allí y terminó arrendando una parte de la isla con el fin de convertirla en una reserva para las espátulas rosadas. Pusieron dos guardas al cargo y persuadieron a las líneas aéreas para que dejaran de volar sobre la isla y no molestaran a las aves. Las aves se



reprodujeron y en el último recuento había unas cinco mil en la isla. Entonces estalló la guerra, el precio del guano subió y un tipo listo tuvo la brillante idea de comprar la isla y comenzar otra vez a explotarla.

Negoció con el gobierno de Jamaica y compró la isla por diez mil libras, con la condición de no molestar a la reserva. Esto fue en 1943. Este hombre importó mucha mano de obra barata y pronto estuvo obteniendo beneficios que han continuado hasta hace poco. Luego el precio del guano se hundió y se piensa que debe haberlo pasado mal para llegar a fin de mes.

—¿Quién es ese hombre?

—Un chino, o mejor dicho medio chino medio alemán. Tiene un nombre estrafalario. Se llama a sí mismo Doctor No, Doctor Julius No.

—¿No? ¿Lo contrario de Sí?

—Efectivamente.

—¿Algún dato sobre él?

—Nada, excepto que es muy reservado. No se le ha visto desde que hizo aquel trato con el gobierno jamaicano. Y no existe tráfico alguno con la isla. Es suya y la mantiene apartada. Dice que no quiere que la gente moleste a los pájaros guanay que le proporcionan el guano, lo cual parece razonable. Pues bien, nada ocurrió hasta antes de las Navidades, cuando uno de los guardas de Audubon, un nativo de las islas Barbados y en apariencia un tipo sólido, llegó a las costas del norte de Jamaica en una canoa. Estaba muy malherido, con quemaduras terribles, y murió al cabo de unos pocos días. Antes de morir contó una historia extraña, según la cual su campamento había sido atacado por un dragón que escupía llamas por la boca. Según él, este dragón había matado a su compañero, quemado el campamento y atravesado la reserva de pájaros emitiendo gruñidos, vomitando fuego entre las aves y haciéndolas huir hacia Dios sabe dónde. Había sufrido quemaduras muy graves, pero escapó hacia la costa, robó una canoa y navegó toda la noche hasta Jamaica. El pobre tipo estaba, no cabe duda, mal de la azotea.

Y eso es todo, excepto que hubo que enviar un informe rutinario a la Audubon Society, con el cual no quedaron satisfechos. Enviaron a dos de sus jefazos en un avión Beechcraft desde Miami para investigar. Hay una pista de aterrizaje en la isla. Ese chino tiene un bimotor anfibia Grumman para traer provisiones...

M lanzó una interjección llena de amargura:

—Toda esa gente parece tener grandes sumas de dinero para malgastarlas en los malditos pájaros.

Bond y el jefe de personal intercambiaron una sonrisa. M había intentado durante años conseguir que el Tesoro le diera un Auster para la estación del Caribe.

El jefe de personal continuó:

—El Beechcraft se estrelló al aterrizar y los dos hombres de Audubon murieron.

Esto despertó la furia de los ornitólogos. Consiguieron que una corbeta del Escuadrón de Instrucción de los Estados Unidos en el Caribe le hiciera una visita al Doctor No. Así de poderosa es esa gente. Parece ser que tienen mucha influencia en Washington. El capitán de la corbeta informó de que había sido recibido muy civilizadamente por el Doctor No, pero que lo había mantenido alejado de la explotación de guano. Le llevaron a la pista de aterrizaje y examinó los restos del avión. Todo hecho pedazos, pero nada sospechoso, tal vez aterrizara demasiado rápido. Los cuerpos de los dos hombres y el piloto habían sido embalsamados respetuosamente y metidos en hermosos ataúdes que fueron entregados con grandes ceremonias. El capitán estaba muy impresionado por la cortesía del Doctor No. Le pidió ver el campamento de los guardas, al cual lo condujeron y mostraron los restos. La teoría del Doctor No es que los dos hombres se habían vuelto locos por culpa del calor y la soledad, o que en cualquier caso uno de ellos había enloquecido e incendiado el campamento con el otro dentro. Al capitán le pareció factible al ver aquella marisma dejada de la mano de Dios en la que los dos hombres estuvieron viviendo diez años o más.

Nada más quedaba por ver, y se le condujo educadamente de vuelta al barco, tras lo cual se hizo a la mar —El jefe de personal abrió las manos—. Y eso es todo, si exceptuamos que el capitán informó de que sólo había visto un puñado de espátulas rosadas. Cuando el informe llegó a la Audubon Society, en apariencia fue la pérdida de los pájaros lo que más enfureció a sus miembros, y desde entonces han estado importunándonos para que se abra una investigación de todo el asunto. Por supuesto, nadie en la Oficina Colonial o en Jamaica está interesado. Así que al final, todo el asunto nos lo han endosado a nosotros —El jefe de personal se encogió de hombros a modo de conclusión—. Y así es como todo este papeleo —señaló el expediente—, o por lo menos sus restos, llegaron a Strangways.

M miró malhumorado a Bond:

—¿Ve lo que quiero decir, 007? Nada más que quimeras que las señoras ancianas de esas sociedades están siempre imaginándose. La gente empieza a proteger algo, iglesias, casas antiguas, cuadros en mal estado, pájaros, y siempre se termina armando algún escándalo. El problema es que esta gente se acalora por sus malditos pájaros o por lo que sea, y consiguen que los políticos se vean involucrados. Y no sé cómo, todos parecen estar forrados de dinero. Que me aspen si sé de dónde lo sacan. De otras ancianas, supongo.

Entonces llegan a un punto en que alguien tiene que hacer algo para mantenerlos tranquilos. Como en este caso. Desviaron el asunto hasta llegar a mis manos, porque la isla es territorio británico; y, sin embargo, es propiedad privada. Nadie quiere interferir oficialmente. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Enviar un submarino a la isla? ¿Y para qué? Para averiguar lo que le ocurrió a un grupo de cigüeñas rosas —M lanzó un bufido—. Bueno, usted preguntó sobre el último caso de Strangways y eso

es todo —M se incorporó en actitud belicosa—. ¿Alguna pregunta? Me espera un largo día.

Bond sonrió. No podía evitarlo. Los ocasionales estallidos de rabia de M eran espléndidos. Y nada le enfurecía tanto como cualquier intento por malgastar el tiempo, las energías y los escasos fondos del Servicio Secreto. Bond se puso de pie.

—Quizá si me dejara el expediente —dijo aplacándolo—. Simplemente me llama la atención que cuatro personas murieran hasta cierto punto relacionadas con esos pájaros. Quizá dos más muriesen: Strangways y la chica Trueblood.

Admito que parece ridículo, pero no tenemos nada más a lo que agarrarnos.

—Cójalo, cójalo —dijo M con impaciencia—. Apresúrese y termine con sus vacaciones. Tal vez no se haya dado cuenta, pero el resto del mundo está un tanto embarullado.

Bond se estiró y cogió el expediente. También hizo ademán de coger la Beretta y la pistolera.

—No —dijo M con firmeza—. Déjela. Y preocúpese de tomarles el pulso a las otras dos pistolas para cuando vuelva a verle.

Bond miró directamente a los ojos de M. Por primera vez en su vida odió a aquel hombre. Sabía perfectamente por qué M estaba siendo duro y mezquino con él. Era un castigo diferido por casi haber resultado muerto en su último trabajo; se le asignaba con la excusa de alejarlo de aquel tiempo horrible para disfrutar del sol. M no soportaba que sus hombres lo pasaran bien. De todas formas, Bond estaba seguro de que lo mandaba a ese chollo de misión con el fin de humillarlo. Era un malnacido.

La sangre le hervía de rabia y dijo:

—Me aseguraré de ello, señor.

Se volvió y salió de la habitación.

## Capítulo 4

### El comité de recepción

Las sesenta y ocho toneladas del Super Constellation sobrevolaron a gran altura el damero verde y pardo de Cuba y, a sólo otras cien millas de su destino, emprendió el lento vuelo de descenso hacia Jamaica.

Bond contempló cómo la isla, semejante a una gran tortuga verde, crecía en el horizonte y el agua cambiaba del azul oscuro del mar de las Antillas al azul celeste y lácteo de los bancos cercanos a la costa. Luego sobrevolaron la Costa Norte, sobre la erupción de hoteles millonarios, y cruzaron las altas montañas del interior. Los diminutos dados de las pequeñas haciendas aparecieron esparcidos sobre las colinas y en los claros de la selva, y el sol poniente tiñó de oro las lombrices brillantes de ríos y arroyos. «Jaimaca» la llamaban los indios arahuacos, «Tierra de Colinas y Ríos». El corazón de Bond se animó con la belleza de una de las islas más fértiles del mundo.

El otro lado de las montañas estaba sumido en una sombra violeta. Las luces titilaban en las estribaciones y llenaban de lentejuelas las calles de Kingston; sin embargo, al fondo, el lejano brazo del puerto y el aeródromo seguían iluminados por el sol, contra el cual el faro de Port Royal parpadeaba inútilmente. Ahora el avión inclinaba el morro para trazar una amplia curva más allá del puerto. Se sintió un golpe sordo cuando el tren de aterrizaje triciclo se abrió bajo el avión y se puso en movimiento. Se oyó un quejido hidráulico agudo cuando los aerofrenos externos sobresalieron del borde posterior de las alas. Lentamente, el gran aparato viró de nuevo hacia tierra y por un instante el sol poniente escanció oro líquido en la cabina. Luego, la nave se hundió por debajo del nivel de los Montes Azules y voló a ras de suelo hacia la única pista de aterrizaje, que se orientaba de norte a sur. Vio por un instante una carretera y unos cables de teléfono, luego el asfalto, marcado por las cicatrices negras de los patinazos, bajo el vientre del avión y la doble sacudida de un perfecto aterrizaje, así como el rugido de las hélices dando marcha atrás, mientras la nave rodaba por la pista hacia los blancos edificios bajos del aeropuerto.

Los dedos pringosos del trópico rozaron la cara de Bond cuando salió del avión y caminó hacia el control de Salud e Inmigración. Sabía que para cuando hubiera pasado la aduana estaría sudando. No le importaba. Después del frío áspero de Londres, aquel calor denso y aterciopelado era fácilmente soportable.

El pasaporte de Bond lo describía como un comerciante de importación y exportación.

—¿De qué compañía, señor?

—Universal Export.

—¿Es una visita de negocio o de placer, señor?

—De placer.

—Espero que disfrute de la estancia, señor —El oficial negro de inmigración devolvió a Bond el pasaporte con indiferencia.

—Gracias.

Bond entró en la aduana. Al instante vio al hombre alto y de piel morena contra la barrera. Llevaba la misma vieja camisa azul descolorida y probablemente los mismos pantalones caqui de tela cruzada que había llevado cuando Bond lo conoció por primera vez hacía cinco años.

—¡Quarrel!

Desde el otro lado de la barrera, aquel habitante de las islas Caimán sonrió abiertamente. Levantó el antebrazo derecho a la altura de los ojos, según el viejo saludo de las Indias Occidentales.

—¿Cómo está, capitán? —contestó encantado.

—Bien —dijo Bond—. Espera a que pase la bolsa.

—Sí, capitán.

El oficial de la aduana, quien, como la mayoría de los hombres del puerto, conocía a Quarrel, marcó con tiza la bolsa de Bond sin abrirla; Bond la recogió y pasó al otro lado de la barrera. Quarrel cogió la bolsa y le tendió la mano derecha.

Bond estrechó aquella garra callosa de calor seco y miró aquellos ojos gris oscuro, prueba de que descendía de un soldado de Cromwell o de un pirata de los tiempos de Morgan.

—No has cambiado, Quarrel —le dijo afectuosamente—. ¿Cómo va la pesca de la tortuga?

—No mu mal, capitán, y no mu bien. Como siempre —Estudió a Bond con mirada crítica—. Ha estao enfermo, ¿no?

Bond se sorprendió.

—Sí, así ha sido. Pero llevo bien varias semanas. ¿Qué te ha hecho pensarlo?

Quarrel estaba avergonzado:

—Lo siento, capitán —le dijo, creyendo haberlo ofendido—. Se l'han marcao alguna' arruga' de doló en la cara desde la última ves.

—¡Ah, vaya! —dijo Bond—. No fue grave, pero podría mejorar con un período de entrenamiento. No estoy tan en forma como debiera.

—Bien, capitán.

Se aproximaban a la salida cuando oyeron el áspero chasquido de una cámara de la prensa y el resplandor de un flash. Una atractiva china vestida a la jamaicana bajó la Speed Graphic y se acercó a ellos. Dijo con un encanto sintético:

—Gracias, caballeros. Soy del *Daily Gleaner* —echó un vistazo a la lista que llevaba en la mano—. Señor Bond, ¿no es así? ¿Cuánto tiempo estará con nosotros, señor Bond?

Bond estaba desconcertado. No era un buen comienzo.

—Estoy de paso —dijo brevemente—. Creo que encontrará gente mucho más interesante en el avión.

—Oh no, seguro que no, señor Bond. Usted parece muy importante. ¿Y en qué hotel se alojará?

«Maldición», pensó Bond. Y dijo:

—En el Myrtle Bank —y reanudó la marcha.

—Gracias, señor Bond —dijo la voz cantarina—. Espero que disfrute...

Ya habían salido fuera. Mientras caminaban hacia el aparcamiento, Bond dijo:

—¿Alguna vez habías visto a esa chica en el aeropuerto?

Quarrel reflexionó.

—Creo que no, capitán, pero el *Gleaner* tiene mucha' fotógrafa'.

Bond estaba vagamente preocupado. No había una razón concreta por la que su fotografía fuera de valor para la prensa. Habían pasado cinco años desde sus últimas aventuras en la isla, y, de todas formas, su nombre se había mantenido fuera de los periódicos.

Llegaron al coche. Era un Sunbeam Alpine negro. Bond lo miró enfadado y reparó en el número de matrícula. Era el coche de Strangways.

—¿Qué demonios es esto? ¿De dónde lo has sacado, Quarrel?

—El edecán me dijo que lo cogiera, capitán. Dise que era el único libre que tenían. ¿Po qué, capitán? ¿No e' bueno?

—Está bien, Quarrel —dijo Bond resignado—. Vamos, en marcha.

Bond se sentó en el asiento del pasajero. Era todo culpa suya. Debería haber adivinado las muchas posibilidades de que le dieran ese coche. Pero no había duda de que le iría señalando allá donde fuera y revelaría lo que estaba haciendo en Jamaica a cualquiera que estuviese interesado.

Descendieron por la carretera bordeada de grandes cactus en dirección a las lejanas luces de Kingston. En circunstancias normales, Bond se habría arrellanado en el asiento a disfrutar de aquella belleza, del chirrido monótono de las cigarras, del embate del aire cálido y perfumado, del techo de estrellas, del collar de luces amarillas que brillaba a lo largo del puerto; sin embargo, se maldecía por el descuido, sabedor de que no debiera haberlo cometido.

Lo que había hecho era enviar una transmisión a través de la Oficina Colonial al gobernador. En ella pedía que el edecán buscara a Quarrel en las islas Caimán y que lo contratara por un período indefinido con un salario de diez libras a la semana. Quarrel había estado con Bond durante su última aventura en Jamaica.

Era un tipo inestimable, con todas las buenas cualidades de un marino de las islas Caimán, así como un pasaporte para los estratos inferiores de la población negra que, de otro modo, estarían cerrados para Bond. Todo el mundo lo quería y era un compañero espléndido. Bond sabía que Quarrel era vital si esperaba llegar a alguna

parte en el caso de Strangways, tanto si era realmente un caso como si se trataba de un escándalo. Bond había pedido una habitación individual con ducha en el hotel Blue Hills, el alquiler de un coche y que Quarrel lo esperase con el coche en el aeropuerto. La mayor parte de esta solicitud había sido un error. Bond debería haber cogido un taxi hasta el hotel y haber contactado con Quarrel más tarde. Entonces habría visto el coche teniendo la posibilidad de cambiarlo.

En este momento, reflexionó Bond. nada importaría que hubiera anunciado su visita y el propósito de ésta al *Gleaner*. Suspiró. Los errores que se cometen al iniciar un caso eran los peores. Eran errores irremediables, errores que hacen empezar con el pie izquierdo, y que confieren ventaja al enemigo. Pero, ¿había un enemigo? ¿No estaría siendo demasiado cauto? Por un impulso, Bond se volvió en el asiento. A unos cien metros se veían dos luces de posición. La mayoría de los jamaicanos conducen con las luces largas. Bond se volvió de nuevo y dijo:

—Quarrel. Al final de las Palizadas, donde se bifurca la carretera hacia Kingston por la izquierda y hacia Morant por la derecha, quiero que tomes rápidamente la carretera de Morant, pares el coche y apagues las luces. ¿Vale? Y ahora, pisa a fondo.

—D'acuerdo, capitán.

Quarrel parecía complacido. Pisó el acelerador hasta tocar el suelo. El coche dio un profundo bramido y bajó a toda velocidad por la carretera blanca.

Llegaron al final de una recta. El coche derrapó en la curva donde el extremo del puerto entraba en la tierra. Quinientos metros más y llegarían al cruce. Bond miró hacia atrás. No se veía rastro del otro coche. Ahí estaba el poste indicador.

Quarrel giró bruscamente y el coche viró a toda velocidad agarrándose a la curva.

Echó el coche a un lado y apagó las luces. Bond se volvió y esperó. En seguida oyó el rugido de un coche grande a toda velocidad. Las luces resplandecieron, en su busca. El coche pasó lanzado hacia Kingston. Bond tuvo tiempo de fijarse en que era un coche norteamericano tipo taxi y que sólo estaba ocupado por el conductor. Después desapareció.

El polvo se posó lentamente. Permanecieron allí diez minutos sin decir nada.

Entonces Bond dijo a Quarrel que diera la vuelta y tomara la carretera de Kingston.

—Creo que ese coche estaba interesado en nosotros, Quarrel. No se vuelve con el taxi vacío desde el aeropuerto. Es un trayecto caro. Manténte alerta. Tal vez descubra que lo hemos despistado y nos esté esperando.

—Bien, capitán —dijo Quarrel encantado. Ese era el tipo de vida que había esperado cuando recibió el mensaje de Bond.

Se metieron de lleno en el tráfico de Kingston: autobuses, coches, carros tirados por caballos, burros con alforjas que venían de las colinas, carritos empujados por hombres que vendían bebidas de colores chillones. Entre tanto gentío era imposible

decir si los seguían. Giraron hacia la izquierda en dirección a las colinas. Había muchos coches detrás de ellos. Cualquiera podría ser el taxi norteamericano. Subieron durante un cuarto de hora por Halfway Tree y luego por Junction Road, la carretera principal que cruzaba la isla. Pronto vieron un cartel de neón con una palmera verde y, debajo, "*Blue Hills. THE hotel*". Entraron con el coche por el camino pulcramente bordeado de arbustos y buganvillas.

A unos cien metros más arriba, en la carretera, el chófer del taxi negro hizo una señal con la mano a los otros conductores para que le adelantaran y paró. Dio una vuelta de ciento ochenta grados aprovechando un claro en el tráfico y volvió a descender colina abajo hacia Kingston.

El Blue Hills era un hotel viejo aunque confortable y con decoración moderna.

Bond fue recibido con deferencia, porque su reserva la habían solicitado desde King's House. Le hicieron pasar a una habitación en la esquina del edificio, con un balcón que caía sobre el lejano abanico formado por el puerto de Kingston. Agradecido, se quitó la ropa de Londres, ahora empapada de sudor, y se metió en la ducha con mampara de cristal, abrió del todo el grifo del agua fría y permaneció bajo ella cinco minutos, durante los cuales se lavó el cabello para quitarse la última mugre de la gran ciudad. Luego se puso unos pantalones cortos de algodón y, sintiendo el placer sensual del aire cálido sobre la piel desnuda, deshizo la maleta y llamó al camarero.

Bond pidió un gin-tonic doble y una lima. Cuando le trajeron la bebida, cortó la lima por la mitad y echó el líquido de las dos mitades estrujadas en el vaso largo; lo lleno casi hasta arriba de cubitos de hielo y entonces vertió el gin-tonic. Se llevó la bebida al balcón, se sentó y contempló aquella vista espectacular. Pensó en lo maravilloso que era estar lejos del cuartel general, de Londres y los hospitales, y estar ahí en ese momento, haciendo lo que estaba haciendo, sabedor, sus sentidos se lo decían, de que se hallaba de nuevo sobre la pista de un buen y difícil caso.

Se sentó un rato y con delectación dejó que el gin-tonic lo relajase. Pidió otro y se lo bebió. Eran las siete y cuarto. Había quedado en que Quarrel lo recogiera a las siete y media. Iban a cenar juntos. Bond le pidió a Quarrel que sugiriera un sitio. Tras un momento de apuro, Quarrel había dicho que siempre que quería divertirse en Kingston se iba a un club nocturno en el puerto llamado *The Joy Boat*<sup>[1]</sup>.

«No e' ná del otro mundo —le comentó a modo de disculpa—, pero la comía, la bebía y la música son buena' y tengo un buen amigo allí. E' el dueño del garito. Le llaman «Pus-Feller»<sup>[2]</sup>, po' cómo luchó en una ocasión con un pulpo eno'me.»

Bond sonrió al pensar en la forma en que Quarrel hablaba, como la mayoría de los antillanos. Entró en la habitación y se puso el viejo traje azul oscuro de estambre, una camisa de algodón blanco sin mangas, una corbata de punto, y se miró en el espejo para comprobar que la Walther no sobresalía. Bajó y salió fuera, donde lo



esperaba el coche.

Descendieron tranquilamente hacia Kingston, bajo aquel crepúsculo suave y cantarín, y giraron a la izquierda recorriendo el puerto. Pasaron junto a uno o dos restaurantes y clubes nocturnos elegantes de los que salía el murmullo y guitarrero de los calipso. Había una tanda de casas privadas que habían ido perdiendo categoría hasta terminar en una zona de tiendas de clase baja y, finalmente, en un área de chozas. Allí donde la carretera trazaba una curva alejándose del mar, brillaba el destello de un cartel de neón dorado en forma de galeón español, encima de unas letras verdes que decían *The Joy Boat*. Dejaron el coche en el aparcamiento y Bond siguió a Quarrel; pasaron una verja que daba a un jardincito de palmeras rodeadas de césped. Al final estaba la playa y el mar. Las mesas estaban desperdigadas aquí y allá bajo las palmeras y en el centro había una pista de baile de cemento vacía, a un lado de la cual se hallaba un trío de calipso vestido con camisas escarlatas con lentejuelas, que improvisaba en tono bajo *Take her to Jamaica where the rum comes from*<sup>[3]</sup>.

Sólo la mitad de las mesas estaban ocupadas, en su mayoría por gente de color. Había algún que otro marinero británico o americano con sus chicas. Un negro inmensamente gordo, vestido con un elegante esmoquin blanco, dejó una de las mesas y salió a su encuentro.

—Hola, señó Q. Mucho tiempo sin verle. ¿Una mesa agradable pa' do'?

—Así e' Pus-Feller. Má serca de la cosina que de la música.

El hombrón soltó una risita. Los guió hacia el mar y los dejó en una mesa tranquila bajo una palmera que crecía en la misma base del edificio del restaurante.

—¿Bebía', caballero'?

Bond pidió un gin-tonic con lima, y Quarrel un cerveza Red Stripe. Hojearon la carta y ambos se decidieron por langosta hervida y un filete poco hecho con verduras del país.

Llegaron las bebidas. Los vasos goteaban por la condensación. Aquel detalle le recordó a Bond otras circunstancias en climas cálidos. Unos cuantos metros más allá, el mar ceceaba sobre la arena. La orquestina arrancó con *Kitch*. Encima de ellos la fronda de la palmera batía levemente bajo la brisa nocturna. Una salamandra siseó en algún lugar del jardín. Bond pensó en el Londres que había dejado el día anterior, y dijo:

—Me gusta este sitio, Quarrel.

Quarrel estaba complacido.

—E' un buen amigo mío, ese Pus-Feller. Sabe casi tó lo que pasa en Kingston, si e' que usted tiene alguna pregunta, capitán. Él e' de la' Caimane'. Una vez nosotros tuvimo' un barco a media'. Un día salió a cogé huevo' y aquel gran pulpo lo atrapó.

Casi tós son pequeño' po' aquí, pero son má grande' en Cayo Cangrejo poque está junto a la' agua' profunda' de Cuba, la' agua' má profunda' de po aquí. Pus-Feller lo

pasó mu mal con ese animal. Se dañó un pulmón al librarse d'él. Aquello le asustó y me vendió la mitá del barco y se vino a Kingston. Eso fue ante' de la guerra. Ahora él e' rico mientras' que yo sigo pescando —Quarrel se rió entre dientes por los avalares del destino.

—¿Qué clase de lugar es Cayo Cangrejo? —dijo Bond.

Quarrel lo miró fijamente:

—Ahora e' un lugá poco aconsejable, capitán —dijo por toda explicación—. Un caballero chino lo compró durante la guerra y llevó allí hombre' pá explotá la porquería de lo' pájaro'. No deja que nadie desembarque allí ni deja a nadie salí.

Ahora no' mantenemo' alejaos.

—¿Y eso por qué?

—Tié multitud de guardiane'. Y arma', ametrallaora'. Y un radá y un aeroplano.

Hay amigo' mío' qu'han desembarcao allí y nunca lo' he vuelto a vé. Ese chino cuida mu bien de su isla. Si quié que le diga la verdá, capitán —Quarrel dijo a modo de disculpa—, Cayo Cangrejo me da mucho miedo.

Bond dijo pensativamente:

—Bueno, bueno.

Llegó la comida. Pidieron otra ronda de bebidas. Mientras cenaban, Bond resumió a Quarrel el caso de Strangways. Quarrel lo escuchó con atención y en ocasiones hizo preguntas. Estaba sobre todo interesado por los pájaros de Cayo Cangrejo, por lo que los guardas comentaron, y por la forma en que se suponía que el avión se había estrellado. Finalmente, puso el plato aparte. Se limpió la boca con el dorso de la mano, sacó un cigarrillo, lo encendió y se incorporó hacia delante:

—Capitán —dijo en voz baja—. No importa si eran pájaro', mariposa' o abeja'.

Si estaban en Cayo Cangrejo y el comandante estaba metiendo la naris en ese asunto, pué apostá hasta el último dólar a que lo han apiolao. A él y a la chica. El chino lo' apioló, seguro.

Bond miró inquisitivamente aquellos ojos grises y apremiantes.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó.

Quarrel extendió las manos. La respuesta le parecía sencilla.

—Ese chino e' mu seloso de su' secreto'. Quié que le dejen solo. Sé que mató a mi' amigo' y que ordena que mantengan a la gente alejá de Cayo Cangrejo. E' un hombre mu poderoso que mata a quien se interfiera.

—¿Por qué?

—No lo sé, capitán —dijo Quarrel con indiferencia—. La gente quié cosa' muy distinta' en este mundo. Y aquello que quieren e' suficiente.

Bond vio un destello de luz por el rabillo del ojo. Se volvió con rapidez. La china del aeropuerto estaba de pie, oculta en las sombras. Ahora iba vestida con un vestido ajustado de satén negro, abierto por un lado casi hasta la cadera. Llevaba una Leica

con el flash en una mano. La otra cámara pendía de un costado en su funda de cuero. La mano salió de la oscuridad sosteniendo la bombilla del flash. La joven se metió la base en la boca para humedecerla y mejorar el contacto, y la enroscó dentro del reflector.

—Coge a la chica —dijo rápidamente Bond.

En dos zancadas, Quarrel llegó hasta la chica y le tendió la mano.

—Buena' noche', señóita —le dijo amigablemente.

La muchacha sonrió. Dejó la cámara colgando de una correa delgada en torno al cuello y le dio la mano. Quarrel la hizo girar como si fuera una bailarina de ballet. Ahora la tenía agarrada con el brazo doblado detrás de la espalda y la retenía en el pliegue del codo.

Ella lo miró enfadada.

—Déjeme. Me hace daño.

Quarrel sonrió, mirando aquellos ojos oscuros que llameaban en su cara pálida y almendrada.

—El capitán desea que tome una copa con nosotros' —le dijo en tono conciliador. Volvió a la mesa con la muchacha junto a él. Arrastró una silla con el pie y la hizo sentar a su lado, manteniéndola cogida por la muñeca detrás de la espalda. Ambos se sentaron muy erguidos, como amantes peleados.

Bond miró aquel rostro hermoso y enfadado.

—Buenas noches. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué quiere otra foto mía?

—Estoy recorriendo los clubes nocturnos —su boca, aquel arco de Cupido, esbozó una sonrisa persuasiva—. La primera foto que le tomé no salió. Dígale a este hombre que me deje en paz.

—¿Así que trabaja para el *Gleaner*? ¿Cómo se llama?

—No se lo diré.

Bond guiñó un ojo a Quarrel.

Los ojos de Quarrel se estrecharon. La mano que tenía detrás de la espalda de la muchacha fue girando lentamente. La joven se revolvió como una anguila, mordiéndose el labio inferior. Quarrel siguió retorciéndole el brazo. De pronto, ella lanzó un «¡Aaah!» penetrante y dijo con voz entrecortada:

—Se lo diré —Quarrel aflojó la tensión. La chica miró enfurecida a Bond—. Annabel Chung.

—Llama a Pus-Feller —dijo Bond a Quarrel.

Quarrel cogió un tenedor con la mano libre e hizo tintinear un vaso. El enorme negro se apresuró a acudir.

Bond levantó la vista:

—¿Alguna vez habías visto a esta chica?

—Sí, jefe. A vese' viene aquí. ¿Le está molestando? ¿Quié que la eche de aquí?

—No, nos gusta —dijo Bond amablemente—, pero quiere sacar un retrato de estudio mío y no sé si vale la pena pagar el dinero. ¿Haría el favor de llamar al *Gleaner* y preguntar si tienen a una fotógrafa llamada Annabel Chung? Si es una de la plantilla es porque es suficientemente buena.

—Po' supuesto, jefe —El hombre marchó apresuradamente.

Bond sonrió a la chica.

—¿Por qué no le pidió a ese hombre que la rescatase? —le preguntó.

La muchacha lo miró ceñuda.

—Siento tener que presionarla —dijo Bond—, pero mi director de exportaciones en Londres me dijo que Kingston está lleno de personajes sombríos.

No estoy seguro de que usted no sea uno de ellos, pero sigo sin comprender por qué desea a toda costa una foto mía. Dígamelo.

—Ya se lo dije —dijo la joven, malhumorada—. Es mi trabajo.

Bond le hizo otras preguntas, pero ella no las contestó.

Pus-Feller se acercó.

—E' sierto, jefe. Annabel Chung. E' una de esa'chica' que trabajan po cuenta propia. Disen que hase buena' fotografía'. No tendrá problema' con ella —Le miró con benevolencia. «¡Foto de estudio! Más bien, cama de estudio.»

—Gracias —dijo Bond. El negro se fue. Bond se volvió de nuevo hacia la joven—. Trabaja por cuenta propia —dijo en voz baja—. Eso sigue sin explicar quién quiere una foto mía —Su rostro se volvió frío—. ¡Dímelo!

—No —dijo la muchacha con resentimiento.

—Está bien. Quarrel, adelante.

Bond se recostó en la silla. Su instinto le decía que ésta era la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares. Si pudiera sacarle la respuesta a la chica, se ahorraría posiblemente varias semanas de averiguaciones.

El hombro derecho de Quarrel comenzó a hundirse. La joven se retorció hacia él para aliviar la presión, pero él la mantuvo apartada con la otra mano. La cara de la muchacha se tensó en un escorzo hacia Quarrel. De repente le escupió en los ojos. Quarrel sonrió y aumentó la presión. Los pies de la chica patalearon en todas direcciones por debajo de la mesa mientras mascullaba palabras en chino. El sudor perlaba su frente.

—Dímelo —dijo Bond en voz baja—. Dímelo y todo terminará y seremos amigos y tomaremos una copa —Estaba cada vez más preocupado. El brazo de la joven debía de estar a punto de romperse.

—¡Qué te j..!

De pronto la mano izquierda de la muchacha arremetió contra la cara de Quarrel. Bond fue muy lento para detenerla. Vio el reflejo de un objeto y sonó una explosión seca. Bond le agarró el brazo y lo atrajo hacia él. La sangre manaba de la mejilla de

Quarrel. Trozos de cristal y metal emitían destellos en la mesa. Había roto la bombilla del flash contra la cara de Quarrel. De haberle alcanzado el ojo, lo habría dejado tuerto.

Con la mano libre, Quarrel se palpó la mejilla. Se la puso delante de los ojos y vio la sangre.

—¡Ah! —No había en su voz sino admiración y un placer felino. Dijo a Bond con ecuanimidad—: No le sacaremo' ná a esta chica, capitán. E' mu dura, ¿quíe que le rompa el brazo?

—Dios mío, no —Bond soltó el brazo de la joven—. Suéltala.

Estaba enfadado consigo mismo por haber hecho daño a la muchacha sin conseguir nada. Pero algo había aprendido. Quienquiera que estuviese detrás de ella ataba corto a su gente y con una cadena de acero.

Quarrel desdobló el brazo de la muchacha tras su espalda, pero siguió cogiéndola por la muñeca. Abrió la mano de la joven y la miró a los ojos con crueldad.

—M' ha señalao la cara, señoíta. Ahora la marcaré yo —Alzó la otra mano y le pinzó el monte de Venus, aquel pellejo de carne suave de la palma, entre su índice y pulgar. Comenzó a apretar. Bond vio que los nudillos se ponían blancos por la presión ejercida. La joven soltó un chillido y comenzó a darle puñetazos en la mano y luego en la cara. Quarrel sonrió y apretó con más fuerza. De pronto, la soltó. La chica se puso de pie, se alejó de la mesa retrocediendo de espaldas y se llevó la mano amoratada a la boca. Soltó la mano y susurró con furia:

—¡Os matará, malnacidos!

Y se fue corriendo entre los árboles con la cámara Leica balanceándose.

Quarrel rió en voz baja. Cogió una servilleta, se limpió la mejilla, la tiró al suelo y cogió otra. Dijo a Bond:

—El monte de Venu' le seguirá doliendo mucho despué' de que me s'haya curao la cara. Buena piesa esa mujé. Cuando tién el monte de Venu' así de grueso, son buena' en la cama. ¿Lo sabía, capitán?

—No —dijo Bond—. Eso es nuevo para mí.

—Seguro. Esa parte de la mano e' un gran indicado. No se preocupe po ella —añadió al notar la expresión dudosa pintada en el rostro de Bond—. No tié ná má que un gran moratón en el monte de Venu'. Iré a buscá a esa chica algún día y veré si mi teoría era sierta.

Muy apropiadamente, la banda comenzó a tocar *Don' touch me tomato*<sup>[4]</sup> Bond dijo:

—Quarrel, es hora de que te cases y sientes la cabeza. Y deja a esa chica en paz o conseguirás que te claven un cuchillo entre las costillas. Ahora vamos.

Pagaremos la cuenta y nos iremos. En Londres, donde estaba ayer, son las tres de la mañana. Necesito dormir toda la noche. Tendrás que comenzar a ponerme en

forma. Creo que lo voy a necesitar. Y es hora de que te cures la mejilla. Te ha escrito el nombre y la dirección en ella.

Quarrel gruñó al recordarlo y dijo con un placer sosegado:

—Ésa era una chica dura.

Cogió un tenedor e hizo tintinear un vaso con él.

## Capítulo 5

### *Hechos y cifras*

«Os matará... Os matará... Os matará, malnacidos.»

Al día siguiente, las palabras seguían resonando en la cabeza de Bond mientras se sentaba en el balcón a tomar un delicioso desayuno y miraba en la lontananza el abigarramiento de jardines tropicales que se extendía hasta Kingston, cinco millas más allá.

Ahora estaba seguro de que Strangways y la muchacha habían sido asesinados. A alguien no le convenía que siguieran investigando su negocio y los había matado, destruyendo los informes de lo que estaban indagando. Esa misma persona sabía o sospechaba que el Servicio Secreto haría un seguimiento de la desaparición de Strangways. Fuera como fuese, consiguió descubrir que el caso le fue asignado a Bond. Quería una foto de Bond y se había preocupado por averiguar dónde se alojaba. Estaría vigilando a Bond por si retomaba alguna de las pistas que provocaron la muerte de Strangways. Si así lo hacía, Bond también sería eliminado. Habría un accidente de tráfico o una pelea callejera o alguna otra muerte inocente. ¿Y cómo, se preguntaba Bond, reaccionaría esa persona por el trato que le había brindado a la muchacha? Si era tan despiadado como Bond suponía, eso sería suficiente, pues ponía en evidencia que Bond estaba tras la pista de algo. Quizá Strangways había mandado un informe preliminar a Londres antes de morir. Tal vez alguien estuvo cantando. El enemigo sería estúpido si se arriesgaba. Si tenía algo de sensatez, después del incidente con Chung, se ocuparía sin demora de Bond y quizá también de Quarrel.

Bond encendió el primer cigarrillo del día, el primer Royal Blend que fumaba en cinco años, y dejó que el humo se deslizara entre los dientes con un siseo placentero. Aquélla era su «Apreciación del Enemigo». Pero ¿quién era su enemigo?

Sólo existía un candidato, un candidato bastante insustancial: el Doctor No, el Doctor Julius No, el chino alemán dueño de Cayo Cangrejo que ganaba dinero con el guano. No había nada sobre aquel hombre en los Archivos y la transmisión con el FBI había sido negativa. El asunto de las espátulas rosadas y el problema de la Audubon Society se resumían, según M, a un montón de mujeres que se había alborotado por unas cigüeñas rosas. De todas formas, cuatro personas habían muerto por culpa de esas cigüeñas y, lo más significativo de todo para Bond, Quarrel tenía miedo del Doctor No y su isla. Eso era realmente muy extraño. Los habitantes de las islas Caimanes, y menos que nadie Quarrel, no se asustaban fácilmente. ¿Y por qué el Doctor No tenía esa manía por lo privado? ¿Por qué tantos gastos y esfuerzos por mantener a la gente lejos de su isla de guano?

Guano... excremento de ave. ¿Quién estaba interesado en ese excremento?

¿Hasta qué punto era valioso? Bond debía visitar al gobernador a las diez en punto. Después de que hubiera pasado ese trámite, localizaría al secretario colonial y trataría de informarse de todo cuanto pudiera sobre el dichoso guano, Cayo Cangrejo y, a ser posible, el Doctor No.

Llamaron con los nudillos dos veces a la puerta. Bond se levantó y abrió. Era Quarrel, con la mejilla izquierda decorada por una cruz pirata de tiritas.

—Bueno' día', capitán. Dijo usted a las ocho y media.

—Sí, entra, Quarrel. Nos espera un largo día. ¿Has desayunado?

—Sí, gracia', capitán. Pescado salao y *ackee*<sup>[5]</sup> y un trago de ron.

—Buen Dios —dijo Bond—. Muy fuerte para empezar el día.

—De lo má' refrescante —dijo Quarrel sin inmutarse.

Se sentaron fuera, en el balcón. Bond ofreció a Quarrel un cigarrillo y se encendió uno él mismo.

—Pasaré la mayor parte del día en King's House —dijo— y tal vez en el Instituto de Jamaica. No te necesitaré hasta mañana temprano, pero hay unas cosas que has de hacer en la ciudad. ¿De acuerdo?

—Sí, capitán. Lo que usted diga.

—Primero de todo, el coche nos delata. Habrá que deshacerse de él. Ve a ver a Motta o a otro de los que alquilan coches y escoge el coche más nuevo sin chófer que encuentres, y con el menor kilometraje posible. Que sea un turismo. Alquívalo por un mes. Luego merodea por el puerto y encuentra dos hombres que se parezcan en lo posible a nosotros. Uno debe saber conducir un coche. Cómprales ropa, al menos de cintura para arriba, y sombreros como los que podríamos usar nosotros. Diles que queremos que lleven un coche a Montego mañana por la mañana pasando por Spanish Town y Ocho Ríos. Y que deben dejarlo en el garaje de Levy. Llama por teléfono a Levy y dile que los esté esperando y nos guarde el coche, ¿entendido?

Quarrel sonrió:

—¿Quié despistá a alguien, no e' eso?

—Así es. Les darás diez libras a cada uno. Diles que soy un norteamericano rico y que quiero que el coche llegue a Bahía Montego conducido por una pareja de hombres respetables. Descríbeme como un tanto excéntrico. Deben estar aquí a las seis de la mañana. Tú estarás también con el otro coche. Cuida de que encajen bien en su papel y de que vayan con el Sunbeam con la capota bajada, ¿entendido?

—Sí, capitán.

—¿Qué ha sido de aquella casa que teníamos en la Costa Norte, en Beau Desert, junto al puerto de Morgan? ¿Sabes si está alquilada?

—No sabría desirle, capitán. Está bastante apartá de lo' punto' turístico' y piden una renta mu' alta por ella.

—Bien, ve a Graham Associates y mira si puedes alquilarla por un mes, y si no,



otro bungalow en los alrededores. No me importa lo que cueste. Di que es para un norteamericano rico, el señor James. Que te den las llaves, paga el alquiler y di que les escribiré para confirmarlo. Les telefonaré si quieren más detalles —Bond metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un grueso fajo de billetes. Le pasó la mitad a Quarrel—. Aquí tienes doscientas libras. Debería bastar para cubrirlo todo. Ponte en contacto conmigo si necesitas más. Ya sabes dónde estaré.

—Gracia', capitán —dijo Quarrel, pasmado por semejante suma. Se guardó el dinero en el interior de la camisa azul y se la abotonó hasta el cuello—. ¿Algo más?

—No, pero ten mucho cuidado de que no te sigan. Deja el coche en alguna parte de la ciudad y ve caminando a esos sitios. Y vigila sobre todo que no haya chinos cerca de ti —Bond se levantó y fueron hacia la puerta—. Hasta mañana a las seis y cuarto; nos iremos a la Costa Norte. Por ahora aquélla será nuestra base durante un tiempo.

Quarrel asintió. Su rostro era enigmático. Dijo:

—Sí, capitán —y se fue por el pasillo.

Media hora más tarde, Bond bajó al primer piso y cogió un taxi para ir a King's House. No firmó en el libro del gobernador en el vestíbulo. Le hicieron pasar a una salita de espera, donde aguardó el cuarto de hora necesario para demostrarle que no era importante. Luego vino un edecán a buscarlo y lo condujo hasta el estudio del gobernador en el primer piso.

Era una habitación espaciosa y fresca que olía a humo de cigarro. El gobernador en funciones, vestido con un traje crema de seda salvaje y un cuello de puntas junto con una pajarita a topos, estaba sentado junto a una gran mesa de caoba sobre la cual no había más que un *Daily Gleaner*, el *Times Weekly* y un cuenco con flores de hibisco. Tenía las manos descansando sobre la mesa. Era un sesentón con la cara roja, más bien petulante, y los ojos de un azul amargo y brillante. No sonrió ni se levantó.

—Buenos días, señor... Bond —le dijo—. Por favor, tome asiento.

Bond cogió la silla frente a la mesa del gobernador y se sentó.

—Buenos días, señor —dijo Bond a su vez.

Esperó. Un amigo de la Oficina Colonial le había dicho que la recepción sería glacial. «Está casi en edad de jubilarse y éste es un cargo interino. Tuvimos que conseguir un gobernador en funciones en poco tiempo cuando Sir Hugh Foot fue ascendido. Foot fue todo un éxito, y este hombre ni siquiera trata de emularlo; sabe que le han dado el cargo sólo por unos meses mientras hallamos a alguien para reemplazar a Foot. Este hombre llegó a través del gobernador de Rodesia. Lo único que quiere es jubilarse y obtener algún cargo de director en la City. Lo último que desearía es cualquier problema en Jamaica. Insiste en cerrar el caso de ese Strangways. No le gustará que vaya huroneando por ahí.»

El gobernador se aclaró la garganta. Reconoció que Bond no era uno de esos tipos

serviles.

—¿Deseaba verme?

—Sólo para cubrir el expediente, señor —dijo Bond con ecuanimidad—. Estoy aquí por el caso Strangways. Creo que usted recibió una transmisión del secretario de Estado.

Era una forma de recordarle que le respaldaba gente poderosa. A Bond no le gustaban los intentos de dar al traste con el cumplimiento de su deber.

—Recuerdo la transmisión. ¿Qué puedo hacer por usted? Por lo que aquí nos concierne, el caso está cerrado.

—¿En qué sentido «cerrado», señor?

El gobernador dijo con brusquedad:

—Es obvio que Strangways estaba liado con la chica. Era uno de esos tipos que andan desequilibrados la mayor parte del tiempo. Algunos de sus... colegas no son capaces de dejar a las mujeres en paz —El gobernador, no cabía duda, estaba incluyendo a Bond—. Tuve que pagarle la fianza en varios escándalos antes de éste. No le hace ningún bien a la colonia, señor... Bond. Espero que su gente envíe algún hombre más adecuado para ocupar su puesto. Y eso en el caso —añadió con frialdad— de que realmente necesitemos un hombre del Control Regional.

Personalmente, tengo mucha confianza en nuestra policía.

Bond sonrió con benevolencia.

—Informaré de su punto de vista, señor. Espero que mi jefe hable de ello con el ministro de Defensa y el secretario de Estado. Por supuesto, si usted estuviera dispuesto a hacerse cargo de este servicio adicional sería un ahorro de hombres por lo que al Servicio Secreto se refiere. Estoy seguro de que la policía jamaicana es muy eficaz.

El gobernador miró a Bond escamado. Tal vez fuera mejor que tratase a este hombre con un poco más de cuidado.

—Esta es una charla informal, señor Bond. Cuando haya decidido lo que pienso, se lo comunicaré personalmente al secretario de Estado. Mientras tanto, ¿hay alguien de mi personal al que quiera ver?

—Me gustaría tener unas palabras con el secretario colonial, señor.

—¿En serio? ¿Y por qué?, dígamelo.

—Ha habido problemas en Cayo Cangrejo. Algo relacionado con una reserva de pájaros. La Oficina Colonial nos asignó el caso y mi jefe me ha pedido que lo investigue mientras esté aquí.

El gobernador pareció aliviado.

—Faltaría más, faltaría más. Cuidaré de que el señor Pleydell-Smith lo reciba de inmediato. ¿Entiende que hay que dejar que el caso de Strangways se resuelva por sí solo? Ya aparecerán no dentro de mucho tiempo, no tema —Alargó el brazo y tocó

una campanilla. El edecán entró—. Este caballero querría ver al secretario colonial, edecán. ¿Haría el favor de llevarle hasta él? Llamaré al señor Pleydell-Smith y le pediré que esté disponible —Se levantó, dio la vuelta a la mesa y le tendió la mano—. Adiós, señor Bond. Me alegro de que nos hayamos visto cara a cara. Cayo Cangrejo, ¿eh? Nunca he estado allí, pero estoy seguro de que vale la pena visitarlo.

Bond le tendió la mano.

—Eso creo yo. Adiós, señor.

—Adiós, adiós —El gobernador vio la espalda de Bond desaparecer por la puerta y volvió satisfecho al despacho—. Mequetrefe —dijo a la habitación vacía.

Se sentó y transmitió por teléfono unas palabras perentorias al secretario colonial.

Luego cogió el *Times Weekly* y se enfrascó en los valores de la Bolsa.

El secretario colonial era un hombre de aspecto juvenil, con el cabello desgreñado y los ojos brillantes y aniñados. Era uno de esos fumadores de pipa nerviosos que están constantemente palpándose los bolsillos en busca de cerillas, que agitan la cajetilla para ver cuántas les quedan y que dan golpes a la cazoleta para sacar el tabaco de la pipa. Después de repetir la operación dos o tres veces en los primeros diez minutos con Bond, éste se preguntó si le llegaba algo de humo a los pulmones.

Después de estrechar con efusión la mano de Bond y de señalarle vagamente una silla, Pleydell-Smith se paseó por la habitación arriba y abajo, rascándose una sien con la boquilla de la pipa.

—Bond, Bond, Bond. Me suena ese nombre. Déjeme ver. ¡Sí, por Júpiter!

Usted fue el tipo que intervino aquí en aquel asunto del tesoro. ¡Por Júpiter, sí!

Hace cuatro, cinco años. Vi el otro día el expediente por ahí. Magnífica exhibición.

¡Menuda broma! Ojalá armara otro escándalo como aquél aquí para animar esto un poco. Hoy en día sólo piensan en la Federación y en su maldito orgullo.

¡Autodeterminación, sí, sí! Ni siquiera saben dirigir el servicio de autobuses. ¡Y el problema racial! Mi querido amigo, hay muchos más problemas entre los jamaicanos de cabello liso y cabello rizado que entre mi cocinero negro y yo. Pero, en fin —Pleydell-Smith se detuvo junto a su mesa. Se sentó frente a Bond y dejó colgando una pierna sobre el brazo de la silla. Alcanzó un frasco de tabaco con el escudo de King's College, Cambridge, se sirvió de él y comenzó a cebar la pipa—, no quiero aburrirle con todo esto. Hable usted y abúrrame. ¿Qué problema tiene?

Estaré encantado de ayudarle. Apuesto a que es más interesante que esta porquería —señaló un montón de papeles en la bandeja de *entrada*.

Bond le sonrió. Esto le gustaba más. Había encontrado un aliado, y además, inteligente.

—Bien —dijo con seriedad—, estoy aquí por el caso Strangways. Pero primero de todo quiero preguntarle algo que tal vez le extrañe. Dígame exactamente dónde

vio mi expediente. Usted dice que se lo encontró por ahí. ¿Cómo es eso?

¿Lo había pedido alguien? No quiero ser indiscreto; no conteste si no quiere. Sólo soy inquisitivo.

Pleydell-Smith arqueó una ceja en un gesto lleno de intención.

—Supongo que es su trabajo —reflexionó mirando al techo—. Bien, ahora que lo pienso, lo vi sobre la mesa de mi secretaria. Es una muchacha nueva. Dijo que trataba de ponerse al día con los expedientes. Recuerdo —el secretario colonial se apresuró a disculpar a la joven— que había muchos otros expedientes sobre la mesa, pero éste me llamó la atención.

—Ya veo —dijo Bond— que sólo era eso —Sonrió disculpándose—. Lo siento, pero ciertas personas parecen estar muy interesadas por mi estancia aquí. De lo que realmente quiero hablarle es de Cayo Cangrejo. Dígame cualquier cosa que sepa del lugar y de ese chino, el Doctor No, que compró la isla. Y todo cuanto sepa sobre el negocio del guano. Ya sé que es mucho pedir, pero cualquier dato servirá.

Pleydell-Smith soltó una risa corta entre la boquilla de la pipa. Se sacó la pipa de la boca y habló mientras apelmazaba el tabaco con la caja de cerillas.

—Quien mucho abarca, poco guano aprieta. Podría hablarle durante horas de esto. Comencé en la Oficina Consular antes de ser trasladado a la Oficina Colonial.

Mi primer trabajo fue en Perú. Tuve que tratar mucho con quienes administraban todo el comercio, con la *Compañía Administradora del Guano*. Buena gente —La pipa tiraba al fin y Pleydell-Smith lanzó la caja de cerillas sobre la mesa—. Y respecto a lo demás, todo es cuestión de pedir el expediente —Hizo sonar una campanilla. Al cabo de un minuto la puerta se abrió detrás de Bond—. Señorita Taro, el expediente sobre Cayo Cangrejo, por favor. Aquél sobre la venta de la isla y el otro sobre el guarda que apareció antes de Navidad. La señorita Longfellow sabrá encontrarlos.

—Sí, señor —dijo una voz dulce. Bond oyó la puerta cerrarse.

—Ahora, el guano —Pleydell-Smith se echó hacia atrás con la silla. Bond se dispuso a aburrirse—. Como ya sabe, se trata de excremento de aves. Procede de la cloaca de dos aves, el piquero enmascarado y el guanay. Por lo que concierne a Cayo Cangrejo, se trata sólo del guanay, también conocido como cormorán verde, el mismo pájaro que se encuentra en Inglaterra. El guanay es una máquina convirtiendo el pescado en guano. La mayoría come anchoas. Sólo para que vea cuánto pescado comen, han llegado a encontrar setenta anchoas dentro de un solo pájaro —Pleydell-Smith se sacó la pipa y apuntó impresionado con ella a Bond—. Mientras que la población de Perú come cuatro mil toneladas de pescado al año, las aves marinas del mismo país comen quinientas mil toneladas.

Bond frunció los labios para mostrar que estaba impresionado.

—¿En serio?

—Pues, bueno —continuó el secretario colonial—, todos los días cada uno de estos cientos de miles de guanay comen casi medio kilo de pescado y depositan treinta gramos de guano en la guanera, es decir, en la isla de guano.

Bond lo interrumpió:

—¿Por qué no lo hacen en el mar?

—No lo sé —Pleydell-Smith se quedó pensativo, dándole vueltas a la pregunta—. Nunca se me había ocurrido; pero de cualquier forma, no lo hacen. Lo hacen en tierra y lo han hecho desde el Génesis, lo cual supone una burrada de estiércol, millones de toneladas en los Pescadores y en las otras guaneras. Hacia 1850 alguien descubrió que era el mejor fertilizante natural del mundo y que contenía nitratos, fosfatos... lo que quiera. Barcos y hombres llegaron a las guaneras y se dedicaron a saquearlas durante veinte años o más. Fue una época conocida como la «Saturnalia» en Perú. Fue como la fiebre del oro en Klondyke; la gente se peleaba por el fiemo, secuestraban los barcos, mataban a los trabajadores, vendían mapas falsos de islas de guano secretas, lo que fuera. Hubo gente que amasó verdaderas fortunas con el estiércol.

—¿Y dónde aparece Cayo Cangrejo? —Bond quería entrar en el tema de los casos.

*cr\* —Es la única guanera que vale la pena tan al norte. También fue explotada, Dios sabe por quién. Pero el guano contenía poco nitrato, ya que las aguas no son tan ricas aquí como más abajo, en la Corriente de Humboldt. Por tanto, el contenido químico de los peces no es tan rico y lo mismo le ocurre al guano. Cayo Cangrejo fue explotado cuando el precio era suficientemente alto, pero toda la industria quebró, con Cayo Cangrejo y otros depósitos de baja calidad a la cabeza, cuando los alemanes inventaron el abono químico artificial. Por aquel entonces, Perú se había dado cuenta de que había despilfarrado un capital fantástico y se dispuso a organizar los restos de la industria y a proteger las guaneras. Nacionalizó la industria, protegió a las aves y, poco a poco, muy poco a poco, el material volvió a acumularse. Entonces la gente descubrió que el abono alemán presentaba desventajas, porque empobrecía el suelo, lo cual no hace el guano, y gradualmente el precio del guano subió y la tambaleante industria volvió a levantarse. Ahora va bien, aunque Perú se queda la mayor parte del guano para ellos, para su agricultura. Y aquí es donde vuelve a aparecer Cayo Cangrejo.

—Ah —dijo simplemente Bond.

—Sí —prosiguió Pleydell-Smith, quien se palpó los bolsillos en busca de las cerillas, las halló sobre la mesa, agitó la cajetilla junto al oído e inició el ritual de cebar la pipa—. Al comienzo de la guerra, ese chino, que debe de ser un diablo astuto, tuvo la idea de que podría hacer rentable la antigua guanera de Cayo Cangrejo. El precio estaba en torno a los cincuenta dólares la tonelada a este lado del

Atlántico y él nos compró la isla por unas diez mil libras, si no recuerdo mal.

Trajo trabajadores y se puso manos a la obra. No ha dejado de trabajar desde entonces. Debe de haber hecho una fortuna. Transporta el guano por mar directamente a Europa, a Antwerp. Le envían un barco todos los meses. Ha instalado las mejores trituradoras y separadores. Yo diría que se gana a pulso el dinero, pues para sacar un beneficio decente no le quedará más remedio. Sobre todo ahora. El año pasado oí que sólo le daban entre treinta y ocho y cuarenta dólares la tonelada por coste, seguro y flete a Antwerp. Dios sabe lo que les paga a los trabajadores para sacar beneficios a ese precio. Nunca he podido averiguarlo. Dirige la isla como una fortaleza, como una especie de campo de trabajos forzados. Nadie sale nunca de allí. Han llegado a mis oídos rumores curiosos, pero nadie se ha quejado. Es su isla, por supuesto, y puede hacer en ella lo que quiera.

Bond trataba de dar con alguna clave.

—¿Es realmente tan valioso el lugar? ¿Cuánto cree que vale?

—El guanay es el pájaro más valioso del mundo —dijo Pleydell-Smith—. Una pareja produce unos dos dólares de guano al año sin ningún gasto para el dueño.

Cada hembra pone una media de tres huevos y cría dos polluelos. Dos nidadas al año. Pongamos que valgan quince dólares la pareja, y digamos que hay cien mil pájaros en Cayo Cangrejo, lo cual es un cálculo razonable, según las últimas cifras que tenemos. Eso supone que las aves valen un millón y medio de dólares. Una propiedad muy valiosa. Súmele el valor de las instalaciones, digamos otro millón, y tendrá una pequeña fortuna en aquel horrible lugar. Lo cual me recuerda...

—Pleydell-Smith hizo sonar la campanilla—. ¿Qué diablos pasa con esos expedientes? Encontrará toda la información que quiera en ellos.

La puerta se abrió detrás de Bond.

—Bueno, señorita Haro. ¿Qué pasa con esos expedientes? —inquirió Pleydell-Smith con irritación.

—Lo siento mucho, señor —dijo aquella dulce voz—. Pero no los encontramos por ninguna parte.

—¿Qué quiere decir con que no los encuentran? ¿Quién los cogió la última vez?

—El comandante Strangways.

—Me acuerdo perfectamente de que los devolvió. ¿Qué pasó luego con ellos?

—No sabría decirle, señor —la voz no revelaba ninguna emoción—. Las tapas están, pero no hay nada dentro.

Bond se dio la vuelta en la silla. Echó un vistazo a la muchacha y volvió a girarse. Esbozó una sonrisa para sí mismo. Sabía adonde habían ido los expedientes. También sabía por qué su antiguo expediente había estado sobre la mesa de la secretaria. Asimismo adivinaba la manera en que la llegada de «James Bond, comerciante de importaciones y exportaciones», se había filtrado desde King's House, el único sitio

donde su importancia era conocida.

Al igual que el Doctor No, al igual que Annabel Chung, aquella secretaria de baja estatura, aspecto grave y eficiente, y con gafas de montura de concha, era china.

## Capítulo 6

### El dedo en el gatillo

El secretario colonial invitó a comer a Bond en el elegante cenador de la Reina, panelado con caoba y con cuatro grandes ventiladores cenitales; allí chismorrearon sobre Jamaica. Poco antes de que llegara el café, Pleydell-Smith estaba hurgando muy por debajo de la superficie de la próspera y pacífica isla que el mundo conoce.

—Es como sigue —Inició sus aspavientos con la pipa—. El jamaicano es un hombre amable y perezoso con las virtudes y los vicios de un niño. Vive en una isla muy próspera, pero no se enriquece. No sabe cómo hacerlo y es demasiado perezoso. Los británicos van y vienen, y se llevan las ganancias fáciles, pero ningún inglés se ha labrado una fortuna aquí durante los últimos doscientos años. No se queda el tiempo suficiente. Son los judíos portugueses los que lo hacen. Llegaron aquí con los británicos y se han quedado, pero son presumidos y gastan gran parte de sus fortunas en construir bonitas casas y en celebrar bailes. Son los nombres que ocupan la columna de sociedad del *Gleaner* cuando los turistas se han ido.

Están en el negocio del ron y el tabaco, y representan a las grandes compañías británicas en la isla: coches, seguros y esas cosas. Luego vienen los sirios, también muy ricos, pero no tan buenos comerciantes. Corren demasiados riesgos. Poseen la mayoría de las tiendas y algunos de los mejores hoteles. Se abarrotan de género y de tanto en tanto es necesario un incendio para recuperar liquidez. Luego están los indios, con sus típicos tejidos ostentosos. No son muy importantes. Finalmente están los chinos, sólidos, compactos, discretos, la camarilla más poderosa de Jamaica. Poseen las panaderías, las lavanderías y las mejores tiendas de alimentación. Son un clan cerrado y mantienen la raza pura —Pleydell-Smith se echó a reír—. No es que no tomen chicas negras cuando quieren. Se puede ver el resultado por todo Kingston: los rechinos, los chinos negros. Los rechinos son una raza fuerte y olvidada. Desprecian a los negros como los chinos los desprecian a ellos. Llegará un día en que se conviertan en un problema. Poseen algo de la inteligencia de los chinos y la mayoría de los vicios de los negros. La policía tiene muchos problemas con ellos.

—Esa secretaria suya —dijo Bond— ¿es una de ellos?

—Así es. Una chica brillante y muy eficiente. Lleva unos seis meses. Era con mucho la mejor de las que contestaron el anuncio.

—Parece inteligente —dijo Bond sin comprometerse—. Esa gente ¿está organizada? ¿Hay algún cabecilla al frente de la comunidad chino-negra?

—Todavía no. Pero alguien los aglutinará un día de estos. Serían un reducido grupo de presión bastante útil —Pleydell-Smith echó un vistazo a su reloj—. Lo cual me recuerda que tengo que irme. He de ir a leerles la cartilla por lo de esos documentos. No sé qué ha podido sucederles. Me acuerdo perfectamente... —se



quedó callado—. Bueno, lo principal es que no he podido facilitarle mucha información sobre Cayo Cangrejo y el doctor. Pero le diré que no había mucho más que pudiera sacar de los archivos. Parece ser un tipo de conversación agradable y buen negociante. Luego hubo aquella discusión con la Audubon Society. Me imagino que usted ya sabe eso. Y por lo que se refiere al lugar, no hay nada en los archivos, excepto uno o dos informes previos a la guerra y una copia del último mapa del servicio cartográfico oficial. Parece ser un lugar maldito, dejado de la mano de Dios. No hay nada, excepto kilómetros de marismas y manglares y una enorme montaña con excremento de aves en su cumbre. Pero usted dijo que iba a ir al Instituto. ¿Quiere que lo lleve y le presente al tipo que dirige la sección de cartografía?

Una hora más tarde, Bond estaba cómodamente instalado en una esquina de una habitación sombría con el mapa del servicio de cartografía de Cayo Cangrejo, con fecha de 1910, extendido sobre una mesa delante de él. Tenía consigo una hoja de papel del Instituto, había dibujado un mapa esquemático y general y estaba anotando los puntos destacados.

El área de la isla ocupaba unos setenta kilómetros cuadrados, de los cuales tres cuartos, hacia el este, estaban cubiertos por marismas y un lago somero. Del lago salía un río que serpenteaba hasta el mar y desembocaba en una bahía arenosa en mitad de la costa sur. Bond conjeturó que en alguna parte de la cabecera del río estaría el lugar que muy posiblemente habían escogido los guardas de Audubon para su campamento. Hacia el oeste, la isla se elevaba abruptamente hasta lo que parecía una pared vertical sobre el mar. Una línea intermitente iba desde esa colina hasta un cuadrado en una esquina del mapa que contenía las palabras *Depósitos de Guano. Últimos trabajos 1880.*

No había ningún símbolo de una carretera o al menos una pista en la isla; tampoco había rastro de casas. El mapa en relieve mostraba que la isla parecía casi una rata de agua nadando, una espalda lisa que se elevaba abruptamente hacia la cabeza y que se orientaba hacia el oeste. Parecía estar a unos cuarenta y dos kilómetros de Jamaica y a unos ochenta y cuatro del sur de Cuba.

Poco más se podía sacar del mapa. Cayo Cangrejo estaba rodeado de aguas con bancos de peces, excepto debajo del acantilado oeste, donde la cota más próxima indicaba quinientas brazas. Después venía el abismo del mar de las Antillas. Bond dobló el mapa y se lo devolvió al bibliotecario.

De pronto se sintió agotado. Sólo eran las cuatro en punto, pero hacía un calor achicharrante en Kingston y tenía la camisa pegada al cuerpo. Bond salió del Instituto, cogió un taxi y volvió a las frescas colinas del hotel. Estaba más que satisfecho con el día, pero nada más podría hacer en esta parte de la isla. Pasaría una tarde tranquila en el hotel y estaría listo para levantarse temprano a la mañana siguiente y partir.

Bond fue al mostrador de recepción por si había algún mensaje de Quarrel.

—No hay mensajes, señor —dijo la chica—. Pero llegó una cesta de fruta de King's House. Justo después de la hora del almuerzo. El mensajero la llevó a su habitación.

—¿Qué clase de mensajero?

—Un hombre de color, señor. Dijo que era de la oficina del edecán.

—Gracias —Bond sacó la llave y subió las escaleras hasta el primer piso. Era ridículamente improbable. Con la mano empuñando la pistola bajo la chaqueta, Bond se aproximó en silencio a la habitación. Hizo girar la llave y abrió la puerta de una patada. La habitación vacía se abrió ante él. Bond cerró la puerta y echó la llave. Sobre el tocador había una gran cesta adornada con fruta: clementinas, pomelos, plátanos, guanábanos, caimitos y hasta un par de nectarinas de invernadero. Prendido de un gran lazo en torno al asa había un sobre blanco.

Bond lo cogió y lo puso al trasluz. Lo abrió. En una hoja blanca de costoso papel de escritorio habían mecanografiado «Con los saludos de Su Excelencia el Gobernador».

Bond resopló. Se quedó mirando la fruta. Acercó el oído y escuchó. Luego cogió la cesta por el asa y volcó su contenido en el suelo. La fruta rebotó y rodó sobre la esterilla de coco. No había nada más que fruta en la cesta. Bond sonrió por sus precauciones. Sólo había una última posibilidad. Cogió una de las nectarinas, la que con toda probabilidad elegiría un hombre glotón, y se la llevó al cuarto de baño. La dejó en el lavabo, volvió al dormitorio y, después de inspeccionar la cerradura, abrió el armario. Levantó la maleta con cuidado y la dejó de pie en medio de la habitación. Se arrodilló y buscó huellas en el talco que había espolvoreado en las dos cerraduras. Estaba manchado y había arañazos diminutos en torno a los agujeros de la cerradura. Bond examinó las marcas. Esta gente no era tan cuidadosa como otra a la que se había enfrentado. Abrió la maleta y la mantuvo levantada por un extremo. Había cuatro inocentes tachuelas de cobre en el ribete de la esquina derecha de la tapa. Bond levantó con una uña la cabeza de una de esas tachuelas y la sacó. Tiró de ella y extrajo noventa centímetros de un hilo de acero grueso y lo dejó en el suelo junto a él. El hilo estaba enrollado formando lazadas dentro de la tapa y mantenía cosida y cerrada la maleta. Bond levantó la tapa y comprobó que nada había sido tocado. Sacó de su «caja de herramientas» una lupa de joyero, volvió al cuarto de baño y encendió la luz que había encima del espejo para afeitarse. Se ajustó la lupa en el ojo y con cuidado cogió la nectarina del lavabo y la hizo girar lentamente entre el índice y el pulgar.

Bond dejó de mover la nectarina. Había dado con un diminuto agujero con los bordes descoloridos en un tono marrón. Se hallaba en uno de los hoyuelos de la fruta, invisible excepto delante de una lupa. Bond depositó con cuidado la nectarina en el

lavabo. Se quedó de pie un momento, mirándose pensativo a los ojos en el espejo.

¡Era la guerra! Bueno, bueno. Qué interesante. Bond sintió que la piel se le erizaba ligeramente en la base del estómago. Sonrió sin convicción a su reflejo en el espejo. Así que su instinto y sus razonamientos eran correctos. Strangways y la muchacha fueron asesinados y los informes destruidos porque se acercaron demasiado a la pista. Entonces Bond había entrado en escena y, gracias a la señorita Taro, le estaban esperando. La señorita Chung y tal vez el taxista siguieron su rastro hasta el hotel Blue Hills. Habían hecho el primer disparo.

Habría otros. ¿Quién apretaba el gatillo?

¿En el certero punto de mira de quién estaba? Bond acababa de llegar a una conclusión. Las pruebas eran nulas, pero estaba seguro. Era un disparo de largo alcance procedente de Cayo Cangrejo. El hombre que empuñaba el arma era el Doctor No.

Bond volvió al dormitorio. Pieza a pieza fue cogiendo la fruta y la llevó al lavabo para examinarla con la lupa. El pinchazo estaba siempre allí, escondido en el hoyuelo del rabillo o en el hoyuelo inferior. Bond pidió por teléfono una caja de cartón, papel y cordel. Empaquetó la fruta cuidadosamente en la caja, cogió el teléfono y llamó a King's House. Preguntó por el secretario colonial.

—Gracias. ¿Pleydell-Smith? James Bond al aparato. Siento molestarle. Tengo un pequeño problema. ¿Hay algún laboratorio público en Kingston? Ya veo. Tengo algo que quiero que analicen. Si le envío la caja, ¿sería tan amable de pasársela a ese tipo? No quiero que mi nombre aparezca mezclado en esto. ¿Sí? Se lo explicaré más tarde. ¿Podría enviarme un telegrama corto con la respuesta cuando reciba el informe? Estaré más o menos una semana en Beau Desert, en el puerto de Morgan. Me gustaría que no hablara de esto con nadie. Siento ser tan misterioso, pero se lo explicaré todo cuando lo vea la próxima vez. ¡ Ah! Por cierto, dígame que tenga cuidado con la manipulación de los especímenes.

Adviértale de que hay más dentro de ellos de lo que alcanza la vista. Muchas gracias. Fue una suerte dar con usted esta mañana. Adiós.

Bond escribió la dirección en el paquete, bajó y pagó a un taxi para que lo entregara en seguida en King's House. Eran las seis. Volvió a la habitación, se dio una ducha, se cambió de ropa y pidió su primera bebida. Estaba a punto de salir al balcón a bebérsela cuando sonó el teléfono. Era Quarrel.

—Todo está listo, capitán.

—¿Todo? Estupendo. ¿Está bien la casa?

—Está todo bien —repitió Quarrel con precaución—. Lo veré tal y como dijo, capitán.

—Bien —dijo Bond. Estaba impresionado con la eficiencia y sentido de la seguridad de Quarrel. Colgó el teléfono y salió al balcón.

El sol se estaba poniendo. Una ola de sombra violácea se arrastraba hacia la ciudad y el puerto. «Cuando llegue a la ciudad —pensó Bond—, se encenderán las luces.» Sucedió como había supuesto. Por encima de él oyó el ruido de un aeroplano. Apareció a la vista, un Super Constellation, el mismo vuelo en el que había llegado Bond la noche anterior. Bond lo vio adentrarse en el mar y luego girar y volver a tierra hacia el aeropuerto Palizadas. Qué camino más largo había recorrido desde aquel momento, hacía sólo veinticuatro horas, en que la escotilla del avión se hubo abierto y el altavoz anunciara: «Estamos en Kingston, Jamaica.

Rogamos a los señores pasajeros que permanezcan sentados hasta que las autoridades sanitarias den permiso para aterrizar».

¿Le diría a M cuánto había cambiado el panorama? ¿Debía mandar un informe al gobernador? Bond pensó en el gobernador y descartó la idea. Pero ¿qué pasaba con M? Bond poseía una clave propia. Podía fácilmente enviar un mensaje por medio de la Oficina Colonial. ¿Qué le diría a M? ¿Qué el Doctor No le había enviado fruta envenenada? Ni siquiera sabía si estaba envenenada ni si la había enviado el Doctor No. Bond se imaginó la cara de M al leer el mensaje. Lo vio apretar la palanca del intercomunicador: «Jefe de Personal, 007 ha perdido el juicio. Dice que alguien ha tratado de asesinarle con un plátano envenenado. El pobre ha perdido los nervios. Ha estado demasiado tiempo en el hospital. Será mejor que vuelva a casa».

Bond sonrió para sí mismo. Se levantó y llamó a recepción para que le subieran otra bebida. No sería así, desde luego, pero... No, esperaría hasta que tuviera pruebas más convincentes. Desde luego, si algo salía mal y no había enviado ningún mensaje, estaría metido en un buen lío. Su deber era que nada saliera mal.

Bond se bebió la segunda copa y repasó los detalles del plan. Luego bajó a cenar al comedor semidesierto y leyó el *Manual de las Indias Occidentales*. A las nueve estaba medio dormido. Volvió a la habitación e hizo la maleta para el día siguiente. Telefoneó a recepción para que le llamaran a las cinco y media. Echó el cerrojo por dentro y también cerró y echó el pasador de las celosías de listones de las ventanas. Eso suponía pasar una asfixiante noche de calor, pero era inevitable.

Bond se metió desnudo en la cama bajo una sábana de algodón, se dio la vuelta sobre el costado izquierdo y deslizó la mano derecha sobre la culata de la Walther PPK que ocultaba bajo la almohada. A los cinco minutos estaba dormido.

Lo próximo que supo Bond fue que eran las tres de la madrugada. Sabía que eran las tres porque la esfera luminosa del reloj quedaba cerca de su cara. Se quedó completamente inmóvil. No se oía ningún ruido en la habitación. Aguzó los oídos. Fuera también reinaba un silencio mortal. Muy lejos, en la distancia, un perro comenzó a ladrar. Otros perros se sumaron y de repente se oyó un coro histérico que al poco tiempo paró tan súbitamente como había empezado. Todo quedó en silencio otra vez. La luna que entraba por entre los listones de las celosías proyectaba rayas

negras y blancas sobre la esquina de la habitación cercana a su cama. Era como si estuviera dentro de una jaula. ¿Qué le había despertado? Se movió lentamente, dispuesto a abandonar la cama.

Bond se quedó quieto, tan quieto como un ser vivo pueda estarlo.

Algo se había movido en su tobillo derecho. Ahora subía por el interior de la canilla. Bond lo sintió pasar por el vello de la pierna. Era un insecto de algún tipo y muy grande. Era largo, entre doce y catorce centímetros, tan largo como su mano.

Sentía docenas de patitas diminutas que le rozaban la piel con suavidad. ¿Qué era eso?

Entonces Bond oyó algo que nunca había oído antes: el sonido del cabello de su cabeza rozando la almohada. Bond analizó el ruido. ¡No era posible! ¡De ninguna manera! Sí, tenía los pelos de punta. Hasta notaba el aire fresco abriéndose paso entre los cabellos hasta el cuero cabelludo. ¡Extraordinario! ¡Qué extraordinario! Siempre había creído que se trataba de una frase hecha. Pero ¿por qué? ¿Por qué le estaba sucediendo eso?

El insecto se movió. De pronto Bond se dio cuenta de que tenía miedo y estaba aterrorizado. Su instinto, incluso antes de que se lo hubiera comunicado al cerebro, le había dicho al cuerpo que tenía encima una escolopendra.

Bond se quedó helado. Una vez había visto una escolopendra tropical en una botella de alcohol en la repisa de un museo. Era de un color pardo pálido y muy plana, de unos doce o catorce centímetros de longitud, de una longitud como la de ésta. A cada lado de su cabeza roma tenía dos mandíbulas curvas y venenosas.

La etiqueta de la botella decía que su veneno era mortal si mordía en una arteria.

Bond había observado con curiosidad aquella cutícula muerta y acorchada y había seguido adelante.

La escolopendra había llegado a la rodilla. Comenzaba a ascender por el muslo.

Ocurriera lo que ocurriese, no debía moverse, ni siquiera temblar. Toda la conciencia de Bond se concentró en las dos hileras de patitas suaves que trepaban por él. Ahora había llegado hasta el costado. ¡Dios, estaba girando hacia la ingle!

Bond apretó los dientes. ¿Y si le gustaba el calor? ¿Y si trataba de arrastrarse dentro de alguna abertura? ¿Podría aguantarlo? ¿Y si eligiera aquel sitio para morderlo? Bond notaba su lucha con los primeros pelos. Le hacía cosquillas. La piel del vientre de Bond se tensó.

Nada podía hacer para controlarlo. Pero ahora el insecto cambiaba de dirección y subía por el estómago. Los pies se agarraban más fuerte para evitar caerse. Ahora estaba sobre el corazón. Si mordía ahí, moriría seguro. La escolopendra pasó sin parar por el ligero vello del pectoral derecho de Bond hasta la clavícula. Se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? Bond notó su cabeza roma buscando a ciegas a un lado y otro. ¿Qué buscaba? ¿Había espacio entre la piel y la sábana para que pasara? Se

atrevería a levantar la sábana una pulgada para ayudarla. No. ¡Jamás! El animal estaba al pie de la yugular. Tal vez le intrigaba el bombeo de la sangre. ¡Maldita sea! Bond trató de comunicarse con la escolopendra. «No es nada. El pulso no es peligroso. No representa ningún peligro. Sal a tomar el fresco.»

Como si la alimaña lo hubiera oído, subió por la columna del cuello y por la barba de dos días de Bond. Ahora estaba en la comisura de la boca; las cosquillas lo volvían loco. Siguió adelante, subiendo por la nariz. Ahora sentía todo su peso y longitud. Bond cerró los ojos con cuidado. De dos en dos, los pares de patas, moviéndose alternativamente, treparon por el párpado derecho. Cuando hubiera dejado atrás el ojo, ¿aprovecharía para quitárselo de encima, confiando en que sus patas resbalaran en el sudor? ¡No, por el amor de Dios! La presión de las diminutas patas era interminable. Podría perder el agarre de unas cuantas, pero no de todas.

Con deliberación inusitada, el enorme insecto se arrastró muy despacio por la frente de Bond. Se paró ante el cabello. ¿Qué diablos hacía ahora? Bond sentía que se arrimaba a la piel. ¡Estaba bebiendo! Bebía las gotas de sudor salado.

Estaba seguro. Apenas se movió durante unos minutos. Bond estaba cada vez más debilitado por la tensión. Sentía cómo brotaba el sudor y empapaba la sábana.

Dentro de un segundo comenzarían a temblarle brazos y piernas. Empezaría a tener escalofríos de miedo. ¿Podría controlarlos? ¿Sería capaz? Bond se quedó echado y esperó mientras el aire salía despacio por su boca abierta y crispada.

La escolopendra comenzó a moverse de nuevo. Se adentró por la selva capilar.

Bond le sentía apartar las raíces mientras se abría paso. ¿Le gustaría aquel sitio?

¿Se quedaría allí? ¿Cómo dormían las escolopendras? ¿Echas un ovillo, o completamente estiradas? Los pequeños ciempiés que había visto desde pequeño, los que siempre encontraban el camino de subida por el desagüe de la bañera vacía, se hacían un ovillo al ser tocados. Había llegado al punto en que la cabeza rozaba la funda de la almohada. ¿Seguiría camino por la almohada o se quedaría en aquella cálida selva? La escolopendra se detuvo ¡Fuera! ¡FUERA!

Chillaban los nervios de Bond.

La escolopendra se rebulló. Lentamente abandonó su cabello y pasó a la almohada.

Bond esperó un segundo. Ahora oía las hileras de patitas rozando con suavidad el algodón. Era un ruido imperceptible, como el arañazo de unas uñas blandas.

Con un estrépito que hizo temblar la habitación, el cuerpo de Bond saltó como un resorte fuera de la cama hasta el suelo.

Bond se puso inmediatamente de pie y fue hacia la puerta. Encendió la luz. Se dio cuenta de que temblaba sin control. Se acercó a la cama tambaleándose. Allí estaba, arrastrándose por el borde de la almohada y tratando de ocultarse a la vista. La primera reacción de Bond fue tirar de golpe la almohada al suelo. Se controló y

esperó a que sus nervios se calmaran. Luego, lenta y deliberadamente, cogió la almohada por un extremo, se puso en medio de la habitación y la dejó caer. La escolopendra salió por debajo de la almohada. Comenzó a culebrear con rapidez por la esterilla. Ahora Bond había perdido interés. Lentamente, fue a coger un zapato y volvió. El peligro había pasado. Su mente se preguntaba cómo había llegado la escolopendra a su cama. Levantó el zapato y con lentitud, casi despreocupadamente, la aplastó. Oyó el chasquido de su duro caparazón.

Bond levantó el zapato.

La escolopendra coleaba de lado a lado agonizando, catorce centímetros de una muerte pardusca, grisácea y reluciente. Bond golpeó de nuevo. Explotó y salió un líquido amarillento.

Bond soltó el zapato y corrió al cuarto de baño, presa de violentas convulsiones.

## Capítulo 7

### La travesía nocturna

—Por cierto, Quarrel —Bond desafió a un autobús que llevaba pintado *Brown Bomber* sobre el parabrisas. El autobús se hizo a un lado y siguió rugiendo colina abajo, sin dejar de trompetear un furioso acorde con la triple bocina para restablecer así el ego del conductor—, ¿qué sabes de las escolopendras?

—¿E'colopendra', capitán? —Quarrel lo miró de reojo indagando el significado de la pregunta, pero el rostro de Bond mostraba indiferencia—. Bueno, tenemo' una' cuanta' mala' en Jamaica. De seis, nueve y onse sentímetro' de largo. Pueden matá a una persona y viven en la' casa' vieja' de Kingston. Le' encanta la madera podría y lo sitio' mohoso'. Son activa' sobre tó por la noche. ¿Po' qué, capitán?

¿Ha visto alguna?

Bond eludió la pregunta. Tampoco le había contado a Quarrel lo de la fruta.

Quarrel era un hombre valiente, pero no había razón alguna para sembrar la semilla del miedo.

—¿Sería posible hallar una en una casa moderna? ¿Dentro de un zapato, en un cajón o en la cama?

—No, señó —Quarrel hablaba con seguridad en la voz—. No a meno' que la pongan ahí a propósito. A esto' insecto' le' gustan lo' agujero' y la' rendija'. No le' gustan lo' sitio' limpio'. Son insecto' amante' de la susiedá. Tal ves lo' encuentre en la selva, debajo de tronco' y piedra', pero nunca en lugare' soleaos.

—Ya veo —Bond cambió de tema—. Por cierto, ¿emprendieron el viaje aquellos hombres con el Sunbeam?

—Sí, capitán. Estaban mu contento' por el trabajo. Y se paresían mucho a usted y a mí, capitán —Quarrel se rió entre dientes. Echó un vistazo a Bond y dijo, algo dubitativo—: Me temo que no eran mu bueno' ciudadano'. Tuve que encontrá lo' hombre' donde pude. El mío era un pordiosero, capitán. Y el suyo, un blanco poco recomendable de Betsy.

—¿Quién es Betsy?

—E' la dueña del burdel má miserable de la siudá, capitán —Quarrel escupió enfáticamente por la ventana—. Ese hombre blanco le lleva la contabilidad.

Bond se echó a reír.

—Mientras sepa conducir un coche —dijo—. Sólo espero que lleguen bien a Montego.

—No se preocupe, capitán —Quarrel malinterpretó la preocupación de Bond—. Le' dije que, de lo contrario, le diría a la polisía que habían robao el coche.

Se hallaban en lo alto de la muela de Stony Hill, donde Junction Road desciende serpenteando con cincuenta curvas cerradas hacia la Costa Norte. Bond puso el



Austin A.30 en segunda y dejó que se deslizara. El sol comenzaba a salir entre los picos de los Montes Azules, y polvorientos rayos dorados alanceaban el valle. Había poca gente por la carretera, algún hombre de vez en cuando camino de su escarpada hacienda en la falda del monte, con un acerado machete de noventa centímetros pendiendo de la mano derecha, y mascando el desayuno: una caña de azúcar en la mano izquierda; o alguna mujer ascendiendo lentamente por la carretera con una cesta llena de fruta o verdura para el mercado de Stony Hill, con los zapatos en la cabeza para ponérselos al acercarse al pueblo. Era una escena plácida y salvaje que apenas había cambiado, excepto por la superficie de la carretera, en doscientos años o más. Bond casi olía la bosta del tren de muías en que habría tenido que viajar hasta Port Royal para visitar la guarnición del puerto de Morgan en 1750.

Quarrel interrumpió sus pensamientos.

—Capitán —dijo en tono de disculpa—, perdone, pero ¿puede desirme qué ha pensao pa mí? Estoy intrigao y no consigo imaginarme cuál es su juego.

—Tampoco yo lo sé muy bien, Quarrel —Bond metió la directa y el coche se deslizó por los frescos y hermosos claros de Castleton Gardens—. Te dije que estaba aquí porque el comandante Strangways y su secretaria habían desaparecido. Casi todos piensan que se fugaron. Yo creo que han sido asesinados.

—¿Y eso? —dijo Quarrel sin mostrar emoción alguna—. ¿Quién cree que lo hiso?

—He llegado a la misma conclusión que tú. Creo que fue el Doctor No, el chino de Cayo Cangrejo. Strangways estuvo metiendo la nariz en los negocios de este hombre, algo relacionado con la reserva de aves. El Doctor No tiene esa manía por el secreto, tú mismo me lo dijiste. Parece capaz de hacer cualquier cosa por impedir que la gente escale su tapia. Ten en cuenta que no es más que una suposición sobre el Doctor No, pero me han sucedido varias cosas curiosas durante las últimas veinticuatro horas. Por eso envié el Sunbeam a Montego, para dejar una pista falsa, y por eso nos vamos a esconder a Beau Desert durante unos días.

—¿Y luego qué, capitán?

—Primero de todo quiero que me pongas completamente en forma, tal y como me preparaste la última vez que estuve aquí. ¿Lo recuerdas?

—Sí, capitán. Eso puedo haserlo.

—Y estaba pensando que tú y yo podríamos ir a echar un vistazo a Cayo Cangrejo.

Quarrel silbó. El silbido acabó en una nota descendente.

—Sólo para figonear un poco. No tenemos que acercarnos mucho al Doctor No. Quiero ver la reserva de pájaros. Ver con mis propios ojos lo que le ocurrió al campamento de los guardas. Si encontramos algo raro, regresamos a Jamaica y volvemos por la puerta principal con la ayuda de algunos soldados para hacer una

investigación en toda regla. No podemos hacer nada hasta que tengamos algo en qué basarnos. ¿Qué crees tú?

Quarrel rebuscó en el bolsillo trasero a la caza de un cigarrillo. Se demoró en la tarea de encenderlo, exhaló una nube de humo por la nariz, contempló cómo salía absorbida por la ventanilla y dijo:

—Capitán, creo que debe está usted loco pa entrá a hurtadilla' en esa isla.

Quarrel se había puesto muy nervioso. Hizo una pausa. No hubo comentario alguno. Miró de reojo aquel perfil tranquilo y dijo más calmado, con voz avergonzada:

—Sólo una cosa, capitán. Tengo familiare' en la' Caimane'. ¿Qué le párese haserme un seguro de vida ante' de haserno' a la mar?

Bond miró afectuosamente aquel rostro moreno y duro, marcado por una profunda arruga de preocupación entre los ojos.

—Claro que sí, Quarrel. Me encargaré de ello mañana en Port Maria. Que sea una suma elevada, digamos cinco mil libras. ¿Cómo iremos allá, en canoa?

—Sí, capitán —La voz de Quarrel era remisa—. Nesositamo' qu'el mar esté en calma y haya una ligera brisa, que sople del noroeste con lo' viento' alisio'. Tiene que sé una noche oscura. Ahora e' cuando está comensando a habé noche' así. A finale' de la semana tendremo' luna nueva. ¿Dónde piensa desembarcá, capitán?

—En la costa sur, cerca de la boca del río. Lo remontaremos hasta el lago.

Estoy seguro de que allí es donde estaba el campamento de los guardas. Así tendremos agua dulce y podremos bajar al mar a pescar.

—¿Cuánto tiempo estaremos' allí, capitán? —gruñó Quarrel sin entusiasmo—.

No podemo' llevá mucha comía con nosotros'. Pan, queso, jamón. Nada de tabaco, no podemo' arriesgarno' a que vean el humo y la' ascua'. E' un lugar salvaje, con marisma' y manglare'.

—Será mejor que lo planeemos para tres días —dijo Bond—. El tiempo puede cambiar y dejarnos en tierra un día o dos. Llevaremos un par de buenos cuchillos de caza y yo cogeré un arma. Nunca se sabe.

—No, señó —dijo Quarrel enfáticamente. Se sumió en un silencio pensativo que duró hasta llegar a Port Maria.

Atravesaron el pueblecito y rodearon el cabo rumbo al puerto de Morgan. Era como Bond lo recordaba: la isla Sorpresa surgiendo como un pan de azúcar de la bahía en calma, las canoas varadas junto a montoncitos de conchas vacías, el fragor distante de las olas contra el arrecife que a punto estuvo de ser su tumba.

Con la mente llena de recuerdos, Bond condujo el coche por un camino lateral que atravesaba los campos de caña en medio de los cuales se levantaban, como un galeón encallado, las lúgubres ruinas de la Casa Grande de la plantación de Beau Desert.

Llegaron a la verja del bungalow. Quarrel se bajó, abrió la verja y Bond entró con el coche y lo aparcó en el patio trasero de aquella casa blanca. Todo estaba tranquilo. Bond caminó rodeando la casa y cruzó el trecho de césped hasta la orilla del mar. Sí, allí estaba, la extensión de aguas profundas y silenciosas, el paso submarino que le había llevado a la isla de la Sorpresa. A veces le asaltaba su recuerdo en las pesadillas. Bond se quedó contemplándolo y pensando en Solitaire, la muchacha con la que había regresado, herido y sangrando, del mar. La estuvo llevando en brazos hasta la casa atravesando el jardín. ¿Qué había pasado con ella? ¿Dónde estaba? Bond se dio la vuelta con brusquedad y volvió a la casa espantando los fantasmas.

Eran las ocho y media. Bond sacó las pocas cosas que tenía en la maleta y se puso unas sandalias y unos pantalones cortos. Pronto se esparció el aroma delicioso del café y el beicon frito. Tomaron el desayuno mientras Bond establecía su entrenamiento diario: en pie a las siete, nadar un cuarto de milla, el desayuno, una hora tomando el sol, correr una milla, vuelta a nadar, la comida, dormir, tomar el sol, nadar una milla, un baño caliente y masaje, la cena y a la cama a las nueve.

Después del desayuno iniciaron el programa.

Nada interrumpió la rutina de la semana, excepto una noticia breve en el *Daily Gleaner* y un telegrama de Pleydell-Smith. El *Gleaner* decía que un Talbot Sunbeam H. 2473 había sufrido un accidente mortal en el Devil's Racecourse, un trayecto de carretera con curvas entre Spanish Town y Ocho Ríos en la ruta Kingston-Montego. Un camión incontrolado, a cuyo conductor se estaba buscando, había chocado contra el Sunbeam al salir de una curva. Ambos vehículos se salieron de la carretera y se precipitaron por un barranco. Los dos ocupantes del Sunbeam, Ben Gibbons, de Harbour Street, y Josiah Smith, sin paradero conocido, habían muerto. Se pedía a un tal señor Bond, un visitante inglés que había alquilado el coche, que se pusiera en contacto con la comisaría más próxima.

Bond quemó el ejemplar del *Gleaner*. No quería preocupar a Quarrel.

A un día de la partida, llegó el telegrama de Pleydell-Smith. Decía:

TODOS LOS OBJETOS CONTENÍAN SUFICIENTE CIANURO PARA MATAR UN CABALLO  
-stop- SUGIERO CAMBIE DE TENDERO -stop- BUENA SUERTE SMITH

Bond también quemó el telegrama.

Quarrel alquiló una canoa y pasaron tres días navegando con ella. Consistía en un casco tosco de una sola pieza vaciado en una ceiba gigante. Tenía dos estrechas riostras, dos remos pesados y una vela pequeña de lona cruda. Era un bote muy marinero y Quarrel estaba encantado con él.

—Siete u ocho hora', capitán —le dijo—. Luego arriaremos' la vela y emplearemos'

lo' remo'. Será má difísil que no' detecte el radar.

El tiempo se mantuvo. La previsión meteorológica de la radio de Kingston era buena. Las noches eran negras como el pecado. Los dos hombres hicieron acopio de provisiones. Bond se vistió con unos téjanos negros de lona, una camisa azul y unos zapatos de suela de cáñamo.

Llegó la última noche. Bond estaba contento de ponerse en camino. Sólo había salido una vez del campo de entrenamiento para comprar provisiones y preparar el seguro de Quarrel, por lo que estaba impaciente por dejar el establo y entrar en carrera. Tuvo que reconocer que esta aventura lo estimulaba. Tenía los ingredientes adecuados para ello: ejercicio físico, misterio y un enemigo despiadado. Contaba con un buen compañero. La causa era justa. También estaba la posibilidad de restregarle a M las «vacaciones al sol» por la cara. Aquello le había irritado. A Bond no le gustaba que lo mimaran.

El sol era un hermoso espectáculo, lanzando unos últimos destellos antes de hundirse en su tumba.

Bond fue a su dormitorio, sacó las dos pistolas y las examinó. Ninguna formaba parte de él como la Beretta —una prolongación de su mano derecha—, pero sabía que eran armas mejores. ¿Cuál se llevaría? Bond cogió una y luego otra, sopesándolas en la mano. Tendría que ser el pesado Smith & Wesson. No habría disparos a distancias cortas, si es que los había, en Cayo Cangrejo. Era un arma pesada y de largo alcance. Aquel revólver brutal y rechoncho superaba en alcance a la Walther en veinte metros. Bond ajustó la pistolera a la cinturilla de los téjanos y enfundó el revólver. Se metió veinte cartuchos en el bolsillo. ¿No era tomar demasiadas precauciones llevarse todo ese plomo a lo que sólo parecía un picnic tropical?

Bond fue a la nevera, sacó una pinta de whisky de centeno Canadian Club, hielo y soda, y salió a sentarse en el jardín a contemplar los últimos rayos de sol.

Las sombras reptaron por detrás de la casa y avanzaron por el césped hasta envolverlo. El Viento del Enterrador, que sopla por la noche desde el centro de la isla, levantaba un rumor entre las copas de las palmeras. Las ranas comenzaron a croar entre los arbustos. Las luciérnagas, los gusanos de luz como los llamaba Quarrel, salieron y empezaron a parpadear su morse sexual. Por un momento, la melancolía del atardecer tropical hizo presa en el corazón de Bond. Cogió la botella y la miró. Se había bebido un cuarto. Se sirvió otro vaso generoso y echó hielo. ¿Por qué estaba bebiendo? ¿Por las treinta millas de mar negro que tenía que cruzar esa noche? ¿Porque se adentraba en lo desconocido? ¿Por el Doctor No?

Quarrel se acercó desde la playa.

—E' la hora, capitán.

Bond apuró el vaso y siguió al isleño hasta la canoa, que se mecía suavemente en el agua con la proa sobre la arena. Quarrel se situó en la popa y Bond se acomodó en

el espacio entre la riostra y la proa. La vela, arriada alrededor del corto mástil, quedaba a su espalda. Bond cogió el remo y empujó, dieron la vuelta con lentitud y se encaminaron a la abertura de ondas cremosas que formaba el paso del arrecife. Palearon con facilidad, al unísono, girando los remos en la mano para que no salieran del agua en el siguiente paleo. Las cabrillas lamían suavemente la proa. Por lo demás, no se oían más ruidos. Estaba oscuro. Nadie los vio partir. Dejaron tierra y se adentraron en el mar.

El cometido de Bond se limitaba a seguir remando. Quarrel gobernaba la canoa. A la salida del arrecife había un vórtice de remolinos succionantes formado por las corrientes encontradas y pasaron por en medio de los afilados escollos coralinos, desnudos como colmillos entre las olas. Bond sentía la fuerza del poderoso paleo de Quarrel mientras la pesada nave chapaleaba y se zambullía.

Una y otra vez chocó el remo de Bond contra las rocas; tuvo que agarrarse cuando la canoa impactó contra una masa coralina y volvió a deslizarse por el agua.

Entonces dejaron atrás el arrecife y muy por delante del bote vieron manchas de color índigo formadas por la arena entre las oleosas aguas profundas.

—Ya está, capitán —dijo Quarrel en voz baja.

Bond dejó el remo, se apoyó sobre una rodilla y se sentó con la espalda contra la riostra. Oyó las uñas de Quarrel rozando la lona mientras desataba la vela; luego el zapatazo de ésta al hincharse con la brisa. La canoa se enderezó y comenzó a moverse. Se escoró lentamente. Se oía un susurro suave bajo la proa.

Una salpicadura de espuma azotó el rostro de Bond. El viento creado por su avance era fresco y pronto sería frío. Bond encogió la piernas y se abrazó a ellas.

La madera comenzaba a clavársele en las nalgas y en la espalda. Se le pasó por la cabeza que iba a ser una noche incómoda y endiabladamente larga.

En la oscuridad que se extendía por delante sólo conseguía distinguir la línea del horizonte. Luego había una capa de calima negra, por encima de la cual comenzaron a asomar las estrellas, primero aquí y allá, para luego convertirse en una alfombra tupida y brillante. La Vía Láctea se cernía sobre sus cabezas.

¿Cuántas estrellas habría? Bond comenzó a contar en torno al radio de un dedo y pronto superó la centena. Las estrellas iluminaban el mar como si fuera una carretera gris pálida que se alejara arqueándose por encima del extremo del mástil hacia la silueta negra de Jamaica. Bond miró hacia atrás. Detrás de la figura encorvada de Quarrel se veía un racimo lejano de luces que debía de ser Port Maria. Ya se habían alejado un par de millas. Pronto tendrían recorrido la décima parte del camino, después una cuarta parte, y luego la mitad. Sería alrededor de medianoche cuando Bond habría de relevar a Quarrel. Bond suspiró, agachó la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos.

Debía de haberse quedado dormido, porque le despertó el ruido sordo de un remo

contra el bote. Levantó un brazo para indicar que lo había oído y echó un vistazo a la esfera luminosa del reloj. Las doce y cuarto. Extendió las piernas entumecidas, se giró y trepó por la riostra.

—Lo siento, Quarrel —Le resultó extraño oír su propia voz—. Deberías haberme despertado antes.

—No importa, capitán —dijo Quarrel, dejando desnudos sus brillantes dientes—. Necesitaba dormir.

Con cuidado, cambiaron de sitio. Bond se acomodó en la proa y cogió el remo.

La vela estaba atada a un clavo doblado junto a él. Estaba ondeando. Bond puso la proa de cara al viento y avanzó de costado de forma que la Estrella Polar quedase justo sobre la cabeza agachada de Quarrel en la proa. Por un rato tendría algo de diversión. Tenía algo que hacer.

No había ningún cambio en la noche, salvo que todo estaba más oscuro y vacío. El oleaje era más distendido y los senos de las olas más profundos. El pulso del mar dormido parecía más sosegado. Navegaban por una mancha de fósforo que titilaba en la proa, y el remo goteaba gemas brillantes cuando Bond lo sacaba del agua. ¡Qué seguro parecía navegar de noche en aquel botecillo ridículo y vulnerable! Qué benigno y tranquilo podía ser el mar. Un grupo de peces rompió la superficie a toda velocidad delante de la proa y se desperdigó como metralla.

Algunos siguieron junto a la canoa durante un rato, volando más de veinte metros antes de hundirse en el vientre de las olas. ¿Los seguía algún pez más grande, creían que la canoa era un pez, o sólo estaban jugando? Bond pensó en lo que estaría ocurriendo con los grandes peces a cientos de brazas por debajo del bote, los tiburones, las barracudas, los tarpones, los peces vela deslizándose en silencio, las caballas y los bonitos y, más abajo, en el crepúsculo gris de las grandes profundidades, los animales gelatinosos y fosforescentes que jamás se veían, los calamares de quince metros, con ojos de treinta centímetros, que avanzaban como zepelines, los últimos monstruos reales del mar cuyo tamaño sólo era conocido por los restos que encontraban dentro de las ballenas. ¿Qué pasaría si una ola chocara de lado contra la canoa y volcasen? ¿Cuánto tiempo durarían?

Bond se concentró en el timón y desechó aquel pensamiento.

La una en punto, las dos, las tres, las cuatro. Quarrel despertó y se despertó.

Llamó a Bond en voz baja:

—¡Ah, huele a tierra, capitán!

La oscuridad pronto se espesó delante de ellos. Aquella sombra menguada se fue perfilando con lentitud en forma de una enorme rata de agua. Detrás de ellos, salió lentamente una luna pálida. Ahora la isla se veía con claridad a un par de millas, y se oía el rumor distante de las olas.

Cambiaron de sitio. Quarrel arrió la vela y cogieron los remos. Al menos durante

otra milla, pensó Bond, serían invisibles entre los senos de las olas. Ni siquiera el radar podría distinguirlos de las crestas del oleaje. Durante la última milla tendrían que darse prisa porque el amanecer no estaba lejos.

Ahora también él podía oler la tierra. No era un olor concreto, sino algo nuevo que le llegaba a la nariz después de pasar horas en mar abierto. Distinguía la franja blanca de las olas. Las olas tendidas amainaban y la mar se volvía más picada. «Ahora, capitán», dijo Quarrel, y Bond, mientras el sudor le caía por el mentón, remó con más fuerza y mayor cadencia. ¡Dios, qué duro era aquello!

Apenas lograban mover ahora aquel corpulento tronco de árbol que tan veloz había navegado con la vela. El agua de la proa apenas se abría a su paso con unas cabrillas. Los hombros de Bond ardían. La rodilla sobre la que se apoyaba comenzó a magullarse. Tenía las manos agarrotadas de coger el mango de un remo de plomo.

Era increíble, pero estaban aproximándose al arrecife. Se veían manchas de arena bajo el bote, en el fondo del mar. Ahora se oía el fragor de las olas.

Bordearon el arrecife buscando una abertura; a cien metros en el interior del arrecife, rompiendo en la línea de costa, se veían los destellos del agua que se metía tierra adentro. ¡El río! Así que la recalada había sido correcta. La línea de olas se rompió de repente. Vieron una sección de olas de fondo oleosas que sobrepasaban las cabezas de coral ocultas. La punta de la canoa viró enfilando el paso y se metió en él. Hubo una zozobra de agua y una serie de golpes chirriantes; con un impulso repentino entraron en aguas tranquilas por las que la canoa se deslizó lentamente, como por un espejo pulido, hacia la costa.

Quarrel dirigió el bote hacia el abrigo de un promontorio rocoso en que terminaba la playa. Bond se preguntó por qué no brillaba la playa bajo aquella escuálida luna. Cuando tocaron tierra y Bond salió entumecido de la canoa supo el porqué. La playa era negra. La arena, blanda y maravillosa al tacto de los pies, debía de estar compuesta de roca volcánica, arrojada allí a lo largo de los siglos; los pies desnudos de Bond parecían cangrejos blancos sobre ella.

Se dieron prisa. Quarrel sacó del bote tres cañas gruesas de bambú y las dejó sobre la arena. Alzaron la punta de la canoa sobre la primera e hicieron que rodara sobre los rodillos. Tras un metro de avance, Bond cogía el último rodillo y lo ponía delante. Poco a poco la canoa remontó la playa hasta que al fin llegó a la línea de la costa trasera entre las rocas, plantas exóticas y los arbustos rechonchos de uvíferas. Empujaron la canoa tierra adentro otros veinte metros hasta el comienzo del manglar. Entonces la cubrieron con algas secas y pedazos de madera arrastrados por la marea. Quarrel cortó hojas de palmera y recorrió el sendero dejado por sus huellas, barriéndolas y disimulándolas.

Todavía era de noche, pero la franja gris que se adivinaba en el este se volvería pronto de color perla. Eran las cinco de la mañana y estaban muertos de cansancio.

Intercambiaron unas cuantas palabras y Quarrel partió hacia el promontorio rocoso. Bond cavó una depresión en la arena fina y seca al pie de un espeso arbusto de uvíferas. Había unos cuantos cangrejos ermitaños junto a su lecho. Cogió todos los que encontró y los arrojó al manglar. Luego, sin importarle el resto de animales o insectos que pudieran acudir atraídos por su olor o calor, se tumbó cuan largo era en la arena y recostó la cabeza sobre un brazo.

Se durmió en seguida.



## Capítulo 8

### La Venus elegante

Bond se despertó remolón. El tacto de la arena le recordó dónde estaba. Echó un vistazo al reloj. Las diez. El sol que penetraba a través de las gruesas hojas de la uvífera ya picaba. Una sombra más grande se desplazó por la arena pardusca delante de su cara. ¿Quarrel? Bond levantó la cabeza y escudriñó por entre las hojas y la hierba que lo ocultaban de la playa. Se puso en tensión. El corazón dejó de latir un momento y comenzó a golpear con tal fuerza que tuvo que respirar profundamente para calmarlo. Sus ojos eran dos fieras ranuras que miraban con gran atención por entre las briznas de hierba.

Había una muchacha desnuda de espaldas a él, aunque no estaba completamente desnuda. Llevaba un ancho cinturón de cuero en torno a la cintura, con un cuchillo de caza en una funda de cuero sobre la cadera derecha. El cinturón hacía su desnudez extraordinariamente erótica. Estaba de pie, a no más de cuatro metros junto a la orilla del mar, mirando algo que llevaba en la mano.

Mantecía la clásica postura relajada de los cuerpos desnudos, con todo el peso apoyado en la pierna derecha, la rodilla izquierda doblada un tanto hacia dentro, y la cabeza ladeada, mientras examinaba los objetos que tenía en la mano.

Era una hermosa espalda. La piel tenía un leve color café con leche uniforme con el brillo del satén mate. La suave curva de la columna estaba dentada en profundidad, lo cual sugería unos músculos más poderosos de lo que es habitual en una mujer, y el trasero se mostraba casi tan firme y redondo como el de un chico. Las piernas eran rectas, hermosas; no se veía ningún tono rosáceo por debajo del talón levantado. No era una muchacha de color.

Tenía el cabello color rubio ceniza, cortado a la altura de los hombros, y le caía por detrás y por la mejilla en gruesas hebras mojadas. Sobre la frente llevaba unas gafas de buceo verde cuya tira de cuero le recogía el pelo por detrás.

La escena entera, la playa vacía, el verde y azul del mar, la joven desnuda con las hebras de cabello rubio, le recordaron algo a Bond. Rebuscó en su memoria. Sí, era la Venus de Botticelli vista por atrás.

¿Cómo había llegado allí? ¿Qué estaba haciendo? Bond miró a un lado y otro de la playa, que no era negra como veía ahora, sino de un marrón intenso y achocolatado. A la derecha se veía, tal vez a quinientos metros, la boca del río. La playa estaba vacía y sin nada que destacar, excepto unos pequeños objetos rosáceos desperdigados. Había muchos. Bond supuso que eran conchas de algún tipo, cuyo efecto sobre aquel fondo marrón oscuro resultaba decorativo. Miró a la izquierda, hacia donde, a unos veinte metros, comenzaban las rocas de un farallón reducido. Sí, había unos surcos de un metro o dos en la arena dejados por una canoa arrastrada

hasta la protección de las rocas. Debía de ser una canoa ligera para haberla arrastrado ella sola. O tal vez la chica no estuviera sola. Pero únicamente había una hilera de pisadas que fueran desde las rocas hasta la orilla de la playa en donde ella se encontraba ahora. ¿Vivía aquí o también había navegado desde Jamaica por la noche? Una tarea ardua para una muchacha.

Además, en el nombre de Dios, ¿qué estaba haciendo allí?

Como si le contestara, la muchacha abrió la mano derecha y tiró a la arena una docena de conchas que quedaron desperdigadas junto a ella. Eran de un color rosa intenso y a Bond le pareció que eran del mismo tipo que las que había visto en la playa. La chica miró su mano izquierda y comenzó a silbar en voz baja para sí.

Contenía una nota feliz y triunfal su silbido. Estaba bisbiseando *Marion*<sup>[6]</sup>, un lastimero calipso que habiendo sido adaptado terminó siendo famoso fuera de Jamaica. Era uno de los favoritos de Bond. Decía así:

*Día y noche, Marion,  
Sentado junto al mar, esparciendo arena...*

La joven paró para desperezarse, levantó los brazos y bostezó. Bond sonrió para sí. Se humedeció los labios y retomó el curso de la canción:

*Por el agua de sus ojos navegaría un bote,  
Con su cabello se podría atar una cabra...*

Las manos acudieron a cubrir el pecho. Los músculos del trasero se hincharon con la tensión. Escuchaba con la cabeza inclinada hacia un lado y todavía escondida por la cortina de cabellos.

Volvió a silbar con titubeo. El silbido tembló y se extinguió. Al oír la primera nota del eco de Bond, la chica se volvió con rapidez. No se cubrió el cuerpo con los dos clásicos gestos. Una mano voló hacia abajo, pero con la otra, en vez de cubrir los pechos, se tapó la cara hasta los ojos, ahora abiertos por el miedo.

—¿Quién es? —Las palabras fueron pronunciadas en un susurro aterrorizado.

Bond se puso de pie y salió de detrás del arbusto. Se detuvo en el límite de la hierba. Apartó las manos de los costados y las abrió para mostrar que no llevaba nada. Le sonrió alegremente.

—Sólo yo, otro intruso. No te asustes.

La muchacha dejó de cubrirse el rostro con la mano y empuñó el cuchillo que pendía del cinturón. Bond vio los dedos aferrarse al mango. La miró a la cara.

Ahora sabía por qué su mano se había dirigido instintivamente allí. Era un rostro hermoso, con ojos de un azul intenso bajo pestañas rubias por el sol. La boca era

amplia y cuando dejase de apretar los labios mostraría unos labios plenos. Era un rostro serio cuya mandíbula revelaba determinación; el rostro de una chica que se defiende a sí misma. Pero hubo una vez, reflexionó Bond, en que no consiguió defenderse, porque tenía la nariz rota, aplastada y torcida como la de un boxeador. Bond sintió repugnancia al ver lo que le habían hecho a aquella muchacha de tan excelsa belleza. No le sorprendía que se avergonzara de la nariz y no de los hermosos y firmes pechos que ahora apuntaban hacia él desnudos.

Los ojos de la joven lo examinaron con fiereza.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —Tenía un ligero deje jamaicano y la voz era tajante, acostumbrada a ser obedecida.

—Soy inglés y me interesan las aves.

—Oh —la voz revelaba indecisión. La mano seguía asiendo el cuchillo—.

¿Cuánto hace que me vigilas? ¿Cómo has llegado aquí?

—Diez minutos, pero no más respuestas hasta que me digas quién eres tú.

—No soy nadie en particular. Vengo de Jamaica. Colecciono conchas.

—Vine en una canoa. ¿Tú también?

—Sí. ¿Dónde está tu canoa?

—Hay un amigo conmigo. Nos hemos escondido en el manglar.

—No hay huellas de que llegara una canoa.

—Hemos tenido cuidado. Cubrimos las huellas, no como tú —Bond señaló hacia las rocas—. Deberías preocuparte un poco más. ¿Usaste una vela para llegar hasta el arrecife?

—Claro. ¿Por qué no? Siempre lo hago.

—Entonces sabrán que estás aquí. Tienen un radar.

—Nunca me han cogido hasta el momento.

La chica soltó el cuchillo. Se quitó las gafas de buceo, que quedaron balanceándose en la mano. Parecía haberle tomado el pulso a Bond sintiéndose superior. Dijo con algo menos de sequedad:

—¿Cómo te llamas?

—Bond. James Bond. ¿Y tú?

Ella reflexionó:

—Rider.

—Rider, ¿qué?

—Honeychile.

Bond sonrió.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. Honeychile Rider. Es un bonito nombre.

Ella se mostró más amable:

—La gente me llama «Honey».

—Encantado de conocerte.

Aquella frase prosaica pareció recordarle su desnudez. Se ruborizó y dijo con inseguridad:

—Tengo que vestirme —Miró las conchas desperdigadas a sus pies. Era obvio que quería recogerlas. Quizá se dio cuenta de que el movimiento sería más revelador que su actitud presente. Le dijo con severidad—: No debes tocarlas mientras no esté aquí.

Bond sonrió ante aquel desafío infantil.

—No te preocupes. Cuidaré de ellas.

La muchacha lo miró dubitativa, se dio la vuelta y se encaminó muy tiesa hacia las rocas, detrás de las cuales desapareció.

Bond bajó hasta la playa y se agachó a coger una de las conchas. Estaba viva y las dos valvas se cerraban con fuerza. Parecía ser una especie de berberecho con profundas canaladuras y de un color rosa malva. En ambos bordes de la unión de la concha sobresalían unos cuernos finos, una docena a cada lado. A Bond no le pareció que fueran unas conchas muy distinguidas. La volvió a dejar cuidadosamente con las otras.

Se quedó de pie mirándolas e interrogándose. ¿De verdad las coleccionaba?

Ciertamente así lo parecía. Pero era un riesgo muy grande viajar sola en la canoa y regresar. Sin embargo, parecía ser consciente de que era un sitio peligroso.

«Nunca me han cogido hasta el momento.» Qué chica tan extraordinaria. Aquello le llegó al corazón y su cuerpo comenzó a excitarse pensando en ella. Como solía pasarle con frecuencia con las personas con deformidades, casi se había olvidado de la nariz rota. Sin saber cómo, la nariz había quedado postergada al fondo de su mente ante el recuerdo de los ojos, la boca y aquel sorprendente y hermoso cuerpo. Su actitud imperiosa y la calidad del ataque eran excitantes. ¡De qué forma había hecho amago de sacar el cuchillo para defenderse! Era como un animal cuyos cachorros estuvieran amenazados. ¿Dónde vivía? ¿Quiénes eran sus padres? Había algo en ella que mostraba estar falta de cariño, como un perro al que nadie quisiera acariciar. ¿Quién era?

Bond oyó sus pasos peinando la arena. Se volvió a mirarla. Iba casi en harapos: una camisa marrón descolorida con las mangas rotas y una falda de algodón hasta la altura de las rodillas, marrón y con parches, que se sostenía con el cinturón de cuero del cuchillo. Llevaba al hombro una mochila de lona. Parecía una joven de buena familia vestida como el salvaje Viernes.

Llegó hasta él y en seguida se agachó sobre una rodilla para recoger las conchas vivas y depositarlas dentro de la mochila.

—¿Son raras? —dijo Bond.

Ella se puso de cuclillas y levantó la vista. Estudió su cara. Aparentemente, quedó

satisfecha.

—¿Me prometes no decírselo a nadie? ¿Lo juras?

—Lo prometo —dijo Bond.

—Pues bien, sí, son raras. Muy raras. Dan cinco dólares por un espécimen perfecto en Miami. Allí es donde trato con... Se llaman *Venus Elegans*, Venus elegante —sus ojos brillaban de entusiasmo—. Esta mañana encontré lo que quería. El lecho en el cual viven —Señaló hacia el mar y añadió, con repentina precaución—: Pero nunca lo encontrarías. Está muy profundo y escondido. Dudo de que pudieras bucear a esa profundidad. Y, de todas formas —parecía contenta—, voy a limpiar todo el lecho hoy. Sólo encontrarías las conchas imperfectas si volvieras allí.

Bond se echó a reír.

—Te prometo que no te robaré ninguna. De hecho, no sé nada sobre conchas.

Te lo juro.

Ella se puso de pie, una vez finalizada la tarea.

—¿Qué me dices de esos pájaros tuyos? ¿De qué clase son? ¿También son valiosos? Tampoco se lo diré a nadie si me lo cuentas. Sólo colecciono conchas.

—Se llaman espátulas rosadas —dijo Bond—. Una especie de cigüeñas rosas con el pico plano. ¿Alguna vez las has visto?

—¡ Ah, ésas! —dijo ella con desprecio—. Antes había miles en este lugar, pero no encontrarás muchas ahora. Las asustaron y echaron de aquí.

La joven se sentó en la arena y rodeó las rodillas con los brazos, orgullosa de la superioridad de sus conocimientos y segura de que no tenía nada que temer de aquel hombre.

Bond se sentó a un metro de la muchacha. Se recostó apoyándose en un codo y se volvió hacia ella. Quería preservar la atmósfera de picnic e intentar descubrir algo más sobre esa extraña y hermosa chica. Le dijo tranquilamente:

—Vaya. ¿Qué ocurrió? ¿Quién lo hizo?

Ella se encogió de hombros con impaciencia.

—Fue la gente de aquí. No sé quiénes son. Hay un chino al que no le gustan los pájaros o algo así. Tiene un dragón que envía a perseguir los pájaros y a asustarlos. El dragón quemó los nidos. Había dos hombres que vivían con los pájaros y cuidaban de ellos. También huyeron asustados, o los mataron o algo parecido.

Todo le parecía normal a ella. Informaba de los hechos con indiferencia mientras contemplaba el mar.

—Ese dragón, ¿de qué clase es? —dijo Bond—. ¿Lo has visto alguna vez?

—Sí, lo he visto —Clavó los ojos en él y adoptó un gesto irónico como si estuviera tomándose una medicina amarga. Miró a Bond con sinceridad para hacerle partícipe de sus impresiones—. Hace más o menos un año que vengo aquí a buscar conchas y a explorar. Encontré éstas —señaló la playa— hace un mes, durante mi

última excursión. Pero he encontrado muchas otras buenas. Justo antes de Navidad me propuse explorar el río. Fui hasta el final, donde los ornitólogos tenían el campamento. Estaba todo destrozado. Se hizo tarde y decidí pasar la noche allí. A medianoche me desperté. El dragón se aproximaba no muy lejos de mí. Tenía dos grandes ojos brillantes y un largo hocico, con unas alas cortas y una cola en punta. Era negro y dorado —Frunció el ceño al ver la expresión del rostro de Bond—. Había luna llena, pude verlo con claridad. Pasó a mi lado. Hacía un ruido parecido a un rugido. Atravesó la marisma y fue hacia un manglar tupido; trepó con facilidad por los arbustos y siguió su curso. Se levantó toda una bandada de pájaros delante de él y de repente salió fuego de su boca y quemó a muchos de ellos, junto con todos los árboles en los que anidaban. Fue horrible. La cosa más horrible que jamás he visto.

La muchacha se volvió de lado y estudió el rostro de Bond. Volvió a sentarse mirando al frente y contempló el mar con obstinación.

—Veo que no me crees —le dijo con una voz tensa y furiosa—. Eres uno de esos de la ciudad que no se cree nada. ¡Bah! —Hizo un gesto de disgusto.

Bond le dijo en tono conciliador:

—Honey, no hay dragones en el mundo. Viste algo que se parecía mucho a un dragón. Simplemente me preguntaba qué sería.

—¿Cómo sabes que no hay dragones? —Ahora la había hecho enfadar de verdad—. Nadie vive en este extremo de la isla. Podría haber sobrevivido fácilmente aquí. De todas formas, ¿crees saber muchas cosas sobre animales e insectos? He vivido con serpientes y animales desde que era una niña. Sola.

¿Alguna vez has visto a una mantis religiosa comerse su pareja después de haber hecho el amor? ¿Alguna vez has visto el baile de la mangosta? ¿O el baile de un pulpo? ¿Qué longitud tiene la lengua de un colibrí? ¿Alguna vez has tenido de mascota una serpiente que llevara una campana en torno al cuello para hacerla sonar y despertarte? ¿Has visto a un alacrán sufrir una insolación y clavarse su propia uña? ¿Has visto la alfombra de flores marinas bajo el mar y de noche? ¿Sabías que un cuervo huele un lagarto muerto a un kilómetro y medio de distancia...? —La chica había disparado estas preguntas despreciativas como estocadas de un florete. Se paró sin aliento y luego dijo descorazonada—: ¡Oh, sólo eres como los demás que vienen de la ciudad!

—Honey —dijo Bond—, escúchame. Tú sabes muchas cosas. Yo no puedo hacer nada respecto a lo de vivir en ciudades. Me gustaría saber también cosas como las que tú sabes. Sólo que no he llevado esa clase de vida. Pero sé otras cosas, como que... —Bond rebuscó en su mente. No se le ocurría nada tan interesante como lo que ella había contado, y acabó la frase con poca convicción—: como que ese chino estará esta vez más interesado en tu visita. Esta vez tratará de impedir que te escapes —Hizo una pausa y añadió—: Y por supuesto a mí también.

Ella se volvió y lo miró con interés.

—¿Por qué? Bueno, tampoco importa. Uno se esconde durante el día y huye por la noche. El ha enviado los perros en mi busca, incluso un avión, y todavía no me ha cogido. —Examinó a Bond con un nuevo interés—. ¿Es a ti a quien quiere coger?

—Sí —admitió Bond—. Eso me temo. Arriamos la vela unas dos millas antes de llegar para que el radar no nos detectara. Creo que el chino está esperando mi visita. Habrá sido avisado de la presencia de tu canoa y me apuesto lo que quieras a que pensará que era la mía. Será mejor que vaya a despertar a mi amigo y parlamentemos. Te gustará. Es de las islas Caimanes y se llama Quarrel.

La muchacha dijo:

—Vaya, siento que... —La frase se extinguió en su garganta. Las disculpas no salían fácilmente cuando uno estaba tan a la defensiva—. Pero, después de todo, no lo podía saber, ¿o sí? —Ella estudió ansiosa su rostro.

Bond sonrió a aquellos ojos azules e interrogantes. Y le dijo para calmarla:

—Claro que no podías saberlo. Es sólo mala suerte, pero también para ti. No creo que a él le preocupe mucho una chica solitaria que colecciona conchas. Da por seguro que han estudiado tus pisadas y que hallaron pruebas como éstas —señaló las conchas desperdigadas por la playa—. Pero mucho me temo que tendrá una opinión distinta respecto a mí. Ahora tratará de cazarme con todo lo que tenga. Sólo temo que te aprese en la red junto conmigo. De todas formas —Bond sonrió para tranquilizarla—, veremos lo que Quarrel tiene que decir.

Quédate aquí.

Bond se puso de pie. Fue al promontorio y comenzó a buscarlo. Quarrel se había escondido bien. Estaba tumbado en una depresión herbosa entre dos grandes rocas, medio cubierto por una tabla gris de madera de deriva. Seguía profundamente dormido, la cabeza morena sería incluso durmiendo y apoyada en el antebrazo. Bond silbó por lo bajo y sonrió cuando los ojos se abrieron por completo como los de un animal. Quarrel vio a Bond y se alzó hasta ponerse de pie, con actitud culpable. Se frotó el rostro con las manazas como si se lo lavara.

—Bueno' día', capitán —dijo—. Me párese que estaba durmiendo a pierna suelta. He soñado con aquella china.

Bond sonrió.

—Tengo algo distinto —le dijo. Se sentaron y Bond le habló de Honeychile Rider, de las conchas y el lío en el que estaban metidos—. Ahora son las nueve —Y añadió—: Tenemos que trazar un nuevo plan.

Quarrel se rascó la cabeza. Miró de reojo a Bond:

—¿Usté no querrá que no' desagamo' de esa chica? —dijo esperanzado—. No tiene que vé ná con nosotros'... —De pronto se calló. Levantó una mano para imponer silencio y escuchó con atención.

Bond aguantó la respiración. En la distancia, hacia el este, se oía un débil zumbido.

Quarrel se puso de pie de un salto.

—Rápido, capitán —dijo con urgencia—. Ya vienen.



## Capítulo 9

### Salvados por los pelos

Diez minutos más tarde la bahía estaba desierta e inmaculada. Las cabrillas rizaban las aguas quietas del interior del arrecife y se desplomaban exhaustas sobre la oscura arena, donde las conchas malvas brillaban como uñas tiradas.

Había desaparecido el montón de conchas desechadas y ya no quedaban huellas de pisadas. Quarrel había cortado ramas de manglar y, caminando de espaldas, estuvo barriendo cuidadosamente todo a su paso; allí, la arena tenía una textura distinta a la del resto de la playa. Habían arrastrado la canoa de la muchacha más adentro, entre las rocas, y la cubrieron con algas y madera de deriva.

Quarrel volvió al farallón. Bond y la muchacha estaban echados a unos centímetros el uno de la otra bajo el arbusto de uvíferas donde Bond había dormido; observaban en silencio la esquina de agua del farallón por donde aparecería el barco.

El barco debía de estar a un kilómetro y medio. Por el pulso lento de los dos motores diesel, Bond conjeturó que estaban buscando huellas de ellos por todas las anfractuosidades de la costa. Parecía un barco potente, tal vez un guardacostas. ¿Con qué tripulación contaría? ¿Quién estaría al mando de la búsqueda? ¿El Doctor No? Era poco probable. Él no se ocuparía de ese tipo de trabajo policial.

Por el oeste apareció una bandada de cormoranes volando en cuña a ras del mar que se extendía más allá del arrecife. Bond los contempló. Eran la primera muestra que veía de la colonia de guanayes situada al otro extremo de la isla. Por la descripción de Pleydell-Smith, debían de ser los exploradores a la búsqueda de los destellos plateados de las anchoas que nadaban cerca de la superficie. Seguro, porque mientras los observaba, comenzaron a retroceder en el aire para luego zambullirse en inmersiones cortas, chocando contra el agua como metralla. Casi al momento apareció una nueva hilera de aves por el oeste, luego otra y otra, que formaron un arroyo y luego un río negro y sólido de aves. Durante varios minutos oscurecieron el cielo hasta que se posaron en el mar cubriendo muchos cientos de metros cuadrados, donde graznaban, se peleaban y zambullían la cabeza bajo la superficie, recolectando en el campo sólido de anchoas como pirañas dándose un festín con un caballo ahogado.

Bond sintió un ligero codazo de la muchacha, que le hizo un gesto con la cabeza:  
—Las gallinas del chino están comiéndose el maíz.

Bond examinó aquel rostro feliz y hermoso. Parecía indiferente a la llegada de la partida de búsqueda. Para ella era sólo un juego del escondite más, similar a los que había jugado antes. Bond deseaba que no se llevara ningún susto.

El ronroneo metálico de los motores diesel era cada vez más fuerte. El barco debía de estar justo detrás del farallón. Bond echó un último vistazo a la bahía en

calma y clavó los ojos, a través de las hojas y la hierba, en el extremo del farallón situado dentro del arrecife.

Apareció el filo de una proa blanca, seguido por diez metros de cubierta pulida, un parabrisas de cristal, una cabina baja e inclinada con una sirena y un mástil romo para la radio, el atisbo de un hombre al timón, la larga caja plana de la popa y una bandera roja caída. ¿Un torpedero de los excedentes del gobierno británico?

Los ojos de Bond se pasearon por los dos hombres situados en la popa. Eran negros de piel pálida. Llevaban pantalones cortos y camisas caqui, cinturones anchos, y gorras de béisbol con visera larga hechas de paja amarilla. Estaban de pie, uno junto a otro, cogiéndose fuerte para contrarrestar el pausado oleaje. Uno de ellos sostenía un megáfono largo y negro unido a un cable. El otro manejaba una ametralladora sobre un trípode. A Bond le pareció que era una Spandau.

El hombre soltó el megáfono, que quedó balanceándose de una correa en torno al cuello. Se llevó a los ojos unos prismáticos y comenzó a barrer con ellos la playa meticulosamente. El murmullo de sus comentarios le llegó a Bond por encima del traqueteo glutinoso de los motores.

Bond vio que los ojos de los prismáticos comenzaban en el farallón y recorrían la playa. Los ojos gemelos se detuvieron en las rocas y prosiguieron. Volvió a mirar hacia las rocas. El murmullo de sus comentarios se convirtió en un parloteo atropellado. El hombre le pasó los prismáticos al servidor de la ametralladora, quien echó un rápido vistazo y se los devolvió. El vigía le gritó algo al timonel. El guardacostas se detuvo y dio marcha atrás. Ahora se hallaba, fuera del arrecife, justo a la altura de Bond y la muchacha. El vigía miró con los prismáticos hacia las rocas donde estaba escondida la canoa de la joven. De nuevo le llegó por el agua el excitado parloteo. De nuevo pasaron los prismáticos a manos del servidor de la ametralladora, el cual miró otra vez por ellos. Esta vez asintió con decisión.

Bond pensó: «Ya está. Estos hombres conocen bien su trabajo».

Bond vio al ametrallador cargar, tirando hacia atrás del cerrojo. El doble chasquido le llegó por encima del ronroneo de los motores.

El vigía levantó el megáfono y lo conectó. El eco gangoso y metálico del amplificador chasqueó y rechinó sobre el agua. El hombre se lo acercó a los labios.

La voz rugió por toda la bahía.

—¡Muy bien, amigos! Salid y nadie resultará herido.

Era una voz de pronunciación cuidada. Tenía algo de acento americano.

—Venga, amigos —atronó la voz—, ¡daos prisa! Hemos visto el sitio por donde desembarcáis en la costa. Hemos localizado el bote bajo la madera de deriva.

No somos tontos y esto no es una broma. Tranquilos. Sólo tenéis que salir con las manos en alto. No os pasará nada.

Reinó el silencio. Las aguas lamían suavemente la playa. Bond oía la respiración

de la muchacha. El distante graznido de los cormoranes les llegaba amortiguado por la distancia y el mar. Los motores ronroneaban discordantes cuando el oleaje cubría el tubo de escape y volvía a dejarlo al aire.

En silencio, Bond tiró de la manga de la joven.

—Acércate —le susurró—. Haremos un blanco menor —Sintió su calor más cerca de él. La mejilla de ella le rozaba el antebrazo. Le susurró—: Entiérrate en la arena. Revuélvete, cada centímetro es valioso.

Él también comenzó a hundir su cuerpo con cuidado en la depresión que habían agrandado con las manos. Notó que la chica hacía lo mismo. Atisbo por encima. Ahora los ojos estaban justo a ras del suelo de la parte superior de la playa.

El hombre levantó el megáfono. La voz rugió:

—Muy bien, amigos. Esto es para que veáis que no se trata de una bravata.

Levantó el pulgar. El ametrallador apuntó el arma contra la so parte superior de los manglares más allá de la playa. Sonó el rápido tableteo que Bond había oído por última vez en las líneas alemanas de las Ardenas. Las balas silbaron por encima de ellos como pichones asustados. Volvió a reinar el silencio.

Bond observó en el cielo la nube negra de cormoranes que comenzaron a volar en círculos. Sus ojos volvieron a fijarse en el barco. El ametrallador tocaba el cañón para ver si se había calentado. Los dos hombres intercambiaron unas palabras. El vigía levantó el megáfono.

—Bien, amigos —dijo con dureza—. Os hemos avisado.

Bond vio que el cañón de la Spandau giraba y apuntaba hacia abajo. El hombre iba a empezar con la canoa entre las rocas. Bond le susurró a la joven:

—Bueno, Honey. Aguanta y mantente agachada. Esto no durará mucho.

Ella le apretó el brazo con la mano. El pensó: «Pobrecilla, he sido yo quien la ha metido en esto». Se inclinó hacia la derecha para poner a cubierto la cabeza y hundió la cara en la arena.

Esta vez el estruendo fue terrorífico. Las balas aullaron al llegar a la esquina del farallón. Las esquirlas de roca cayeron sobre la playa como un enjambre de avispas. Los rebotes de las balas chiflaron como insectos y se perdieron tierra adentro. Detrás de todo se oía el martilleo continuado de la ametralladora.

Hubo una pausa. «Otro peine —pensó Bond—. Ahora nosotros.» Sintió que la muchacha se aferraba a él. El cuerpo de ella temblaba contra el suyo. Bond la atrajo hacia sí con un brazo.

El rugido de la ametralladora comenzó de nuevo. Las balas llegaron zumbando desde la orilla hacia ellos. Hubo una rápida sucesión de golpes sordos. El arbusto que los cubría quedó hecho trizas. «Fiu, fiu, fiu.» Era como si el cuero de un látigo de acero restallara al hacer pedazos el arbusto. La hojarasca cayó a su alrededor, cubriéndolos poco a poco. Bond olía el aire fresco; eso significaba que ahora estaban

al descubierto. ¿Los ocultaban las hojas y los restos? Las balas se alejaron siguiendo la costa. En menos de un minuto el tableteo paró.

El silencio tintineaba. La chica gimió en voz baja. Bond acalló su voz y la abrazó con más fuerza.

El megáfono volvió a tronar:

—Bueno, amigos. Si todavía tenéis orejas, pronto iremos a recoger los pedazos. Y traeremos los perros. Adiós por ahora.

El lento traqueteo de los motores ganó velocidad. El motor aceleró hasta ser un rugido apremiante y Bond vio entre las hojas caídas que la popa de la lancha se confundía cada vez más con el agua al alejarse hacia el este. Al cabo de unos minutos estaba fuera del alcance del oído.

Bond levantó la cabeza con cautela. La bahía estaba en calma, la playa incólume. Todo estaba como antes, excepto por el hedor a cordita y el olor agrio de la piedra astillada. Bond ayudó a la joven a levantarse. Había rastros de lágrimas en su rostro. Ella lo miró asustada y dijo con solemnidad:

—Ha sido horrible. ¿Por qué lo han hecho? Podrían habernos matado.

Bond pensó que aquella chica siempre había tenido que defenderse, pero sólo de la naturaleza. Conocía el mundo de los animales, los insectos y los peces, aprendiendo lo mejor de ellos. Pero había vivido en un micromundo regido por el sol, la luna y las estaciones. No conocía el gran mundo de las habitaciones llenas de humo, de los salones de los corredores de Bolsa y los lingotes, de los pasillos y las salas de espera de los ministerios, de las citas furtivas en bancos de parques; no conocía la lucha por el poder y el dinero de los hombres poderosos. No sabía que la habían sacado del charco en la roca y había caído en aguas turbias.

—Ya pasó, Honey —le dijo—. Son sólo un grupo de hombres malos que nos están asustando. Te portaste estupendamente, con mucho valor. Ahora, vamos.

Buscaremos a Quarrel y trazaremos un plan. Además, es hora de comer algo.

¿Qué comes durante estas expediciones?

Dieron la vuelta y caminaron por la playa hacia el farallón. Al cabo de un minuto ella dijo con la voz ya controlada:

—Hay mucha comida por ahí, sobre todo erizos de mar. Y también plátanos salvajes y otras cosas. Como y duermo durante dos días antes de venir aquí. No necesito nada.

Bond la atrajo más cerca de él. Soltó el brazo cuando Quarrel apareció en la línea del horizonte. Quarrel descendió entre las rocas. Se paró mirando hacia abajo. Ellos se acercaron hasta él. La canoa de la chica casi había sido serrada en dos por las balas. La joven soltó un grito y miró a Bond con desespero.

—¡Mi barca! ¿Cómo voy a volver ahora?

—No se preocupe, señóita —Quarrel comprendía mejor que Bond la pérdida de

una canoa. Dio por supuesto que representaba la mayor parte del capital de la chica —. El capitán le conseguirá otra y volverá con nosotros'. Tenemo' un buen bote entre lo' manglare'. No ha sío dañado, he ido a verlo —Quarrel miró a Bond.

Ahora su rostro mostraba preocupación—. Capitán, ya ve lo que le desía sobre eso' tipo". Son duro' y saben lo que hasen. Lo' perro' de lo' que hablaban son sabueso' polisía'; Pinschers lo' llaman. Uno' malnasíos. Mi' amigo' disen que hay una jauría de veinte o má'. Mejó que pensemo' un plan rápido... y que sea bueno.

—Está bien, Quarrel. Pero primero tenemos que comer algo. Y que me aspen si me van a hacer huir de la isla antes de haberle echado un buen vistazo. Nos llevaremos a Honey con nosotros —Se volvió hacia la chica—. ¿Estás bien, Honey?

Estarás segura con nosotros. Más tarde nos iremos a casa juntos.

La joven lo miró llena de dudas.

—Supongo que no hay alternativa. Me gustaría ir con vosotros, si no fuera un estorbo. No quiero nada de comer. Pero ¿me llevaréis a casa tan pronto como podáis? No quiero ver más a esa gente. ¿Cuánto tiempo vais a estar mirando esos pájaros?

Bond dijo a modo de evasiva:

—No mucho. Tengo que descubrir lo que pasó y por qué. Entonces nos iremos —Miró su reloj—. Son las doce. Espera aquí. Date un baño o lo que quieras, pero no te muevas ni dejes huellas por ahí. Vamos, Quarrel, será mejor que escondamos el bote.

Dio la una antes de que estuvieran listos. Bond y Quarrel llenaron la canoa de piedras y arena hasta que se hundió en un charco entre los manglares. Borraron las huellas. Las balas habían dejado tantos restos más allá de la playa que podían caminar casi todo el rato sobre hojas y ramas rotas. Se comieron una de las raciones —ellos con avidez y ella sin ganas—, treparon por las rocas y avanzaron por las aguas someras. Anduvieron con dificultad por los bajíos hacia la boca del río, a unos trescientos metros más allá de la playa.

Hacía mucho calor. Un viento tórrido y áspero se había levantado en el noroeste. Quarrel dijo que ese viento soplaba a diario durante todo el año. Era vital para la guanera, porque secaba el guano. Los destellos del mar y de las hojas verdes brillantes de los manglares eran cegadores. Bond estaba satisfecho por haberse preocupado de tostar su piel al sol.

Había una barra de arena en la boca del río y una larga y profunda poza de aguas estancadas. Podían mojarse la ropa o desnudarse. Bond le dijo a la muchacha:

—No es momento para sentir vergüenza. Nos dejaremos puestas las camisas por el sol. Lleva lo que sea sensato y camina detrás de nosotros.

Sin esperar su contestación, los dos hombres se quitaron los pantalones.

Quarrel los enrolló y guardó en la mochila junto con las provisiones y el revólver de Bond. Avanzaron por la poza, Quarrel delante, luego Bond y luego la chica. El agua llegaba hasta la cintura de Bond. Un gran pez plateado saltó fuera del agua y

cayó con un chapoteo. Se veían flechas en la superficie donde otros peces huían a su paso. «Tarpones», comentó Quarrel.

La poza convergía en un cuello angosto por encima del cual los manglares se tocaban. Durante un rato avanzaron por aquel túnel fresco hasta que el río se ensanchó formando un lento canal profundo que serpenteaba hacia arriba por entre las gigantescas patas de araña de los manglares. El fondo era fangoso y a cada paso los pies se hundían en el cieno. Se agitaban pececillos o camarones que huían de sus pies y a cada momento tenían que pararse a apartar las sanguijuelas antes de que se prendieran. Por lo demás, el avance era fácil y tranquilo, fresco entre los arbustos; por lo que a Bond se refería, era una bendición no estar expuestos al sol.

Pronto, a medida que se alejaron del mar, comenzó a oler mal: era el olor a huevos podridos y a hidrógeno sulfuroso de los miasmas. Los mosquitos y las pulgas comenzaron a picarles. Les gustaba la carne fresca de Bond. Quarrel le dijo que se sumergiera en el agua del río. «Le' gusta la carne salá», explicó divertido.

Bond se quitó la camisa e hizo lo que le habían dicho. La cosa fue mejor y al cabo de un rato hasta la nariz de Bond se había acostumbrado a los miasmas, excepto cuando los pies de Quarrel reventaban alguna antigua bolsa de gas en el barro y del fondo subía una burbuja con solera que explotaba apestando bajo sus narices.

Los manglares comenzaron a clarear y el río se abrió lentamente. El agua era menos profunda y el fondo más firme. Pronto se abrieron las márgenes al doblar una curva. Honey dijo:

—Es mejor que ahora tengamos cuidado. Será más fácil que nos vean. El curso sigue así durante un kilómetro y medio. Luego el río se estrecha hasta el lago. Allí está el arenal en que vivían los ornitólogos.

Se detuvieron a la sombra del túnel de manglares y se asomaron. El río serpenteaba lentamente hacia el centro de la isla. Las orillas, bordeadas de bambú y uvíferas, sólo proporcionaban protección a medias. Más allá de la orilla occidental, el terreno ascendía poco a poco, luego abruptamente, hasta el pan de azúcar formado por la guanera a unos tres kilómetros.

Alrededor del pie de la montaña se veían cabañas metálicas prefabricadas y desperdigadas. Una pista plateada en zigzag descendía por la falda del monte hacia las cabañas: era la línea férrea de un ferrocarril Decauville<sup>[7]</sup>; Bond supuso que para llevar el guano desde las excavaciones hasta la trituradora y el separador. La cumbre de pan de azúcar era blanca, como si estuviera nevada. Del pico se levantaba una nube de humo de polvo de guano. Bond veía los puntos negros de los cormoranes contra el fondo blanco. Se posaban y levantaban el vuelo como abejas en una colmena.

Bond contempló aquella distante montaña resplandeciente de excremento de ave. ¡Así que ése era el reino del Doctor No! Bond pensó que nunca había visto un paisaje

tan desolado en su vida.

Estudió el terreno entre el río y la montaña. Parecía estar formado de coral gris muerto y roturado, donde había algo de tierra, por la maleza y los pandanes. No había duda de que una carretera o una pista descendía por la falda de la montaña hasta el lago central y las marismas. La idea de cruzarlo de otra forma no parecía muy halagüeña. Bond se dio cuenta de que toda la vegetación se inclinaba hacia el oeste. Se imaginó lo que sería vivir todo el año con aquel viento caliente recorriendo constantemente la isla, y el olor de los miasmas y el guano. Ningún penal podía ser peor que aquello.

Bond miró al este. Allí los manglares y la marisma parecían más hospitalarios.

Emprendieron la marcha por una alfombra verde y sólida hasta donde se perdía su contorno en la nube de calor reverberante del horizonte. Por encima de ellos, las espesas olas de pájaros se levantaban y posaban y volvían a levantarse. Les llegaban su chillidos traídos por el viento áspero.

La voz de Quarrel interrumpió los pensamientos de Bond:

—Ya vienen, capitán.

Bond siguió los ojos de Quarrel. Un enorme camión se alejó con rapidez de las cabañas, levantando polvo bajo sus ruedas. Bond lo siguió durante diez minutos hasta que desapareció entre los manglares en la cabeza del río. Prestó atención. El ladrido de los perros les llegó traído por el viento.

—Vendrán río arriba, capitán —dijo Quarrel—. Saben que no podemos moverlo a no sé río arriba, asumiendo que no estemos muertos. Seguramente bajarán por el río hasta la playa a buscar nuestro pedaso. Lo más probable es que el barco vaya con un bote neumático y se lleve a lo' hombre' y lo' perro'. Al menos, eso es lo que haría yo en su lugar.

—Eso es lo que hacen cuando me buscan —dijo Honeychile—. No hay problema. Se corta una caña de bambú y cuando se acercan se sumerge uno en el agua y se respira por el bambú hasta que pasen.

Bond sonrió a Quarrel y le dijo:

—Qué te parece si cortas el bambú mientras yo busco un buen macizo de manglares.

Quarrel asintió indeciso. Partió río arriba hacía la espesura de bambú. Bond se dio la vuelta y entró de nuevo en el túnel de manglares.

Bond evitaba mirar a la muchacha. Ella le dijo con impaciencia:

—No tienes por qué tener tanto cuidado de mirarme. De nada vale preocuparse de estas cosas en un momento como éste. Eso es lo que tú dijiste.

Bond se dio la vuelta y la miró. La camisa andrajosa llegaba a flor de agua. Más abajo, atisbaba la mancha pálida y temblorosa de sus piernas. Su hermoso rostro le sonreía. Entre los manglares la nariz rota resultaba apropiada en su salvajismo.

Bond la miró con detenimiento. Ella comprendió. Él se dio la vuelta y fue río abajo seguido por ella.

Bond encontró lo que buscaba: una abertura en el muro de manglares que parecía ahondarse.

—No rompas ni una rama —dijo, y agachando la cabeza se internó.

El canal continuaba diez metros más. El cieno bajo sus pies era cada vez más profundo y blando. Luego había un muro sólido de raíces donde no se podía avanzar más. Las aguas parduscas fluían con lentitud por una poza ancha y plácida. Bond se paró. La joven se acercó a él.

—Esto sí que es un juego del escondite de verdad —dijo temblorosa.

—Así es.

Bond pensó en su revólver. Se preguntaba si funcionaría bien después del baño en el río; ¿cuántos perros y hombres podría abatir si los descubrían? Sintió un escalofrío de inquietud. Había sido mala pata encontrarse a la chica. En combate, quisiera o no, una chica es un corazón extra. El enemigo tenía dos dianas en vez de una.

Bond recordó su sed. Cogió agua en el cuenco de las manos. Era salobre y de sabor terroso. No estaba mala. Bebió un poco más. La muchacha le impidió, interponiendo una mano, que tomara más.

—No bebas mucho. Enjuágate la boca y escupe. Podrías coger fiebres.

Bond la miró en silencio. Hizo como le pedía.

Quarrel silbó desde algún punto en la corriente principal. Bond le contestó y volvió sobre sus pasos por el canal. Quarrel salpicó las raíces de los manglares con agua en los puntos en que sus cuerpos podían haberlas rozado.

—Matará nuestro oló —explicó brevemente. Sacó un manojo de cañas de bambú y comenzó a desbrozarlas y cortarlas.

Bond revisó el revólver y la munición de repuesto. Se quedaron quietos en la poza para no remover más el fango.

La luz del sol se colaba por el tupido techo de hojas. Los camarones les mordisqueaban los pies con suavidad. La tensión aumentaba en aquel silencio tórrido.

Casi fue un alivio oír el ladrido de los perros.



## Capítulo 10

### El rastro del dragón

La partida de búsqueda avanzaba rápido río abajo. Los dos hombres en bañador y con botas de pescador tenían que correr para seguir a los perros. Eran fornidos chinos negros que llevaban pistoleras cruzándoles el pecho desnudo y sudoroso.

De vez en cuando intercambiaban gritos que en su mayoría eran palabrotas. Por delante de ellos la jauría de enormes Doberman Pinschers nadaban y forcejeaban en el agua, ladrando con excitación. Tenían un rastro y tiraban enloquecidos, con las orejas en forma de rombo erectas sobre aquellas cabezas lisas de serpiente.

—¡Tal ves sea un jodido cocodrilo! —chilló el hombre en cabeza por encima de la algarabía. Llevaba un látigo corto como un montero en un coto de caza.

El otro hombre se le acercó y gritó con excitación:

—Te apuesto lo que quiera' a que e' el jodido inglés. Seguro que está agasapao en lo' manglare'. Cuida que no no' tienda una jodida emboscada —El hombre sacó el arma de la pistolera y se la puso bajo la axila con la mano asiendo la culata.

Se acercaban al final del río abierto y entraban en el túnel de manglares. El primero de ellos tenía un silbato. Sobresalía en aquella cara ancha como la colilla de un cigarro. Cuando los perros quisieron seguir, descargó el látigo a uno y otro lado. Los perros se contuvieron, gimiendo, mientras la plácida corriente los forzaba a desobedecer las órdenes. Los dos hombres sacaron las pistolas y avanzaron lentamente por el agua río abajo a través de las patas caóticas de los manglares.

El hombre en cabeza llegó hasta la estrecha abertura que Bond había hallado.

Agarró un perro por el collar y lo hizo entrar en el canal. El perro resopló de impaciencia y pataleó hacia adelante. Los ojos del hombre escudriñaron las raíces de los manglares a ambos lados del canal por si estaban arañados. El perro y el hombre se adentraron en la poza cerrada al extremo del canal. El hombre miró a su alrededor con disgusto. Cogió al perro por el collar y tiró de él hacia atrás. El perro se mostraba reacio a salir de allí. El hombre restalló el látigo en el agua.

El segundo hombre había estado esperando a la entrada del canalillo. El primero salió. Negó con la cabeza y siguieron corriente abajo; los perros, ahora menos nerviosos, abrían la marcha.

Lentamente, el ruido de la partida disminuyó y se desvaneció.

Durante cinco minutos nada se movió en la poza de los manglares, hasta que, en una esquina, entre las raíces, fue saliendo poco a poco del agua un delgado periscopio de bambú. Emergió la cabeza de Bond, la frente cubierta de pelo mojado, como la cara de un cadáver saliendo a la superficie. Bajo el agua, en la mano derecha, tenía el revólver listo. Escuchó con atención. Reinaba un silencio sepulcral, ni un solo sonido. ¿O sí? ¿Qué era ese susurro que llegaba de la corriente principal? ¿Era alguien que

avanzaba por el agua en silencio absoluto siguiendo a la partida? Bond extendió los brazos a ambos lados y tocó con suavidad los otros dos cuerpos sumergidos entre las raíces en el borde de la poza.

Cuando emergieron las dos cabezas, se llevó un dedo a los labios. Era demasiado tarde. Quarrel había tosido y escupido. Bond hizo un gesto de contrariedad y les señaló con urgencia la corriente principal. Todos escucharon. El silencio era absoluto.

Entonces prosiguió el suave susurro. Quienquiera que fuese estaba entrando en el canal lateral. Los tubos de bambú volvieron a las tres bocas y las cabezas se volvieron a sumergir sin ruido.

Bajo el agua, Bond descansó la cabeza en el cieno, se pinzó la nariz con la mano izquierda y cerró los labios sobre el tubo. Sabía que la poza ya había sido inspeccionada una vez. Había sentido la alteración del perro nadando. Aquella vez no habían dado con ellos. Si este explorador se fijaba en la mancha pardusca más oscura, ¿dispararía o clavaría algo allí? ¿Y con qué armas contaba? Bond decidió no correr riesgos. Al primer movimiento en el agua a su alrededor, se pondría de pie, dispararía y ojalá que todo saliera bien.

Bond se tumbó y puso sus sentidos alerta. ¡Qué infernal era la respiración controlada y qué enloquecedor resultaba el mordisqueo de los camarones! Era una suerte que ninguno tuviera una herida, porque aquellos malditos bichos se habrían cebado en ella. Fue una brillante idea la de la muchacha. De otra forma, los perros habrían dado con ellos dondequiera que estuviesen escondidos.

De pronto, Bond se encogió. Una bota de goma le había pisado el tobillo y había resbalado. ¿Creería el hombre que se trataba de una rama? Bond no podía arriesgarse. Cogiendo impulso, se proyectó hacia arriba y escupió la caña de bambú.

Bond se hizo cargo rápidamente de que tenía un cuerpo enorme casi encima de él y vio el movimiento de la culata de un rifle. Levantó el brazo izquierdo para proteger la cabeza y sintió el golpe sobre el antebrazo. Al mismo tiempo le apuntó con la mano derecha y, cuando el cañón del revólver tocó el reluciente pectoral derecho bajo la aureola sin vello, apretó el gatillo.

El retroceso de la explosión, estorbado por el cuerpo del hombre, casi le rompió la muñeca, pero el hombre salió despedido hacia atrás como un árbol tronchado en el agua. Bond llegó a atisbar el desgarro en el costado mientras el hombre se hundía. Las botas de pescador de goma se agitaron en el agua y la cabeza, la cabeza de un chino negro, salió a la superficie con los ojos hacia arriba y el agua brotando del grito silencioso de aquella boca. Luego, la cabeza volvió a hundirse y no hubo nada más que el turbión de cieno y una mancha de sangre que aumentaba de tamaño lentamente y que comenzaba a ser arrastrada por la corriente.

Bond se estremeció. Se dio la vuelta. Quarrel y la chica estaban de pie detrás de él, chorreando agua. Quarrel sonreía de oreja a oreja, pero la joven se había llevado

los dedos a la boca y los ojos contemplaban, helados por el horror, el agua enrojecida.

—Lo siento, Honey —dijo Bond con sequedad—. Tuve que hacerlo. Nos había descubierto. Vamos, en marcha.

La cogió sin miramientos por el brazo y tiró de ella lejos de allí hacia la corriente principal; sólo paró cuando llegaron al río abierto a la entrada del túnel de manglares.

El paisaje volvía a estar despejado. Bond miró el reloj. Se había parado a las tres. Miró el sol en el oeste. Debían de ser las cuatro. ¿Cuánto les quedaba por recorrer? Bond se sintió súbitamente cansado. Ahora lo había echado todo a perder. Aunque no oyeran el disparo, aunque lo hubiera silenciado el cuerpo del hombre y los manglares, lo echarían en falta cuando los otros lo esperaran, si es que Quarrel había adivinado bien, en la boca del río para ser conducidos a la lancha. ¿Volverían a subir río arriba a buscar al desaparecido? Probablemente no.

Oscurecería antes de que supieran con certeza que faltaba. Enviarían una partida de búsqueda por la mañana, los perros encontrarían pronto el cuerpo, y luego ¿qué?

La muchacha le tiró de la manga y le dijo enfadada:

—Es hora de que me digas de qué va todo esto. ¿Por qué todo el mundo intenta matarse? ¿Quién eres tú? No me creo toda esa historia de los pájaros. No se trae un revólver para estudiar a los pájaros.

Bond miró aquellos ojos abiertos y enfadados.

—Lo siento, Honey. Me temo que te he metido en un buen follón. Te lo contaré todo esta noche cuando lleguemos al campamento. Es sólo mala suerte que te hayas visto mezclada en todo esto. Tengo montada una especie de guerra con esta gente. Parece ser que quieren matarme. En este momento, sólo me interesa que salgamos de la isla sin que nadie más resulte herido. Ya sé lo suficiente para irme y volver la próxima vez por la puerta principal.

—¿Qué quieres decir? ¿Eres una especie de policía? ¿Acaso intentas enviar a ese chino a la cárcel?

—Algo así—Bond le sonrió—. Al menos estás en el bando de los buenos. Y ahora dime. ¿Cuánto queda para el campamento?

—Ah, más o menos una hora.

—¿Es un buen sitio para esconderse? ¿Podrían encontrarnos con facilidad?

—Tendrían que cruzar el lago y remontar el río. No pasará nada mientras no envíen el dragón a por nosotros. Puede ir por el agua. Le he visto hacerlo.

—Bueno —dijo Bond con diplomacia—, esperemos que tenga una herida en la cola o algo así.

—Muy bien, señor sabelotodo —resopló la joven—. Espera y verás —le dijo enfadada.

Quarrel salió aplastando los manglares. Llevaba un rifle consigo y dijo a modo de disculpa:

—No no' hará ningún daño tené otra arma, capitán. Me huelo que podremo' nesesarla.

Bond la cogió. Era una carabina Remington calibre 7,62 mm del Ejército de Estados Unidos. Esa gente, no había duda, contaba con el equipo adecuado. Se la devolvió.

Quarrel se hizo eco de sus pensamientos.

—Esa gente e' astuta, capitán. Ese hombre debía ir detrás de lo' otro' moviéndose sigilosamente para pillarno' saliendo cuando lo' perro' hubieran pasao. Ese Docto e' una mangosta taimada.

—Debe de ser todo un personaje —dijo Bond, pensativo y desechando aquellos pensamientos con un gesto—. Ahora, sigamos. Honey dice que queda otra hora hasta el campamento. Será mejor que vayamos por la orilla izquierda para tener toda la protección que nos brinde la montaña. Por lo que sabemos, tienen los ojos vueltos hacia aquí.

Bond le dio el revólver a Quarrel, quien lo guardó en la mochila empapada. Se pusieron en marcha de nuevo con Quarrel a la cabeza y Bond y la chica caminando juntos.

El bambú y los arbustos de la costa oeste les daban algo de sombra, pero tenían que enfrentarse a la fuerza de aquel viento tórrido. Se mojaron los brazos y la cara para refrescar las quemaduras. Los ojos de Bond estaban inyectados en sangre por el resplandor y el brazo le dolía lo indecible en el punto en que lo había golpeado la culata del rifle. Tampoco es que tuviera muchas ganas de cenar pan, queso y jamón mojados. ¿Cuánto tiempo podrían dormir? No había dormido mucho la última noche. El panorama no se presentaba muy halagüeño. ¿Y la muchacha? No había dormido nada. Quarrel y él tendrían que montar guardia y vigilar. Y al día siguiente, vuelta a los manglares para avanzar lentamente de vuelta a la canoa atravesando la parte este de la isla. Y a navegar toda la noche siguiente, Bond pensó en la perspectiva de abrirse paso a machetazos durante siete kilómetros a través de manglares sólidos. ¡Menuda perspectiva! Bond siguió avanzando penosamente, pensando en «las vacaciones al sol» de M. No le cabía duda de que daría algo por que M estuviera ahora compartiendo aquello con él.

El río se estrechó hasta ser sólo un arroyo entre los macizos de bambú.

Entonces se abrió en un estuario liso de marismas, más allá de las cuales los siete kilómetros cuadrados de un lago somero se alejaban hacia el otro lado de la isla formando un espejo azul grisáceo ondulado. Aún más lejos, se veía brillar la pista de aterrizaje y los destellos del sol sobre un hangar solitario. La joven le dijo que siguiera hacia el este y se abrieron camino con lentitud entre los arbustos.

De pronto, Quarrel se detuvo con la cara apuntando hacia adelante, como la de un perro de caza, y se quedó mirando el terreno pantanoso delante de él. Dos profundos

surcos paralelos se abrían en el barro, con otro surco más liviano en el centro. Eran las huellas de algo que había descendido de las colinas y había atravesado la marisma hacia el lago.

—Aquí ha estado el dragón —dijo la joven con indiferencia.

Quarrel se volvió hacia ella poniendo los ojos en blanco.

Bond siguió con detenimiento las huellas. Las exteriores eran muy lisas con una curva indentada. Podrían haber sido dejadas por ruedas, pero eran enormes, de al menos sesenta centímetros de ancho. La huella central era del mismo tipo, pero sólo de unos nueve centímetros, del ancho de un neumático de coche. Entre las huellas no había rastro de pisadas y eran bastante frescas. Avanzaban en una línea recta continua y los arbustos a su paso estaban aplastados contra el suelo como si un tanque hubiera pasado por encima.

Bond no podía imaginarse qué clase de vehículo, si es que era un vehículo, había dejado esas huellas. Cuando la muchacha le dio un codazo y le susurró con fiereza «Te lo dije», el sólo dijo pensativo:

—Bueno, Honey, si no es un dragón, es otra cosa que jamás he visto.

Más adelante, ella le tiró con urgencia de la manga.

—Mira —susurró. Señaló hacia adelante un gran macizo de arbustos junto al cual corrían las huellas. Estaban sin hojas y ennegrecidos. En el centro se veían los restos carbonizados de nidos de pájaros—. Les echó el aliento —dijo ella con excitación.

Bond se acercó a los arbustos y los examinó.

—Desde luego —admitió. ¿Por qué habría sido quemado ese macizo en concreto? Todo era muy extraño.

Las huellas giraban bruscamente hacia el lago y desaparecían en el agua. A Bond le hubiera gustado seguir las huellas, pero era impensable dejar aquella protección.

Siguieron andando, sumido cada uno en sus pensamientos.

Lentamente, el día comenzó a morir detrás del pan de azúcar; por fin la chica señaló delante, entre los arbustos, un largo banco de arena que se adentraba en el lago. Había arbustos espesos de uvíferas a lo largo de aquella columna de arena y, a medio camino, tal vez a cien metros de la orilla, estaban los restos de una cabaña con techo de paja. El aspecto del lugar era lo suficientemente acogedor como para pasar la noche y estaba bien protegido por el agua por ambos lados. El viento había amainado y el agua era serena y acogedora. ¡Cuán celestial iba a ser quitarse las camisas sucias y lavarse en el lago y, después de pasar horas chapoteando entre el barro y el hedor del río y la marisma, poder tumbarse sobre aquella arena seca y dura!

El sol brillaba con tonos amarillos y se hundió detrás de la montaña. El día se mantenía vivo en la punta este de la isla, pero la sombra negra del pan de azúcar fue extendiéndose con lentitud por el lago y pronto llegaría hasta allí matando la luz. Las ranas comenzaron a croar, más alto que en Jamaica, hasta que el denso crepúsculo se

llenó de sus gritos estridentes. En el lago un gigantesco sapo toro comenzó a llamar a la hembra. El siniestro sonido estaba a medio camino entre un tam-tam y el chillido de un mono. Enviaba mensajes cortos que quedaban estrangulados repentinamente. Al poco rato, guardó silencio. Había encontrado lo que quería.

Alcanzaron el cuello del arrenal y avanzaron en fila india por aquel camino angosto. Llegaron al claro con los restos aplastados de la cabaña de sebo. Las misteriosas huellas salían de ambos márgenes y atravesaban el claro hasta los arbustos cercanos como si aquella cosa, fuera lo que fuese, hubiera arramblado con el lugar. Muchos arbustos estaban quemados o chamuscados. Quedaban los restos de una hoguera hecha con trozos de coral y unas cuantas cacerolas desperdigadas y latas vacías. Buscaron entre los restos y Quarrel desenterró dos latas sin abrir de judías con jamón Heinz. La chica encontró un saco de dormir arrugado, y Bond, un monedero de piel que contenía cinco billetes de un dólar, tres libras jamaicanas y unas monedas. Los dos hombres, no cabía duda, se habían ido con prisas.

Dejaron aquel sitio y prosiguieron hasta un pequeño claro arenoso. Entre los arbustos vieron luces titilantes reflejadas en el agua, que procedían de la montaña, tal vez a unos tres kilómetros. Hacia el este no había nada más que el brillo negro y apagado del agua bajo el cielo oscurecido.

—Mientras no encendamos ningún fuego —dijo Bond—, estaremos bien aquí.

Lo primero es darse un buen baño. Honey, para ti el resto del arrenal y para nosotros el extremo. Te veré en la cena dentro de media hora.

—¿Te vestirás para la ocasión? —se rió la joven.

—Por supuesto —dijo Bond—. Con pantalones.

—Capitán —dijo Quarrel—, mientras haya luz abriré esta lata y prepararé todo pá la noche —Rebuscó en la mochila—. Tome lo' pantalone' y el revólver. El pan no sabe mu bien, pero sólo está mojao. Se puede comé y quisá esté seco po la mañana. Creo que será mejó comé la' lata' esta noche y dejá el queso y el jamón. La' lata' pesan y tenemo' mucho que andá mañana.

—Está bien, Quarrel —dijo Bond—. Te dejo escoger el menú.

Cogió el revólver y los pantalones húmedos y fue hasta las aguas someras retrocediendo por el camino de ida. Halló un tramo de arena dura y seca, se quitó la camisa, se metió en el agua y se tumbó. El agua estaba buena, pero decepcionantemente caldosa. Cogió puñados de arena y se frotó con ella a modo de jabón. Entonces se tumbó y disfrutó del silencio y la soledad.

Las estrellas comenzaban a brillar con palidez, las estrellas que los habían llevado a la isla la noche anterior, hacía un siglo, las estrellas que los sacarían de allí la noche siguiente, un siglo después. ¡Menuda excursión! Pero al menos había valido la pena. Ahora tenía suficientes pruebas y testigos para ir a ver al gobernador y poner en marcha una investigación en toda regla sobre las actividades del Doctor No. No se

disparan ametralladoras contra las personas aunque sean intrusos. Y, por la misma razón, ¿qué era eso que tenía el Doctor No que había traspasado el terreno arrendado por la Audubon Society, y que había destrozado su propiedad y posiblemente dado muerte a uno de los guardas? Eso se tendría que investigar también. ¿Qué encontraría cuando volviera a la isla por la puerta principal, tal vez en un destructor, y con un destacamento de marines?

¿Cuál sería la respuesta al acertijo del Doctor No?

¿Qué trataba de ocultar? ¿De qué tenía miedo? ¿Por qué el secreto era tan importante para él hasta el extremo de asesinar una y otra vez para salvaguardarlo? ¿Quién era el Doctor No?

Bond oyó lejos un chapoteo en el agua a su derecha. Pensó en la muchacha. ¿Y quién era, por otra parte, Honeychile Rider? Eso, decidió mientras salía a tierra firme, al menos era algo que descubriría antes de acabar la noche.

Bond se puso los pantalones húmedos, se sentó en la arena y desmontó la pistola. Lo hizo guiándose por el tacto, empleando la camisa para secar cada pieza y cada cartucho. Luego montó el revólver y apretó el gatillo sobre el tambor vacío.

El sonido era saludable. Tardaría días en oxidarse. Lo cargó y enfundó en la pistolera de la cinturilla del pantalón; se levantó y caminó de vuelta al claro.

La sombra de Honey se levantó y le hizo sentarse junto a ella.

—Vamos —dijo la joven—, estamos hambrientos. He limpiado una de las cacerolas y hemos echado el contenido de las latas dentro. Hay unos dos buenos puñados para cada uno y una pelota de criquet de pan. Y no siento remordimientos por comerme vuestra comida, dado que me habéis hecho trabajar más de lo que hubiera hecho de estar sola. Toma, pon la mano.

Bond sonrió ante la autoridad de su voz. Sólo llegaba a distinguir su silueta en el crepúsculo. Su cabeza parecía más lustrosa. Se preguntó qué aspecto tendría su cabello cuando estuviera peinado y seco. ¿Cómo sería cuando llevara ropa limpia sobre aquel precioso cuerpo dorado? Se la imaginaba entrando en una habitación o recorriendo el césped de Beau Desert. Sería un hermoso y cautivador patito feo.

¿Por qué no se había arreglado la nariz? Era una operación sencilla. Entonces sería la muchacha más hermosa de Jamaica.

El hombro de ella lo rozaba. Bond extendió la mano sobre su regazo, abierta.

Ella se la cogió y Bond sintió el engrudo frío de judías sobre la mano.

De repente le llegó su cálido olor animal. Era tan sensual que su cuerpo se apoyó en el de ella y por un momento sus ojos se cerraron.

Ella soltó una risita en la que se mezclaba la timidez, la satisfacción y la ternura. Le dijo en tono maternal «Toma», le apartó su mano y se la devolvió.

## Capítulo 11

### Entre cañas ajenas

Debían de ser cerca de las ocho, pensó Bond. Aparte del croar de fondo de las ranas, todo estaba en silencio. En la esquina lejana del claro veía la oscura silueta de Quarrel. Se oyó un ruido metálico sordo cuando desmontó y secó la Remington.

Entre los arbustos, las luces amarillas distantes de la guanera trazaban sendas festivas sobre la superficie oscura del lago. El bochorno se había calmado y el espantoso escenario quedaba ahogado en la oscuridad. Estaba refrescando. La ropa de Bond se había secado sobre la piel. Los tres puñados de comida le habían calentado el estómago. Se sentía cómodo, adormilado, en paz. Mañana tenían mucho camino por delante sin más dificultades que el desgaste del ejercicio físico.

De repente la vida parecía sencilla y buena.

La muchacha estaba echada junto a él dentro del saco de dormir. Yacía sobre la espalda con la cabeza apoyada entre las manos, mirando el techo de estrellas.

Sólo distinguía el charco pálido de su rostro. Ella dijo:

—James, me prometiste contarme de qué iba todo esto. No me dormiré hasta que me lo digas.

Bond se echó a reír:

—Te lo contaré si tú también me lo cuentas. Quiero saber de qué va lo tuyo.

—No me importa. No tengo secretos, pero tú primero.

—Está bien —Bond flexionó las rodillas hasta tocarse con ellas el mentón y rodeó los tobillos con los brazos—. Soy una especie de policía. Me envían desde Londres siempre que sucede algo raro en alguna parte del mundo que no es asunto de nadie. No hace mucho, un miembro del personal del gobernador de Kingston, un hombre llamado Strangways y amigo mío, desapareció. Su secretaria, una chica estupenda, también desapareció. Casi todo el mundo creyó que se habían fugado juntos, pero yo no...

Bond le contó la historia en términos sencillos, con buenos y malos, como una aventura sacada de un libro. Y concluyó:

—Ya ves, Honey, es sólo cuestión de que volvamos los tres en una canoa a Jamaica mañana por la noche, y luego el gobernador nos escuchará y mandará aquí muchos soldados para que este chino confiese. Espero que eso signifique su ingreso en prisión. Él también sabe esto y por eso intenta detenernos. Eso es todo.

Ahora te toca a ti.

—Tu vida parece muy interesante —dijo la joven—. A tu esposa no le gustará que estés lejos tanto tiempo. ¿No está preocupada por que puedas resultar herido?

—No estoy casado. La única que se preocupa por lo que pueda pasarme es mi compañía de seguros.



—Pero supongo que tendrás alguna chica —insistió ella.

—Ninguna permanente.

—¡Oh!

Hubo un silencio. Quarrel se acercó a ellos.

—Capitán. Yo haré la primera guardia si está d'acuerdo. Estaré en la punta del arenal. Vendré a despertarle hasia la medianoche. Usté hará la guardia hasta la' cinco y entonse' no' iremo'. Hay que está bien lejo' d'este lugá ante' de qu'amanesca.

—Me parece bien —dijo Bond—. Despiértame si ves algo. ¿Funciona tu arma?

—Está bien —dijo Quarrel contento—. Que duerma bien, señoíta —dijo con cierta intención, y se desvaneció sin ruido entre las sombras.

—Me gusta Quarrel —dijo la muchacha; se quedó en silencio un momento—.

¿En serio quieres saber de mi vida? No es tan emocionante como tu historia.

—Por supuesto que sí. Y no te dejes nada en el tintero.

—No hay nada que dejarse. Podrías escribir toda mi vida en el reverso de una postal. Para empezar, nunca he salido de Jamaica. He vivido toda mi vida en un lugar llamado Beau Desert, en la Costa Norte, cerca del puerto de Morgan.

Bond se echó a reír.

—Qué curioso; yo también. Al menos por el momento. Pero no te he visto por allí. ¿Vives encima de un árbol?

—Oh, supongo que habrás alquilado la casa de la playa. Nunca me acerco a aquel lugar. Vivo en la Casa Grande.

—Pero si no queda nada de ella. Sólo hay unas ruinas en medio de los campos de caña.

—Vivo en las bodegas. He vivido allí desde que tenía cinco años. La casa se quemó hasta los cimientos y mis padres murieron.

No recuerdo nada de ellos por lo que no tienes que decir que lo sientes. Al principio viví allí con mi niñera negra. Ella murió cuando tenía quince años. Los últimos cinco años he vivido sola.

—¡Dios santo! —Bond estaba horrorizado—. Pero ¿no había nadie más que cuidara de ti? ¿No dejaron tus padres ningún dinero?

—Ni un penique. —No había amargura en la voz de la chica, orgullo si acaso—. Los Rider eran una de las familias linajudas de Jamaica. Cromwell les cedió las tierras de Beau Desert por haber sido una de las familias que firmó la orden de ajusticiar al rey Carlos. Construyó la Casa Grande y mi familia vivió en ella desde entonces. Pero luego el precio del azúcar se hundió y supongo que la plantación fue mal administrada; al llegar la época en que mi familia la heredó no quedaban más que deudas, hipotecas y cosas de esas. Así que, cuando mis padres murieron, la propiedad fue vendida. No me importó, era demasiado pequeña. Nanny debió portarse estupendamente. El párroco y los abogados querían que me adoptaran, pero Nanny

cogió los muebles que no habían ardido y nos instalamos entre las ruinas; al cabo de un tiempo nadie volvió a molestarnos. Ella cosía y lavaba ropa en el pueblo, y cultivaba llantén y bananas y otras cosas, y había un gran árbol del pan junto a la vieja casa. Comíamos lo que comen los jamaicanos. También teníamos caña de azúcar por todas partes y ella cocinaba una olla de pescado de la que comíamos todos los días. Estaba bien. Teníamos suficiente para comer. Me enseñó como pudo a leer y escribir. Había un montón de libros salvados del fuego y también una enciclopedia. Empecé con la A cuando tenía ocho años; he llegado hasta la mitad de la T —Y dijo a la defensiva—: Apuesto a que sé más que tú sobre un montón de cosas.

—Estoy seguro de ello —Bond estaba absorto imaginándose a una niña de pelo pajizo correteando entre las ruinas con la vieja y obstinada negra cuidando de ella y llamándola para que estudiara sus lecciones, que debieron de ser todo un enigma para la anciana—. Tu niñera debió ser una persona extraordinaria.

—Era encantadora —Fue una afirmación rotunda—. Pensé que me moriría cuando falleció. Ya no fue tan divertido después de aquello. Antes llevaba la vida de una niña, pero de repente tuve que crecer y hacerlo todo yo misma. Los hombres trataban de cogerme y hacerme daño. Me decían que querían hacer el amor conmigo —Guardó silencio un momento—. Entonces era guapa.

—Eres una de las chicas más hermosas que he conocido —dijo Bond serio.

—¿Con esta nariz? No seas tonto.

—No lo entiendes —Bond buscó palabras que ella pudiera creer—. Está claro que todos pueden ver que tienes la nariz rota. Pero desde esta mañana, apenas lo he notado. Cuando miras a una persona, la miras a los ojos o a la boca, que es donde se manifiestan las emociones. Una nariz rota no es más importante que una oreja torcida. La nariz y las orejas son una especie de muebles del rostro. Algunas son más bonitas que otras, pero no son tan importantes como el resto de la cara.

Forman parte del paisaje del rostro. Si tuvieras una nariz tan bonita como el resto de tu cara, serías la muchacha más guapa de Jamaica.

—¿Lo dices en serio? —Su voz era apremiante—. ¿Crees que podría ser guapa?

Sé que hay partes de mí que están bien, pero cuando me miro en el espejo apenas me fijo en otra cosa que en la nariz rota. Estoy segura de que ocurre lo mismo con otras personas que son, que son... deformes.

Bond dijo con impaciencia:

—Tú no eres deforme. No digas tonterías. Y, de todas formas, te la pueden dejar bien con una sencilla operación. Sólo tienes que viajar a Estados Unidos y te la arreglarán en una semana.

—¿Cómo quieres que lo haga? —le dijo enfadada—. Tengo unas quince libras bajo una piedra en la bodega. Tengo tres faldas y tres camisas, un cuchillo y una olla para el pescado. Lo sé todo sobre esas operaciones. El médico de Port Maria lo

preguntó por mí. Es un buen hombre. Escribió a Estados Unidos. ¿Sabes que para que me la dejaran bien me costaría unas quinientas libras? Por no hablar de los gastos de ir a Nueva York, el hospital y todo lo demás —Su voz se volvió desesperanzada—. ¿Cómo esperas que reúna todo ese dinero?

Bond ya había tomado una decisión sobre lo que hacer al respecto. Ahora simplemente le dijo con ternura:

—Supongo que hay medios de conseguirlo. De todas formas, prosigue con tu historia. Es muy interesante, mucho más interesante que la mía. Te quedaste en cuando murió Nanny. ¿Qué ocurrió luego?

La joven prosiguió sin mucho entusiasmo:

—Es culpa tuya por interrumpir. Y no debes hablar de cosas que no entiendes.

Supongo que la gente te dirá que eres atractivo y consigues cuantas chicas quieres. Pero no sería así si fueras bizco o tuvieras el labio leporino o algo parecido. De hecho —Bond notó la sonrisa en su voz—, creo que iré a ver al hechicero cuando volvamos y le pediré que con un encantamiento te produzca alguna deformidad —Luego añadió sin convicción—: Así nos pareceríamos más.

Bond alargó la mano y la acarició.

—Tengo otros planes —le dijo—. Pero, vamos. Quiero oír el resto de la historia.

—Bueno —suspiró la muchacha—. Tendré que retroceder un poco. Toda la hacienda está dedicada a la caña y la vieja casa se halla en medio de la plantación.

Unas dos veces al año se corta la caña y se envía al ingenio de azúcar. Y cuando hacen esto, todos los animales e insectos que viven en los campos de caña huyen presa del pánico, porque les destruyen las casas; en su mayoría mueren. Siempre que llega la época de la recolección, algunos acuden a las ruinas de la casa a esconderse. Nanny tenía mucho miedo de las mangostas, serpientes y escorpiones, pero yo acondicioné dos de las habitaciones de la bodega para ellos.

No me asustaban y nunca me hicieron daño. Parecían comprender que cuidaba de ellos y debieron contárselo a sus compañeros o algo parecido, porque al cabo de un tiempo era normal que acudieran en tropa a las habitaciones y se acomodaran allí hasta que las cañas jóvenes hubieran comenzado a crecer. Entonces desfilaban todos fuera y volvían a vivir en los campos. Les daba cuanto alimento podía reservar mientras permanecían con nosotras, y se portaban muy bien, excepto porque olían un poco y a veces se peleaban entre ellos. Pero los tenía a todos domados y lo mismo sucedía con sus crías; podía hacer cuanto quisiera con ellos.

Por supuesto, los cortadores de caña lo descubrieron, me vieron pasear con serpientes en torno al cuello y cosas así, y se asustaron creyendo que era una hechicera. Así que nos dejaron totalmente solas —Hizo una pausa—. De esta forma es como aprendí tanto de los animales e insectos. Pasaba mucho tiempo en el mar investigando sobre sus moradores y lo mismo sucedía con los pájaros. Si sabes lo que

les gusta comer y de lo que tienen miedo, y pasas todo el tiempo con ellos, entonces se hacen tus amigos —Ella alzó la vista y lo miró—. Te pierdes muchas cosas si no conoces a los animales.

—Mucho me temo que eso me pasa a mí —dijo Bond con sinceridad—. Espero que sean más agradables e interesantes que los humanos.

—Eso no lo sé —dijo la joven, pensativa—. No conozco a muchas personas. La mayoría de las que he conocido han resultado ser odiosas, pero supongo que también pueden ser interesantes —Hizo una pausa—. Nunca había pensado en que pudieran gustarme como los animales. Exceptuando a Nanny, por supuesto.

Hasta que... —Guardó silencio y soltó una risita tímida—. Bueno, de cualquier forma todos vivimos juntos felices hasta que tuve quince años y Nanny murió y entonces las cosas se pusieron difíciles. Había un hombre llamado Mander, un hombre horrible. Era el capataz blanco de los dueños de la plantación. No dejaba de venir a verme. Quería que me fuera a vivir a su casa junto a Port Maria. Lo odiaba y me escondía cuando lo oía llegar a caballo a través de las cañas. Una noche acudió a pie y no lo oí. Estaba borracho. Entró en la bodega y forcejeó conmigo porque no quería hacer lo que él me pedía, ya sabes, las cosas que las personas enamoradas hacen.

—Sí, ya sé.

—Intenté matarlo con mi cuchillo, pero era muy fuerte; me pegó con todas sus fuerzas en la cara y me rompió la nariz. Me dejó inconsciente y entonces creo que me hizo cosas. Quiero decir que sé que las hizo. Al día siguiente quise quitarme la vida cuando me vi la cara y supe lo que me había hecho. Creí que tendría un niño.

De veras me hubiera matado si hubiera tenido un hijo de aquel hombre. De todas formas, no pasó nada. Fui al médico e hizo lo que pudo por mi nariz y no me cobró nada. No le conté nada del resto, estaba demasiado avergonzada. El hombre no volvió. Esperé sin hacer nada hasta la siguiente época de recolección. Tenía un plan. Esperaba a que llegaran las viudas negras a buscar refugio. Un día llegaron por fin. Cogí la más grande de las hembras y la encerré en una caja sin nada que comer. Las hembras son las malas. Luego esperé a que hubiera una noche oscura sin luna. Cogí la caja con la araña y caminé y caminé hasta llegar a la casa del hombre. Era una noche cerrada y tenía miedo de los extraños que pudiera encontrarme en la carretera, pero no vi a nadie. Esperé en su jardín, entre los arbustos, y vigilé hasta que se fue a la cama. Entonces trepé por un árbol y me deslicé por el balcón. Esperé allí hasta que lo oí roncar y me metí con cuidado por la ventana. Estaba desnudo en la cama bajo la mosquitera. Levanté un costado y abrí la caja agitándola hasta que la araña cayó sobre su estómago. Entonces me fui y volví a casa.

—¡Dios santísimo! —dijo Bond con reverencia—. ¿Qué le pasó?

—Tardó una semana en morir —dijo ella con alegría—. Le debió de doler

muchísimo, pues la picadura duele mucho. El hechicero dice que no hay nada que se le parezca —Hizo una pausa, y como Bond no comentara nada, ella dijo con ansiedad —: Tú no crees que hice mal, ¿verdad?

—No es algo que debas convertir en hábito —dijo Bond suavemente—, pero no puedo decir que te culpe. ¿Y qué pasó entonces?

—Bueno, volví a la normalidad —Su voz era expositiva—. Tuve que preocuparme por conseguir comida y, desde luego, todo cuanto quería era ahorrar dinero para que mi nariz volviera a ser igual de bonita que antes —Ella dijo persuasivamente—: ¿Crees que los médicos podrán hacer que vuelva a ser como antes?

—Le darán la forma que quieras —dijo Bond con seguridad—. ¿Cómo consigues el dinero?

—Fue por la enciclopedia. Decía que la gente colecciona conchas marinas y que las más raras se venden. Hablé con el maestro de la escuela local, pero sin contarle mi secreto, claro está, y descubrió que había una revista norteamericana llamada *Nautilus* para los coleccionistas de conchas. Tenía el dinero suficiente para subscribirme y comencé a buscar las conchas que la gente de los anuncios decía querer. Escribí a un distribuidor de Miami y comenzó a comprarme género. Fue emocionante. Por supuesto, al principio cometí errores graves. Creía que a la gente le gustarían las conchas más bonitas, pero no fue así; normalmente son las más feas las que prefieren. Entonces, cuando encontraba ejemplares poco comunes, los limpiaba y pulía para que tuvieran mejor aspecto. Volví a meter la pata. Querían las conchas tal y como salían del mar, con animal y todo. Así que le compré formalina al médico y se la echaba a las conchas vivas para que no olieran, y se las enviaba al hombre de Miami. Sólo empezó a irme bien hará un año y ya he ahorrado quince libras. Descubrí que ya sabía cómo querían las conchas, y con suerte, podría ganar al menos cincuenta libras al año. Entonces, dentro de diez años podré ir a Estados Unidos a operarme. Y luego —se rió complacida—, tuve muchísima suerte. Fui a Cayo Cangrejo. Ya había estado aquí antes, pero esta vez fue justo antes de la Navidad, y hallé estas conchas púrpuras. No me llamaron mucho la atención, pero envié una o dos a Miami y el hombre me contestó diciéndome que me pagaría todas las que enviase con las dos valvas a cinco dólares la concha. Me dijo que debía mantener en secreto el paradero de las conchas, pues de lo contrario, dijo él, «estropearíamos el mercado» y el precio bajaría. Es como tener una mina de oro privada. Ahora podré ahorrar el dinero en cinco años. Por eso me mostré tan cauta contigo cuando te encontré en la playa.

Creí que habías venido a robarme las conchas.

—Tú sí que me sorprendiste. Creí que eras la novia del Doctor No.

—Muchas gracias.

—Pero dime: cuando te hayas operado, ¿qué harás entonces? No puedes pasarte toda la vida viviendo en una bodega.

—He pensado en convertirme en *call-girl* —dijo ella como pudiera haber dicho «enfermera» o «secretaria».

—¿Qué quieres decir? —Tal vez hubiera oído la palabra sin comprenderla realmente.

—Una de esas chicas que tienen un bonito piso y hermosos vestidos. Ya sabes a lo que me refiero —dijo con impaciencia—. La gente las llama por teléfono, acuden, hacen el amor y les pagan por hacerlo. En Nueva York ganan cien dólares por acostarse. Allí es donde comenzaría. Por supuesto —admitió ella—, tendría que hacerlo por menos dinero al principio, hasta que aprendiera a hacerlo muy bien. ¿Cuánto pagan por las inexpertas?

Bond se echó a reír.

—No me acuerdo. Hace mucho tiempo desde la última vez.

—Sí —suspiró ella—. Supongo que tendrás todas las mujeres que quieras por nada. Supongo que sólo los hombres feos pagan. Pero no puedo hacer nada.

Cualquier otro trabajo en las grandes ciudades debe de ser horrible. Al menos se puede ganar mucho más dinero como *call-girl*. Luego volveré a Jamaica y compraré Beau Desert. Seré lo bastante rica como para buscarme un buen marido y tener hijos. Ahora que he encontrado las conchas de Venus, he calculado que podría estar de vuelta en Jamaica antes de los treinta años. ¿No es estupendo?

—Me gusta la última parte del plan. Pero no estoy tan seguro de la primera. De todas formas, ¿dónde descubriste lo de las *call-girls*? ¿Estaban en la letra C de la enciclopedia?

—Claro que no. No seas tonto. Hubo un caso muy sonado en Nueva York hará unos tres años, con un playboy famoso llamado Jelke que tenía toda una cuadrilla de chicas. Salieron muchas noticias sobre el caso en el *Gleaner*. Aparecían los precios y todo lo demás. También en Kingston hay miles de esas chicas, pero, por supuesto, no tan buenas. Sólo sacan unos cinco chelines y no tienen otro sitio para hacerlo que en la selva. Nanny me habló de ellas. Dijo que no debía volverme como ellas o sería muy infeliz, lo cual es cierto si lo hacen por sólo cinco chelines, pero por cien dólares...

—No podrías quedarte con todo el dinero —dijo Bond—. Tendrías una especie de gerente que te conseguiría los hombres, y tendrías que sobornar a la policía para que te dejara en paz. Y es fácil que fueras a la cárcel si algo saliera mal. En serio, no creo que te gustara el trabajo. Y te diré otra cosa: con todo lo que sabes de animales, insectos y demás podrías conseguir un trabajo estupendo cuidando de ellos en uno de los zoológicos de Estados Unidos. ¿Y qué me dices del Instituto de Jamaica? Estoy seguro de que te gustaría más. Y tendrías más posibilidades de encontrar un buen marido. No

debes pensar más en ser una *call-girl*. Tienes un cuerpo estupendo. Debes conservarlo para los hombres que quieras.

—Eso es lo que dicen los libros —dijo ella llena de dudas—. El problema es que no hay hombres a los que amar en Beau Desert —Ella dijo con timidez—: Eres el primer inglés con el que he hablado. Me gustaste desde el principio. No me importa decirte estas cosas. Supongo que hay muchas otras personas que me gustarían si pudiera salir de aquí.

—Claro que sí. Cientos. Eres una chica preciosa. Lo pensé nada más verte.

—Querrás decir cuando me viste el trasero —Su voz era cada vez más soñolienta, pero llena de placer.

Bond se echó a reír.

—Bueno, era un trasero estupendo. Y el otro lado también era maravilloso.

—El cuerpo de Bond comenzó a excitarse con los recuerdos. Y dijo bruscamente —■: Ahora, Honey, es hora de dormir. Ya tendremos tiempo de hablar cuando volvamos a Jamaica.

—¿Seguro? —dijo ella soñolienta—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La oyó moverse en el saco de dormir. La miró. Sólo atisbo a ver su pálido perfil vuelto hacia él. Ella emitió un profundo suspiro como el de una niña antes de dormirse.

Reinaba el silencio en el claro. Empezaba a hacer frío. Bond acostó la cabeza entre las piernas encogidas. Tenía el pensamiento lleno de los recuerdos del día y de aquella extraordinaria chica salvaje que había aparecido en su vida. Era como si un hermoso animal se le hubiera arrimado. No soltaría la correa hasta que hubiera resuelto sus problemas por ella. Lo sabía. Por supuesto, no tendría dificultad con la mayoría de esos problemas. Podría organizar la operación y, con la ayuda de amigos, le encontraría un buen trabajo y una casa. Tenía dinero. Le compraría vestidos, la llevaría a la peluquería y la iniciaría en el gran mundo. Sería divertido.

Pero ¿y qué pasaba con el otro aspecto? ¿Qué pasaba con el deseo físico que sentía por ella? No se le puede hacer el amor a una niña. Pero ¿era una niña? Su cuerpo no tenía nada de infantil ni tampoco su personalidad. Estaba totalmente desarrollada y era muy inteligente a su manera, y mucho más capaz de cuidar de sí misma que cualquier otra chica de veinte años que Bond hubiera conocido.

Los pensamientos de Bond fueron interrumpidos por un tirón en la manga.

Una voz dulce le dijo:

—¿Por qué no te duermes? ¿Tienes frío?

—No, estoy bien.

—Se está bien aquí, se está calentito en el saco de dormir. ¿Quieres meterte?

Hay mucho sitio.

—No, gracias, Honey. Estaré bien.

Hubo una pausa; luego, casi en un susurro, ella dijo:

—Si crees que.... me refiero a que no tienes que hacerme el amor... Podemos dormir reverso con anverso, ya sabes, como dos cucharas.

—Honey, cielo, duérmete. Me gustaría estar así contigo, pero no esta noche.

Además, pronto tendré que relevar a Quarrel.

—Sí, ya veo —La voz mostraba resentimiento—. Tal vez cuando volvamos a Jamaica.

—Tal vez.

—¿Prometido? No me dormiré hasta que lo hayas prometido.

—Vale, te lo prometo —dijo Bond desesperado—. Ahora, duérmete, Honeychile.

La voz susurro triunfal:

—Ahora me debes sumisión. Lo has prometido. Buenas noches, querido James.

—Buenas noches, querida Honey.



## Capítulo 12

### El dragón

El apretón en el hombro de Bond era urgente. Al instante estaba de pie.

Quarrel susurró con fiereza:

—Algo viene po el agua, capitán. ¡E' el dragón, seguro!

La chica se despertó y dijo con ansiedad:

—¿Qué pasa?

—Quédate aquí, Honey —dijo Bond—. No te muevas. Volveré.

Se abrió pasó entre la maleza por el lado contrario a la montaña y corrió por la arena con Quarrel a su lado.

Llegaron al extremo del arenal a veinte metros del claro. Se pusieron a cubierto entre los arbustos y Bond los apartó para mirar.

¿Qué era eso? A media milla de distancia, aproximándose por el lago, había algo informe con dos ojos naranja con pupilas negras. Entre los ojos, donde podría estar la boca, temblaba una llama azul de un metro. La luminiscencia gris de las estrellas dejaba ver una especie de cabeza en forma de cúpula por encima de dos alas cortas de murciélago. Aquella cosa emitía un rugido grave que ahogaba otro ruido sordo, profundo y rítmico. Se aproximaba hacia ellos a una velocidad de diez millas por hora, dejando a su paso una estela cremosa.

—¡Eh, capitán! ¿Qué es esa horrible cosa? —susurró Quarrel.

Bond se puso de pie y dijo con brevedad:

—No lo sé a ciencia cierta. Algún tipo de tractor disfrazado para asustar. Funciona con un motor diesel, así que ya puedes olvidarte de los dragones. Vamos a ver —dijo Bond medio para sí mismo—. No vale la pena huir corriendo. Ese bicho es demasiado rápido para nosotros y sabemos que puede atravesar manglares y marismas. Tendremos que hacerle frente aquí. ¿Cuáles son sus puntos débiles? Los conductores, pero es seguro que contarán con protección, aunque no sabemos cuánta.

Quarrel, tú disparas a la torreta cuando esté a doscientos metros. Apunta bien y no dejes de disparar. Yo tiraré a los faros cuando se acerque a cincuenta metros. No se mueve sobre orugas, por lo que debe llevar una especie de neumáticos gigantes, es probable que lleve neumáticos de aeroplano. También les dispararé. Quédate aquí. Me aproximaré diez metros. Tal vez nos disparen, pero hay que hacer que las balas no se acerquen a la chica. ¿De acuerdo? —Bond apretó con calor aquel hombro poderoso—. Y no te preocupes mucho. Olvídate de los dragones. Es otro truco del Doctor No. Mataremos a los conductores, capturaremos ese maldito vehículo y nos iremos con él a la costa. Nos ahorrará suelas de zapato, ¿vale?

Quarrel soltó una risa corta:

—D'acuerdo, capitán. Si usted lo dise. Y espero qu'el Altísimo también sepa que

no e' un dragón.

Bond corrió por la arena. Se abrió paso entre los arbustos hasta tener un campo de tiro despejado. Y dijo en voz baja:

—¡Honey!

—Sí, James —La voz mostraba alivio.

—Excava un agujero en la arena como el que hicimos en la playa, detrás de las raíces más gruesas. No te preocupes por los dragones; se trata sólo de un vehículo de motor disfrazado y con alguno de los hombres del Doctor No en su interior. No te asustes. Estoy cerca de ti.

—Está bien, James. Ten cuidado —El tono de la voz era agudo por el miedo.

Bond se agachó poniendo una rodilla en tierra, entre la vegetación y la arena, y escudriñó.

Ahora el bicho estaba a unos trescientos metros y sus faros amarillos iluminaban el arenal. Las llamas azules seguían serpeando por la boca. Surgían del largo hocico falso de fauces entreabiertas hechas con pintura color oro para que pareciera la boca de un dragón. ¡Un lanzallamas! Eso explicaría la maleza quemada y la historia del guarda. El aparato estaba ahora en punto muerto. ¿Qué alcance tendría cuando abrieran el compresor?

Bond tuvo que admitir que el avance entre rugidos y a través del lago de aquella cosa era impresionante. No cabía duda de que había sido creado para aterrorizar. Lo hubiera asustado si no fuera por el ruido del motor diesel. Su efecto ante intrusos nativos sería devastador. ¿Pero hasta qué punto era vulnerable frente a personas armadas que no tenían miedo?

Supo la respuesta en seguida. Se oyó una detonación de la Remington de Quarrel. Salió una chispa de la torreta y se oyó un sonido metálico sordo. Quarrel hizo otro disparo y luego soltó una ráfaga. Las balas rebotaron inofensivas contra la cabina. No demoró ni un ápice su velocidad. El monstruo siguió su avance, variando el curso en busca del origen de los disparos. Bond apoyó el Smith & Wesson sobre el antebrazo y apuntó con cuidado. La tos profunda de la pistola dominó por encima del fuego de la Remington. Uno de los faros se hizo añicos y se apagó. Disparó cuatro tiros más al otro y le acertó con la quinta y última bala del tambor. El monstruo ni se inmutó. Avanzó en línea recta hacia el lugar en que se escondía Quarrel. Bond recargó la pistola y comenzó a disparar al enorme bulto de los neumáticos bajo las falsas alas negras y doradas. Estaba a sólo treinta metros y hubiera podido jurar que le había dado una y otra vez a la rueda más próxima sin ningún efecto. ¿Goma maciza? El primer atisbo de miedo erizó la piel de Bond.

Volvió a cargar el revólver. ¿Sería vulnerable aquel maldito monstruo por detrás? ¿Debería aventurarse en el lago para tratar de abordarlo? Dio un paso adelante entre la maleza. Entonces se quedó helado, incapaz de moverse.

Del hocico goteante había salido un chorro de fuego azul con la punta amarilla sobre el escondite de Quarrel. Brotó una llamarada roja y naranja de entre los arbustos a mano derecha de Bond y se oyó un grito espeluznante que fue ahogado al instante. Satisfecha, la lengua menguante de fuego se retrajo en el hocico. El monstruo giró sobre su propio eje y se quedó completamente quieto.

Ahora el agujero azul de su boca apuntaba directamente a Bond.

Bond se quedó de pie y aguardó su final atroz. Miró hacia las fauces azules de la muerte y vio el filamento incandescente de fuego dentro del tubo del lanzallamas. Pensó en el cuerpo de Quarrel —no había tiempo para pensar en Quarrel— y se imaginó su cuerpo carbonizado y humeante sobre la arena derretida. Pronto también él ardería como una antorcha. Soltaría un grito ahogado y sus miembros adoptarían la pose de baile de los cuerpos quemados.

Luego sería el turno de Honey. ¡Dios, en qué la había metido! ¿Por qué tuvo que ser tan loco como para aceptar el desafío de este hombre y de su arsenal devastador. ¿Por qué no se había dado por avisado cuando su largo dedo lo tenía apuntado en Jamaica? Bond apretó los dientes. «Venga, daos prisa, malnacidos. Acabad el trabajo.»

Entonces se oyó el chirrido de un megáfono. Aulló una voz con sonido metálico:

—Sal, inglés. Y la muñeca también. Rápido, o arderéis en el infierno como vuestro amigo.

Para reforzar la orden, el monstruo escupió un chorro de llamas hacia él. Bond retrocedió ante el fuego y sintió el cuerpo de la muchacha contra su espalda. Ella le dijo, presa del histerismo:

—Tuve que salir. Tuve que salir.

—Está bien, Honey —dijo Bond—. Manténte detrás de mí.

Había tomado una decisión. No tenía otra alternativa. Incluso si la muerte los esperaba al final, nada podría ser peor que ésta. Bond cogió la mano de la joven y la arrastró a su lado hasta la arena.

La voz aulló:

—Quédate ahí. Buen chico. Y suelta la pipa. Nada de trucos o los cangrejos desayunarán caliente.

Bond soltó el revólver. De nada le habría servido el Smith & Wesson. La Beretta hubiera sido igual de buena contra ese monstruo. La muchacha gimoteó y Bond le apretó la mano.

—Aguanta, Honey —le dijo—. Saldremos de esta de alguna forma —Bond hizo una mueca burlona ante esa mentira.

Se oyó el sonido metálico de una puerta de hierro al abrirse. De la parte trasera de la torreta un hombre saltó al agua y avanzó hacia ellos. Llevaba un revólver en la mano. Se mantuvo lejos de la línea de fuego del lanzallamas. La oscilante llama azul

iluminaba su rostro sudoroso. Era un chino negro, corpulento, vestido únicamente con unos pantalones. Algo pendía de su mano izquierda.

Cuando se acercó, Bond vio que eran unas esposas.

El hombre se detuvo a unos metros de ellos y dijo:

—Alzad las manos con las muñecas juntas. Caminad hacia mí. Tú primero, inglés. Con cuidado o te abro un ombligo más.

Bond hizo lo que le pedía. Cuando estuvo tan cerca que pudo olerlo, el hombre se puso el revólver entre los dientes y cerró con rapidez las esposas sobre las muñecas de Bond. Bond lo miró a la cara, de color metálico a la luz de las llamas azules. Era un rostro brutal de ojos rasgados. Le sonreía burlón.

—Estúpido malnacido —dijo el hombre.

Bond le dio la espalda y comenzó a alejarse. Iba a ver el cuerpo de Quarrel.

Tenía que decirle adiós. Se oyó un disparo. Una bala levantó la arena cerca de sus pies. Bond se detuvo y se dio la vuelta con lentitud.

—No te pongas nervioso —dijo—. Voy a echar un vistazo al hombre que acabáis de asesinar. Volveré.

El hombre bajó el revólver y se rió con crueldad.

—Está bien. Que disfrutes. Siento que no tengamos una corona de flores. Vuelve pronto o asaremos a la muñeca. Dos minutos.

Bond caminó hacia los restos humeantes de la maleza. Llegó hasta allí y miró.

Su rostro se contrajo en un rictus de dolor. Sí, era como se lo había imaginado.

Peor. Dijo con suavidad: «Lo siento, Quarrel». Dio una patada en el suelo, recogió un puñado de arena fría con las manos esposadas y la fue dejando caer lentamente sobre los restos de lo que habían sido los ojos. Luego volvió despacio y se detuvo junto a la chica.

El hombre les hizo un gesto con la pistola para que avanzaran. Dieron la vuelta al vehículo. Había una portezuela cuadrada abierta. Un voz dijo desde el interior:

—Entrad y sentaos en el suelo. No toquéis nada u os romperemos los dedos.

Treparon dentro del recinto de hierro. Apeataba a gasolina y sudor. Tan sólo había espacio para que se sentaran con las rodillas flexionadas. El hombre del revólver entró tras ellos y cerró de golpe la puerta. Encendió una luz, se sentó en el asiento de hierro junto al conductor y dijo:

—Bueno, Sam, en marcha. Apaga el lanzallamas. Hay luz suficiente para conducir.

Había una hilera de esferas e interruptores en el panel de instrumentos. El conductor apretó hacia abajo un par de ellos. Metió una marcha y escudriñó por una estrecha rendija en la pared de hierro que tenía delante. Bond sintió que el vehículo giraba. Se oyó un latido más rápido del motor y se pusieron en marcha.

El hombro de la muchacha entró en contacto con el suyo.

—¿Adonde nos llevan? —dijo en un susurro tembloroso.

Bond volvió la cabeza y la miró. Era la primera vez que la veía con el cabello seco. Lo llevaba desordenado por el sueño, pero no era más largo que un puñado de colas de rata. Colgaba pesadamente hasta los hombros, donde se rizaba un poco hacia dentro. Era de un color rubio ceniza y despedía un brillo casi plateado bajo la luz eléctrica. Ella lo miró. La piel de los ojos y las comisuras de la boca estaban blancas de miedo.

Bond se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía. Le susurró:

—Oh, supongo que vamos a ver al Doctor No. No te preocupes demasiado, Honey. Estos hombres sólo son unos gángsters de poca monta. Todo será distinto con él. Cuando estemos en su presencia no digas nada; hablaré por los dos —Le apretó el hombro cariñosamente—. Me gusta la forma en que te arreglas el cabello. Me alegro de que no te lo dejes muy corto.

Desapareció algo de tensión de su rostro.

—¿Cómo puedes pensar en cosas así? —Lo miró con una media sonrisa—. Me alegro de que te guste. Me lo lavo con aceite de coco una vez a la semana —Con el recuerdo de su otra vida, los ojos brillaron al llenarse de lágrimas. Ocultó la cabeza entre las manos esposadas para esconder las lágrimas. Susurró casi para ella—: Intentaré ser valiente. Todo irá bien mientras estés conmigo.

Bond se inclinó de forma que quedó contra ella. Se llevó las manos esposadas a los ojos y las examinó. Eran el modelo de la policía norteamericana. Contrajo la mano izquierda, la más delgada de las dos, y trató de hacerla pasar por el enjuto anillo de acero. Ni el sudor de la piel sirvió de nada. No había esperanza.

Los dos hombres estaban sentados en los asientos de hierro dándoles la espalda con indiferencia. Sabían que tenían el control total de la situación. No quedaba espacio para que Bond les causara ningún problema. Bond no podía ponerse de pie ni coger impulso suficiente para herirles en la cabeza con las esposas. Si Bond se las arreglaba para abrir la escotilla y se tiraba al agua, ¿de qué le serviría? En seguida notarían el aire fresco en la espalda y pararían el motor, bien para achicharrarlo en el agua, bien para recogerlo. Le irritaba que no se preocuparan de él y supieran que estaban completamente en su poder. Tampoco le gustaba la idea de que estos hombres tuvieran inteligencia suficiente para saber que no representaba una amenaza. Unos hombres más estúpidos habrían estado pendientes de él apuntándole con una pistola, los atarían con precauciones de inexperto o los habrían dejado sin sentido de un golpe. Esos dos hombres sabían lo que hacían. Eran profesionales o estaban preparados para ser profesionales.

Los dos hombres no hablaban entre sí. No había charloteo nervioso alguno sobre lo inteligentes que eran, sobre el lugar al que iban o sobre lo cansados que estaban. Se limitaban a conducir el vehículo en silencio, dando fin a su trabajo con eficiencia.

Bond seguía sin tener idea del tipo de vehículo que era aquél. Bajo la pintura negra y dorada y el resto del decorado había una especie de tractor de una clase que nunca había visto u oído. Las ruedas, con aquellos neumáticos de goma lisa, casi le doblaban en altura. No había visto el nombre de ninguna marca en ellos, estaba demasiado oscuro, pero no cabía duda de que eran macizos o estaban rellenos de goma porosa. En la cola llevaba una rueda trasera pequeña para darle estabilidad. Le habían añadido una aleta de hierro pintada de negro y oro para que pareciera un dragón. Tenía alargados los guardabarros hacia atrás para formar unas alas cortas; llevaba añadida una larga cabeza metálica de dragón a la parte delantera del radiador, y los faros tenían el centro negro para que parecieran «ojos». Eso era todo, excepto que habían cubierto la cabina con una torreta blindada, instalando en su interior un lanzallamas. Era, como Bond había pensado, un tractor disfrazado para asustar y quemar, aunque no se imaginaba por qué tenía un lanzallamas en vez de una ametralladora. No había duda de que era el único tipo de vehículo que podía recorrer la isla. Sus enorme ruedas anchas podían trepar por los manglares y atravesar la marisma y el lago poco profundo.

Podía avanzar por las tierras altas de accidentado coral y, como su amenaza se desplegaba por la noche, el calor de la cabina de hierro era soportable.

Bond estaba impresionado. Siempre le impresionó la profesionalidad. El Doctor No, era obvio, se tomaba muchas molestias. Pronto lo conocería. Y entonces, ¿qué? Bond sonrió sardónicamente para sí mismo. No le dejarían salir de allí con lo que sabía. No cabía duda de que lo matarían, a menos que escapara o los disuadiera. ¿Y qué pasaba con la chica? ¿Podría probar su inocencia y salvarla? Era probable, pero nunca la dejarían salir de la isla. Tendría que quedarse allí el resto de su vida como la amante o la esposa de uno de aquellos hombres o del Doctor No mismo si le resultaba atractiva.

El hilo de los pensamientos de Bond fue interrumpido por el movimiento ahora más tortuoso de las ruedas. Habían cruzado el lago y estaban en la pista que ascendía por la montaña hasta las cabañas. La cabina se inclinó y el vehículo comenzó a trepar. Llegarían en cinco minutos.

El copiloto miró a Bond y a la chica por encima del hombro. Bond le sonrió alegremente y dijo:

—Te darán una medalla por esto.

Los ojos pardos y amarillos lo miraron impasibles. Los labios gordezuelos y morados se abrieron en una sonrisa burlona con una punta de odio:

—Cierra tu jodida boca —El hombre se dio la vuelta.

La muchacha tocó a Bond con el codo y le susurró:

—¿Por qué son tan maleducados? ¿Por qué nos odian tanto?

Bond le sonrió:

—Supongo que es porque los asustamos. Y tal vez sigan asustados al ver que parecemos no tenerles miedo. Tenemos que hacer que siga siendo así.

La chica se apretó contra él:

—Lo intentaré.

Ahora la ascensión era más empinada. Una luz gris entraba por las rendijas del blindaje. El amanecer se aproximaba. Comenzaba otro día de calor despiadado, de viento desagradable y olor a miasmas. Bond pensó en Quarrel, el valiente gigante que no vería amanecer, y con el cual deberían estar ahora poniéndose en marcha para la larga caminata por la marisma de manglares. Se acordó del seguro de vida.

Quarrel había barruntado su muerte, y aun así quiso seguir a Bond sin dudarlo. Su fe en Bond fue mayor que su miedo. Y Bond le había fallado. ¿Sería también el causante de la muerte de la joven?

El conductor alargó el brazo hacia el tablero. Por delante del vehículo se oyó el breve aullido de una sirena de policía que se extinguió con un gemido moribundo.

Un minuto después, el vehículo se detuvo ronroneando en punto muerto. El hombre apretó un botón y cogió un micrófono de un gancho. Habló por él y Bond oyó la voz ecoica del megáfono exterior.

—Bueno. Tenemos al inglés y a la chica. El otro hombre está muerto. Eso es todo. Abrid.

Bond oyó que la puerta rodaba hacia un costado sobre unos rodillos de hierro.

El conductor pisó el embrague, avanzaron lentamente unos pocos metros y pararon. El hombre apagó el motor. Se oyó el rechinar de la escotilla de hierro al abrirse desde fuera. Una ráfaga de aire fresco y un charco de luz inundó la cabina.

Unas manos cogieron a Bond y lo arrastraron sin miramientos fuera del vehículo hasta el suelo de cemento. Bond se puso de pie. Sintió la presión apremiante de un arma en el costado. Una voz dijo:

—Quédate donde estás. Nada de trucos.

Bond miró al hombre. Era un chino negro de la misma calaña que los otros. Los ojos amarillos lo examinaron con curiosidad.

Bond se dio la vuelta indiferente. Otro hombre empujó a la chica con su arma.

—Déjala en paz —dijo Bond con dureza.

Avanzó y se puso a su lado. Los dos hombres parecían sorprendidos. Se quedaron apuntándolos indecisamente con las armas.

Bond miró a su alrededor. Estaban en una de las cabañas prefabricadas que había visto desde el río. Era un garaje y un taller de maquinaria. El «dragón» estaba detenido sobre un foso de reparaciones que se abría en el cemento. Había un motor fuera borda desmontado en uno de los bancos. Tiras de sodio blanco iluminaban todo el techo. Olía a gasolina y humo de combustión. El conductor y su compañero estaban examinando el vehículo. Ahora se acercaban a ellos.

—He pasado el mensaje —dijo uno de los guardias—. La orden es que los dejemos entrar. ¿Ha ido todo bien?

El copiloto, que parecía ser el más mayor de los presentes, dijo:

—Sí, ha habido un poco de jaleo. Los faros rotos y tal vez unos cuantos agujeros en los neumáticos. Que se pongan a trabajar, revisión completa. Llevaré a estos dos dentro y echaré un sueñecito —Se volvió hacia Bond—. Venga, muévete —Hizo un gesto hacia el interior de aquella larga cabaña.

—Muévete tú —dijo Bond—, y cuida tus modales. Diles a esos monos que dejen de apuntarnos. Quizá se les disparen sin querer. Parecen ser lo suficientemente torpes.

El hombre se le acercó. Los otros tres estrecharon el círculo detrás del primero. El odio brillaba en sus ojos enrojecidos. El jefe levantó un puño tan grande como un martillo y se lo puso a Bond debajo de las narices. Se estaba controlando con esfuerzo. Dijo con la voz tensa:

—Escuche, señor. A veces a nosotros nos dejan unirnos a la fiesta al final. Estoy rezando por que éste sea uno de esos casos. Una vez conseguimos que durara toda una semana. Y, Dios, si lo cojo... —No acabó la frase. Los ojos brillaban con crueldad. Miró a la chica por encima de Bond. Los ojos se convirtieron en bocas que se relamían los labios. Se secó las manos en las perneras del pantalón. La punta rosa de la lengua apareció entre los labios morados. Se volvió a los otros tres—: ¿Qué decís, chicos?

Los tres hombres también estaban mirando a la muchacha. Asintieron mudos, como niños frente a un árbol de Navidad.

Bond deseaba hacer estragos entre ellos y aporrear sus caras con las muñecas esposadas para recibir su sangrienta venganza. Lo habría hecho por la chica. Todo lo que consiguió con su bravata era asustarla.

—Bien, vale —dijo—. Sois cuatro, nosotros dos y tenemos las manos atadas. Venga. No os haremos daño. Simplemente no nos atosiguéis ni empujéis. Al Doctor No podría no gustarle.

Al oír su nombre, los rostros de los hombres quedaron demudados. Tres pares de ojos fueron de Bond a su cabecilla. Durante un minuto el cabecilla miró fijamente a Bond sospechando, preguntándose, tratando de adivinar si Bond tenía algún ascendiente sobre su jefe. Y dijo sin convicción:

—Bueno, bueno. Sólo bromeábamos —Se dio la vuelta hacia sus hombres buscando una confirmación—. ¿No es cierto?

—Sí, sí —Fue un murmullo desigual. Los hombres desviaron la mirada.

El cabecilla dijo a regañadientes:

—Por aquí, señor —Y se adentró en la larga cabaña.

Bond cogió a la joven por la muñeca y lo siguió. Estaba impresionado por el peso del nombre del Doctor No. Era algo que recordaría por si tenían algún trato más con



el personal.

El hombre llegó hasta una puerta de madera hasta al final de la cabaña. Había un timbre al lado. Llamó dos veces y esperó. Se oyó un chasquido y la puerta se abrió dando paso a diez metros de pasillo rocoso cubierto de moqueta con otra puerta al final, más elegante y pintada en un color crema.

El hombre se hizo a un lado.

—Todo recto, señor. Llame con los nudillos. La recepcionista se hará cargo —Su voz no era irónica y los ojos se mostraban impasibles.

Bond condujo a la muchacha dentro del pasillo. Oyó la puerta cerrarse tras ellos. Se paró, la miró y dijo:

—Y ahora, ¿qué?

Ella sonrió temblorosa:

—Es agradable sentir una moqueta bajo los pies.

Bond le apretó la muñeca para reconfortarla. Avanzó hacia la puerta pintada de color crema y llamó.

La puerta se abrió. Bond entró con la chica pisándole los talones. Cuando se quedó clavado en el suelo, ni siquiera sintió que la joven chocaba con él. Se quedó de pie mirando.

## Capítulo 13

### Una prisión forrada de seda

Era el tipo de sala de recepción que en los rascacielos de Nueva York reservan las mayores compañías norteamericanas para el piso del presidente. Era de proporciones agradables, de unos seis metros cuadrados. El suelo estaba cubierto por una moqueta Wilton de color vino y las paredes y el techo estaban pintados de un color gris claro. Reproducciones en color de litografías de Degas con escenas de ballet colgaban en grupos de las paredes, y la iluminación constaba de estilizadas lámparas modernas con tulipas oscuras de seda verde y de un diseño cilíndrico elegante.

A la derecha de Bond había un amplio mostrador de recepción de caoba con la mesa forrada de cuero verde, unos hermosos muebles a juego con el mostrador y un intercomunicador de los más caros. Dos enormes sillas antiguas aguardaban a los visitantes. Al otro lado de la habitación había una mesa de refectorio con revistas sobadas y dos sillas más. Tanto el mostrador como la mesa contenían jarrones espigados con hibiscos recién cortados. El aire era fresco y puro, y se olía en el ambiente una ligera y cara fragancia.

Había dos mujeres en la habitación. Detrás del mostrador, con la pluma dispuesta sobre un impreso, se sentaba una joven china de aspecto eficiente con gafas de montura de concha bajo una mata de cabellos negros y cortos. Los ojos y la boca esbozaron la sonrisa habitual de bienvenida de las recepcionistas: una sonrisa alegre, amable e inquisitiva.

Aguantando la puerta por la que entraron y esperando a que pasaran dentro para poder cerrarla, se hallaba una mujer mayor, de unos cuarenta y cinco años, y con aspecto de matrona. También era china. Su aspecto general —pechugona y atenta— casi era excesivamente cortés. Sus quevedos cuadrados brillaban tanto como el deseo que mostraba la anfitriona de que se sintieran a gusto.

Ambas mujeres vestían de un blanco immaculado, con medias blancas y zuecos anatómicos blancos, igual que las dependientas de los salones de belleza más caros de América del Norte. La piel era suave y pálida, como si apenas salieran al exterior.

Mientras Bond digería la escena, la mujer de la puerta cacareó frases de bienvenida convencionales como si les hubiera sorprendido una tormenta y llegaran tarde a una fiesta.

—Pobrecitos. No sabíamos cuándo llegarían; nos dijeron que estaban en camino. Primero, ayer a la hora del té, luego para la cena, y sólo hace media hora que nos dijeron que llegarían a tiempo de desayunar. Deben de estar famélicos.

Adelante, la hermana Rosa rellenará los impresos y los mandaré directamente a la cama. Deben de estar agotados.

Cloqueando mansamente, cerró la puerta y los condujo hasta la recepción. Los

hizo sentarse en las sillas y siguió parloteando:

—Soy la hermana Azucena y ésta es la hermana Rosa. Sólo les hará unas cuantas preguntas. Veamos, ¿un cigarrillo? —Cogió un cofre de cuero tafileteado, lo abrió y lo dejó en la mesa enfrente de ellos. Contenía tres compartimientos y ella los fue señalando con uno de sus deditos—. Estos son americanos, éstos son John Player, y éstos, turcos.

Cogió un valioso encendedor de mesa y esperó.

Bond extendió las manos esposadas para coger un cigarrillo turco.

La hermana Azucena emitió un grito de consternación:

—¡Oh!

Parecía realmente apesadumbrada.

—Hermana Rosa, la llave, rápido. He dicho una y otra vez que nunca traigan a los pacientes así. —Su voz denotaba impaciencia y disgusto—. ¡Vaya con el personal exterior! Ya es hora de que alguien les diga algo.

La hermana Rosa estaba igualmente enojada. Con precipitación rebuscó en una gaveta y le pasó una llave a la hermana Azucena, la cual, sin dejar de gorjear y hacer gestos de desaprobación, abrió los dos pares de esposas y, yendo a la parte trasera del mostrador, las arrojó a la papelera como si fueran vendas usadas.

—Gracias.

Bond no sabía cómo manejar la situación, sino adaptándose a lo que le deparase la escena. Alargó el brazo, cogió un cigarrillo y lo encendió. Echó un vistazo a Honeychile, quien, sentada y aturdida, manoseaba con nerviosismo los brazos de la silla. Bond le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Ahora, si son tan amables —La hermana Rosa se inclinó sobre un impreso de lujoso papel—. Prometo ser lo más breve que pueda. Por favor, su nombre, señor...

—Bryce, John Bryce.

Lo escribió ajetreadamente.

—¿Dirección habitual?

—Real Sociedad Zoológica, Regent's Park, Londres, Inglaterra.

—¿Profesión?

—Ornitólogo.

—Caramba —dijo haciendo un gesto—. ¿Podría deletrearlo?

Bond así lo hizo.

—Muchas gracias. Bien, déjeme ver... ¿Propósito de la visita?

—Aves —dijo Bond—. También represento a la Audubon Society de Nueva York. Tienen arrendada parte de la isla.

—¿En serio?

Bond observó que la pluma apuntaba al pie de la letra lo que decía. Tras la última palabra escribió un pulcro signo de interrogación entre paréntesis.

—Y... —La hermana Rosa sonrió educadamente en dirección a Honeychile—  
¿su esposa? ¿También está interesada en los pájaros?

—Sí, por supuesto.

—¿Su nombre de pila?

—Honeychile.

La hermana Rosa estaba encantada.

—¡Qué nombre tan bonito! —Lo escribió ajetreadamente—. Y para terminar, el nombre de su familiar más cercano.

Bond le dio el nombre verdadero del señor M como el pariente más cercano de ambos. Lo definió como un «tío suyo» y le dio su dirección bajo el cargo de Director de administración, Universal Export, Regent's Park, Londres.

La hermana Rosa terminó de escribir y dijo:

—Ya está. Muchas gracias, señor Bryce, deseo que disfruten de la estancia.

—Gracias, seguro que sí.

Bond se levantó. Honeychile Rider hizo lo mismo, con el rostro inexpresivo.

La hermana Azucena dijo:

—¡Pobrecitos! Ahora vengan conmigo —Caminó hasta una puerta en la pared más alejada. Se detuvo con la mano sobre el pomo de cristal tallado—. ¡Vaya por Dios! Me he olvidado del número de sus habitaciones. Es la suite crema, ¿no, hermana?

—Sí, así es. Catorce y quince.

—Gracias, cielo. Y ahora —Abrió la puerta—, si hacen el favor de seguirme. Me temo que es un paseo muy largo —Cerró la puerta tras ellos y abrió la marcha—. El Doctor ha hablado muchas veces de poner una de esas cintas sin fin, pero ya saben lo que ocurre con un hombre tan atareado —rió alegremente—. Tiene tantas cosas en qué pensar...

—Sí, supongo que sí —respondió Bond con urbanidad.

Bond cogió la mano de la muchacha y siguieron durante unos noventa metros a aquella mujer maternal y bulliciosa por un pasillo alto del mismo estilo que la sala de recepción, pero iluminado a intervalos frecuentes con unos apliques discretos y valiosos.

Bond respondía con monosílabos corteses al cacareo esporádico que la hermana Azucena emitía por encima del hombro. Su mente estaba concentrada en las extraordinarias circunstancias de la recepción. Estaba seguro de que las dos mujeres eran sinceras. Ni una sola mirada o palabra fuera de lugar. Estaba claro que era una fachada de algún tipo, pero sólida, sostenida meticulosamente por la decoración y el personal. La falta de resonancia de la habitación, y ahora del pasillo, sugería que habían pasado de la cabaña al interior de la montaña y que estaban recorriendo su base. Más o menos debían de ir hacia el oeste, hacia el acantilado en que concluía la

isla. No se apreciaba humedad en las paredes y el aire era fresco y puro; una brisa recia les llegaba de cara. Se había invertido mucho dinero y habían participado buenos ingenieros en el trabajo. La palidez de las dos mujeres sugería que pasaban todo el tiempo dentro de la montaña. Por lo que la hermana Azucena había dicho, parecía como si formaran parte del personal interior y nada tuvieran que ver con la violenta brigada del exterior; quizá ni siquiera supiesen qué clase de hombres eran.

Era grotesco, concluyó Bond al acercarse a una puerta al final del pasillo, peligrosamente grotesco, pero nada ganaba dándole vueltas. Sólo podía seguir el libreto de aquel elegante guión. Al menos era mejor que lo que habían dejado entre bastidores en el exterior de la isla.

Al llegar a la puerta, la hermana Azucena pulsó un timbre. Los estaban esperando. La puerta se abrió en seguida. Una encantadora china vestida con un quimono de flores malvas y blancas les sonrió y se inclinó como se supone que las chinas hacen. Una vez más, no había sino amabilidad y bienvenida en la palidez floral de aquel rostro. La hermana Azucena dijo:

—¡Por fin están aquí, Mayo! El señor y la señora John Bryce. Sé que deben estar agotados, por lo que los llevaremos directamente a sus habitaciones para que desayunen y duerman —Se volvió hacia Bond—. Esta es Mayo, es encantadora. Cuidará de los dos. Para cualquier cosa que quieran, llamen a Mayo. Es la favorita de todos los pacientes.

«Pacientes», pensó Bond. Era la segunda vez que empleaba esa palabra. Sonrió educadamente a la muchacha:

—¿Cómo está usted? Sí, no cabe duda de que a ambos nos gustaría ir a nuestras habitaciones.

Mayo los envolvió con una cálida sonrisa, y dijo con una voz dulce y atractiva:

—Espero que estén cómodos, señor Bryce. Me tomé la libertad de encargarme del desayuno en cuanto oí que venían. ¿Vamos?

El pasillo se bifurcaba en otros a derecha e izquierda con puertas de ascensor dobles en la pared de enfrente. La chica abría la marcha hacia la derecha. Bond y Honeychile la seguían y la hermana Azucena iba a la zaga.

Puertas numeradas se abrían a ambos lados del pasillo. La decoración era ahora de color rosa pálido con la moqueta de color gris. Los números de las puertas iban por las docenas. El pasillo terminaba abruptamente en dos puertas una al lado de la otra, la 14 y la 15. Mayo abrió la puerta de la número 14 y entraron tras ella.

Era una habitación doble encantadora, decorada al estilo moderno de Miami con las paredes de color verde oscuro, el suelo de caoba pulido cubierto en algunas partes por alfombras espesas y blancas, y muebles de bambú de elegante diseño con cretona estampada de grandes rosas rojas sobre un fondo blanco.

Había una puerta de comunicación a un vestidor más masculino, y otra que daba

paso a un moderno cuarto de baño extremadamente lujoso con una bañera sumida en el suelo y un bidé.

Era como si entraran en la más moderna suite del hotel Florida, excepto por detalles que Bond observó. No había ventanas ni picaportes por el interior de las puertas.

Mayo miraba con expectación a uno y otra. Bond se giró hacia Honeychile y le sonrió.

—Parece muy cómoda, ¿no crees, cielo?

La muchacha jugueteaba con el borde de la falda. Asintió sin mirarle.

Hubo una tímida llamada a la puerta y otra muchacha, tan bonita como Mayo, entró a paso ligero con una bandeja en equilibrio sobre una mano. La dejó en la mesa del centro y arrimó dos sillas. Quitó bruscamente un paño de lino impoluto que cubría los platos y salió a saltitos de la habitación. Se esparció un aroma delicioso a beicon y café.

Mayo y la hermana Azucena retrocedieron hacia la puerta. La mujer de más edad se detuvo en el umbral.

—Ahora dejaremos a esta pareja en paz. Si desean algo, llamen al timbre. Los timbres están junto a la cama. ¡Ah! Encontrarán abundante ropa limpia en los armarios, aunque mucho me temo que es indumentaria china —Guiñó los ojos a modo de disculpa—. Espero que sea de la talla correcta. El guardarropa consiguió las medidas ayer por la tarde. El Doctor ha dado órdenes estrictas de que no los molesten. Estaría encantado de que lo acompañaran durante la cena. Quiere que tengan el resto del día para ustedes, para acostumbrarse, ya saben —Dejó de hablar y miró a uno y otra con una sonrisa interrogante—. ¿Le digo que ustedes...?

—Sí, por favor—dijo Bond—. Dígale al Doctor que estaremos encantados de sumarnos a la cena.

—Oh, sé que le complacerá mucho.

Tras un último gorjeo, las dos mujeres se retiraron en silencio cerrando la puerta al salir.

Bond se giró hacia Honeychile; parecía avergonzada. Todavía evitaba sus ojos.

Se le ocurrió a Bond que nunca había sido objeto de un trato semejante o que no había visto tanto lujo en su vida. Para ella, todo esto debía ser mucho más extraño y terrorífico que lo que habían pasado fuera. Se quedó de pie jugueteando con el borde de la falda de salvaje Viernes. Tenía churretes de sudor seco, sal y polvo en la cara. Las piernas desnudas estaban mugrientas y Bond se dio cuenta de que los dedos de los pies se movían en silencio y se cerraban inquietos sobre la alfombra de extraordinario espesor.

Bond se echó a reír, rió con ganas al ver que su miedo se había reducido al apuro por la ropa y por el cómo comportarse, y se rió de la pinta que tenían: ella en harapos

y él con una camisa azul y unos téjanos negros sucios y el calzado de lona lleno de barro.

Se acercó a ella y le cogió las manos. Estaban frías. Le dijo:

—Honey, parecemos un par de espantapájaros. Sólo hay un problema. ¿Tomamos primero el desayuno mientras está caliente, o nos deshacemos de estos harapos para tomar un baño y desayunamos cuando esté frío? No te preocupes de nada más. Estamos en esta casita maravillosa y eso es todo lo que importa. Luego ¿qué hacemos?

Ella sonrió indecisa. Sus ojos azules estudiaron la cara de Bond para tranquilizarse.

—¿No estás preocupado por lo que vaya a ocurrirnos? —Le señaló la habitación con la cabeza—. ¿No crees que es una trampa?

—Si esto es una trampa, estamos dentro de ella. Nada podemos hacer excepto comernos el queso. La única duda es si nos lo comemos frío o caliente —Le apretó las manos—. En serio, Honey. Déjame las preocupaciones a mí. Piensa en el lugar en que estábamos hace una hora. ¿No es esto mejor? Ahora vamos a decidir sobre las cosas importantes. ¿El baño o el desayuno?

Ella dijo a regañadientes:

—Bien, si piensas... Bueno, prefiero bañarme antes —Y añadió con rapidez—: Pero tienes que ayudarme. —Señaló con la cabeza la puerta del cuarto de baño—. No sé cómo se utilizan estos lugares. ¿Qué hay que hacer?

Bond dijo con seriedad:

—Es muy fácil. Yo te lo prepararé. Mientras te bañas, me tomaré el desayuno y mantendré el tuyo caliente —Bond fue a uno de los armarios empotrados y corrió la puerta trasera. Había media docena de quimonos, algunos de seda y otros de lino. Escogió uno de lino al azar—. Quítate la ropa y ponte esto mientras yo preparo el baño. Más tarde tendrás ocasión de escoger la ropa que quieras llevar para dormir y cenar.

Ella le dijo agradecida:

—Oh, sí, James. Si me enseñaras...

Comenzó a desabotonarse la camisa.

Bond deseaba abrazarla y besarla. En vez de esto, le dijo de repente:

—Está bien, Honey —Fue al cuarto de baño a abrir los grifos.

Había de todo: esencia de baño Floris Lime para hombres y perlas de baño Guerlain para mujeres. Desmenuzó una perla en el agua y en seguida se esparció por la habitación un olor a invernadero de orquídeas. El jabón era Sapoceti de Guerlain, *Fleurs des Alpes*. En un botiquín, detrás del espejo que colgaba encima del lavabo, había cepillos de dientes y pasta dentífrica, palillos Steradent, enjuague bucal Rose, hilo dental, aspirinas y leche de magnesia. También contenía una maquinilla eléctrica,

una loción para después del afeitado Lenthric y dos cepillos de nilón y peines. Todo era nuevo y estaba intacto.

Bond observó su rostro sucio y sin afeitar en el espejo y dirigió una sonrisa sardónica a sus ojos grises de náufrago tostado por el sol. La cobertura de la píldora era, no cabía duda, del mejor azúcar refinado. Sería prudente esperar que la medicina del interior fuera de las más amargas.

Se dio la vuelta hacia la bañera y probó el agua. Estaría demasiado caldeada para alguien que, presumiblemente, nunca se había dado un baño caliente. Dejó que cayera algo de agua fría. Al inclinarse, dos brazos le rodearon el cuello. Se incorporó. El cuerpo dorado de ella resplandecía sobre el fondo de azulejos blancos del cuarto de baño. La besó con fuerza y torpemente en los labios. La rodeó con los brazos y la apretó contra él, mientras su corazón latía con fuerza.

Ella le dijo al oído sin aliento:

—Me sentía rara con el vestido chino. De todas formas, le dijiste a esa mujer que estábamos casados.

La mano de Bond estaba sobre su pecho izquierdo. La punta estaba dura por la pasión. Su estómago se apretó contra el de él. «¿Por qué no, por qué no? No seas tonto. Es una locura en este momento. Estáis los dos en peligro mortal. Debes ser frío como el hielo y aprovechar cualquier oportunidad para salir de este embrollo. ¡Después, después! No muestres debilidad.»

Bond retiró la mano del pecho y la puso en torno al cuello de ella. Rozó su cara contra la de ella, acercó la boca y le dio un largo beso.

Se apartó de ella y se quedó a un brazo de distancia. Durante un momento se miraron, los ojos brillantes de deseo. La respiración de ella era rápida, los labios estaban separados para que él viera el destello de sus dientes. Bond dijo sin firmeza: —Honey, métete en el baño antes de que te zurre. Ella sonrió. Sin decir nada se metió en la bañera y se echó cuan larga era. Lo miró. El pelo rubio de su cuerpo brillaba en el agua como soberanos de oro. Le dijo en tono provocativo:

—Tendrás que bañarme. No sé cómo se hace. Tendrás que enseñarme.

Bond dijo desesperado:

—Cállate, Honey. Y deja de coquetear. Coge el jabón y la esponja, y comienza a frotar. ¡Maldita sea! No es el momento de hacer el amor. Me voy a desayunar.

Asió el picaporte y abrió la puerta. Ella dijo melosamente: «¡James!» El miró hacia atrás. Le estaba sacando la lengua. Bond esbozó una mueca salvaje y cerró la puerta dando un portazo.

Bond entró en el vestidor y se quedó en medio de la habitación esperando a que su corazón dejara de latir con violencia. Se frotó la cara con las manos y sacudió la cabeza para dejar de pensar en ella.

Para aclarar las ideas, revisó cuidadosamente ambas habitaciones buscando



salidas, posibles armas, micrófonos, cualquier cosa que le llamara la atención.

Nada de esto había, sino un reloj eléctrico de pared que daba las ocho y media, y una hilera de campanas junto a la cama doble. Se leía: servicio de habitaciones, peluquera, manicura, doncella. No había teléfono. En lo alto de una esquina de ambas habitaciones se veía la rejilla de un conducto de ventilación. Era de unos sesenta centímetros cuadrados. Inservible. Las puertas parecían ser de un metal ligero pintado para hacer juego con las paredes. Bond lanzó todo el peso del cuerpo contra una de ellas. No cedió ni un milímetro. Bond se frotó el hombro. El lugar era una cárcel, una cárcel exquisita. No valía la pena planteárselo. La trampa se había cerrado tras ellos. Ahora, lo único que podían hacer los ratones era dar cuenta del queso.

Bond se sentó a la mesa del desayuno. Había un gran vaso de tubo con zumo de piña sobre un cuenco de plata con hielo picado. Apuró el vaso y levantó el calentaplatos del desayuno. Huevos revueltos sobre una tostada, cuatro lonchas de beicon, un riñón asado a la parrilla y lo que parecía una salchicha de cerdo al estilo inglés. También había dos tipos de tostadas calientes, panecillos cubiertos por una servilleta, mermelada de naranja, miel y mermelada de fresa. El café hervía en una gran jarra termo. La crema olía a recién hecha.

Del cuarto de baño salía la voz de la joven canturreando *Marion*. Bond cerró los oídos y atacó los huevos.

Diez minutos después, Bond oyó que la puerta del baño se abría. Dejó la tostada y la mermelada de naranja y se cubrió los ojos con las manos. Ella se rió y dijo:

—Es un cobarde. Se asusta de una pobre chica —Bond la oyó rebuscar en los armarios mientras seguía diciendo para sí: «Me pregunto por qué se asusta. Por supuesto, si luchara con él lo vencería con facilidad. Tal vez tenga miedo de eso. Sus brazos y tórax parecen suficientemente fuertes. Todavía no he visto el resto.

»Quizás sea débil. Sí, eso debe de ser. Por eso no se atreve a quitarse la ropa delante de mí. Humm, veamos, ¿le gustaría verme con esto?». —Alzó el tono de la voz—. Querido James, ¿te gustaría que me vistiera de blanco con pájaros azules volando?

—Sí, maldita sea —dijo Bond a través de las manos—. Ahora deja de charlar contigo misma y ven a desayunar. Tengo sueño.

Ella dio un grito.

—Oh, si quieres decir que es hora de ir a la cama, de acuerdo. Me daré prisa.

Se oyó un rumor de pies y Bond la oyó sentarse en frente de él. Retiró las manos de la cara. Ella le estaba sonriendo. Estaba encantadora. El cabello acicalado, bien peinado y cepillado era para quitar el aliento; una parte caía sobre una mejilla y la otra estaba retirada detrás de la oreja. La piel relucía con frescura y los ojos azules brillaban de felicidad. Ahora Bond amaba su nariz rota. Formaba parte de su imagen y pensó que sería triste verla como una belleza inmaculada similar a la de otras

chicas. Pero sabía que no valía la pena intentar persuadirla.

Ella se sentó con recato, las manos sobre el regazo, por debajo del término del escote que mostraba la mitad de sus pechos y una profunda uve de su estómago.

Bond le dijo con gravedad:

—Ahora, escucha, Honey. Estás preciosa, pero ésta no es forma de llevar un quimono. Crúzalo sobre el cuerpo, átate el cinturón y deja de parecer una *call-girl*. No es de buena educación en el desayuno.

—Oh, eres un animal viejo y remilgado —Se ciñó el quimono uno o dos centímetros más—. ¿Por qué no te gusta jugar? Quiero jugar a que estamos casados.

—No durante el desayuno —dijo Bond con firmeza—. Ahora cómetelo todo.

Está delicioso. Y de todas formas estoy lleno de mugre. Me voy a afeitar y a dar un baño —Se levantó, dio la vuelta a la mesa y la besó en la cabeza—. Y respecto a lo de jugar, como tú dices, me gustaría jugar contigo más que nadie en el mundo. Pero no ahora.

Sin esperar a que respondiera, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Bond se afeitó y se dio un baño y una ducha. Estaba muerto de sueño. El sueño lo invadía en oleadas de tal forma que de vez en cuando tenía que dejar lo que estaba haciendo y doblar la cabeza entre las rodillas. Cuando se puso a lavarse los dientes, apenas pudo hacerlo. Ahora reconocía los signos. Lo habían drogado. ¿El café o el zumo de piña? No importaba. Nada importaba. Todo cuanto quería hacer era tumbarse en el suelo embaldosado y cerrar los ojos. Bond avanzó hacia la puerta haciendo eses como un borracho. Se olvidó de que estaba desnudo.

Tampoco importaba. La chica había terminado el desayuno y estaba en la cama. Se tambaleó sobre ella, sosteniéndose con los muebles. El quimono yacía hecho un buruño en el suelo. Ella estaba completamente dormida, desnuda bajo la sábana.

Bond contempló con ensoñación la almohada vacía junto a su cabeza. ¡No!

Encontró los interruptores y apagó las luces. Tuvo que gatear por el suelo hasta su habitación. Se metió en la cama y se tumbó sobre ella. Extendió un brazo de plomo y dio un puñetazo al interruptor. Marró el golpe y la lámpara se estrelló contra el suelo donde estalló la bombilla. Con un último esfuerzo, Bond se volvió de lado y dejó que las oleadas de sueño barrieran su conciencia.

Las cifras luminosas del reloj eléctrico de la habitación doble mostraban las nueve y media.

A las diez en punto la puerta de la habitación doble se abrió cuidadosamente.

Una figura muy alta y delgada se recortó contra la luz del pasillo. Era un hombre.

Debía medir un metro noventa y algo. Se quedó en el umbral con los brazos cruzados, a la escucha. Satisfecho, entró con lentitud en la habitación y fue hasta la cama. Sabía el camino con exactitud. Se inclinó y escuchó la respiración pausada de la chica. Tras un momento, se llevó la mano al pecho y apretó un interruptor.

Una linterna de foco muy amplio y difuso se encendió. Llevaba sujeta la linterna con una pretina por encima del esternón. Se inclinó hacia adelante para que la luz brillase sobre la cara de la joven.

El intruso examinó el rostro de la muchacha durante varios minutos. Con una mano cogió la sábana que le llegaba hasta la barbilla y la retiró con cuidado hasta los pies de la cama. La mano que retiró la sábana no era una mano. Era un par de pinzas de acero articuladas sobre una barra metálica que desaparecía dentro de una manga de seda negra. Era una mano mecánica.

El hombre contempló durante mucho tiempo el cuerpo desnudo, moviendo el pecho de un lado a otro para examinar a la luz cada centímetro de su cuerpo.

Volvió a mover la garra, cogió con delicadeza un extremo de la sábana y la echó sobre la joven. El hombre se quedó un instante más mirando su rostro dormido, apagó la linterna del pecho y se alejó en silencio hacia la puerta abierta donde Bond estaba durmiendo.

El hombre pasó más tiempo junto a la cama de Bond. Estudió cada arruga, cada sombra de su rostro sombrío y casi cruel, que yacía aturdido, casi extinto, sobre la almohada. Le tomó el pulso en el cuello y contó; cuando retiró la sábana, hizo lo mismo en la zona del corazón. Examinó la curva de los músculos de brazos y muslos y miró pensativo la fuerza escondida en su estómago liso. Se acercó a la mano lánguida y abierta que sobresalía de la cama y examinó las líneas de la vida y del destino.

Finalmente, con infinito cuidado, la garra de acero cubrió a Bond con la sábana hasta el cuello. Durante un minuto más su elevada figura se cernió sobre el hombre dormido, luego se deslizó por la habitación, salió al pasillo y la puerta se cerró con un chasquido.

## Capítulo 14

### *Pasen al salón*

El reloj eléctrico de aquella habitación a oscuras en el corazón de la montaña marcaba las cuatro y media.

En el exterior, Cayo Cangrejo se ahogaba un día más con el calor y la pestilencia. En el extremo este de la isla, la masa de aves, garzas reales, pelícanos, avocetas, andarríos, garcetas, flamencos y unas pocas espátulas rosadas, continuaban construyendo sus nidos o pescaban en las aguas someras del lago. La mayoría de las aves habían sido molestadas con tanta frecuencia aquel año que habían renunciado a la idea de anidar. Durante los últimos meses habían sido atacadas a intervalos regulares por el monstruo que aparecía de noche y reducía a cenizas los puntos de nidificación y los nidos a medio hacer. Aquel año muchas no criarían. Existían inciertos ademanes de emigrar y muchas morirían por la histeria nerviosa que siembra el pánico en las colonias de aves cuando dejan de tener paz e intimidad.

En el otro extremo de la isla, en la guanera que daba a la montaña su apariencia nevada, la vasta extensión de cormoranes había pasado un día más atiborrándose de peces y rindiendo a cambio su tributo de treinta gramos de estiércol precioso para su dueño y protector. Nada había interferido en la época reproductora. Ahora se afanaban ruidosas con los montones desordenados de palitos con los que construirían sus nidos, cada montón exactamente a sesenta centímetros del siguiente, pues los cuervos marinos son aves tremendamente territoriales y peleonas y este círculo de sesenta centímetros constituye su cancha de pelea. Pronto las hembras pondrían tres huevos y la bandada aumentaría con una media de dos jóvenes cormoranes.

Por debajo de la cima, donde comenzaban las excavaciones, el centenar de negros y negras que constituían la mano de obra, se aproximaba al final del turno de trabajo. Habían excavado otros cuarenta y cinco metros cúbicos en la falda de la montaña y otros dieciocho metros de terraza se sumaron al nivel en que trabajaban. Más abajo, la falda de la montaña parecía un monte dividido en terrazas de viñas como en el norte de Italia, excepto que no existían viñedos, sino áridos promontorios excavados en el costado de la montaña. Y en vez del hedor de los miasmas del resto de la isla, había un fuerte olor a amoníaco y un bochorno desagradable que mantenía las excavaciones secas y metía el polvo fresco de color pardo y blanquecino en los ojos, oídos y narices de los excavadores. Sin embargo, los braceros estaban acostumbrados al olor y al polvo, y era un trabajo sencillo y saludable. No tenían quejas.

El último camión de acero del día partió en el ferrocarril Decauville que serpenteaba por la falda de la montaña hasta el molino triturador y el separador.

Sonó un silbato y los braceros se echaron al hombro los toscos picos y se encaminaron despreocupados hacia el grupo de cabañas prefabricadas y rodeadas de

valla metálica que constituía su campamento. Al día siguiente, al otro lado de la montaña, atracaría como cada mes un barco en el profundo muelle que habían ayudado a construir diez años atrás, pero que, desde entonces, nunca habían vuelto a ver. Su llegada suponía la irrupción de mercancías frescas, alimentos frescos y bisutería barata en la cantina. Sería un día de fiesta. Correría el ron, habría bailes y unas cuantas peleas. La vida era buena.

La vida también era buena para el personal superior, para todos los chinos negros como los hombres que pudieron capturar a Bond, a Quarrel y a la chica.

También ellos dejaron de trabajar en el garaje, en el taller de maquinaria y en los puestos de guardia, y fueron volviendo a la residencia de «oficiales». Aparte de las guardias y los trabajos de descarga, también mañana sería un día de fiesta para la mayoría. De igual modo beberían y bailarían y habría una nueva hornada de chicas del «interior». Algunos «matrimonios» del último lote proseguirían unos cuantos meses o semanas, según el gusto de cada «marido», pero para el resto harían una nueva elección. Estarían algunas de las chicas más mayores que tuvieron sus hijos en la guardería y que volvían a pasar un nuevo período de trabajo en el «exterior», y habría un puñado de jóvenes con la mayoría de edad cumplida, y «saldrían» por primera vez. Se formarían peleas por ellas y se derramaría sangre, pero al final la residencia de oficiales se pacificaría para reiniciar otro mes de vida comunitaria, cada oficial con una mujer al cuidado de sus necesidades.

En lo profundo del corazón de la montaña, muy por debajo de esta vida disciplinada de la superficie, Bond se despertó en la cama. Aparte del dolor de cabeza por el Nembutal, se encontraba en forma y descansado. Las luces estaban encendidas en la habitación de la joven y la oía moverse por ella. Puso los pies en el suelo y, evitando los fragmentos de cristal de la lámpara rota, fue en silencio hasta el armario ropero y se puso el primer quimono que le vino a la mano. Fue hacia la puerta. La muchacha había dejado un montón de quimonos sobre la cama y se los estaba probando enfrente del espejo de la pared. Llevaba puesto uno muy elegante de seda azul celeste. Le sentaba maravillosamente y contrastaba con el color dorado de su piel.

—Ese está bien —dijo Bond.

Ella se dio la vuelta con celeridad, tapándose la boca con la mano. Al momento la bajó.

—Ah, eres tú —Ella sonrió—. Pensaba que no despertarías nunca. He ido a verte varias veces. Decidí despertarte a las cinco. Son las cuatro y media y tengo hambre. ¿Puedes conseguirnos algo de comer?

—¿Por qué no? —Bond cruzó la habitación hasta la cama. Al pasar rodeó la cintura de ella con el brazo y la llevó con él. Examinó las campanillas. Apretó la que decía «Servicio de habitaciones». Y dijo—: ¿Y el resto? Llamemos a todo el servicio.

Ella soltó una sonrisita.

—Pero ¿qué es una manicura?

—Alguien que te acicala las uñas. Debemos tener un aspecto óptimo para el Doctor No.

Del fondo de la mente de Bond surgió la urgente necesidad de hacerse con algún tipo de arma; unas tijeras serían mejor que nada. Cualquier cosa serviría.

Tocó dos campanillas más. Soltó a la chica y paseó su mirada por la habitación.

Alguien había entrado mientras estaban dormidos y se había llevado los restos del desayuno. Había una bandeja con bebidas sobre un aparador arrimado a la pared.

Bond se acercó a examinarla. Tenía de todo. Apoyados entre las botellas destacaban dos menús de enormes páginas de a folio cubiertas de letra impresa.

Podrían haber pertenecido al Savoy Grill, al «21», o al Tour d'Argent. Bond les echó un vistazo. Comenzaban con *Caviar double de Beluga* y terminaban con *Sorbet á la Champagne*. Entre ambas posibilidades se encontraba cualquier plato cuyos ingredientes resistieran la congelación. Bond los dejó en su sitio. Desde luego no se podía uno quejar de la calidad del queso que servían en la trampa.

Llamaron con los nudillos a la puerta y la exquisita Mayo entró. Iba seguida por otras dos chinas gorjeantes. Bond ignoró su amabilidad y pidió té y tostadas con mantequilla para Honeychile y les dijo que se ocuparan del cabello y las uñas de la muchacha. A continuación se fue al cuarto de baño, se tomó un par de aspirinas y se dio una ducha fría. Se puso otra vez el quimono, reflexionó sobre su aspecto de idiota y volvió a la habitación. Una sonriente Mayo le preguntó si sería tan amable de escoger lo que él y la señora Bryce tomarían para cenar. Sin mostrar entusiasmo alguno, Bond pidió caviar, chuletas de cordero a la parrilla y, de postre, *Angels on Horschack* para él. Al negarse Honeychile a elegir su cena, escogió melón, pollo asado a la inglesa y helado de vainilla con chocolate caliente para ella.

Mayo sonrió entusiasmada con un gesto de aprobación.

—El Doctor desea saber si las ocho menos cuarto es buena hora.

Bond dijo secamente que sí.

—Muchas gracias, señor Bryce. Les llamaré a las ocho menos dieciséis minutos.

Bond se acercó al tocador donde estaban acicalando a Honeychile. Observó el trabajo de los delicados y diligentes dedos sobre su cabello y uñas. Ella le sonrió en el espejo encantada. Él dijo en tono brusco:

—No les dejes que te emperifollen demasiado.

Se fue hasta la bandeja de las bebidas. Se sirvió un bourbon con soda bien cargado y se lo llevó a su habitación. En buena hora tuvo la brillante idea de hacerse con una arma. Las tijeras y las limas de uñas estaban prendidas del cinto de la manicura con una cadena. Lo mismo sucedía con las tijeras de la peluquera.

Bond se sentó en la cama sin hacer y se sumió en sombrías reflexiones mientras

bebía.

Las mujeres se fueron. La muchacha se asomó a mirarle. Al no levantar la cabeza, volvió a su habitación y lo dejó solo. En su momento Bond entró en la habitación de ella para servirse otra copa. Dijo con desgana:

—Honey, estás estupenda.

Miró el reloj de pared y volvió a su cuarto a beberse la copa y a ponerse otro de los estúpidos quimonos, uno liso de color negro.

A su debido tiempo, llamaron delicadamente a la puerta, salieron de la habitación en silencio y recorrieron el elegante pasillo vacío. Mayo se detuvo junto al ascensor. Mantenía abiertas las puertas otra china diligente. Entraron y las puertas se cerraron. Bond reparó en que el ascensor había sido fabricado por Waygood Otis. Todo cuanto había en la prisión era de lujo. Tuvo un estremecimiento de contrariedad. Se dio cuenta de la reacción y se volvió hacia la joven.

—Lo siento, Honey. Tengo un ligero dolor de cabeza.

No quería decirle que toda esa lujosa puesta en escena lo estaba deprimiendo y que no tenía la menor idea de qué iba todo aquello, que las noticias eran malas y que no tenía nada planeado para salir de la situación fuera ésta la que fuese. Eso era lo peor de todo. No había nada que deprimiera tanto a Bond como la certeza de no tener una línea de defensa ni de ataque.

La muchacha se acercó más a él y dijo:

—Lo siento, James. Espero que se te pase. ¿No estarás enfadado conmigo por algo?

Bond se esforzó por sonreír y dijo:

—No, cielo. Sólo estoy enfadado conmigo —Bajó el tono de voz—. Respecto a la cena, deja que sea yo quien hable. Compórtate con naturalidad y no te dejes intimidar por el Doctor No. Puede que esté un poco loco.

Ella asintió con solemnidad.

—Haré lo que pueda.

El ascensor paró con un quejido. Bond no tenía idea de cuánto habían bajado, ¿treinta metros, sesenta metros? Las puertas automáticas se hundieron con un susurro en la pared y Bond y la chica salieron a un gran salón.

Estaba vacío. Era una habitación de techo alto, de unos seis metros de largo, forrada por tres lados con libros hasta el techo. A primera vista, la última pared parecía hecha de cristal azul oscuro. La sala daba la impresión de ser un estudio y una biblioteca combinados. Había en una esquina una gran mesa llena de papeles y otra en el centro con revistas y periódicos. Cómodas sillas tapizadas de cuero rojo estaban esparcidas por la habitación. La alfombra era verdioscura y la iluminación, brindada por lámparas de pie, tenue. Lo único extraño era que la bandeja de las bebidas y el aparador se hallaban arrimados a la larga pared de cristal, y las sillas y mesas con

ceniceros estaban dispuestas en un semicírculo de forma que la habitación se orientaba hacia aquella pared vacía.

Los ojos de Bond captaron un remolino tras el cristal oscuro. Cruzó la habitación. Una lluvia plateada de pececillos con otro mayor en su persecución huyó cruzando de lado a lado aquella masa azul oscura. Desaparecieron, por así decirlo, al final del extremo de la pantalla. ¿Qué era aquello? ¿Un acuario? Bond miró hacia arriba. A un metro por debajo del techo, pequeñas olas lamían el cristal. Por encima de las olas se distinguía una franja azul oscura grisácea y sembrada de destellos de luz. La constelación de Orion fue la clave. No era un acuario. Era el mar y el cielo nocturno. Todo un lado de la habitación era de cristal blindado. Se hallaban debajo del mar, justo en el corazón del océano, a seis metros de profundidad.

Bond y la joven se habían quedado clavados en el suelo. Vislumbraron dos grandes ojos saltones, y el destello dorado de una cabeza de ijadas profundas apareció y desapareció en un instante. ¿Un mero? Un cardumen plateado de anchoas se detuvo, suspendido en el agua, y desapareció aceleradamente. Los tentáculos colgantes de seis metros de largo de una carabela portuguesa se mecieron lentamente junto a la ventana, con un centelleo violeta al ser heridos por la luz. Por encima se veía la masa oscura de su vientre y el contorno de su cuerpo inflado, navegando a impulsos de la brisa.

Bond recorrió la pared fascinado por la idea de vivir con la imagen de esta película a cámara lenta y siempre cambiante. Un gran tulipán de mar remontaba lentamente la ventana desde el nivel del suelo; un grupo de damiselas y peces ángel y un pomatómido de color rubí se abrían paso y se rozaban contra una esquina del cristal mientras un cohombro de mar cruzaba la pared mordisqueando las algas diminutas que debían crecer a diario por la parte exterior de la ventana. Una gran sombra oscura se detuvo en el centro de la ventana y se alejó lentamente. ¡Si se pudiera ver más allá!

Obedientemente, dos grandes rayos de luz procedentes del exterior de la «pantalla» perforaron la oscuridad. Por un instante buscaron cada uno por su cuenta hasta coincidir sobre la sombra huidiza de un gran torpedo de color gris apagado que pertenecía a un tiburón de tres metros y medio de largo que quedó iluminado al detalle. Bond distinguió los rosados ojillos porcinos que se movían inquisitivamente hacia la luz y el pulso lento de las agallas diagonales. Al momento, el tiburón se movió en la dirección del rayo convergente y la boca de media luna apareció bajo la cabeza chata. Se quedó quieto un segundo y entonces, con una ondulación elegante y desdeñosa, la enorme cola caudal dio la vuelta con un repentino aletazo y el tiburón desapareció.

Las luces se apagaron. Bond se volvió con lentitud. Esperaba encontrarse al Doctor No, pero la habitación continuaba vacía. Su aspecto era estático e inerte



comparado con los misterios pulsátiles más allá de la ventana. Bond volvió a mirar. ¿Cómo sería esto a la luz del día, cuando la vista alcanzase tal vez veinte metros o más? ¿Cómo sería durante una tormenta cuando las olas rompieran sin ruido contra el cristal, retirándose casi hasta el suelo y abalanzándose hacia arriba fuera del campo de visión? ¿Cómo sería al atardecer con los últimos rayos dorados del sol hiriendo la mitad superior de la habitación y las aguas plagadas de partículas bailando en suspensión y llenas de diminutos insectos marinos? ¿Qué hombre más sorprendente debe de ser quien haya concebido este fantástico y hernioso emplazamiento y qué proeza de ingeniería más extraordinaria la que se ha llevado a cabo! ¿Cómo lo había hecho? Sólo podía ser de una forma. Debía de haber empotrado el cristal en el acantilado para luego quitar capa tras capa de roca externa hasta que los buzos pudieran despejar la última túnica de coral. ¿Qué espesor tendría el cristal? ¿Quién lo había puesto allí por él? ¿Cómo había llegado este hombre a la isla? ¿Cuántos buzos tuvo que emplear? ¿Cuánto dinero podría haber costado?

—Un millón de dólares.

Era una voz cavernosa, con eco y un ligero deje americano.

Bond se dio la vuelta con lentitud, casi contra su voluntad, apartándose de la ventana.

El Doctor No había entrado por una puerta situada detrás de la mesa. Estaba de pie y los miraba con benignidad y una sonrisa tenue en los labios.

—Supuse que estaría haciéndose preguntas sobre su coste. Mis invitados suelen pensar en el aspecto crematístico al cabo de unos quince minutos. ¿Era ése su caso?

—Sí.

Aún sonriendo (Bond iba a acostumbrarse a aquella sonrisa tenue), el Doctor No se apartó lentamente de la mesa y avanzó hacia ellos. Parecía deslizarse más que andar a pasos. Las rodillas no se marcaban bajo el brillo metálico mate de su quimono, y no se veía el calzado bajo el rozagante dobladillo.

La primera impresión de Bond fue la delgadez, el andar erguido y la altura de aquel hombre. El Doctor No era al menos quince centímetros más alto que Bond, pero la rectitud estática de su cuerpo le hacía parecer aún más alto. La cabeza también era alargada y se estrechaba a partir de un cráneo redondo y totalmente calvo, terminando en una barbilla afilada, de tal forma que daba la impresión de ser una gota de agua invertida, o mejor dicho, una gota de aceite invertida, porque la piel era de un amarillo intenso casi translúcido.

Era imposible adivinar la edad del Doctor No; por lo que Bond podía ver, no tenía arrugas en el rostro. Era extraño ver una frente tan lisa como el cráneo pulido. Incluso las mejillas hundidas y cavernosas bajo los pómulos prominentes parecían bruñidas como el marfil. Las cejas recordaban un tanto a Dalí: finas, negras, arqueadas hacia arriba como si hubieran sido pintadas para el maquillaje de un prestidigitador. Debajo

de ellas, unos ojos rasgados de color negro azabache surgían del cráneo y lo miraban fijamente. No tenía pestañas. Parecían bocas de revólveres de pequeño calibre, inertes, sin pestañear y totalmente desprovistas de expresividad. La nariz delgada y rosácea terminaba muy cerca de la herida amplia y tensa de su boca, la cual, pese a esbozar en todo momento una sonrisa, sólo mostraba crueldad y autoritarismo. El mentón se hundía hacia el cuello. Más tarde Bond se dio cuenta de que rara vez se desplazaba más que ligeramente de su centro, dando la impresión de que la cabeza y las vértebras constituían una sola pieza.

Su peregrina figura semejaba un gusano venenoso y gigantesco envuelto en papel de estaño gris, y no habría sorprendido a Bond verle dejar un rastro de baba en la alfombra.

El Doctor No se detuvo a tres pasos de ellos. La herida que cruzaba su rostro estilizado se abrió.

—Perdónenme si no les doy la mano —la voz era profunda, monocorde y serena—, pero me es imposible. —Lentamente, las mangas unidas por los brazos cruzados se abrieron—. No tengo manos.

Dos pares de pinzas de acero unidas a unas barras brillantes surgieron de las mangas y, para que las vieran, las mantuvo en alto como las navajas de una mantis religiosa. Las dos mangas volvieron a unirse de nuevo.

Bond notó que la muchacha se sobresaltaba a su lado.

Los cuévanos negros se volvieron hacia la joven y se posaron en la nariz de ella.

El Doctor No dijo sin mostrar emoción alguna:

—Es una desgracia —Los ojos se volvieron hacia Bond—. Estaba usted admirando mi acuario —Era una afirmación, no una pregunta—. Los hombres disfrutaban de las bestias y de las aves. Yo decidí disfrutar también de los peces. Los encuentro mucho más variados e interesantes. Estoy seguro de que usted comparte mi entusiasmo.

—Le felicito —dijo Bond—. Nunca olvidaré esta habitación.

—No —De nuevo otra afirmación, tal vez con una inflexión sardónica—. Pero tenemos mucho de que hablar y muy poco tiempo. Por favor, siéntense. ¿Tomarán algo de beber? Los cigarrillos están junto a las sillas.

El Doctor No se sentó en una corpulenta silla de cuero y se dobló sobre el asiento. Bond hizo lo mismo con la silla situada enfrente. La muchacha se sentó entre ellos, un poco más atrás.

Bond notó un movimiento detrás de él. Miró por encima del hombro. Un hombre bajo, un rechino, con la corpulencia de un luchador, estaba de pie junto a la bandeja de las bebidas. Vestía pantalones negros y una elegante chaqueta blanca. Unos ojos negros y almendrados en un rostro ancho como una luna se encontraron con los suyos y se desviaron indiferentes.

El Doctor No dijo:

—Es mi guardaespaldas. Es experto en muchas cosas. Su aparición repentina no es un misterio. Siempre llevo aquí lo que se conoce como un walkie-talkie —inclinó el mentón sobre la pechera del quimono—. Así puedo llamarlo cuando lo necesito. ¿Qué tomará la muchacha?

No dijo «su esposa». Bond se volvió a Honeychile. Tenía los ojos abiertos y fijos. Dijo con serenidad:

—Una Coca-Cola, por favor.

Bond se sintió aliviado. Por lo menos, no le había estropeado la representación.

—Querría medio vaso de vodka con Martini seco y una rodaja de limón. Agitado pero no revuelto, por favor. Mejor si el vodka es ruso o polaco —dijo Bond.

El Doctor No permitió que su tenue sonrisa se acentuara un poco más.

—Veo que también usted es un hombre que sabe lo que quiere. En esta ocasión, sus deseos serán satisfechos. ¿No ha reparado en que así sucede por lo general? ¿Cuando uno quiere algo lo consigue? Esa es mi experiencia.

—Las minucias.

—Si uno fracasa en las cosas importantes, es porque no tiene grandes ambiciones. La concentración, el interés; eso es lo que importa. Las aptitudes aparecen, las herramientas se forjan por sí solas. «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», pero sólo si existe el deseo de moverlo —Los finos labios se curvaron hacia abajo en un gesto de desaprobación—. Esto no es más que cháchara. Estamos hablando por hablar. Conversemos en lugar de ello. Estoy seguro de que ambos preferimos conversar a charlar. ¿Está el Martini a su gusto? Tiene cigarrillos suficientes y de la clase adecuada para mimar su cáncer. Que así sea.

»Sam-Sam, deja la coctelera junto al señor y otra botella de Coca-Cola junto a la muchacha. Ahora deberían ser las ocho y diez. Cenaremos justo a las nueve en punto.

El Doctor No se sentó más erguido en la silla. Se inclinó hacia adelante, mirando fijamente a Bond. Hubo un momento de silencio en la habitación.

Entonces dijo el Doctor No:

—Y ahora, señor James Bond, del Servicio Secreto, contémonos nuestros secretos. Primero, para que vea que no le oculto nada, le contaré el mío. Luego me contará el suyo —Los ojos del Doctor No resplandecían siniestramente—. Pero digamos la verdad —Sacó una de sus garras de acero de la amplia manga y la levantó. Se detuvo—. Así lo haré yo, pero usted debe hacer lo mismo. Si no lo hace, éstos —apuntó con la garra a sus ojos— sabrán que está mintiendo.

El Doctor No se llevó la garra de acero con delicadeza a cada ojo y rozó el centro de cada globo ocular.

Cada ojo emitió por turno un sonido metálico sordo.

—Estos —dijo el Doctor No— lo ven todo.

## Capítulo 15

### La caja de Pandora

James Bond levantó el vaso y bebió un sorbo pensativo. No tenía sentido seguir disimulando. Su historia del representante de la Audubon Society era de cualquier forma un embuste endeble que podría descubrir cualquiera que supiese algo sobre aves. Era obvio que su propia identidad había sido hecha trizas. Tenía que concentrarse en proteger a la chica. Para empezar debía tranquilizarla.

Bond sonrió al Doctor No y le dijo:

—Conozco su contacto en King's House. La señorita Taro. Es una agente suya.

»He registrado el hecho y se divulgará bajo ciertas circunstancias junto con otros hechos —La cara del Doctor No mostraba desinterés—. Pero si tenemos que hablar, hagámoslo sin más golpes de efecto. Usted es un hombre interesante, pero no es necesario que intente ser más interesante de lo que es. Ha sufrido la desgracia de perder las manos y lleva unas mecánicas. Muchos hombres heridos en la guerra las llevan. Usa lentes de contacto en vez de gafas. Tiene un walkie-talkie en vez de una campanilla para llamar a su sirviente. No dudo de que tenga otros trucos, pero, Doctor No, usted sigue siendo un hombre que duerme, come y defeca como el resto. Así que basta de juegos de prestidigitación, por favor. No soy uno de sus recolectores de guano y no me impresiona.

El Doctor No inclinó unos milímetros la cabeza.

—Muy bien dicho, señor Bond. Acepto el reproche. No dudo de que he adquirido unos amaneramientos enojosos por vivir demasiado tiempo en compañía de monos. Pero no confunda estos amaneramientos con una fanfarronada. Soy un científico. Adapto las herramientas al material. También poseo variedad de herramientas para trabajar con materiales refractarios. Sin embargo —el Doctor No alzó unos centímetros la mangas unidas y dejó que cayeran de nuevo sobre el regazo—, sigamos con nuestra conversación. Es un placer poco habitual tener a alguien inteligente escuchando y disfrutaré contándole la historia de uno de los hombres más interesantes del mundo. Usted es la primera persona que la oye. Nunca la había contado antes. Es usted la única persona que he conocido capaz de apreciarla y sé — El Doctor No se detuvo ante la importancia de las últimas palabras con el fin de que surtieran efecto— que se la guardará para sí mismo. La segunda de estas consideraciones también atañe a la joven.

Así era. Ninguna duda tenía ya Bond desde que las Spandau abrieran fuego sobre él, o incluso antes, en Jamaica, donde los intentos de asesinato no podía decirse que hubieran sido poco entusiastas. Bond asumió desde el principio que este hombre era un asesino y que iba a ser un duelo a muerte. Había actuado con la fe ciega habitual en él pensando que ganaría el duelo hasta el instante en que el lanzallamas lo apuntó.

Entonces comenzó a dudar. Ahora lo sabía. Este hombre era demasiado poderoso y estaba demasiado bien equipado.

—No vale la pena que la chica lo oiga —dijo Bond—. Nada tiene ella que ver conmigo. La encontré ayer en la playa. Es jamaicana, del puerto de Morgan, y colecciona conchas. Sus hombres le destruyeron la canoa y tuve que llevarla conmigo. Déjela marchar ahora y que vuelva a su casa. No hablará. Juraré no hacerlo.

La muchacha le interrumpió con fiereza:

—¡Por supuesto que hablaré! Lo contaré todo. No me voy a mover de aquí, me quedaré contigo.

Bond la miró y le dijo en tono distante:

—No te quiero.

El Doctor No dijo apaciblemente:

—No malgaste saliva en estas heroicidades. Nadie que haya llegado a esta isla ha salido jamás. ¿Me comprende? Nadie, ni siquiera el pescador más insignificante. No es mi forma de actuar. No replique ni pruebe con una de sus patrañas. De nada serviría.

Bond estudió su cara. No había rabia ni terquedad, nada excepto suprema indiferencia. Se encogió de hombros. Miró a la chica y sonrió. Le dijo:

—Está bien, Honey. No quería decir lo que dije. Odiaría que te fueras. Permaneceremos juntos y escucharemos lo que este maníaco tenga que decir.

La joven asintió feliz. Era como si su amante la hubiera amenazado con echarla del cine y ahora cediese en su empeño.

El Doctor No continuó con el mismo tono de voz:

—Está en lo cierto, señor Bond. Eso es justamente lo que soy, un maníaco.

»Todos los grandes hombres son maníacos. Están poseídos por una manía que los hace avanzar hacia una meta. Los grandes científicos, los filósofos, los líderes religiosos, todos son maníacos. ¿Qué otra cosa sino la ciega individualidad de un propósito podría dar sentido a su genio y mantenerlos en el camino de su empeño? La manía, apreciado señor Bond, es tan valiosa como el genio. La disipación de la energía, la fragmentación de la visión, la pérdida del impulso, la falta de consecución, son todos vicios del rebaño —El Doctor No se reclinó un poco en la silla—. Carezco de esos vicios. Soy, como usted dice correctamente, un maníaco; un maníaco, señor Bond, con la manía del poder. Ese es el sentido de mi vida —La negrura de aquellos agujeros azabache se fijó en Bond brillando a través de las lentes de contacto—. Por eso estoy aquí. Por eso usted está aquí. Por eso esto existe.

Bond cogió el vaso y lo apuró. Lo llenó de nuevo con la coctelera y dijo:

—No me sorprende. Es la vieja historia de creerse el rey de Inglaterra, el presidente de los Estados Unidos o Dios. Los manicomios están llenos de estos casos. La única diferencia es que, en vez de estar encerrado, usted se ha construido su

propio sanatorio para encerrarse en él. Pero ¿por qué lo hace? ¿Por qué permanecer sentado en esta celda le confiere la ilusión del poder?

La irritación asomó en la comisura de la línea formada por su boca.

—Señor Bond, el poder es soberanía. El primer principio de Clausewitz es contar con una base segura de la cual dimane la libertad de acción. Juntas constituyen la soberanía. Me he asegurado estas cosas y muchas otras. Nadie más en el mundo las posee en el mismo grado. No pueden tenerlas. El mundo es demasiado público. Estas cosas sólo pueden mantenerse en privado. Usted habla de reyes y presidentes. ¿Cuánto poder tienen? Tanto como la gente les permita.

»¿Quién tiene en el mundo poder de vida o muerte sobre su pueblo? Ahora que Stalin ha muerto, ¿puede usted nombrar a alguien excepto a mí? Gracias al secreto. Gracias al hecho de que nadie lo sabe. Gracias al hecho de que no tengo que rendir cuentas a nadie.

Bond se encogió de hombros.

—Eso es sólo la ilusión del poder, Doctor No. Todo hombre con un revólver cargado tiene poder de vida o muerte sobre sus vecinos. Otras personas además de usted han asesinado en secreto y escapado. Al final suelen tener su merecido.

»Un poder superior al que poseen es ejercido sobre ellos por parte de la comunidad. Eso le ocurrirá a usted, Doctor No. Se lo digo, su búsqueda de poder es una ilusión, porque el poder mismo es otra ilusión.

El Doctor No dijo con ecuanimidad:

—Lo mismo ocurre con la belleza, señor Bond. Y con el arte, el dinero o la muerte. Y probablemente, con la vida. Estos conceptos son relativos. Su plan apoyado en palabras no me da miedo. Sé más filosofía, ética y lógica que usted, me atrevería a decir. Pero dejemos a un lado este debate estéril. Volvamos al comienzo, a mi manía de poder o, si usted lo desea, a la ilusión de poder. Y por favor, señor Bond —Una arruga más se marcó en su sonrisa inamovible—, por favor, no piense que media hora de conversación con usted pueda alterar el curso de mi vida. Interésese mejor en la historia de mi búsqueda, digámoslo así, de una ilusión.

—Prosiga —Bond echó un vistazo a la muchacha. Ella encontró sus ojos y se llevó la mano a la boca como para ocultar un bostezo. Bond le sonrió divertido. Se preguntó cuándo querría el Doctor No abandonar la pose de indiferencia.

El Doctor No dijo con benignidad:

—Procuraré no aburrirles. Los hechos son mucho más interesantes que las teorías, ¿no está de acuerdo? —El Doctor No no esperaba una respuesta. Centró su atención en el elegante tulipán de mar, que ya había recorrido en su ascenso la mitad de la oscura ventana. Unos pececillos plateados atravesaron como centellas la negrura. Una línea azulada de fosforescencia se desplazó sin rumbo fijo. Arriba, junto al techo, el brillo cada vez mayor de las estrellas entraba por el cristal.

La artificialidad de la escena de la habitación, las tres personas sentadas en sillas confortables, las bebidas en el aparador, la lujosa alfombra, las luces tenues, le parecieron de pronto absurdas a Bond. Incluso lo dramático de la situación y el peligro eran cosas insignificantes comparadas con el avance ascendente del tulipán de mar por el cristal, suponiendo que el cristal reventara, o que las tensiones hubieran sido calculadas erróneamente o su ejecución tuviera fallos, o suponiendo que el mar decidiera apoyarse con un poco más de fuerza sobre la ventana.

—Fui el hijo único de un misionero metodista alemán y de una joven china de buena familia —dijo el Doctor No—. Nací en Pekín, pero era un hijo ilegítimo y resultaba un estorbo. Pagaron a una tía de mi madre para que me criara —El Doctor No hizo una pausa—. Nada de amor, ya ve, señor Bond. Falta de amor materno —Prosiguió—. La semilla había sido sembrada. Me fui a trabajar a Shanghai y me involucré con la mafia china y sus procedimientos ilegales. Me encantaban las conspiraciones, los robos, los asesinatos, los incendios de las propiedades sin asegurar. Representaban la insubordinación contra la figura paterna que me había traicionado. Deseaba la muerte y destrucción de personas y cosas. Me convertí, por así decirlo, en un adepto a la técnicas criminales. Entonces surgieron problemas. Tuve que quitarme de en medio. Las bandas me consideraban demasiado valioso para matarme y me introdujeron ilegalmente en Estados Unidos. Me instalé en Nueva York. Llevaba una carta de presentación, codificada, para una de las dos bandas más poderosas de América del Norte: la Hip Sings. Nunca supe lo que decía la carta, pero me cogieron en seguida de secretario confidencial. A su debido tiempo, a la edad de treinta años, pasé a ser el equivalente al tesorero. El tesoro ascendía a más de un millón de dólares.

»Codiaba ese dinero. Entonces comenzaron las grandes guerras entre bandas a finales de los años veinte. Las dos grandes bandas de Nueva York, la mía, Hip Sings, y la rival, On Lee Ongs, comenzaron a luchar. Con el paso de las semanas, cientos de ambos bandos fueron asesinados y sus casas y propiedades reducidas a cenizas. Fue una época de torturas, asesinatos e incendios a los que me sumé encantado. Entonces aparecieron las brigadas antidisturbios. Casi toda la policía de Nueva York fue movilizada. Los dos ejércitos clandestinos fueron desarticulados; los cuarteles de las dos bandas, asaltados, y los cabecillas, enviados a la cárcel. Yo recibí un soplo sobre la redada que iban a hacer con mi banda. Unas pocas horas antes de llevarse a cabo, abrí la caja fuerte, desvalijé el millón de dólares en oro, desaparecí en el Harlem y se me tragó la tierra. Fui estúpido.

»Debería haberme ido de América al rincón más lejano del planeta. Incluso desde las celdas de los condenados a muerte de Sing Sing, los jefes de mi banda dieron conmigo. Me encontraron. Los asesinos llegaron de noche y me torturaron. No les dije dónde estaba el oro. Me torturaron toda la noche y, como no pudieron

doblegarme, me cortaron las manos para que se supiera que el cadáver era el de un ladrón, y me pegaron un tiro en el corazón antes de irse. Pero 110 sabían una cosa de mí. Soy el único hombre entre un millón que tiene el corazón en el costado derecho. Ésas son las posibilidades, una entre un millón. Viví. Gracias a mi voluntad sobreviví a la operación y a los meses en el hospital. Y todo el tiempo planeaba y volvía a planear la forma de huir con el dinero, guardarlo y lo que hacer con él.

El Doctor No calló. Las sienas se le habían encendido un tanto. Su cuerpo se revolvía inquieto en el quimono. Los recuerdos lo habían enardecido. Durante un momento cerró los ojos para serenarse. Bond pensó: «¡Ahora! ¿Me abalanzo sobre él y lo mato? ¿Rompo el vaso y utilizo el pie mellado?».

Los ojos del Doctor No se abrieron de nuevo.

—¿No los estoy molestando? ¿Seguro? Por un momento me pareció que se distraían.

—No.

La ocasión había pasado. ¿Habría otras? Bond midió la distancia que los separaba; reparó en que la vena yugular sobresalía por encima del cuello del quimono.

Los finos labios morados se abrieron y la historia siguió su curso.

—Señor Bond, fue una época de resoluciones firmes y tajantes. Cuando me dejaron salir del hospital, me fui a ver a Silberstein, el mayor comerciante de sellos de Nueva York. Compré un sobre, sólo uno, lleno de los más raros sellos postales del mundo. Me costó semanas reunidos, pero no me importó el precio, fuera en Nueva York, Londres, París o Zurich. Quería que el oro se pudiera mover.

»Lo invertí todo en esos sellos. Presentía que estallaría la guerra mundial y que subiría la inflación. Sabía que lo mejor sería apreciado o que, por lo menos, mantendría su valor. Mientras tanto cambié de aspecto. Hice que me extirparan el cabello de raíz, y me redujeran la nariz de tamaño; me ensancharon la boca y adelgazaron los labios. Como no podía volverme más bajo, me hice más alto. Llevo zapatos de suelas gruesas. Sometí mi columna a semanas de tracción. Cambié de ademanes. Me quité las manos mecánicas y me puse manos de cera enguantadas.

»Me cambié el nombre por el de Julius No, Julius por mi padre y No por mi rechazo a él y a toda autoridad. Me quité las gafas y me puse lentes de contacto, uno de los primeros pares fabricados en el mundo. Entonces me fui a Milwaukee, porque no había chinos, y me matriculé en la facultad de medicina. Me oculté en el mundo académico, el mundo de las bibliotecas y los laboratorios, las aulas y los campus. Allí, señor Bond, me enfrasqué en el estudio del cuerpo humano y la mente. ¿Por qué? Porque quería saber de lo que es capaz este barro. Debía aprender primero cuáles eran mis herramientas antes de usarlas para mi meta siguiente: seguridad total frente a la debilidad física, frente a los peligros materiales y las contingencias de la



vida. Entonces, señor Bond, con esa base segura, protegido contra los peligros ocasionales del mundo, podría adquirir poder, el poder para hacerles a otros lo que me hicieron a mí, poder de vida o muerte, poder de decisión para juzgar con total independencia de la autoridad exterior.

»Porque ésa, señor Bond, tanto si le gusta como si no, es la esencia del poder temporal.

Bond alargó el brazo para coger la coctelera y se sirvió una tercera copa. Miró a Honeychile. Parecía serena e indiferente, como si tuviera la mente ocupada en otras cosas. Ella le sonrió.

El Doctor No dijo con benignidad:

—Supongo que tendrán hambre. Les ruego que tengan paciencia. Seré breve.

»Si lo recuerdan, estaba en Milwaukee. En su momento, terminé los estudios, dejé América del Norte y di la vuelta al mundo en etapas cortas. Me puse el nombre de «doctor», porque los doctores son objeto de confianzas y pueden formular preguntas sin levantar sospechas. Estaba buscando mi residencia. Tenía que ser segura durante la guerra que se avecinaba y había de ser una isla, totalmente privada, capaz de ser objeto de un desarrollo industrial.

»Al final compré Cayo Cangrejo y aquí he permanecido durante catorce años. Han sido años provechosos y seguros, sin una nube en el horizonte. Me entretenía la idea de convertir el excremento de los pájaros en oro, y me aferré a la idea con pasión. Me parecía la industria ideal. Había una demanda constante del producto. Las aves no necesitaban mayor cuidado que el de dejarlas en paz. Cada ave es una fábrica que transforma el pescado en estiércol. La explotación del guano es sólo cuestión de no estropear la cosecha excavando demasiado. El único problema es el coste de la mano de obra.

»En el año 1942, los braceros cubanos y jamaicanos ganaban diez chelines a la semana cortando caña. Tenté a cien de ellos a venir a la isla ofreciéndoles el pago de doce chelines semanales. Con el guano a cincuenta dólares la tonelada, estaba bien situado, aunque con una condición, que los sueldos permanecieran estables. Me aseguré de ello aislando mi comunidad de la inflación mundial. De vez en cuando ha habido que utilizar métodos enérgicos, pero el resultado es que mis hombres están contentos con su sueldo, porque es el salario más alto que han conocido. Traje una docena de rechinos con sus familias para que trabajaran de capataces. Cada hombre recibe una libra semanal. Son duros y de fiar. En una ocasión tuve que ser despiadado con ellos, pero pronto aprendieron. Automáticamente mi población aumentó en número. Agregué algunos ingenieros y constructores. Nos pusimos a trabajar en la montaña. En ocasiones traje equipos de especialistas con elevados salarios. Los mantenía apartados del resto. Vivían dentro de la montaña hasta terminar el trabajo y se iban en barco. Instalaron la luz, la ventilación y el ascensor. Construyeron esta

habitación. Las provisiones y el mobiliario llegaron procedentes de todo el mundo.

»Pude crear la tapadera del sanatorio para encubrir mis operaciones en el caso de que un día haya un naufragio o el gobernador de Jamaica decida hacerme una visita —Los labios se abrieron en una sonrisa—. Debe admitir que soy capaz, si así lo deseo, de proveer a los visitantes la más fragante recepción. ¡Buena precaución para el futuro! Gradual y metódicamente fui construyendo esta fortaleza mientras las aves defecaban en su cumbre. Ha sido duro, señor Bond —Los ojos negros no esperaban comprensión ni encomios—. Pero a finales del año pasado el trabajo concluyó. Había conseguido una base segura y bien camuflada. Estaba listo para dar el siguiente paso, una prolongación de mi poder en el mundo exterior.

El Doctor No guardó silencio. Levantó los brazos una pulgada y los dejó caer de nuevo resignadamente sobre el regazo.

—Señor Bond, afirmé que no había habido ni una nube en el cielo durante estos catorce años. Pero hubo una, todo el tiempo, cerniéndose en el horizonte.

»¿Sabe usted qué era? Un pájaro, un ridículo pájaro llamado espátula rosada. No lo aburriré con los detalles, señor Bond. Ya está al corriente de algunas de las circunstancias. Los dos guardas, a varios kilómetros de aquí y en el medio del lago, se aprovisionaban con una lancha que venía de Cuba. Enviaban sus informes por medio de la lancha. Ocasionalmente, ornitólogos de Estados Unidos llegaban en la lancha y pasaban varios días en el campamento. No me importaba. El área queda lejos de los límites impuestos a mis hombres. Los guardas no podían acercarse a mis recintos. No había contacto alguno. Desde el principio dejé claro a la Audubon Society que no recibiría a sus representantes. ¿Y qué ocurre entonces? Un día, más allá del cielo despejado, recibo una carta del barco que viene todos los meses.

»La espátula rosada se había convertido en una de las maravillas ornitológicas del mundo. La Sociedad me mandó una notificación formal de que tenían la intención de construir un hotel en el terreno arrendado, junto al río por el que usted vino. Los amantes de los pájaros de todo el mundo vendrían a observar a estas aves. Se harían películas. Cayo Cangrejo, me dijeron en su halagadora y persuasiva carta, sería famoso.

»Señor Bond —Levantaba y dejaba caer los brazos. La ironía asomaba a su sonrisa forzada—. ¿Puede creerlo? ¡El secreto conseguido! ¡Los planes para el futuro! Borrados por culpa de un puñado de viejas y unos cuantos pájaros! Estudié el arrendamiento. Escribí ofreciendo una enorme suma para comprarlo. La rechazaron. Por tanto, estudié a los pájaros y descubrí sus hábitos. Y, de pronto, hallé la solución. Era sencillo. El hombre siempre ha sido el máximo depredador de estas aves. Las espátulas son extremadamente tímidas y se asustan con facilidad. Encargué en Florida un vehículo anfíbio, un vehículo que se emplea en las prospecciones petrolíferas, que pudiera desplazarse por todo tipo de terreno.

»Introduje unas adaptaciones para asustar y quemar no sólo a los pájaros sino también a personas, ya que los guardas también tendrían que irse. Una noche de diciembre, el vehículo anfibia atravesó el lago con sus bramidos. Destruyó el campamento y se dio por muertos a los dos guardas, aunque resultó que uno de ellos logró escapar y murió en Jamaica. El vehículo incendió los puntos de nidificación y sembró el terror entre las aves. ¡Fue un éxito completo! La histeria se extendió entre las espátulas y murieron a miles. Pero entonces me envían una solicitud para que un avión aterrice en mi pista. Iba a haber una investigación y decidí dar mi consentimiento. Era lo más aconsejable. Preparé el accidente. Un camión pierde el control en la pista de aterrizaje en el momento en que el avión se aproxima. El avión queda destruido y se elimina cualquier resto del camión. Los cadáveres se depositan respetuosamente en ataúdes e informo de la tragedia.

»Como esperaba, la investigación prosigue. Llega un destructor y recibo cortésmente a su capitán. Él y sus oficiales llegan a tierra por mar y se los conduce tierra adentro. Se les muestran los restos del campamento. Mis hombres apuntan la teoría de que los guardas se volvieron locos por culpa de la soledad y se pelearon. El superviviente prendió fuego al campamento y escapó en su canoa de pesca. Se examina la pista de aterrizaje. Mis hombres informan de que el avión se aproximó demasiado rápido. Las ruedas debieron explotar con el impacto. Se les entregan los cuerpos; todo resulta tristísimo. Los oficiales quedan satisfechos y la paz reina de nuevo.

El Doctor No tosió con delicadeza. Posó su mirada en Bond, en la muchacha y de nuevo en aquél.

—Y ésta, amigos míos, es mi historia, o más bien, el primer capítulo del que estoy seguro de que será un relato más largo e interesante. La intimidación ha sido restablecida. No hay nuevos asentamientos de espátulas, por lo que no habrán más guardas. No hay duda de que la Audubon Society decidirá aceptar mi oferta por lo que quede de arrendamiento. No importa. Si comienzan de nuevo con sus patéticas operaciones, les sobrevendrán otras desgracias. Esto me ha servido de aviso. No habrá nuevas interferencias.

—Interesante —dijo Bond—. Una historia interesante. ¿Así que por eso hubo de quitar de en medio a Strangways? ¿Qué hizo con él y la chica?

—Están en el fondo de la presa Mona. Envié a tres de mis mejores hombres.

»Poseo una pequeña pero eficaz maquinaria en Jamaica. La necesito. He establecido vigilancia sobre los servicios de espionaje de Jamaica y Cuba. Es necesario para mis próximas operaciones. Su querido señor Strangways comenzó a sospechar y a husmear. Por suerte, en aquel momento conocía la rutina de este hombre. Su muerte y la de la chica sólo fue cuestión de hallar una oportunidad.

»Tenía la esperanza de desembarazarme de usted con la misma celeridad. Tuvo

suerte, aunque sabía qué clase de hombre era usted por los archivos de Kings's House. Supuse que la mosca vendría hasta la araña. Lo estaba esperando y cuando apareció la canoa en la pantalla del radar, supe que no escaparía.

—Su radar no es muy eficaz —dijo Bond—. Había dos canoas. La que usted vio fue la de la chica. Le repito que ella nada tiene que ver conmigo.

—Entonces tiene mala suerte. Resulta que necesito una mujer blanca para un pequeño experimento. Como acordamos antes, señor Bond, uno por lo general consigue lo que quiere.

Bond miró pensativamente al Doctor No. Se preguntó si valía la pena intentar hacer mella en aquel hombre impenetrable. ¿Valía la pena gastar saliva amenazándole o recurriendo a estratagemas? Bond no tenía más cartas que un dos de tréboles bajo la manga. La idea de jugar esa baza casi lo aburría. Con soberana indiferencia y como por casualidad puso las cartas sobre la mesa.

—Entonces tiene usted mala suerte, Doctor No. Usted es en este momento un expediente en Londres. Mis conclusiones sobre el caso, las pruebas de la fruta envenenada, de la escolopendra y del vehículo siniestrado están todas allí. Lo mismo sucede con los nombres de la señorita Chung y la señorita Taro. Dejé instrucciones a alguien en Jamaica para que el informe fuera abierto y se actuara en consecuencia si no volvía de Cayo Cangrejo en tres días.

Bond guardó silencio. La cara del Doctor No era impasible. Ni sus ojos ni su boca se habían alterado. La vena yugular latía apaciblemente. Bond se inclinó hacia adelante y dijo con delicadeza:

—Pero por la muchacha, y sólo por ella, Doctor No, le haré una oferta. A cambio de que vuelva sana a Jamaica, le daré una semana de ventaja. Coja su avión y sus sellos y trate de escapar.

Bond se reclinó en la silla:

—¿Le interesa, Doctor No?

## Capítulo 16

### Horizontes de agonía

Una voz surgió detrás de Bond y dijo en voz baja:

—La cena está servida.

Bond se dio la vuelta. Era el guardaespaldas. Junto a él estaba otro hombre que podría haber sido su hermano gemelo. Estaban de pie, dos fornidas montañas de músculos con las manos ocultas bajo las mangas de los quimonos y mirando al Doctor No por encima de la cabeza de Bond.

—Ah, ya son las nueve —El Doctor No se puso en pie lentamente—. Vengan.

Continuaremos la conversación en un ambiente de mayor intimidad. Son muy amables por haberme escuchado con paciencia ejemplar. Espero que la modestia de mi cocina y mi bodega no supongan un nuevo abuso.

Una puerta de doble hoja se abría en la pared situada detrás de los dos hombres con chaquetas blancas. Bond y la chica siguieron al Doctor No hasta una habitación pequeña y octogonal, panelada con caoba e iluminada con una araña de plata con tubos de cristal en torno a las velas. Debajo de ésta había una mesa redonda de caoba dispuesta para tres personas. La plata y el cristal despedían cálidos destellos. La alfombra lisa azul oscura era de lujoso espesor. El Doctor No escogió la silla central de alto respaldo y le señaló con una inclinación a la joven la silla a su derecha. Se sentaron y desdoblaron las servilletas de seda blanca.

La falsa ceremonia y la coqueta habitación enloquecieron a Bond. Deseaba destrozarlo con sus propias manos, enrollar la servilleta de seda alrededor de la garganta del Doctor No y apretar hasta que las lentes de contacto le saltaran de sus condenados ojos negros.

Los dos guardianes llevaban guantes de algodón blancos. Sirvieron la comida con delicada eficiencia que era interrumpida ocasionalmente por alguna palabra en chino del Doctor No.

Al principio, el Doctor No parecía preocupado. Comía con parsimonia de tres cuencos con sopas distintas, alimentándose con una cuchara de un asa corta que encajaba a la perfección entre las pinzas. Bond se concentró en ocultar sus temores a la chica. Se sentó relajado y comió y bebió forzándose a mostrar buen apetito. Habló animadamente con la chica sobre Jamaica, sobre los pájaros, la fauna y la flora, que era un tema de conversación fácil para ella. Ocasionalmente sus pies se encontraron con los de ella bajo la mesa. Ella estaba casi alegre. Bond pensó que estaban representando una excelente parodia de una pareja prometida en matrimonio invitada a cenar por un tío odioso.

Bond no tenía idea de si su estratagema había funcionado. No apostaba mucho por que así fuera. El Doctor No y su historia exudaban invulnerabilidad. La increíble

biografía parecía cierta. Ni un solo dato era imposible. Quizá hubiera otras personas en el mundo con reinos privados, lejos de los caminos trillados, en donde no hubiera testigos y pudiesen hacer lo que quisieran. ¿Y qué planeaba hacer el Doctor No después de aplastar las moscas que habían ido a molestarlo?

¿Y si cuando matase a Bond y a la chica, Londres siguiera el hilo que Bond había recogido? Probablemente lo harían. Quedaría Pleydell-Smith. La prueba de la fruta envenenada. Pero ¿cómo lo relacionaría el sustituto de Bond con el Doctor No?

Este se desentendería de la desaparición de Bond y Quarrel. Nunca había sabido de ellos. Y no habría relación alguna con la joven. En el puerto de Morgan creerían que se había ahogado en una de sus expediciones. Costaba ver que algo pudiera interferir en el segundo capítulo de la vida del Doctor No fuera cual fuese.

Mientras charlaba con la joven, Bond se preparaba para lo peor. Había numerosas armas junto al plato. Cuando llegaron las costillas, cocinadas a la perfección, Bond jugueteó indeciso con los cuchillos y escogió el cuchillo del pan.

Mientras comía y hablaba, deslizó el gran cuchillo de acero para la carne hacia él.

Con un gesto grandilocuente de la mano derecha volcó la copa de champán y durante la décima de segundo del accidente, la mano izquierda introdujo como un rayo el cuchillo en la ancha manga de su quimono. En medio de las disculpas de Bond y la confusión, mientras el guardaespaldas enjugaba el champán derramado, Bond levantó el brazo izquierdo y notó cómo el cuchillo se deslizaba bajo la axila y caía dentro del quimono contra sus costillas. Al terminar con el cordero, se ciñó el cinturón de seda a la cintura de forma que el cuchillo quedó pegado al estómago.

El cuchillo estaba cómodamente recostado contra la piel y el acero se fue calentando de forma gradual.

Llegó el café y la comida concluyó. Los dos guardianes se quedaron de pie detrás de las sillas de Bond y la joven, ambos con los brazos cruzados sobre el pecho, impassibles, inmóviles como verdugos.

El Doctor No dejó la taza con suavidad sobre el platillo. Descansó las dos tenazas de acero debajo de la mesa. Se sentó una fracción más erguido. Giró una pulgada el cuerpo en dirección a Bond. Ya no había preocupación en su rostro. Sus ojos eran duros y directos. La línea de su boca se arrugó y abrió: —¿Ha disfrutado de la cena, señor Bond? Bond cogió un cigarrillo de la pitillera de plata que tenía delante y lo encendió. Jugó con el encendedor de plata. Se olía las malas noticias.

Debía hacerse como pudiera con el encendedor. Tal vez el fuego fuera otra arma.

Dijo sencillamente:

—Sí. Ha sido excelente.

Miró a la muchacha. Se incorporó hacia adelante y posó los antebrazos en la mesa cruzándolos y cubriendo el encendedor. Le sonrió a ella:

—Espero que te haya gustado lo que te pedí.

—Oh sí, estaba riquísimo.

Para ella la fiesta aún seguía.

Bond fumaba con ansia, agitando las manos y antebrazos para crear una atmósfera de movimiento. Se volvió hacia el Doctor No. Apagó el cigarrillo y se reclinó en la silla. Cruzó los brazos sobre el pecho. El encendedor estaba en su axila izquierda. Sonrió alegremente.

—¿Y ahora qué, Doctor No?

—Seguiremos con nuestra representación de sobremesa, señor Bond —La leve sonrisa se heló y esfumó—. He considerado su proposición desde todos los ángulos. No la acepto.

Bond se encogió de hombros.

—No es muy juicioso.

—No, señor Bond. Sospecho que su proposición es una engañifa. La gente de su ramo no se comporta como sugiere. Hacen informes rutinarios para la oficina central. Mantienen a su jefe enterado del progreso de las investigaciones. Sé estas cosas. Los agentes secretos no hacen lo que usted dice haber hecho. Usted ha leído demasiadas novelas de suspense. Su discursito me huele a maquillaje y cartón. No, señor Bond. No me creo su historia. Si es cierta, estoy preparado para afrontar las consecuencias. Es mucho lo que hay en juego como para que me desvíen de mi camino. Por tanto, que venga la policía, que venga el ejército.

»¿Dónde están el hombre y la chica? ¿Qué hombre y qué chica? No sé nada. Por favor, váyanse. Están interfiriendo en mi guanera. ¿Dónde están las pruebas? ¿Y la orden de registro? Las leyes inglesas son muy estrictas, caballeros. Vuelvan a casa y déjenme en paz con mis amados cormoranes. ¿Lo ve, señor Bond? Pongamos que resulta lo peor de lo peor; que uno de mis agentes habla, lo cual es muy improbable (Bond recordó la entereza de la señorita Chung). ¿Qué puedo perder?

»Dos muertes más en la hoja de cargos. Pero, señor Bond, sólo se puede colgar a un hombre una vez—La larga cabeza piriforme se movió suavemente de un lado a otro—. ¿No tiene nada más que decir? ¿Algo que preguntar? Ambos tienen por delante una noche ocupada. Su tiempo se está agotando y yo debo irme a dormir.

»El barco atracará mañana y habré de supervisar la carga. Tendré que pasarme todo el día en el muelle. ¿Y bien, señor Bond?

Bond miró a la joven. Estaba blanca como el papel. Lo miraba fijamente, esperando el milagro que obrara efecto. El se miró las manos y estudió las uñas cuidadosamente. Dijo para ganar tiempo:

—¿Y luego, qué? Después de un día de duro trabajo con el excremento de los pájaros, ¿qué es lo siguiente en su programa? ¿Cuál es el próximo capítulo que piensa escribir?

Bond no levantó la vista. La tranquila y autoritaria voz le llegó como si

descendiera del cielo nocturno.

—Ah, sí. Se lo habrá estado preguntando, señor Bond. Usted tiene la costumbre de preguntar y persiste incluso hasta el final, incluso en la sombra. Admiro tales cualidades en un hombre al que sólo le quedan unas horas de vida.

»Por tanto, se lo diré. Pasaré a la siguiente página. Lo consolaré. Hay algo más en este lugar que excremento de aves. Su instinto no lo ha traicionado. —El Doctor No hizo una pausa para dar mayor énfasis—. Esta isla, señor Bond, está a punto de convertirse en el más valioso centro de espionaje técnico del mundo.

—¿En serio? —Bond mantuvo la vista posada en las manos.

—Sin duda usted sabe que las islas Turks, a unas trescientas millas de aquí por el Windward Passage, son el centro de pruebas de misiles guiados más importante de Estados Unidos.

—Es un centro importante, sí.

—¿Tal vez haya leído lo de los cohetes que se han perdido recientemente? Por ejemplo, el *SNARK* de varios pisos, que acabó su vuelo en la selva brasileña en vez de en las profundidades del Atlántico sur.

—Sí.

—¿Recuerda que se negó a obedecer las instrucciones telemetradas para cambiar su curso, o incluso para autodestruirse, y que desarrolló voluntad propia?

—Lo recuerdo.

—Ha habido otros fallos, fallos decisivos, con una larga lista de prototipos: *ZUÑÍ*, *MATADOR*, *PETREL*, *REGULUS*, *BOMARC*... tantos nombres y tantos cambios. No me acuerdo de todos. Bueno, señor Bond —el Doctor No no pudo evitar que se escapara una nota de orgullo en su voz—, tal vez le interese saber que la gran mayoría de esos fallos tuvieron su origen en Cayo Cangrejo.

—¿En serio?

—¿No me cree? No importa. Otros sí me creen. Otros que han visto la renuncia total a una serie, el *MASTODON*, debido a los recurrentes errores de navegación y a su negativa a obedecer las direcciones radiadas desde las islas Turks. Esos otros son los rusos. Los rusos son mis compañeros de aventura.

»Entrenaron a seis de mis hombres, señor Bond. Dos de esos hombres están de guardia en este momento, vigilando las frecuencias de radio, los haces de radiofaro que dirigen este armamento. Hay equipo por valor de un millón de dólares en un nivel por encima del nuestro en las galerías excavadas en la roca, señor Bond; equipo que envía rayos espía a la capa ionosférica, espera las señales para interferirlas, y contrarresta los haces de radiofaro con otros.

»Y de cuando en cuando un cohete asciende vertiginosamente ciento cuarenta, setecientos kilómetros por encima del Atlántico. Y nosotros lo seguimos, con la misma precisión con la que lo hacen desde las islas Turks. Entonces, de repente,



nuestras frecuencias interceptan el cohete, su cerebro se confunde, se vuelve loco y se precipita en el mar o se autodestruye o deja de funcionar en una tangente. Otra prueba fallida.

»Se culpa a los operadores, a los ingenieros, a los fabricantes. Cunde el pánico en el Pentágono. Algo nuevo habrá que probar, distintas frecuencias, distintos metales, un radio cerebro distinto. Por supuesto —El Doctor No fue ecuánime—, también hemos tenido problemas. Seguimos muchos despegues de prácticas sin conseguir interferir el cerebro del nuevo cohete. Pero entonces nos ponemos en comunicación urgente con Moscú. Sí, incluso nos proporcionan una máquina de códigos con nuestras propias frecuencias y pruebas. Los rusos se ponen a pensar, nos hacen sugerencias. Las probamos. Y entonces, un día, señor Bond, es como captar la atención de un hombre entre la multitud. Arriba, en la estratosfera, el cohete reconoce nuestra señal, nos comunicamos con él y cambiamos su mente —El Doctor No hizo un alto—. ¿No le parece interesante, señor Bond, esta línea suplementaria de mi negocio de guano? Le aseguro que es muy provechosa.

»Incluso puede llegar a serlo más. Quizá la China comunista pague más. ¿Quién sabe? De hecho, ya estoy tanteando el terreno.

Bond alzó los ojos. Miró pensativamente al Doctor No. Así que tenía razón.

Había algo más de lo que se veía a simple vista. Era un asunto muy gordo, un asunto que lo explicaba todo, un asunto que —no cabía duda— en el mercado de espionaje internacional bien valía su precio. ¡Vaya, vaya! Ahora las piezas del rompecabezas encajaban de una vez. Por este motivo valía la pena espantar a unos pocos pájaros y borrar del mapa a unas cuantas personas. ¿Secreto? Claro está que el Doctor No tendría que matarlos. ¿Poder? Eso era. El Doctor No se había metido de lleno en el negocio.

Bond miró aquellos dos agujeros negros con un nuevo respeto. Y dijo:

—Tendrá usted que matar a mucha más gente para que no se le escape esto de las manos, Doctor No. Vale un montón de dinero. Ha conseguido usted una buena propiedad aquí, mejor de lo que yo pensaba. Otras personas querrán cortarse un pedazo del pastel. Me pregunto quién será el primero en matarle. ¿Los hombres que tiene allá arriba —Hizo un gesto en dirección al techo— y fueron adiestrados en Moscú? Ellos son los técnicos. Me pregunto qué les estará ordenando Moscú que hagan. Usted no lo sabría, ¿no es cierto?

—Persiste usted en infravalorarme, señor Bond —dijo el Doctor No—. Es usted un hombre obstinado y más estúpido de lo que había pensado. Soy consciente de esas posibilidades.

»He cogido a uno de esos hombres y lo he puesto al frente de un monitor privado. Posee duplicados tanto de nuestros códigos como de los de la otra máquina. Vive en otra parte de la montaña y los demás creen que ha muerto. Vigila todas las tareas

rutinarias. Me da una segunda copia de todo cuanto pasa.

»Hasta el momento, las consignas de Moscú están libres de todo signo de conspiración. Pienso en esas cosas constantemente, señor Bond. Tomo precauciones y tomaré muchas más. Como ya he dicho, usted me infravalora.

—No lo infravaloro, Doctor No. Es usted un hombre de lo más cauto, pero tiene muchos expedientes abiertos. En mi negocio, me ocurre lo mismo. Conozco la sensación, pero en su caso tiene algunos realmente malos. Los chinos, por ejemplo, no me gustaría tener nada que ver con ellos. El FBI sería el menos doloroso: robo y falsificación de identidad. Pero, ¿conoce usted a los rusos tan bien como yo? Por el momento, usted es su «mejor amigo». Pero los rusos no tienen amigos. Querrán asumir el mando, pero pegándole un tiro a usted.

»Además, está el expediente abierto en el Servicio Secreto. ¿Acaso quiere que aumente de espesor? Yo en su lugar no lo haría, Doctor No. Hay un montón de gente muy tenaz en el Servicio. Si algo me sucede a mí o a la chica, descubrirá que Cayo Cangrejo es una isla muy pequeña y desprotegida.

—No se pueden hacer grandes apuestas sin correr riesgos, señor Bond. Asumo los riesgos y, en la medida de mis posibilidades, me he preparado para afrontarlos.

»Ya ve, señor Bond —Su voz profunda mostraba un atisbo de ambición—. Estoy a punto de conseguir cosas aun mayores. El segundo capítulo al cual me refería promete tal recompensa que sólo un estúpido renunciaría a ella por tener miedo.

»Ya le he dicho que puedo manipular los haces de radiofaro con los que dirigen estos cohetes, señor Bond. Puedo hacer que cambien su curso y que ignoren el control por radio. ¿Qué diría, señor Bond, si lograra ir más allá? Si pudiera hacerlos caer en el mar cerca de esta isla y apoderarme de los secretos de su fabricación.

»En la actualidad, los destructores norteamericanos en el Atlántico Sur se ocupan del salvamento de estos misiles cuando agotan el combustible y caen al mar en paracaídas. A veces, los paracaídas no se abren. A veces los dispositivos de autodestrucción fallan. Nadie en las islas Turks se sorprendería si de vez en cuando el prototipo de una nueva serie interrumpiera su vuelo y cayera cerca de Cayo Cangrejo. Para empezar, por lo menos, supondrían que había sido un fallo mecánico. Más tarde, tal vez descubrirían que otras señales de radio además de las suyas estaban guiando sus cohetes. Estallaría una guerra de interferencias.

»Tratarían de localizar la fuente de las señales interceptoras. Descubriría que me estaban buscando. Haría un último intento. Sus cohetes se volverían locos. Acabarían en la Habana, en Kingston. Darían la vuelta en dirección a Miami.

Incluso sin cabezas nucleares, señor Bond, cinco toneladas de metal a más de mil kilómetros por hora pueden hacer mucho daño en una ciudad poblada. ¿Y entonces qué? Cundiría el pánico y se extendería la indignación entre el público.

»Los experimentos tendrían que ser suspendidos. La base de las islas Turks sería

desmantelada. ¿Y cuánto pagaría Rusia para que eso sucediera, señor Bond? ¿Y cuánto pagaría por cada uno de los prototipos que capturase para ellos? ¿Digamos diez millones de dólares por toda la operación? ¿Veinte millones? Sería una victoria incalculable en la carrera armamentística. Podría fijar el precio. ¿No está de acuerdo, señor Bond? ¿No cree que estas consideraciones vuelven patéticos sus argumentos y amenazas?

Bond no dijo nada. No había nada que decir. De pronto, estaba de vuelta en la tranquila habitación en lo alto de Regent's Park. Oía la lluvia azotar con suavidad la ventana y la voz impaciente y sarcástica del señor M que decía: «Oh, un maldito asunto sobre pájaros... unas vacaciones al sol le sentarán bien... una investigación rutinaria». Y él, Bond, con una canoa, un pescador y una comida de picnic había marchado, cuántos días o cuántas semanas hacía ya, a «echar un vistazo». Pues bien, le había echado un vistazo a la caja de Pandora. Había hallado las respuestas y descubierto los secretos. ¿Y ahora qué? Ahora le iban a enseñar educadamente el camino de su tumba llevándose consigo los secretos y a la muchacha que había encontrado y arrastrado tras él en su lunática aventura. La amargura que Bond sentía en su interior le vino a la boca y por un momento pensó que iba a vomitar.

Cogió el champán y vació la copa. Dijo con dureza:

—Está bien, Doctor No. Sigamos con la función. ¿Cuál es el programa: un cuchillo, un tiro, veneno, una cuerda? Pero que sea rápido. Ya he tenido más que suficiente de usted.

Los labios del Doctor No se comprimieron en una tenue línea morada. Los ojos eran duros como el ónice bajo su frente y cráneo pulidos como bolas de billar. La máscara de amabilidad había desaparecido. El inquisidor general se sentó en la silla de respaldo alto. Había llegado la hora de la *peine forte et dure*<sup>[8]</sup>.

El Doctor No pronunció una palabra, los dos guardianes dieron un paso hacia delante y cogieron a las dos víctimas por encima de los codos, forzando los brazos contra los costados de las sillas. No hubo resistencia. Bond se concentró en mantener el encendedor apretado contra la axila. Las manos enguantadas se cerraban sobre sus bíceps como bandas de acero. Sonrió a la chica:

—Lo siento, Honey. Después de todo, me temo que no voy a poder jugar contigo.

Los ojos de la joven mostraban el miedo en un rostro desvaído. Los labios le temblaban, y dijo:

—¿Dolerá?

—¡Silencio! —La voz del Doctor No sonó como el restallido de un látigo—. Basta de tonterías. Claro que dolerá. Me interesa el dolor y también me interesa descubrir la resistencia del cuerpo humano. De vez en cuando hago experimentos con gente de mi personal cuando se merece un castigo, y con intrusos como vosotros. Ambos me habéis causado muchos problemas. A cambio tengo intención de que

sintáis mucho dolor. Contabilizaré la duración de vuestra resistencia. Los hechos serán anotados y un día mostraré mis hallazgos al mundo. vuestras muertes habrán servido a los propósitos de la ciencia. Nunca desperdicio el material humano.

»Los experimentos de los alemanes durante la guerra fueron un gran beneficio para la ciencia. Hace ya un año que sometí a una chica a la muerte que he escogido para ti, mujer. Era negra y aguantó tres horas hasta morir de terror. Quería una chica blanca para comparar. No me sorprendió que me informaran de tu llegada, pues siempre consigo lo que quiero.

El Doctor No se reclinó en la silla. Había clavado los ojos en la joven y observaba sus reacciones. Ella le devolvió la mirada, medio hipnotizada, como un ratón de campo ante una serpiente de cascabel.

Bond apretó los dientes.

—Como eres jamaicana, sabrás de lo que hablo. Esta isla se llama Cayo Cangrejo y recibe este nombre, porque está infestada de cangrejos, cangrejos terrestres, que en Jamaica llaman «cangrejos negros». Ya los conoces. Pesan en torno al medio kilo y son tan grandes como platos de postre. En esta época del año acuden a millares; salen de sus agujeros junto a la costa y ascienden por la montaña. Allí, en las tierras altas coralinas se vuelven a meter en agujeros en las rocas y desovan sus crías. Marchan formando ejércitos de cientos de ejemplares.

»Marchan a través y por encima de cualquier cosa. En Jamaica atraviesan las casas que encuentran en su camino. Son como los lemmings de Noruega. Es una migración compulsiva —El Doctor No hizo una pausa y prosiguió en voz baja—. Pero hay una diferencia. Los cangrejos devoran cuanto encuentran a su paso, y en este momento avanzan apremiados. Están subiendo ahora mismo por la montaña a millares, en grandes oleadas rojas, naranjas y negras, que corretean y se apresuran arañando las rocas a nuestro alrededor. Y esta noche, en medio del camino, se encontrarán el cuerpo desnudo de una mujer tumbada, un banquete para ellos, y tantearán ese cuerpo caliente con sus pinzas; uno hará la primera incisión con sus pinzas de combate y entonces... y entonces...

La muchacha lanzó un gemido, y la cabeza cayó hacia adelante desmadejada sobre el pecho. Se había desmayado. El cuerpo de Bond se agitó violentamente en la silla. Masculló una sarta de obscenidades entre los dientes apretados. Las enormes manos del guardián quemaban en torno a sus brazos. Ni siquiera conseguía mover las patas de la silla. Tras un momento, dudó. Esperó a que su voz se serenara y entonces dijo:

—Malnacido. Arderá en el infierno por esto.

El Doctor No desplegó una tenue sonrisa.

—Señor Bond, no admito la existencia del infierno. Consuélese. Tal vez empiecen por la garganta o el corazón. El movimiento del pulso los atraerá. Siendo

así, no durará mucho.

Dijo algo en chino y el guardián de la muchacha se inclinó hacia delante, levantó su cuerpo de la silla como si fuera el de una niña y se echó el cuerpo inerte sobre el hombro. El cabello caía en una lluvia dorada entre los brazos oscilantes. El guardián fue hasta la puerta, la abrió y salió, cerrándola sin ruido tras él.

Durante un momento reinó el silencio en la habitación. Bond sólo pensaba en el cuchillo pegado a la piel y en el encendedor bajo la axila. ¿Cuánto daño podría infligir con esos pedazos de metal? ¿Llegaría a tener al Doctor No a su alcance?

El Doctor No dijo serenamente:

—Usted dijo que el poder era una ilusión, señor Bond. ¿Ha cambiado de idea?

»No me cabe duda de que el poder de elegir esta muerte para la muchacha no es una ilusión. Sin embargo, sigamos con el método elegido. También tiene aspectos novedosos. Ya ve, señor Bond. Me interesa la anatomía del valor, el poder de resistencia del cuerpo humano. Pero, ¿cómo medir la resistencia humana? ¿Cómo registrar gráficamente la voluntad de vivir, la tolerancia al dolor, la victoria sobre el miedo? He dado muchas vueltas al problema y creo que lo he resuelto. Por supuesto, es un método sencillo y básico, pero iré adquiriendo experiencia a medida que más y más personas se sometan a la prueba.

»Usted ha sido preparado para el experimento lo mejor que he podido. Le di un sedante para que su cuerpo descansara y lo he alimentado bien para que tenga las fuerzas intactas. Los futuros pacientes —como yo los llamo— gozarán de las mismas ventajas. Todos comenzarán en ese sentido en igualdad de condiciones; después será cuestión de valor individual y capacidad de resistencia —El Doctor No hizo una pausa y observó el rostro de Bond—. Ya ve, señor Bond, acabo de terminar la construcción de una carrera de obstáculos, una pista americana contra la muerte. No le diré más porque el elemento sorpresa es uno de los ingredientes del miedo. Los peligros desconocidos son los peores y los que más desgastan las reservas de valor. Me felicito de que los peligros que correrá contengan una rica variedad de sorpresas. Será especialmente provechoso, señor Bond, que un hombre de sus cualidades físicas sea mi primer participante. Resultará muy interesante saber hasta dónde llega en el itinerario que he concebido. Usted debería dejar el listón bien alto para los futuros corredores. Tengo muchas esperanzas depositadas en usted. Debería llegar lejos, pero cuando no supere uno de los obstáculos, lo cual es inevitable, recuperaremos su cuerpo y examinaré meticulosamente el estado físico de los restos. Registraré los datos obtenidos. Usted será el primer punto de la gráfica. Todo un honor, ¿no le parece, señor Bond?

Bond no dijo nada. ¿Qué diablos significaba todo esto? ¿En qué consistía esa prueba? ¿Sería posible sobrevivir? ¿Había alguna probabilidad de escapar y llegar hasta la joven antes de que fuera demasiado tarde, aunque sólo fuera para rematarla y

librarla de la tortura? Bond hizo acopio en silencio de sus reservas de valor, controlando el miedo a lo desconocido que ya le atenazaba la garganta y concentrándose en la voluntad de supervivencia. De alguna forma y por encima de todo lo demás, debía aferrarse a las armas.

El Doctor No se levantó y se alejó de la silla. Caminó lentamente hacia la puerta y se dio la vuelta. Los agujeros negros amenazadores devolvieron la mirada a Bond justo debajo del dintel de la puerta. La cabeza se inclinó una fracción. Los labios morados se tensaron.

—Haga una buena carrera por mí, señor Bond. Como se suele decir, estará usted en mis pensamientos.

El Doctor No se dio la vuelta y se fue; la puerta se cerró con suavidad detrás de aquella espalda alta y delgada de color metálico.

## Capítulo 17

### El grito prolongado

Había un hombre en el ascensor. Las puertas estaban abiertas, a la espera. James Bond, con los brazos aún inmovilizados a los lados, fue obligado a ir al ascensor.

Ahora el comedor se quedaba vacío. ¿Cuánto tardarían los guardianes en volver, comenzar a despejar la mesa y echar en falta los objetos substraídos? Las puertas se cerraron con un susurro. El ascensorista estaba enfrente de los botones y Bond no pudo ver cuál había pulsado. Ascendían. Bond trató de calcular la distancia. El ascensor se detuvo con un gemido. Pensó que había tardado menos que cuando bajó con la chica. Las puertas se abrieron dando paso a un corredor sin moqueta y con las paredes de piedra pintadas de color gris. Se prolongaba unos veinte metros en línea recta.

—No cierres, Joe —dijo el guardián de Bond al ascensorista—. En un momento estoy contigo.

Bond recorrió el pasillo junto a puertas numeradas con letras del alfabeto. Se oía un zumbido distante de maquinaria y detrás de una puerta Bond creyó distinguir el chasquido de parásitos radiofónicos. Parecía como si estuviera en la sala de máquinas de la montaña. Llegaron a la última puerta, marcada con una Q de color negro. Estaba entreabierta y el guardián empujó a Bond contra ella de forma que se abrió del todo. Tras la puerta había una celda de piedra pintada de gris de unos cuatro metros cuadrados. Nada había en ella a excepción de una silla de madera en la cual descansaban, lavados y pulcramente doblados, los tejanos de lona negra de Bond y la camisa azul.

El guardián soltó los brazos de Bond, quien se dio la vuelta y miró el rostro ancho y amarillo bajo el cabello rizado. Había un destello de curiosidad y placer en aquellos ojos castaños líquidos. El hombre estaba de pie, con la mano en el picaporte, y dijo:

—Bueno, aquí es, amigo. Estás en la puerta de salida. Te puedes sentar y pudrirte o hallar la forma de iniciar la carrera. Feliz aterrizaje.

Bond pensó que valía la pena. De un vistazo vio más allá del guardián al ascensorista de pie junto a las puertas abiertas, que los observaba. Dijo en voz baja:

—¿Te gustaría ganar diez mil dólares, garantizados, y un billete para cualquier parte del mundo?

Prestó atención al rostro del hombre. La boca se ensanchó en una gran sonrisa que dejó al descubierto unos dientes sucios y gastados hasta ser puntos irregulares por haber mascado durante años caña de azúcar.

—Gracias, señor. Prefiero conservar la vida.

El hombre hizo ademán de cerrar la puerta. Bond susurró con urgencia:

—Podríamos salir de aquí juntos.

Sus gruesos labios se abrieron en una sonrisa burlona. El hombre dijo:

—¡Adentro!

La puerta se cerró con un chasquido sólido.

Bond se encogió de hombros. Echó un rápido vistazo a la puerta. Estaba hecha de metal y no tenía picaporte interior. Bond no se molestó en probar con el hombro contra ella. Se fue a la silla, se sentó sobre la ropa y pasó la vista por la celda. Las paredes estaban completamente desnudas excepto por la rejilla de ventilación de alambre grueso situada en una esquina justo debajo del techo. Era más ancha que sus hombros. Era obviamente el punto de partida de la pista americana. El único vano en las paredes era una portilla de cristal grueso, no más grande que la cabeza de Bond, justo encima de la puerta. La luz del pasillo se filtraba por ella dentro de la celda. No había nada más. No valía la pena perder más tiempo. Serían cerca de las diez y media. En el exterior, en algún lugar de la loma de la montaña, la joven ya estaría tumbada esperando el chasquido de las patas sobre el coral gris. Bond apretó los dientes al pensar en el cuerpo pálido extendido bajo las estrellas. Se levantó bruscamente. ¿Qué diablos hacía sentado?

Fuera lo que hubiese al otro lado de la rejilla de alambre, era hora de verlo.

Bond sacó el cuchillo y el encendedor y se quitó el quimono. Se puso los pantalones, la camisa y metió el encendedor en el bolsillo trasero. Probó el filo del cuchillo con el pulgar. Estaba muy afilado. Aun sería mejor si tuviera punta. Se arrodilló en el suelo y empezó a reducir el extremo redondeado sobre la piedra.

Después de un precioso cuarto de hora, quedó satisfecho. No era un estilete, pero serviría tanto para clavar como para cortar. Bond se puso el cuchillo entre los dientes, colocó la silla bajo la rejilla y se subió en ella. ¡La rejilla! Suponiendo que pudiera arrancarla de sus goznes, el retículo de alambre de seis milímetros de grosor se podría alargar hasta convertirse en una lanza. Con ella tendría una tercera arma. Bond asió la rejilla con los dedos engarfiados.

A continuación sintió un dolor punzante en el brazo y el crujido de su cabeza al chocar contra el suelo de piedra. Quedó en el suelo, aturdido, con el recuerdo solitario de un resplandor azul y el estridor y el chasquido de la electricidad rememorándole lo que lo había golpeado.

Bond se puso de rodillas y se quedó así un rato. Dobló la cabeza y la movió con lentitud de un lado a otro como un animal herido. Notó el olor a carne quemada.

Levantó la mano derecha hasta la altura de los ojos. Tenía una mancha roja, una quemadura abierta que cruzaba la cara interior de los dedos. Su visión le causó dolor. Bond escupió una palabra de cinco letras. Se puso lentamente de pie. Miró la rejilla de alambre con los ojos entrecerrados como si pudiera atacarle otra vez, igual que una serpiente. Con resolución volvió a colocar derecha la silla contra la pared. Recogió el cuchillo y cortó una tira del quimono y se lo ató firmemente en torno a los dedos.



Luego se subió de nuevo en la silla y miró la rejilla. Estaba decidido a pasar adelante. El shock tenía la intención de desmoralizarlo ante el dolor que lo esperaba. Seguramente había fundido el sistema de la maldita rejilla.

O quizá habrían quitado la corriente. La miró un momento y metió los dedos de la mano izquierda en aquella masa de alambre impersonal. Los dedos se aferraron al alambre.

¡Nada! Nada en absoluto, sólo alambre. Bond gruñó. Sintió que los nervios se relajaban. Dio un tirón a la rejilla. Cedió una pulgada. Tiró de nuevo y se le quedó en las manos, colgando de dos hilos de cobre que desaparecían en la pared. Bond arrancó la rejilla de los cables y bajó de la silla. Sí, había una juntura en el marco.

Se puso a trabajar desenmarañando aquel lío de alambre. Luego, usando la silla como martillo, alargó el pesado alambre.

Diez minutos después, Bond contaba con una lanza curva de un metro y veinte centímetros de largo. Un extremo, el que había sido cortado originalmente con unas tenazas, estaba mellado. No atravesaría la ropa de un hombre, pero no haría un mal trabajo con la cara y el cuello. Empleando toda su fuerza y la grieta en el fondo de la puerta metálica, Bond dobló el extremo romo hasta obtener un gancho rudimentario. Midió el alambre comparándolo con su pierna. Era demasiado largo. Lo dobló por la mitad y deslizó la lanza por la pernera del pantalón. Ahora pendía del cinturón hasta la altura de la rodilla. Fue de nuevo hasta la silla, se subió otra vez y se alzó nervioso para alcanzar el borde del hueco del conducto de ventilación. No sintió descarga alguna. Bond se alzó, se metió por la abertura y quedó echado sobre el estómago de cara al hueco de ventilación.

El hueco era unos diez centímetros más ancho que los hombros de Bond. Era circular y de metal pulido. Bond cogió el encendedor, dando gracias por la inspiración que le hizo cogerlo, y lo encendió. Sí, zinc resplandeciente que parecía nuevo. El hueco se extendía hacia adelante, sin más relieves que los bordes por donde se unían las secciones de la tubería. Bond se metió el encendedor de nuevo en el bolsillo y reptó.

Era tarea fácil. El aire fresco del sistema de ventilación azotaba con fuerza la cara de Bond. El aire no olía a mar, era ese aire de lata que sale de los aparatos de aire acondicionado. El Doctor No debía de haber adaptado uno de los conductos para este propósito. ¿Qué peligros había dispuesto para poner a prueba a sus víctimas? Serían ingeniosos, dolorosos, preparados para minar la resistencia de la víctima. En la meta, por llamarla de algún modo, les esperaba el golpe de gracia, si es que la víctima alguna vez llegaba tan lejos. Sería algo definitivo, sin escapatoria, sin otro premio que el olvido, un olvido, pensó Bond, que tal vez agradeciera. A menos, por supuesto, que el Doctor No se hubiera pasado de listo. A menos que hubiera infravalorado el deseo de sobrevivir. Ésa, pensó Bond, era su única esperanza, tratar de sobrevivir a

los peligros, llegar por lo menos hasta el último obstáculo.

Se veía una tenue luminosidad más adelante. Bond se aproximó con cuidado, los sentidos alerta como antenas. La luz era más brillante. Era el reflejo de la luz contra el extremo del hueco lateral. Siguió arrastrándose hasta que la cabeza tocó el metal. Se dio la vuelta sobre la espalda. Justo encima de él, tras cuarenta y cinco metros de tubería vertical se veía un resplandor uniforme. Era como alzar la mirada dentro del largo cañón de un arma. Bond se incorporó centímetro a centímetro hasta ponerse de pie. ¡Se suponía que debía trepar por ese tubo de metal resplandeciente sin huecos para apoyar los pies! ¿Era posible? Bond ensanchó los hombros. Sí. hacían presión sobre los lados. Los pies también podían encontrar agarres temporales, aunque se deslizarían excepto en los bordes de las juntas que le darían un gramo de impulso ascendente. Bond se encogió de hombros y se quitó los zapatos. No valía la pena discutir, tendría que intentarlo.

De quince en quince centímetros, el cuerpo de Bond comenzó a reptar como un gusano por el tubo. Ensanchaba los hombros para apoyarse en los costados del tubo, levantaba los pies, bloqueaba las rodillas, y apretaba los pies contra el metal; y cuando éstos se deslizaban hacia abajo por el peso, contraía los hombros y los alzaba unos cuantos centímetros más. Una y otra vez, una y otra vez. Detenerse en cada protuberancia donde las secciones de la tubería se unen y emplear ese milímetro de apoyo adicional para recuperar el aliento y emprender el siguiente salto. Por otra parte, nada de mirar hacia arriba, y pensar sólo en los centímetros de metal que había que conquistar uno a uno. Sin preocuparse por el resplandor de luz que nunca aumentaba ni se veía más cerca. Sin preocuparse por perder el apoyo y caerse rompiéndose los tobillos contra el fondo de la tubería.

Sin preocuparse por los calambres. Sin preocuparse por los músculos quejosos o por las magulladuras hinchadas de los hombros y los costados de los pies. Sólo enfrentarse a los centímetros plateados a medida que fueran llegando, uno a uno, y conquistarlos.

Entonces los pies comenzaron a sudar y a resbalar. Dos veces perdió Bond terreno antes de que los hombros, escaldados por la fricción, actuaran de freno.

Finalmente, tuvo que parar del todo para dejar que el sudor se secase con la corriente de aire. Esperó diez largos minutos, contemplando su débil reflejo en el metal pulido, la cara partida por la mitad con el cuchillo entre los dientes. Aún entonces se negó a mirar hacia arriba y ver cuánto le quedaba. Sería demasiado para soportarlo. Con cuidado, Bond se secó un pie y luego el otro contra las perneras del pantalón. Volvió a ascender.

Ahora la mitad de la mente de Bond estaba ensimismada mientras la otra luchaba. Ni siquiera era consciente de la brisa reparadora ni de la luz cuyo brillo aumentaba morosamente. Se vio como una oruga herida que se arrastraba por un tubo de desagüe

hacia el agujero de una bañera. ¿Qué vería cuando atravesara el agujero? ¿Una chica desnuda secándose? ¿Un hombre afeitándose? ¿La luz del sol filtrándose por la ventana abierta de un cuarto de baño vacío?

La cabeza de Bond chocó con algo. ¡El tapón estaba en el agujero! El desánimo de la decepción le hizo deslizarse unos centímetros antes de que los hombros volvieran a frenarle. Entonces se dio cuenta de que había llegado al final. Ahora podía apreciar la luz brillante y la fuerza del viento. Febrilmente pero con más cuidado se alzó de nuevo hasta tocar con la cabeza. El viento le acariciaba la oreja izquierda. Con cuidado giró la cabeza. Había otro conducto lateral. Por encima de él, la luz entraba por una portilla de cristal grueso. Todo cuanto tenía que hacer era volverse un poco y agarrarse al borde de ese nuevo conducto y, como pudiera, reunir fuerzas suficientes para impulsarse y meterse en él. Entonces podría descansar.

Con exquisito cuidado, nacido del pánico de que algo saliera mal, de que cometiera un error y cayera en picado por el tubo hasta romperse los huesos, Bond, cuyo aliento se condensaba en el metal, ejecutó la maniobra y, con el último gramo de fuerza, se proyectó como un resorte por la abertura y se cayó de bruces.

Más tarde —¿cuánto tiempo más tarde?— los ojos de Bond se abrieron y su cuerpo se movió. El frío lo había despertado al borde de la inconsciencia total en la que su cuerpo se había sumido. Rodó dolorido sobre la espalda, los pies y hombros quejándose, y se quedó tumbado recuperando fuerzas y ánimos. No sabía la hora que era o en qué parte de la montaña estaba. Levantó la cabeza y miró hacia la portilla por encima de la tubería entreabierta por la que había entrado. Salía una luz amarillenta y el cristal parecía grueso. Se acordó de la portilla de la habitación Q. Aquélla era irrompible y supuso que ésta también lo sería.

De repente, tras el cristal, apreció movimiento. Al mirar, se materializaron un par de ojos detrás de la bombilla eléctrica. Se detuvieron y lo miraron; la bombilla volvía de color amarillo la nariz que había entre ellos. Lo contemplaron sin interés y desaparecieron. Los labios de Bond se abrieron dejando ver los dientes al gruñir.

¡Así que sus avances eran observados y el Doctor No se mantenía informado!

Bond dijo en voz alta con mala intención:

—¡Que se joda! —Y se volvió, huraño, sobre el estómago. Alzó la cabeza y miró hacia adelante. El túnel brillaba hasta perderse en la oscuridad. ¡Adelante! De nada sirve perder el tiempo. Recogió el cuchillo y se lo volvió a poner entre los dientes, avanzando con un rictus de dolor en el rostro.

Pronto desapareció la luz. Bond se detenía de vez en cuando y recurría al encendedor, pero no veía nada más que oscuridad. El aire comenzaba a ser más cálido en el conducto y, tal vez unos cuarenta y cinco metros más allá, era, no cabía duda, caliente. El aire olía a calor, a calor metálico. Bond empezó a sudar.

Pronto su cuerpo estuvo empapado y tuvo que parar cada pocos minutos a

enjugarse los ojos. El tubo giró hacia la derecha y el metal se mostraba caliente al contacto con la piel. El olor era muy fuerte. Llegó a otra curva en ángulo recto. En cuanto Bond dobló la esquina sacó de prisa el encendedor, lo encendió y retrocedió de un salto jadeando. Con amargura estudió el próximo peligro, tentándolo, maldiciéndolo. La llama brillaba descolorida, con un tono de color zinc y salmón. ¡El próximo peligro era el calor!

Bond gimió en voz alta. ¿Cómo podría aguantar su carne magullada esta prueba? ¿Cómo protegería la piel del contacto del metal? Sin embargo, nada podía hacer al respecto. No podía tomar otra decisión, ni había otro plan ni valía excusa alguna. Sólo había algo que lo consolaba. El calor no era para matarlo, sino lisiarlo.

Ésta no era la prueba final, sólo una prueba más de lo que era capaz de aguantar.

Bond pensó en la muchacha y en cuánto resistiría. «Oh, vaya. Continuemos. Vamos a ver...»

Bond cogió el cuchillo y cortó la parte delantera de la camisa y la rasgó en tiras.

La única esperanza era proteger las partes del cuerpo que habrían de aguantar el peso, las manos y los pies. Las rodillas y los codos tendrían que pasar con la única protección de la tela de algodón. Se puso a trabajar con fatiga, maldiciendo en voz baja.

Estaba listo. Uno, dos y tres...

Bond dobló la esquina y se abrió paso entre aquel hedor caliente.

«¡Mantén el estómago desnudo lejos del suelo! ¡Contrae los hombros! Manos, rodillas, pies; manos, rodillas, pies. ¡Más rápido, más rápido! Sigue a este ritmo para que cada contacto con el suelo se alivie al instante con el siguiente.»

Las rodillas llevaban la peor parte, pues aguantaban la mayor parte del peso de Bond. Las manos cubiertas comenzaban a arder. Saltó una chispa, y luego otra, y entonces brotó una pluma roja a medida que comenzaron a extenderse las chispas. El humo de la tela se metía en los ojos de Bond y le escocía. ¡Dios, no podía más! Le faltaba el aire, le estallaban los pulmones. Las manos echaban chispas con cada impulso hacia adelante. La tela casi se había consumido y entonces ardería la carne. Bond avanzó y el hombro magullado entró en contacto con el metal. Gritó. Siguió gritando, a intervalos regulares y con cada contacto de las manos, rodillas o pies. Estaba acabado, era el final. Se echaría cuan largo era y se cocería lentamente hasta morir. ¡No! Debía continuar, gritando, hasta que la carne ardiera hasta el hueso. La piel debía haberse consumido en las rodillas. En un momento la carne de las manos entraría en contacto con el metal. Sólo el sudor que le caía por los brazos mantenía la humedad de los pellejos de carne.

«¡Grita, grita, grita! Alivia el dolor. Te dice que estás vivo. ¡Sigue, sigue! No puede quedar mucho. No es aquí donde se supone que has de morir. Sigues vivo. ¡No te rindas! ¡No!»

La mano derecha de Bond tocó algo que cedió a su paso. Notó una corriente de aire helado. La otra mano y luego la cabeza chocaron con ello. Se oyó un pequeño ruido. Bond sintió que el extremo inferior de una pantalla de amianto le rozaba la espalda. Las manos tocaron una pared sólida y palparon a derecha e izquierda. Era una curva en ángulo recto. El cuerpo dobló a ciegas la esquina. El aire fresco se clavaba como dagas en sus pulmones. Con cuidado posó los dedos en el metal. ¡Estaba frío! Con un gemido Bond se dejó caer y se quedó inmóvil.

Un rato después el dolor lo revivió. Bond se dio la vuelta con dejadez sobre la espalda. Apenas reparó en la portilla iluminada encima de él. Entonces dejó que las ondas negras se lo volvieran a llevar lejos de allí.

Poco a poco, en la oscuridad, las ampollas de la piel formadas en los pies y hombros magullados se endurecieron. El sudor se secó en el cuerpo y luego en los jirones de ropa; el aire fresco humedeció los pulmones recalentados y comenzó su labor insidiosa. Pero el calor seguía latiendo, con fuerza y regularidad, dentro de aquella carcasa torturada, y la magia curativa del oxígeno y el descanso bombearon de nuevo la vida por arterias y venas, y recuperaron los nervios.

Tras lo que parecieron siglos, Bond despertó. Se desperezó. Al abrir los ojos y topar con otros ojos, tras el cristal, el dolor hizo presa en él y lo zamarreó como si fuera una rata. Esperó a que le sobreviniera el shock y muriese. Lo intentó de nuevo, otra vez, hasta que hubo medido la fuerza de su adversario. Entonces Bond, para ocultarse del testigo, se dio la vuelta sobre el estómago. De nuevo esperó, estudiando las reacciones de su cuerpo, probando la fuerza y resolución que quedaba en las baterías. ¿Cuánto más podría aguantar? Los labios de Bond se abrieron dejando ver los dientes y gruñó en la oscuridad. Era un sonido animal; había dado término a las reacciones humanas ante el dolor y la adversidad. El Doctor No había conseguido arrinconarlo. Pero quedaban reservas animales de desesperación intactas y en los animales robustos esas reservas son grandes.

De forma lenta, agónica, Bond reptó unos cuantos metros lejos de los ojos; buscó el mechero y lo encendió. Delante de él sólo había una luna llena negra, una boca circular entreabierta que conducía al estómago de la muerte. Bond guardó el encendedor. Respiró profundamente y se puso a cuatro patas. El dolor no era mayor, sólo distinto. Lenta y dificultosamente, siguió adelante con gesto de dolor.

La tela de algodón de las rodillas y codos de Bond se había consumido. La mente adormecida registró la humedad de las ampollas que reventaban contra el metal frío. Al moverse, flexionó los dedos de pies y manos, probando el grado de dolor. Con lentitud descubrió lo que podía hacer y lo que dolía más. El dolor era soportable, se dijo a sí mismo. Si hubiera estado en un accidente de avión, sólo le habrían diagnosticado contusiones y quemaduras superficiales. Estaría fuera del hospital en unos pocos días. «No me pasa nada malo. He sobrevivido a un accidente de avión.

Duele, pero no es nada. Piensa en los restos y pedazos de los otros pasajeros. Da gracias por ello y quítatelo de la cabeza.» Sin embargo, punzando más allá de estas reflexiones, sabía que aún no se había estrellado, que todavía estaba en camino hacia el desastre con su resistencia y eficacia reducidas.

¿Cuándo llegaría? ¿En forma de qué? ¿Cuánto más tendría que debilitarse para alcanzar la prueba mortal?

En la oscuridad, los puntitos rojos debieron ser una alucinación, chiribitas ante los ojos, producto del agotamiento. Bond se detuvo y clavó la mirada en la negrura. Sacudió la cabeza. No, seguían allí. Lentamente, se acercó reptando.

Ahora los puntitos se movían. Bond se paró de nuevo. Escuchó. Por encima de los latidos sordos del corazón se oía un rumor suave y delicado. Los puntitos habían aumentado en número. Ahora había veinte o treinta, moviéndose de un lado a otro, algunos rápidos, otros lentos, en torno al círculo de oscuridad que lo esperaba delante. Bond cogió el encendedor. Aguantó la respiración al encender la breve llama amarilla. Los puntitos rojos desaparecieron. En su lugar, a un metro de él, vio una malla fina de alambre, casi tan fina como la muselina, que bloqueaba la abertura.

Bond se arrastró centímetro a centímetro con el encendedor delante de él. Era una suerte de jaula con animalitos en su interior. Los oía retroceder correteando, lejos de la luz. Cerca de la malla apagó el mechero y esperó a que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. Mientras esperaba, a la escucha, oyó un correteo casi inaudible en dirección a él, y gradualmente el bosque de puntitos rojos se agrupó de nuevo, mirándole fijamente a través de la malla.

¿Qué era eso? Bond escuchaba los latidos de su corazón. ¿Serpientes, escorpiones, escolopendras?

Con cuidado acercó la vista a aquel bosque luminiscente. Arrimó el encendedor junto a su cara y lo encendió. Alcanzó a atisbar unas garras diminutas enganchadas en la malla y una docena de pies muy peludos y cuerpos parecidos a sacos vellosos culminados por grandes cabezas de insectos que parecían cubiertas de ojos. Aquellas cosas se apartaron ruidosamente lejos del alambre escabullándose y agrupándose en una masa peluda y pardusca en un extremo de la jaula.

Bond aguzó la vista entre los ojos de la malla, haciendo oscilar el encendedor de atrás a adelante. Entonces apagó la luz, para ahorrar combustible, y dejó que el aliento saliera por entre los dientes en un suspiro silencioso.

Eran arañas, tarántulas gigantes, de siete a diez centímetros de largo. Había veinte en la jaula, y de alguna forma tenía que pasar entre ellas.

Bond se echó y descansó; pensó mientras los ojos rojos se agrupaban de nuevo junto a su rostro.

¿Cuán peligrosas eran esas cosas? ¿Cuánto de lo que se decía de ellas era mentira? Desde luego que podían matar animales, pero hasta qué punto eran mortales

para los hombres esas arañas gigantes con el pelo suave de un galgo ruso. Bond se estremeció. Recordó la escolopendra. El tacto de las tarántulas sería mucho más suave. Sería como sentir contra la piel las zarpas de un osito de peluche diminuto, hasta que mordieran y vaciaran los sacos de veneno.

Pero de nuevo, ¿sería esta la prueba mortal del Doctor No? Una picadura o dos, para hacerle entrar en un delirio doloroso. El horror de tener que atravesar la malla en la oscuridad —el Doctor no había contado con el encendedor de Bond— y encogerse para pasar entre aquel bosque de ojos, aplastando algunos cuerpos blandos, pero sintiendo las mandíbulas de otros clavadas en la carne. Y luego nuevas picaduras de las arañas que se hubieran agarrado a la ropa. Y luego la creciente agonía del veneno. Ésa era la forma en que la mente del Doctor No funcionaba, para que uno gritara. ¿Con qué fin? ¿Hasta el obstáculo final de la carrera?

Pero Bond tenía el encendedor, el cuchillo y la lanza de alambre. Todo cuanto necesitaba era valor y una precisión infinita.

Bond abrió con cuidado la boca del mechero y sacó un poco de mecha con el pulgar y la uña para que la llama fuera mayor. Lo entendió y, cuando las arañas correataron retrocediendo, atravesó la malla de alambre fino con el cuchillo. Abrió un agujero cerca del marco y cortó hacia los lados y alrededor. Entonces cogió el faldón de alambre y lo arrancó del marco. Se rompió como calicó rígido, salió en una pieza. Se volvió a poner el cuchillo entre los dientes y reptó a través de la abertura. Las arañas se amedrentaron ante la llama del encendedor y se arremolinaron unas encima de otras. Bond sacó la espada de alambre fuera de los pantalones y clavó la punta en medio de ellas. Clavó una y otra vez, reduciendo a pulpa los cuerpos. Cuando algunas arañas trataron de huir en su dirección, hizo oscilar la llama ante ellas y aplastó a las fugitivas una a una. Las arañas vivas atacaban a las muertas y heridas y Bond sólo tenía que golpear una y otra vez aquella repugnante masa de sangre y vello que se retorció.

Poco a poco el movimiento se redujo hasta cesar. ¿Estaban todas muertas? ¿Estaría alguna disimulando? La llama del encendedor comenzaba a apagarse.

Tendría que correr el riesgo. Bond avanzó y apartó a un lado aquel revoltijo muerto. Entonces se sacó el cuchillo de entre los dientes y abrió un agujero en la segunda cortina de alambre, doblando la malla sobre aquel montón de cuerpos reducidos a pulpa. La luz tembló y se convirtió en un rescoldo rojo. Bond se encogió y pasó por encima de la masa sangrienta de cadáveres a través del marco mellado.

No sabía dónde había tocado el metal o si había puesto la rodilla o el pie entre las arañas. Sólo sabía que tenía que pasar. Se impulsó varios metros a lo largo de la tubería y se detuvo a recuperar el aliento y calmar los nervios.

Encima de él se encendió una luz tenue. Bond miró con los ojos entrecerrados a los lados y hacia arriba, sabedor de lo que vería. Los ojos rasgados y amarillos tras el

cristal grueso lo miraron con intensidad. Lentamente, detrás de la bombilla, la cabeza se movió de un lado a otro. Los ojos comenzaron a parpadear y cerrarse imitando un gesto burlón de piedad. Un puño cerrado, con el pulgar mirando hacia abajo a modo de despedida y adiós, se inmiscuyó entre la bombilla y el cristal. Entonces se retiró. La luz se apagó. Bond volvió el rostro hacia el suelo de la tubería y descansó la frente sobre el metal frío. Aquel gesto le decía que se acercaba a la última prueba, que los observadores habían terminado el trabajo hasta que fueran a por sus restos. Hirió un tanto su orgullo el saber que no existía un gesto de alabanza, aunque fuera pequeño, después de haber conseguido llegar tan lejos vivo. Aquellos chinos negros lo odiaban. Sólo deseaban su muerte y tan horrible como fuera posible.

Los dientes de Bond rechinaron en silencio. Pensó en la chica y aquel pensamiento le dio fuerzas. Todavía no estaba muerto.

¡Maldita sea, no moriría! No hasta que le arrancaran el corazón del cuerpo.

Bond tensó los músculos. Era hora de seguir. Con extremo cuidado colocó las armas de nuevo en su sitio y dolorido comenzó a arrastrarse en aquella oscuridad.

El túnel comenzaba a inclinarse un tanto hacia abajo. Facilitaba el avance.

Pronto la cuesta se hizo más empinada y Bond casi podía deslizarse con el impulso de su peso. Era una bendición y un alivio no tener que hacer aquel esfuerzo con los músculos. Se veía un destello de luz gris al fondo, nada más que una disminución de la oscuridad, pero era un cambio. La calidad del aire parecía distinta. Tenía un olor nuevo, fresco. ¿Qué era? ¿El mar?

De repente Bond se dio cuenta de que estaba resbalando por el túnel.

Ensancho los hombros y abrió las piernas para reducir la velocidad. Dolía y el efecto de frenado era mínimo. El túnel se ensanchaba. ¡Ya no tenía ningún asidero! Cada vez bajaba más rápido. Una curva se distinguía un poco más allá. ¡Y era una curva descendente!

El cuerpo de Bond chocó contra la curva y dio la vuelta. ¡Dios, estaba cayendo de cabeza! Desesperado, Bond extendió pies y manos. El metal le despellejaba la piel. Iba fuera de control, deslizándose por el cañón de un arma. Más abajo se veía un círculo de luz gris. ¿El vacío? ¿El mar? La luz se aproximaba a toda velocidad. Se afaná por respirar. «¡Mantente vivo, estúpido! ¡Mantente vivo!»

Con la cabeza por delante, el cuerpo de Bond salió disparado del túnel y descendió por el aire, lenta, lentamente hacia el mar metálico que lo esperaba abajo a treinta metros.



## Capítulo 18

### *Prueba asesina*

El cuerpo de Bond rompió en mil pedazos el espejo del mar como una bomba.

Al precipitarse a toda velocidad por el túnel plateado hacia el disco cada vez mayor de luz, el instinto le dijo que se quitara el cuchillo de entre los dientes, que pusiera las manos delante para amortiguar la caída, y que mantuviera la cabeza gacha y el cuerpo rígido. Y, durante la última fracción de segundo en que alcanzó a ver el mar sobre el que se precipitaba, consiguió tomar una bocanada de aire.

Bond chocó con el agua casi como un buceador zambulléndose, con los puños cerrados y extendidos hendiendo la superficie para abrir un agujero para el cráneo y los hombros. Y aunque al llegar a los seis metros de profundidad ya había perdido el conocimiento, el impacto a sesenta kilómetros por hora contra el agua no llegó a hacerlo pedazos.

Con lentitud, el cuerpo ascendió a la superficie y flotó, la cabeza hacia abajo, meciéndose suavemente en las ondas de su propia zambullida. Los pulmones asfixiados por el agua lograron de alguna forma forzar el envío de un último mensaje al cerebro. Brazos y piernas se agitaron torpemente. La cabeza dio la vuelta, y el agua empezó a salir por la boca abierta. Se hundió. De nuevo las piernas patalearon, tratando instintivamente de mantener el cuerpo a flote. Esta vez, tosiendo con violencia, zarandó la cabeza por encima de la superficie y permaneció allí. Brazos y piernas comenzaron a moverse débilmente, chapoteando como un perro; y a través de una cortina roja y negra los ojos inyectados en sangre vieron la cuerda de salvamento y le dijeron al apático cerebro que intentara llegar hasta allí.

La prueba mortal estaba circunscrita a una estrecha ensenada de aguas profundas al pie del descomunal acantilado. La cuerda de salvamento hacia la cual se afanaba por llegar Bond, estorbado por la tosca lanza dentro de la pernera del pantalón, era una valla de grueso alambre, que se extendía enjaulando las paredes rocosas de la cala y cerraba el paso al mar abierto. Los sesenta centímetros cuadrados de grueso alambre estaban suspendidos de un cable a casi dos metros de la superficie y desaparecían, cubiertos de algas, hacia el fondo.

Bond alcanzó la valla y se colgó de ella como un crucificado. Durante quince minutos se quedó así, con el cuerpo atormentado de vez en cuando por los vómitos, hasta que se sintió con fuerzas para volver la cabeza y ver dónde estaba.

Sus ojos nublados observaron los acantilados que sobresalían por encima de él y la estrecha uve de agua acariciada por la brisa. El lugar se hallaba sumido en sombras de un gris intenso, aislado del alba por la montaña, aunque en el mar abierto se veía la iridiscencia perlada de las primeras luces anunciando al resto del mundo que amanecía un nuevo día. En la cala todo estaba a oscuras, tenebroso y amenazador.

La mente de Bond reflexionó indolente sobre la valla de alambre. ¿Cuál era el propósito perseguido al cercar esa franja oscura del mar? ¿Era para mantener algo dentro o para que no entrara? Bond atisbo vagamente las profundidades negras que lo rodeaban. Las tiras de alambre se desvanecían en la nada más allá de sus pies suspendidos. Había pececillos en torno a sus piernas por debajo de la cintura.

¿Qué hacían? Parecía que se estuvieran alimentando, abalanzándose como flechas sobre él y retrocediendo, capturando hilillos negros. ¿Hilillos de qué? ¿De algodón de los jirones de su ropa? Bond sacudió la cabeza para despejarse. Volvió a mirar.

No, se alimentaban con su sangre.

Bond se estremeció. Sí, la sangre brotaba de su cuerpo por las heridas de los hombros, rodillas y pies, y se diluía en el agua. Por primera vez sintió el dolor producido por el agua salada en las heridas y quemaduras. El dolor lo reanimó, despejando su mente. Si a esos pececillos les gustaba, qué no pasaría con las barracudas y los tiburones? ¿Para qué era la valla de alambre, para que no escaparan al mar peces devoradores de hombres? Entonces, ¿por qué no lo habían devorado ya? ¡Al infierno con todo! Lo primero era trepar por la valla y pasar al otro lado. Poner la valla entre él y cualquiera que fuese el ser que viviera en aquel acuario negro.

Débilmente, paso a paso, Bond trepó por el alambre, por encima de la valla y bajó por el otro lado hasta quedarse descansando por encima del agua. Se colgó del grueso cable pasando los brazos por encima de él, casi como una prenda puesta a secar, y con la mirada perdida vio a los peces que todavía se alimentaban de la sangre que goteaba por los pies.

Poco quedaba ya de Bond, pocas eran sus reservas. La caída por la tubería, el golpe contra el agua y el casi haber muerto ahogado habían agotado sus fuerzas.

Estaba a punto de rendirse, a punto de dar un último suspiro y hundirse en los suaves brazos del agua. ¡Qué hermoso sería ceder al fin y descansar, sentir que el mar se lo llevaba con cuidado a su lecho y apagaba la luz!

Fue la huida explosiva de los peces del círculo en que se alimentaban lo que sacó a Bond de su ensimismamiento en la muerte. Algo se había movido lejos de la superficie. Se veía un resplandor lejano. Algo ascendía lentamente por el lado más cercano a tierra de la valla.

El cuerpo de Bond se tensó. La mandíbula laxa se cerró poco a poco y la somnolencia dejó de nublar su vista. Con el shock eléctrico del peligro, la vida volvió a su cuerpo, sacándolo del letargo y bombeando por las venas el deseo de sobrevivir.

Bond extendió los dedos crispados que desde hacía mucho tiempo el cerebro había mantenido agarrando el cuchillo. Flexionó los dedos y agarró con nuevo brío el mango plateado. Bajó la mano y tocó el gancho de la lanza de alambre que todavía colgaba del interior de la pernera del pantalón. Sacudió la cabeza con fuerza y enfocó los ojos. ¿Ahora qué?

Por debajo de él el agua tembló. Algo se agitaba en las profundidades, algo enorme. Apareció una gran superficie de grisura luminiscente que se cernía muy abajo en la oscuridad. Algo reptó, un látigo tan grueso como el brazo de Bond. La punta de aquel rebenque estaba hinchada como un óvalo estrecho, con marcas parecidas a capullos. Serpenteó por el agua en que habían estado los peces y retrocedió. Ahora no había nada excepto la enorme sombra gris. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba... estaba probando la sangre?

Como respuesta, dos ojos grandes como balones de fútbol ascendieron lentamente hasta quedar a la vista de Bond. Se detuvieron, a seis metros por debajo de él, y lo miraron fijamente a la cara a través de las aguas tranquilas.

A Bond se le puso la carne de gallina en la espalda. Lenta, cansinamente, pronunció una palabra de cinco letras todavía más fuerte. ¡Así que ésta era la última sorpresa del Doctor No, el final de la carrera!

Bond seguía mirando, medio hipnotizado, los remansos ondulados de aquellos ojos. Así que era un calamar gigante, el mítico kraken capaz de hundir barcos, el monstruo de cinco metros que luchaba con las ballenas, que pesaba una tonelada o más. ¿Qué más sabía de ellos? Que tenían dos tentáculos largos y otros diez más cortos; que tenían un enorme pico romo bajo los ojos y que eran los únicos ojos marinos que funcionaban según el principio de la cámara, como los del hombre.

Que su cerebro era eficiente, que podían impulsarse hacia atrás por el agua a treinta nudos con propulsión a chorro. Que tenían arpones explosivos en su manto gelatinoso que no les hacían daño. Que... aquellos ojos protuberantes blancos y negros ascendían hacia él. La superficie del agua tembló. Ahora Bond veía el bosque de tentáculos que salían de la cabeza de aquel bicho. Se agitaban frente a los ojos como un manojo de serpientes gruesas. Bond distinguía los puntos de las ventosas en la cara inferior. Detrás de la cabeza, el enorme faldón del manto se abría y cerraba lentamente, y por detrás, el brillo gelatinoso del cuerpo desaparecía en las profundidades. ¡Jesús, aquella cosa era mayor que una locomotora!

Lentamente, con disimulo, Bond arrastró los pies y luego los brazos por los ojos de alambre, entrelazándose con ellos, anclándose a la valla para que los tentáculos tuvieran que arrancarlo a pedazos o arrastrar la barrera de alambre con él. Miró por el rabillo del ojo a derecha e izquierda. Por cualquier lado había veinte metros desde la barrera hasta la isla. Y el movimiento, incluso si fuera capaz de moverse, sería mortal. Debía quedarse como muerto y rezar para que aquella cosa perdiera interés. Si no fuese así... Los dedos de Bond apretaron aquel ridículo cuchillo.

Los ojos lo observaban, fríos, pacientes. Con cuidado, como la trompa inquisitiva de un elefante, uno de los tentáculos largos rompió la superficie y subió palpando por el alambre hacia su pierna. Tocó un pie. Bond notó el beso rígido de las ventosas. Bond no se movió; no se atrevía a perder el asidero de los brazos en la valla.

Suavemente las ventosas tiraron de él para comprobar la resistencia. No era suficiente. Como una enorme oruga babosa, el tentáculo ascendió lentamente por la pierna. Llegó hasta la rodilla llena de ampollas y sangre y se detuvo allí, interesado. Los dientes de Bond crujieron de dolor. Se imaginaba el mensaje enviado por el tentáculo al cerebro: «¡Sí, es comestible!» Y el cerebro contestando: «¡Entonces aprésalo! ¡Tráemelo!».

Las ventosas treparon por el muslo. La punta del tentáculo era puntiaguda y se desplegó de forma que casi cubrió el muslo de Bond disminuyendo de tamaño hasta tener el grosor de una muñeca. Ese era el objetivo de Bond. Sólo tenía que soportar el dolor, controlar el miedo y esperar a que aquella muñeca se pusiera a su alcance.

Una brisa, la primera brisa de la mañana, susurró al rozar la superficie metálica de la ensenada. Levantaba pequeñas olas que lamían suavemente las paredes escarpadas del acantilado. Una bandada de cormoranes en formación de cuña levantó el vuelo en la guanera, a ciento cincuenta metros por encima de la cala, y, graznando suavemente, se encaminaron al mar. Al pasar por encima, el ruido que los había molestado llegó hasta Bond, el triple rugido de la sirena de un barco, la señal de que estaba listo para estibar la carga. Llegó el sonido por la izquierda. El muelle debía de estar a la vuelta de la esquina más allá del brazo norte de la ensenada. El carguero de Antwerp había llegado. ¡Antwerp! Formaba parte del mundo exterior, un mundo que quedaba a un millón de kilómetros, fuera del alcance de Bond, seguramente para siempre. Justo a la vuelta de aquella esquina, los hombres estarían en la cocina del barco desayunando. La radio estaría emitiendo música. Se oiría el chirrido del beicon y los huevos al freírse, el olor a café... el desayuno en marcha...

Las ventosas estaban en su cadera. Bond veía las campanas callosas. Un olor a agua de mar estancada le llegó cuando el tentáculo trepó lentamente, serpenteando. ¿Qué dureza tendría aquella gelatina de motas grises y pardas? ¿Podría clavar el cuchillo? No, tendría que ser una cuchillada rápida y cercenante, como si cortara una cuerda. No importaba si se dañaba él mismo.

¡Ahora! Bond echó un rápido vistazo a los dos ojos, pacientes, faltos de curiosidad. Al hacerlo, otro tentáculo rompió la superficie y se lanzó hacia su cara.

Bond se echó hacia atrás y el tentáculo se curvó formando un puño que se enroscó en el alambre a la altura de los ojos. En un segundo lo cogería por un brazo o por el hombro y todo habría acabado. ¡Ahora!

El primer tentáculo estaba sobre las costillas. Casi sin apuntar, la mano de Bond que empuñaba el cuchillo asestó cuchilladas hacia abajo y horizontalmente.

Sintió que la hoja entraba en la carne, de consistencia gelatinosa, hasta que el cuchillo casi se le escapó de la mano cuando el tentáculo herido se arqueó como un látigo y se hundió en el agua. Por un momento el agua hirvió en torno a él. El otro tentáculo soltó la valla y le azotó el estómago, pegándose como una sanguijuela y

aplicando con furia toda la fuerza de las ventosas. Lo azotó enloquecido una y otra vez. ¡Dios, le iba a arrancar el estómago! La valla se estremecía con la lucha. Por debajo de él, el agua bullía y se llenaba de espuma.

Tendría que ceder. Otra cuchillada, esta vez en el reverso del tentáculo. ¡Funcionó! El tentáculo lo soltó y serpenteó alejándose y dejándole veinte círculos rojos, veinte cercos de sangre, en la piel.

Bond no tuvo tiempo de preocuparse por ellos. Ahora la cabeza del calamar había roto la superficie del agua y se agitaba formando espuma al moverse el gran manto. Los ojos lo contemplaban, enrojecidos, con malignidad, y el bosque de brazos se lanzó sobre pies y piernas, arrancando la tela de algodón y azotándolo.

Estaba arrastrando a Bond hacia abajo, centímetro a centímetro. El alambre se le clavaba en las axilas. Hasta sentía cómo se tensaba su columna. Si seguía aguantando, lo partiría en dos. Ahora los ojos y el enorme pico triangular estaban fuera del agua y el pico trataba de alcanzar sus pies. Sólo había una posibilidad. ¡Sólo una!

Bond se puso el cuchillo entre los dientes y con la mano agarró el gancho de la lanza de alambre. Lo arrancó, lo cogió entre las dos manos y soltó a la vez el alambre doble. Tendría que soltar un brazo y arquearse para tenerlo a tiro. Si fallaba, sería despedazado sobre la valla.

¡Ahora, antes de que lo matara el dolor! ¡Ahora, ahora!

Bond dejó que el cuerpo se deslizara hacia abajo por la escala de alambre y se lanzó con todas sus fuerzas.

Avistó la punta de la lanza clavándose en el centro del ojo y entonces el mar entero entró en erupción como una fuente negra mientras quedaba colgado boca abajo pendiendo de las rodillas y con la cabeza a una pulgada de la superficie del agua.

¿Qué había ocurrido? ¿Se había quedado ciego? No veía nada. Le escocían los ojos y tenía un gusto horrible a pescado en la boca. Pero también sentía que el alambre se le clavaba en los tendones de las corvas. ¡Luego estaba vivo! Atontado, Bond soltó la lanza y se incorporó buscando la línea de alambre más próxima. Así un alambre y alargó la otra mano; lenta y dolorosamente, se puso boca arriba quedándose sentado en la valla. Rayos de luz le hirieron los ojos. Se pasó una mano por la cara. Ahora veía. Miró atentamente su mano. Era negra y pegajosa.

Se miró el cuerpo. Estaba cubierto de una baba negra, y también había una mancha negra en el mar de dos metros de diámetro. Entonces Bond comprendió.

El calamar herido había vaciado su saco de tinta sobre él.

Pero ¿dónde estaba el calamar? ¿Iba a volver? Bond buscó en el mar. Nada, nada excepto aquella mancha de tinta. Ni un movimiento. Ni una onda. «Entonces ¡no esperes! ¡Lárgate de ahí! ¡Huye pronto!» Bond miró frenético a derecha e izquierda. Hacia la izquierda estaba el barco, pero también el Doctor No. Hacia la derecha no

había nada. Para levantar la valla de alambre, los trabajadores debieron de venir por la izquierda, desde el muelle. Debía de haber un sendero.

Bond se cogió del cable superior y desesperado comenzó a reptar lateralmente por la valla, que se balanceaba, hasta la punta rocosa a veinte metros de distancia.

El espantapájaros pestilente, negro y sangrante movía brazos y piernas casi maquinalmente. El sistema del tacto y el pensamiento de Bond ya no formaban parte de su cuerpo. Se movían junto a éste, o flotaban por encima de él, manteniendo contacto suficiente para mover los hilos que accionaban la marioneta. Bond era como un gusano cortado en dos, las dos mitades continuaban estremeciéndose y avanzando aunque la vida hubiese escapado y fuera sustituida por una parodia de vida de impulsos nerviosos. Sólo que en el caso de Bond, las dos mitades no estaban muertas aún. La vida sólo estaba en suspenso en ellas. Todo lo que necesitaba era una brizna de esperanza, una brizna de seguridad de que todavía valía la pena intentar permanecer vivo.

Bond llegó hasta la pared de piedra. Lentamente se dejó caer hasta el último peldaño de alambre. Miró con intensidad la masa de agua brillante y en movimiento. Era negra, impenetrable, tan profunda como el resto. ¿Se atrevería?

¡Debía hacerlo! Nada podría hacer hasta que se hubiera desembarazado de la sangre y la baba que se iba secando y del olor a pescado podrido. Melancólico y fatalista, se quitó los jirones de la camisa y los pantalones, y los colgó en la valla.

Se miró el cuerpo moreno y blanco, desnudo y lleno de marcas rojas. Por instinto se tomó el pulso. Era lento pero regular. Aquellos latidos lo animaron. ¿De qué diablos se preocupaba? Estaba vivo. Las heridas y magulladuras del cuerpo no eran nada, absolutamente nada. Su aspecto era feo, pero no había nada roto. Dentro del envoltorio roto, el tic-tac de la maquinaria era sólido y sereno. Cortes y abrasiones superficiales, recuerdos horribles, un agotamiento mortal, heridas de las que se reirían en la sala de un hospital. «¡Sigue, malnacido! ¡Sigue moviéndote! Lávate y espabilate. Confórmate con lo que te queda. Piensa en la muchacha. Piensa en el hombre que de alguna forma has de encontrar y matar.

Aférrate a la vida como te has aferrado al cuchillo que llevas entre los dientes. Deja de autocompadecerte. Al infierno con todo cuanto ha ocurrido. ¡Métete en el agua y lávate!»

Diez minutos más tarde, Bond, con sus jirones húmedos colgados de un cuerpo escocido y restregado, con el pelo alisado hacia atrás, remontó la cumbre de la punta.

Sí, era como había conjeturado. Un sendero estrecho y rocoso, trillado por los pies de los trabajadores, descendía por el otro lado y rodeaba la mole del acantilado.

Muy cerca se oyeron distintos sonidos y ecos. Una grúa estaba en funcionamiento. Oía el ritmo cambiante del motor. Se oían ruidos de un barco de metal y el sonido del agua cayendo en el mar achicada por la bomba de la sentina.

Bond alzó la mirada al cielo, era de un color azul claro. Nubes teñidas de rosa dorado se perdían en el horizonte. Muy por encima de él, los cormoranes daban vueltas en torno a la guanera. Pronto partirían a pescar. Tal vez incluso ahora vigilaban a los grupos de exploradores que mar adentro localizaban los peces.

Serían cerca de las seis, el amanecer de un hermoso día.

Bond, dejando gotas de sangre tras él, emprendió con cuidado el camino de descenso por el sendero que recorría el pie sombrío del acantilado. Al doblar la curva, el sendero serpenteaba entre un laberinto de rocas gigantescas caídas. Los ruidos eran cada vez más fuertes. Bond se deslizó silenciosamente, vigilando los agarres por si hubiera piedras sueltas. Se oyó cerca una voz que gritaba: «¿Listos?». Se oyó una respuesta lejana: «Sí». El motor de la grúa aumentó de revoluciones. Unos cuantos metros más. Otra roca. Otra. ¡Ahora!

Bond se aplastó contra el peñasco y lentamente asomó la cabeza por la esquina.

## Capítulo 19

### Una ducha mortal

Bond observó la escena y se ocultó. Se apoyó contra la roca fría y esperó a que su respiración volviera a ser normal. Se acercó el cuchillo a los ojos y estudió atentamente la hoja. Satisfecho, deslizó el cuchillo por la cinturilla del pantalón contra la espalda. Allí estaría a mano y protegido de cualquier golpe. Pensó en el encendedor. Lo sacó del bolsillo. Como bloque de metal tal vez fuera útil, pero no se volvería a encender y podría hacer ruido contra la roca. Lo dejó en el suelo lejos de los pies.

Bond se sentó y repasó meticulosamente la fotografía que tenía en el cerebro.

A la vuelta de la esquina, a no más de noventa metros, se hallaba la grúa. La cabina no tenía parte trasera. Dentro había un hombre sentado junto a los mandos. Era el jefe de los chinos negros, el conductor del vehículo anfíbio. Delante de él, el muelle se adentraba veinte metros en el mar y terminaba formando una T. Un carguero viejo de unas diez mil toneladas de lastre estaba atracado junto al travesaño de la T. Sobresalía mucho del agua, con la cubierta a unos cuatro metros sobre el embarcadero. El carguero se llamaba *Blanche*, y el comienzo de la palabra Antwerp se leía en la popa. No había señales de vida a bordo excepto una figura junto al timón del puente. El resto de la tripulación estaría abajo, protegidos del polvo del guano. Justo a la derecha de la grúa, una cinta transportadora elevada y con una cubierta de planchas de hierro ondulado surgía de la pared del acantilado.

Se sustentaba sobre altos puntales por encima del muelle y se detenía justo un poco antes de la bodega del carguero. Su boca terminaba en un enorme calcetín de lona, más o menos de un metro ochenta de diámetro. El trabajo de la grúa consistía en levantar la boca con cerco de alambre del calcetín para que cayera directamente sobre la bodega del carguero, así como moverla a derecha o izquierda para estibar equilibradamente la carga. De la boca del calcetín, en forma de chorro sólido, caía el guano del color de huevos revueltos dentro de la bodega del carguero a un ritmo de varias toneladas por minuto.

Abajo, a la izquierda del muelle, a sotavento de la nube de polvo de guano que se levantaba, se hallaba la figura alta y vigilante del Doctor No.

Eso era todo. La brisa matutina rilaba sobre las aguas profundas del fondeadero, todavía medio a la sombra bajo los descomunales acantilados; la cinta transportadora traqueteaba sordamente sobre los rodillos, el motor de la grúa carraspeaba rítmicamente. No había más ruidos ni movimientos, ningún signo de vida salvo el timonel del barco, el operario en la grúa y el Doctor No, que supervisaba que todo fuera bien. Al otro lado de la montaña los hombres estarían trabajando, alimentando con guano la cinta transportadora que retumbaba al atravesar las entrañas de la roca,



si bien en este lado no se permitía que hubiera nadie y tampoco hacía falta. Aparte de enfilear la boca de lona de la cinta transportadora, no había nada más que se pudiera hacer.

Bond se sentó a pensar, midiendo las distancias, conjeturando sobre los ángulos, recordando con exactitud el lugar en que estaban las manos y pies del conductor sobre las palancas y pedales. Lentamente, una sonrisa tenue y dura se dibujó en el rostro ojeroso y tostado por el sol. ¡Sí! ¡Eso era! Podía hacerse, pero en silencio, con cuidado y lentitud. El premio era casi irresistiblemente dulce.

Bond comprobó el estado de las plantas de los pies y las palmas de las manos.

Servirían, tenían que servir. Dobló el brazo tras la espalda y cogió el mango del cuchillo. Lo alzó una pulgada. Se levantó y respiró profunda y sosegadamente varias veces; se pasó las manos por el cabello sudoroso y lleno de sal, y se frotó con fuerza la cara y los costados hechos jirones de los tejanos negros. Finalmente flexionó los dedos. Estaba dispuesto.

Bond se alzó sobre la roca y echó un vistazo. Nada había cambiado. Sus cálculos de las distancias habían sido correctos. El operario de la grúa estaba absorto en su trabajo. El cuello sobresalía por la camiseta caqui, desnudo, ofrecido, esperándolo. Veinte metros más allá, el Doctor No, también de espaldas a Bond, montaba guardia ante la espesa y rica catarata de polvo amarillento. En el puente, el timonel había encendido un cigarrillo.

Bond estudió los diez metros de sendero que llegaban hasta la parte trasera de la grúa. Escogió los puntos en los que pondría cada pie. Entonces salió de detrás de la roca y echó a correr.

Bond corrió hacia la parte derecha de la grúa, hasta un punto que había elegido donde el lateral de la cabina lo ocultaría del conductor y del muelle. Al llegar allí, se detuvo, agazapado y a la escucha. El motor aceleraba, la cinta transportadora retumbaba monótonamente al salir de la montaña por encima y detrás de él. No había ningún cambio.

Los dos peldaños de hierro en la parte trasera de la cabina, a unos centímetros del rostro de Bond, parecían sólidos. De cualquier forma, el estruendo del motor ahogaría el ruido. Pero debía actuar con rapidez al sacar el cuerpo del hombre fuera del asiento y hacerse con el control con pies y manos. El golpe del cuchillo tenía que ser mortal. Bond se tocó la clavícula, halló el triángulo blando de piel bajo el cual latía la yugular, y recordó el ángulo de aproximación por detrás de la espalda del hombre, apremiándose a clavar con fuerza la hoja y a mantenerla allí.

Durante un último segundo escuchó, luego sacó el cuchillo que llevaba a la espalda, subió por los escalones de hierro y entró en la cabina con la agilidad y rapidez de una pantera.

En el último momento no hubo necesidad de apresurarse. Bond estaba de pie, tras

la espalda del hombre y le llegaba su olor. Tuvo tiempo de levantar el cuchillo casi hasta el techo de la cabina, tiempo para reunir todas sus fuerzas, antes de clavar la hoja en el triángulo de suave piel amarillenta y bronceada.

Las manos y piernas del hombre se estremecieron soltando los mandos y estiró el cuello hacia atrás mirando a Bond. Le pareció que había un destello de reconocimiento en sus ojos desorbitados antes de que los globos oculares rodaran hacia arriba. Un gemido ahogado salió de la boca abierta y el cuerpo rodó a un lado, cayó del asiento de hierro y chocó contra el suelo.

Los ojos de Bond ni siquiera siguieron su caída hasta el suelo. Ya estaba en el asiento al mando de los pedales y palancas. Todo estaba fuera de control. El motor estaba en punto muerto, el calabrote de alambre estaba rasgando el tambor, el extremo de la grúa se inclinaba lentamente hacia adelante como el cuello de una jirafa, la boca de lona de la cinta transportadora vomitaba menos guano y vertía la columna de polvo entre el muelle y el barco. El Doctor No estaba mirando hacia arriba, con la boca abierta. Tal vez estuviera gritando alguna cosa.

Con frialdad Bond recuperó el control de la máquina, moviendo con suavidad las palancas y pedales hasta recuperar el ángulo en que el operario los mantenía.

El motor aceleró, las marchas funcionaron y comenzaron a trabajar una vez más.

El calabrote perdió velocidad sobre el tambor giratorio y dio marcha atrás, situando la boca de lona por encima del barco. El extremo de la grúa se alzó y se detuvo. La escena era como antes. ¡Ahora!

Bond se inclinó hacia adelante y cogió el volante de hierro que el operario había estado manejando cuando Bond le echó el primer vistazo. ¿Hacia qué lado girar? Bond probó hacia la izquierda. El extremo de la grúa viró hacia la derecha.

Así era. Bond giró rápidamente el volante hacia la derecha. Sí, respondía y se movía por el cielo arrastrando la boca de la cinta transportadora con él.

Los ojos de Bond se volvieron rápidamente hacia el muelle. El Doctor No se había movido. Se había acercado unos pasos a un puntal que Bond no había visto.

Tenía un teléfono en la mano. Se estaba poniendo en contacto con el otro lado de la montaña. Bond veía su mano moviendo agitadamente el receptor, tratando de atraer la atención.

Bond rotó con rapidez el volante. ¡Jesús! ¿No podía girar más rápido? Dentro de unos segundos el Doctor No hablaría por teléfono y sería demasiado tarde.

Poco a poco el extremo de la grúa trazó un arco en el cielo. Ahora la boca de la cinta transportadora vomitaba una columna de polvo sobre el costado del barco.

La montaña amarilla se desplazaba en silencio por el muelle. «¡Cinco metros, cuatro, tres, dos! ¡No vuelvas la cabeza, malnacido! ¡Ja, ya te tengo! ¡Detén el volante! ¡Ahí va eso. Doctor No!»

Al oír el cambio de dirección de la columna de polvo pestilente, el Doctor No se

había dado la vuelta. Bond vio que alzaba los brazos como si abrazase aquella masa runruneante. Levantó una rodilla para echar a correr. Abrió la boca y salió un leve grito que llegó a Bond por encima del ruido del motor. Por un instante se vio el bailoteo de un muñeco de nieve, y luego sólo un montón de excremento amarillo de pájaro que crecía y crecía en altura.

«¡Dios!» La voz de Bond rebotó con un eco metálico en las paredes de la cabina. Pensó en los pulmones llenándose de aquel polvo repugnante, el cuerpo doblándose y cayendo bajo el peso, el último estremecimiento de las piernas, el último fogonazo del pensamiento... ¿de rabia, de horror, de derrota?, y luego el silencio de la tumba pestilente.

Ahora la montaña amarilla tenía seis metros de altura. El guano se derramaba en el mar por los costados del embarcadero. Bond echó un vistazo al barco. En ese momento, oyó tres bramidos de la sirena. El ruido se estrelló contra los acantilados. Se oyó un cuarto bramido que no paró. Bond vio que el timonel sostenía el acollador al asomarse por la ventana del puente para mirar hacia abajo. Bond soltó los mandos y dejó que se desbocaran. Era hora de irse.

Se deslizó del asiento y se inclinó sobre el cadáver. Sacó el revólver de la pistolera y lo miró. Esbozó una sonrisa sardónica: un Smith & Wesson calibre 38, el modelo habitual. Lo introdujo dentro de la cinturilla del pantalón. ¡Qué placer sentir de nuevo el metal frío y pesado contra la piel! Abrió la puerta de la cabina y se dejó caer al suelo.

Una escalera de hierro subía por el acantilado detrás de la grúa hasta donde sobresalía la caseta de la cinta transportadora. Había una puertecilla en la pared de hierro ondulado de la caseta. Bond trepó por la escalera. La puerta se abrió sin resistencia, dejando salir una bocanada de polvo de guano, y se introdujo dentro.

En el interior, el rechinar metálico de la cinta transportadora sobre los rodillos era ensordecedor; había débiles luces de inspección en el techo de piedra del túnel y una estrecha pasarela que se perdía dentro de la montaña junto al río en movimiento de polvo. Bond avanzó con rapidez, respirando apenas debido al olor a pescado y amoníaco. A toda costa debía llegar al final antes de que el significado de la sirena del barco y de la llamada telefónica sin contestar superara el miedo de los guardianes.

Bond medio corría medio trastabillaba por aquel túnel pestilente lleno de ecos. ¿Qué longitud tendría? ¿Doscientos metros? ¿Y luego, qué? Nada podía hacer sino irrumpir por la boca del túnel y empezar a disparar, hacer que cundiera el pánico y esperar lo mejor. Cogería a uno de los hombres y le sacaría el paradero de la muchacha. ¿Luego qué? Cuando llegara al punto en cuestión de la montaña, ¿qué encontraría? ¿Qué quedaría de ella?

Bond corrió más rápido, con la cabeza gacha, mirando la estrecha lengua de metal, preguntándose qué ocurriría si perdiera el equilibrio y se precipitara sobre el

torrente de polvo de guano. ¿Sería capaz de salir de la cinta o sería arrastrado hasta terminar sobre el túmulo funerario del Doctor No?

Cuando la cabeza de Bond chocó contra el blando estómago y sintió unas manos en su garganta, era demasiado tarde para pensar en el revólver. Su única reacción fue tirarse al suelo contra las piernas. Éstas cedieron ante su hombro y se oyó un grito agudo cuando el cuerpo cayó hacia atrás sobre la espalda.

Bond había empezado a empujar a su atacante para arrojarlo a la cinta transportadora cuando el timbre del grito y la ligereza y blandura del impacto del cuerpo hizo que sus músculos se detuvieran.

¡No era posible!

Por respuesta, unos dientes afilados se hundieron profundamente en la pantorrilla de su pierna derecha y comenzaron a darle codazos intencionados, sabiamente dirigidos, en la ingle.

Bond chilló de dolor. Trató de volverse de lado para protegerse, pero, aunque gritó «¡Honey!», el codo siguió clavándose en él.

El aliento agónico silbaba al salir entre los dientes de Bond. Sólo había una forma de detenerla sin arrojarla a la cinta transportadora. La cogió con fuerza por un tobillo y se impulsó para ponerse de rodillas. Se puso de pie, echándosela sobre el hombro cogida por una pierna. El otro pie le golpeaba la cabeza, pero ahora sin mucha convicción, como si también se hubiera dado cuenta de que algo iba mal.

—Para, soy yo, Honey.

Por encima del ruido ensordecedor de la cinta transportadora, el grito de Bond le llegó a ella. La oyó gritar: «¡James!» desde un punto en el suelo. Sintió sus manos sobre las piernas. «¡James, James!»

Bond la depositó en el suelo lentamente. Se dio la vuelta, se arrodilló y la cogió. La rodeó con los brazos y la atrajo con fuerza hacia él.

—Oh, Honey, Honey. ¿Estás bien?

Con desesperación e incredulidad la apretó contra él.

—¡Sí, James! ¡Sí! —Sintió las manos de ella en su espalda y cabello—. ¡Oh, James, querido! —Cayó en sus brazos sollozando.

—Ya pasó todo, Honey —Bond le acarició el cabello—. El Doctor No está muerto, pero ahora tenemos que correr si queremos salir con vida. Tenemos que salir de aquí. ¡Vamos! ¿Cómo podemos salir del túnel? ¿Cómo entraste en él? ¡Hay que darse prisa!

Como si le respondiera, la cinta transportadora se detuvo con una sacudida.

Bond puso a la muchacha de pie. Llevaba un mono de trabajo azul sucio. Las mangas y las perneras estaban arremangadas. Era un mono demasiado grande para ella. Parecía una chica con el pijama de un hombre y estaba cubierta de polvo blanco de guano excepto donde las lágrimas habían dejado un rastro en las mejillas. Ella le

dijo sin resuello:

—¡Ahí mismo! Hay un túnel lateral que lleva al taller de las máquinas y al garaje. ¿Nos perseguirán?

No había tiempo para hablar. Bond le dijo con urgencia «¡Sigúeme!» y echó a correr. El ruido de los pies de ella sonaba amortiguado detrás de él en aquel silencio hueco. Llegaron a la bifurcación donde el túnel lateral se adentraba en la roca. ¿Por dónde vendrían los hombres? ¿Por el túnel lateral o por la pasarela del túnel principal? El sonido de unas voces resonando a lo lejos en el túnel lateral le dio la respuesta. Bond arrastró a la chica hacia el túnel principal. La atrajo hacia él y susurró:

—Lo siento, Honey. Me temo que tendré que matarlos.

—Por supuesto —susurró.

El tono de la respuesta era afirmativo. Ella le apretó la mano y retrocedió para dejarle sitio. Se tapó los oídos con las manos.

Bond sacó el revólver de la cinturilla del pantalón. En silencio abrió el tambor y comprobó con el pulgar que las seis recámaras estaban cargadas. Bond sabía que no le iba a gustar matar a sangre fría, pero aquellos hombres eran los gánsters rechinós, los guardianes inmisericordes que hacían el trabajo sucio. No había duda de que tenían muchos asesinatos en su haber. Tal vez fueran los que habían matado a Strangways y a la chica. Pero de nada valía intentar acallar la conciencia.

Se trataba de matar o morir y debía hacerlo con eficacia.

Las voces se acercaban. Había tres hombres; hablaban en voz alta, con nerviosismo. Tal vez habían pasado muchos años desde que pensaron en atravesar el túnel. Bond se preguntó si echarían un vistazo alrededor al meterse en el túnel principal. ¿O tendría que matarlos por la espalda?

Estaban muy cerca. Oía el calzado arrastrándose por el suelo.

—Son diez pavos los que me debes, Sam.

—No será antes de esta noche. Mueve las tabas, chico. Mueve las tabas.

—Nada de dados para mí esta noche, tío. Me cortaré una tajada de la chica blanca.

—Ja, ja, ja.

El primero de los hombres apareció, luego el segundo, luego el tercero.

Llevaban los revólveres despreocupadamente en la mano derecha.

—No, no lo harás —dijo Bond de repente.

Los tres hombres se volvieron con rapidez. Los dientes blancos brillaron en las bocas abiertas. Bond disparó al hombre más alejado en la cabeza y al segundo en el estómago. La pistola del primero los estaba apuntando. Una bala pasó silbando junto a Bond y se perdió en el túnel principal. El revólver de Bond hizo fuego. El hombre se llevó la mano al cuello, giró lentamente sobre sí mismo y cayó sobre la cinta

transportadora. El eco de los disparos retumbó por delante y detrás del túnel. Una nube de fino polvo se levantó y se volvió a posar. Dos de los cuerpos yacían inmóviles. El hombre del disparo en el estómago se retorció y convulsionaba.

Bond metió el revólver por dentro de la cinturilla de los pantalones. Le dijo con prisas a la joven:

—¡Vamos! —Le cogió la mano y tiró de ella en dirección a la boca del túnel lateral. Dijo—: Siento lo de antes, Honey —Y echó a correr, arrastrándola por la mano.

—No seas tonto —dijo ella.

No se oía otro ruido que el sonido amortiguado de los pies desnudos en el suelo de piedra.

El aire era limpio dentro del túnel y el avance más fácil, aunque, después de la tensión del tiroteo, el dolor comenzaba a resurgir y a tomar posesión del cuerpo de Bond. Corría maquinalmente. Apenas reparaba en la chica. Toda su mente se concentraba en soportar el dolor y en resolver los problemas que lo esperaban al final del túnel.

No sabía si habían oído los disparos ni qué oposición iba a encontrar. El único plan consistía en disparar a quien se le pusiera por delante, llegar al garaje y coger el vehículo anfibio. Era su única esperanza de huir de la montaña y descender a la costa.

Las débiles bombillas del techo parpadeaban sobre sus cabezas. El túnel se extendía por delante de ellos. Detrás de él, Honey avanzaba a tropezones. Bond se detuvo, maldiciéndose por no haber pensado en ella. Honey lo alcanzó y durante un momento se apoyó en él jadeando.

—Lo siento, James. Es que...

Bond la atrajo hacia él y le dijo ansioso:

—¿Estás herida, Honey?

—No, estoy bien. Es sólo que estoy agotada. Me hice unos cortes en los pies en la montaña. Me caí muchas veces en la oscuridad. Si pudiéramos caminar un poco... Ya casi hemos llegado. Hay una puerta de acceso al garaje antes de llegar al taller de las máquinas. ¿No podríamos meternos allí?

Bond la abrazó y le dijo:

—Eso es lo que estaba buscando, Honey. Es nuestra única esperanza de escapar. Si pudieras aguantar hasta llegar allí, tendríamos una oportunidad.

Bond le pasó el brazo por la cintura y aguantó el peso. No se atrevía a mirarle los pies. Sabía que estarían mal y no era conveniente que sintieran lástima el uno de la otra. No había tiempo para ello si querían permanecer con vida.

Comenzaron a moverse otra vez, el rostro de Bond contraído por el esfuerzo adicional. Los pies de la joven dejaban pisadas sangrientas en el suelo, y casi al momento ella le susurró con apremio que había una puerta de madera en la pared del

túnel; estaba entreabierta y no se oía ruido alguno al otro lado.

Bond sacó el arma y empujó con cuidado la puerta abierta. El garaje estaba vacío. Bajo las luces de neón, el dragón negro y dorado sobre ruedas parecía una carroza de carnaval esperando la hora del desfile. Se hallaba frente a las puertas corredizas y la escotilla de la cabina blindada estaba abierta. Bond rezó para que el depósito estuviera lleno y por que el mecánico hubiese cumplido las órdenes de reparar los daños.

De repente, en alguna parte fuera del garaje, se oyeron varias voces, cada vez más cerca, que hablaban atropelladamente.

Bond cogió a la muchacha por la mano y corrió. Sólo había un sitio donde esconderse, en el vehículo anfibia. La chica trepó dentro. Bond la siguió, cerrando la puerta con suavidad tras él. Se agazaparon a la espera. Bond pensó; sólo le quedaban tres cartuchos en la pistola. Demasiado tarde se acordó de la armería apoyada contra la pared del garaje. Ahora las voces estaban más cerca. Se oyó el ruido metálico de la puerta al deslizarse sobre las ruedecillas y una algarabía de voces.

—¿Cómo sabe' que estaban disparando?

—No púo ser otra cosa. Lo sabría.

—E' mejó que cojamo' lo' rifle'. ¡Toma, Joe! ¡Coge éste, Lemmy! Y una' cuanta' granada'. La caja está debajo de la mesa.

Se oyó el ruido metálico de los cerrojos al correrse y el chasquido de los seguros.

—Alguien s'ha debió volvé loco. Podría habé sío el inglés'. ¿Habéi' visto alguna ves el gran calamar de la cala? ¡Dios! ¿Y el resto de lo' truco' que el Doctor puso en la tubería? Y esa chica blanca. No debe está en mu buena forma esta mañana. ¿Alguno de vosotro' ha ido a echarle un vistaso?

—No, señor.

—No.

—No.

—Ja, ja. Os he cogió po sorpresa, amigo'. Hay un bonito culo ahí fuera en el camino de lo' cangrejo'.

Más ruido de pies, y luego:

—¡Bueno, vamo'! En columna de a do' hasta que lleguemo' al túnel prinsipal. Dispara a la' pierna'. Quienquiera que esté causando problema', seguro qu'el Doctor querrá mostrarle su ingenio.

—Ji, ji, ji.

Se oyó el eco de los pies sobre el cemento. Bond aguantó la respiración mientras salían. ¿Se darían cuenta de que la puerta del vehículo estaba cerrada?

No obstante, descendieron al garaje, se metieron en el túnel y el ruido se fue perdiendo en la lejanía.

Bond tocó el brazo de la muchacha y se llevó un dedo a los labios. En silencio

abrió la puerta y volvió a escuchar. Nada. Saltó al suelo, dio la vuelta al vehículo y se fue a la entrada medio abierta. Con cuidado asomó la cabeza. No había nadie a la vista. Llegaba el olor de comida frita y a Bond se le hizo la boca agua. Se oía el estrépito de platos y cacerolas en el edificio más cercano, a unos veinte metros, y de una de las cabañas salía el rasgueo de una guitarra y la voz de un hombre cantando un calipso. Los perros comenzaron a ladrar con poco convencimiento y callaron. Eran los Doberman Pinschers.

Bond dio media vuelta y corrió al final de garaje. Ningún sonido salía del túnel.

En silencio Bond cerró la puerta del túnel con llave y corrió los cerrojos. Fue a la armería pegada a la pared y escogió otro Smith & Wesson y una carabina Remington. Se cercioró de que estuvieran cargadas, fue hasta la puerta del vehículo anfibia y se las pasó a la joven. Ahora la puerta de entrada. Bond empujó con el hombro y se abrió de par en par, suavemente, sin resistencia. El hierro ondulado chirrió con un sonido hueco. Bond volvió corriendo al vehículo, trepó por la escotilla abierta y se acomodó en el asiento del conductor.

—Ciérrala, Honey —le susurró con apremio mientras se inclinaba y encendía la llave de contacto.

La flecha del contador subió bruscamente hasta el nivel máximo. «Quiera Dios que este maldito bicho se encienda rápido.» Algunos diésel eran lentos. Bond pisó a fondo el pedal del motor de arranque. El traqueteo carrasposo era ensordecedor. ¡Debía de oírse en todo el recinto!

Bond paró y volvió a intentarlo. El motor runroneó y calló. Una vez más. Esta vez el motor se encendió y su potente pulso metálico martilleó mientras Bond aceleraba. «Ahora, mete suavemente la marcha. ¿Cuál? Prueba ésta. Sí, sí entra. ¡Quita el freno, maldito imbécil! Dios, por poco se cala.» Sin embargo, ya habían salido y estaban en camino. Bond pisó el acelerador a fondo.

—¿Nos persigue alguien? —Bond tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido del motor diésel.

—No. ¡Espera! ¡Sí, un hombre sale de las cabañas! ¡Y otro! Nos hacen señas y gritan. Ahora salen otros. Uno de ellos corre hacia la derecha. Otro ha vuelto a entrar en la cabaña. Sale con un rifle. Se ha echado al suelo y está disparando.

—¡Cierra la mirilla! ¡Échate al suelo!

Bond miró el cuentakilómetros. Veinte millas por hora yendo cuesta abajo. No se podía sacar más del vehículo. Bond se concentró en mantener las enormes ruedas en la pista. La cabina botaba y se balanceaba sobre los amortiguadores. No era nada fácil mantener manos y pies sobre los mandos. Un puño de hierro repiqueteó contra la cabina. Y otro. ¿Cuál era el alcance? ¿Cuatrocientos metros? ¡Buen disparo! Pero eso sería todo. Bond gritó:

—¡Echa un vistazo, Honey! Abre un resquicio en la mirilla.



—El hombre se ha levantado. Ha dejado de disparar. Todos nos persiguen, toda una multitud. Espera, hay algo más. ¡Vienen los perros! Nadie los acompaña y corren detrás de nosotros. ¿Nos alcanzarán?

—No importa si lo hacen. Ven y siéntate a mi lado, Honey. Sujétate y ten cuidado de no darte con la cabeza en el techo —Bond redujo la marcha. Ella estaba junto a él. Le dedicó una sonrisa—. Diablos, Honey. Lo hemos conseguido. Cuando lleguemos al lago, pararé y mataré a los perros. Si conozco bien a esas fieras, sólo tengo que matar a una y toda la jauría se detendrá a comérsela.

Bond notó su mano en el cuello. Ella la mantuvo allí mientras el vehículo se balanceaba bajando como un rayo por la pista. Al llegar al lago, Bond se adentró cincuenta metros en el agua, dio la vuelta al vehículo y lo dejó en punto muerto.

Por la mirilla oblonga vio que la jauría desfilaba por la última curva. Se agachó a coger el rifle y lo introdujo por la rendija. Ahora los perros estaban en el agua y nadaban. Bond mantuvo el dedo en el gatillo y disparó una andanada de balas en medio de ellos. Uno se retorció pataleando. Luego otro y otro más. Oía sus aullidos y gruñidos por encima del traqueteo del motor. Había sangre en el agua.

Empezó una pelea. Vio que un perro saltaba sobre uno de los heridos y le clavaba los dientes en el pescuezo. Ahora todos parecían haber enloquecido. Daban vueltas unos en torno a los otros en el agua sangrienta y espumosa. Bond vació el cargador y dejó el arma en el suelo.

—Ya está, Honey —dijo. Metió una marcha, dio la vuelta al vehículo y comenzó a rodar a buena velocidad por el lago en dirección a la distante abertura que en el manglar formaba la boca del río.

Durante cinco minutos avanzaron en silencio. Entonces Bond puso una mano en la rodilla de la muchacha y le dijo:

—Deberíamos estar a salvo, Honey. Cuando descubran que su jefe ha muerto cundirá el pánico. Supongo que los más listos tratarán de huir a Cuba en el avión o en la lancha. Tendrán que preocuparse de su pellejo y no de nosotros. Da lo mismo; no cogeremos la canoa hasta que oscurezca. Supongo que ahora serán en torno a las diez. Llegaremos a la costa dentro de una hora. Entonces descansaremos y trataremos de prepararnos para el viaje. El tiempo parece estable y habrá un poco más de luna esta noche. ¿Crees que podrás hacerlo?

La mano de ella le apretó el cuello.

—Claro que puedo, James. Pero, ¿y tú? ¡Tu pobre cuerpo! No es más que quemaduras y moretones. ¿Y qué son esas marcas rojas del estómago?

—Te lo contaré luego. Se me pasará. Pero dime lo que te pasó anoche. ¿Cómo diablos conseguiste escapar de los cangrejos? ¿Qué falló en el plan de ese malnacido? Durante toda la noche sólo pude pensar que estabas allá fuera y que te devoraban lentamente hasta matarte. ¡Dios, como para haberlo soñado! ¿Qué ocurrió?

La joven se estaba riendo. Bond la miró por el rabillo del ojo. El cabello dorado estaba despeinado y tenía los ojos azules pesados por la falta de sueño, pero de todas formas alguien podría pensar que acababa de regresar a casa de una barbacoa a medianoche.

—Ese hombre pensaba que lo sabía todo. ¡Estúpido viejo tonto! —Cualquiera creería que estaba hablando de un profesor estúpido—. Estaba mucho más impresionado que yo por los cangrejos negros. Para empezar, no me importa que ningún animal me toque y, de todas formas, esos cangrejos no piensan en morder a nadie si uno se queda completamente quieto y no se tiene ninguna herida abierta o algo parecido.

»El hecho es que no les gusta la carne. Se alimentan principalmente de plantas y cosas. Si estaba en lo cierto y mató a una chica negra de esta forma, fue porque tenía una herida abierta o porque murió de miedo. El debía querer cerciorarse de si lo aguantaría. Viejo asqueroso, sólo me desmayé durante la cena porque sabía que preparaba algo mucho peor para ti.

—Bueno, que me aspen. Ojalá hubiera sabido eso. Me imaginé que te estaban haciendo pedazos.

La muchacha resopló:

—Por supuesto, no fue muy divertido que me quitaran la ropa y me ataran con ganchos al suelo. Pero aquellos negros no se atrevieron a tocarme. Se limitaron a hacer unos cuantos chistes y se fueron. No era muy cómodo estar allí fuera sobre las rocas, pero pensaba en ti y en cómo llegar hasta el Doctor No y matarlo. Entonces oí a los cangrejos que comenzaban a correr, así se dice en Jamaica, y pronto llegaron correteando y entrechocando las pinzas, cientos de ellos. Me quedé quieta y pensé en ti. Pasaron a mi alrededor y por encima de mí como si hubiera sido una roca por lo que les concernía. Me hacían cosquillas. Me enfadé con uno que trataba de arrancarme un poco de pelo, pero no huelen ni nada y esperé a que amaneciera, que es cuando se meten en sus agujeros a dormir. Les cogí cariño porque me hacían compañía.

»Cada vez eran menos hasta que dejaron de llegar y pude moverme. Tiré de todos los ganchos uno a uno y luego me concentré en el de la mano derecha. Al fin conseguí sacarlo de la rendija en la roca y el resto fue fácil. Volví a los edificios y comencé a explorar. Entré en el taller de la maquinaria cerca del garaje y encontré este mono viejo y asqueroso. Entonces la cinta transportadora se puso en marcha no muy lejos y me di cuenta de que debía estar acarreado el guano a través de la montaña. Presentía que estabas muerto —el tono de su voz serena era desapasionado—, por lo que pensé en llegar como fuera hasta la cinta para atravesar la montaña y matar al Doctor No.

»Cogí un destornillador para ello —Se rió como una niña—. Cuando chocamos,

te lo hubiera clavado de no haber estado en el bolsillo y no poder cogerlo. Encontré la puerta en la parte trasera del taller de las máquinas, me metí por ella y luego por el túnel principal. Eso es todo —Le acarició la nuca—. Corrí mirando dónde pisaba y lo primero que supe fue que tu cabeza me golpeaba en el estómago —Se volvió a reír—. Cielo, espero no haberte hecho mucho daño cuando luchamos. Nanny me dijo que siempre pegara a los hombres ahí.

Bond se echó a reír.

—¿Así que te enseñó ella?

Alargó la mano, la cogió por el cabello y atrajo su cara hacia la suya. La boca de ella recorrió su mejilla hasta pegarse a la de él.

El vehículo dio un bandazo hacia un lado. El beso se interrumpió. Habían chocado contra las primeras raíces del manglar a la entrada del río.

## Capítulo 20

### Sumisión

—¿Está usted totalmente seguro?

Los ojos del gobernador en funciones lo miraban inquisitivos y agraviados.

¿Cómo podían haber ocurrido esas cosas delante de sus narices y en una de las posesiones de Jamaica? ¿Qué diría la Oficina Colonial de esto? Ya veía el sobre apaisado de color azul claro con la estampa: «Personal. Sólo para el destinatario», y uno de esos folios con márgenes tan amplios: «El secretario de Estado de las Colonias me ha ordenado que le manifieste mi sorpresa...».

—Sí, señor. Completamente seguro.

Bond no sentía lástima de aquel hombre. No le había gustado la recepción que le había dado durante su última visita a King's House ni los comentarios malintencionados sobre Strangways y la secretaria. Aquel recuerdo le gustaba aún menos ahora que sabía que su amigo y la muchacha estaban en el fondo de la presa Mona.

—Umm, bien. No hemos de dejar que nada de esto se filtre en la prensa. ¿Me ha entendido? Enviaré un informe al secretario de Estado en la próxima valija. Estoy seguro de que puedo confiar en su...

—Perdone, señor —El general de brigada al mando del Ejército de Defensa del Caribe era un joven soldado moderno de unos treinta y cinco años. Su expediente militar era lo suficientemente bueno como para no impresionarse por los vestigios de la era eduardiana de los Gobernadores Coloniales, a los cuales se refería en conjunto como «carcamales de sombrero empenachado»—. Creo que podemos asumir que es poco probable que el comandante Bond se ponga en contacto con alguien más que su Departamento. Y si me permite decirlo, señor, creo que deberíamos dar los pasos convenientes para limpiar Cayo Cangrejo sin esperar el permiso de Londres. Tengo un pelotón listo para embarcar esta tarde. El buque de guerra *Narvik* llegó ayer. Si el programa de recepciones y cócteles de bienvenida pudiera retrasarse cuarenta y ocho horas más o menos... —El general de brigada dejó el resto de la sarcástica sugerencia en el aire.

Se prolongó el silencio en el fresco salón oscuro donde se celebraba la reunión. Del techo caían inesperadas motas de colores de luz solar sobre la enorme mesa de conferencias de caoba. Bond conjeturó que la luz entraba a través de los ojos de la celosía de una fuente o un estanque situados en el jardín al otro lado de los ventanales. Más allá se oía el sonido de unas pelotas de tenis al ser golpeadas. En la distancia, una voz juvenil femenina dijo:

—Bravo. Tú sirves, Gladys.

¿Las hijas del gobernador? ¿Las secretarias? Desde el otro extremo de la sala del

rey Jorge VI, la reina miraba la mesa con cortesía y buen humor.

—¿Qué opina usted, secretario colonial? —La voz del gobernador era apremiante.

Bond escuchó las primeras palabras. Coligió que Pleydell-Smith estaba de acuerdo con los otros dos, y dejó de atender. Su mente se alejó de aquel mundo de pistas de tenis y estanques de lilas, y reyes y reinas. Pensó en Londres, en la gente que se fotografiaba con palomas sobre la cabeza en Trafalgar Square; en las forsitias que pronto resplandecerían en las glorietas de circunvalación; en May, la preciada ama de llaves de su piso de King's Road, levantándose para preparar una taza de té (aquí eran las once en punto, pero en Londres serían las cuatro); en los primeros trenes del metro que comenzarían a circular, haciendo temblar el suelo de su dormitorio fresco y oscuro.

Pensó en el clima sereno de Inglaterra: «Los aires benéficos, las olas de calor, los períodos de frío. El único país en el que se puede salir a pasear todos los días del año» —¿no era una cita de las cartas de Chesterfield?—. Bond pensó en Cayo Cangrejo, en el ventarrón caliente que comenzaría a soplar, en el hedor de los miasmas de los manglares, en el coral grisáceo, muerto y afilado en cuyos agujeros los cangrejos negros estarían ahora agazapados, con los ojos rojinegros moviéndose con rapidez cuando una sombra —de una nube o de un pájaro— cubriera su minúsculo horizonte. En la colonia de aves; los pájaros de color pardusco, blanco y rosado, andarían con paso inaituoso por las aguas someras, o estarían anidando o peleándose; mientras, en lo alto de la guanera, los cormoranes volarían de vuelta del desayuno para depositar su miligramo de renta para un propietario que ya no viviría para recogerlo. ¿Y dónde estaría el propietario?

Los hombres del vapor *Blanche* lo habrían exhumado. Se le habría practicado al cuerpo una exploración por si mostraba signos de vida y lo depositarían en algún sitio. ¿Lo lavarían y vestirían con un quimono mientras el capitán llamaba por radio a Antwerp para recibir instrucciones? ¿Y adonde había ido el alma del Doctor No? ¿Era un alma malvada o sólo un alma enajenada?

Bond pensó en el cuerpo retorcido y quemado en la ciénaga del que en vida fue Quarrel. Recordó la delicadeza con que actuaba aquel cuerpo grandote, la inocencia de sus ojos grises ávidos de horizontes, su codicia y sus deseos sencillos, la reverencia por las supersticiones y los instintos, sus errores infantiles, la lealtad e incluso el afecto que Quarrel le había mostrado, el calor, sólo había una palabra para definirlo, de aquel hombre. A buen seguro que no había ido al mismo sitio que el Doctor No. Fuera lo que fuera lo que le ocurriese a la gente muerta, seguro que había un sitio para el calor y otro para el frío. ¿Y a cuál iría Bond cuando le llegara la hora?

El secretario colonial estaba mencionando el nombre de Bond. Este se sobrepuso.

—... Que sobreviviese es extraordinario. Yo creo, señor, que deberíamos

mostrarle nuestra gratitud al comandante Bond y al Servicio Secreto aceptando sus recomendaciones. Parece ser, señor, que ya ha hecho tres cuartas partes del trabajo. Ciertamente, lo menos que podemos hacer es ocuparnos de la última parte.

El gobernador gruñó. Miró de reojo a Bond más allá de la mesa. Aquel tipo no parecía estar prestando mucha atención, pero uno nunca podía estar seguro con esos tipos del Servicio Secreto. Tipos peligrosos para tenerlos rondando, olisqueando, curioseando. Y su maldito jefe llevaba un montón de armas por Whitehall. No había que ponerse a malas con él. Por supuesto, alguna excusa habría que dar para enviar allí el *Narvik*. Las noticias se filtrarían, de eso no cabía la menor duda. Pero, de pronto, el gobernador vio los titulares:

«EL GOBERNADOR ACTÚA CON RAPIDEZ ... EL HOMBRE FUERTE DE LA ISLA INTERVIENE ... LA ARMADA ESTUVO ALLÍ».

Tal vez, después de todo, fuera mejor hacerlo de esta forma. Incluso podía ir abajo a ver las tropas en persona. Sí, eso era, por Júpiter. Cargill, del *Gleaner*, iba a venir a almorzar. Le soltaría una indirecta o dos a aquel tipo y se aseguraría de que la historia tuviera la cobertura adecuada. Sí, eso era. Esa era la forma de jugar aquella mano.

El gobernador levantó las manos y las dejó caer sobre la mesa en un gesto de sumisión. Dedicó una sonrisa irónica de rendición a los miembros de la conferencia.

—Ustedes ganan, caballeros. Bien, entonces —La voz era paternal, como advirtiendo a los niños que sólo por esa vez...—. Acepto su veredicto. Secretario colonial, haría el favor de ir a ver al oficial al mando del barco de Su Majestad y explicarle la situación. Totalmente confidencial, por supuesto. General, dejo los preparativos militares en sus manos. Superintendente, usted ya sabrá lo que ha de hacer —El gobernador se levantó. Hizo una inclinación pomposa en dirección a Bond—. Sólo me queda mostrarle mi aprecio al comandante... eee... Bond, por su intervención en este asunto. Comandante, no dejaré de mencionar su ayuda al secretario de Estado.

Fuera, el sol brillaba implacable sobre la curva de grava. El interior del Hillman Minx era un baño turco. Las manos magulladas de Bond se contrajeron al coger el volante.

Pleydell-Smith se asomó a la ventanilla y dijo:

—¿Alguna vez ha oído la expresión jamaicana «rarse»?

—No.

—Es una expresión vulgar que significa... «a tomar por el saco». Si me permite decirlo, habría sido apropiado que hubiera utilizado la expresión justo ahora. Sin embargo —Pleydell-Smith movió la mano disculpando a su jefe y rechazándolo—, ¿hay algo que pueda hacer por usted? ¿De veras cree que debe volver a Beau Desert?

Fueron muy explícitos en el hospital sobre que se quedara una semana.

—Gracias —dijo Bond con parquedad—, pero tengo que volver y ver que la muchacha está bien. ¿Querrá decir en el hospital que volveré mañana? ¿Envió la transmisión a mi jefe?

—Tarifa urgente.

—Bien, entonces —Bond encendió el arranque automático—. Supongo que eso es todo. Hablará con el Instituto de Jamaica sobre la joven, ¿no es así? Ella sabe la Biblia en verso sobre la historia natural de la isla, aunque no por los libros.

»Si tuvieran el tipo de trabajo adecuado... Me gustaría verla ocupada. La llevaré a Nueva York para la operación y estará lista para empezar dentro de un par de semanas. A propósito —Bond parecía azorado—, la muchacha es realmente fenomenal. Cuando vuelva... si usted y su mujer... ya sabe, si hubiera alguien que le echara un ojo.

Pleydell-Smith sonrió. Pensó que se olía el percal y dijo:

—No se preocupe por eso, ya me cuidaré. Betty es de mucha ayuda en este tipo de cosas. Estará encantada de tener a la joven bajo su protección. ¿Nada más? Entonces, hasta dentro de unos días. Ese hospital es un infierno con este calor. Tal vez le apetezca pasar una noche o dos con nosotros antes de volver a ca..., bueno, a Nueva York. Nos encantaría tenerlos... a los dos.

—Gracias. Y gracias por todo lo demás.

Bond metió una marcha y descendió por la avenida de llamativos arbustos tropicales. Iba deprisa, haciendo saltar la grava en las curvas. Quería a toda costa alejarse de King's House, del tenis y de los reyes y reinas. Incluso quería poner tierra, de por medio entre él y el amable Pleydell-Smith. A Bond le caía bien aquel hombre, pero todo cuanto deseaba ahora era regresar por Junction Road a Beau Desert y apartarse del mundo civilizado. Giró rápidamente al pasar junto al centinela de la verja de entrada y cogió la carretera principal. Pisó el acelerador.

La travesía nocturna bajo las estrellas había transcurrido sin incidentes. Nadie los persiguió, y Honeychile estuvo al timón la mayor parte del tiempo. Bond no había discutido con ella al respecto. Se acomodó en el fondo del bote, totalmente derrengado, como muerto. Se despertó una o dos veces al escuchar el chapoteo del mar contra el casco y divisó el perfil sereno de ella bajo las estrellas. Luego, con el balanceo de las olas se volvió a dormir y sus sueños se poblaron de horribles pesadillas que trataban de alcanzarlo desde Cayo Cangrejo. No le importaba, no creía que jamás le volvieran a preocupar las pesadillas. Después de lo que hubo pasado la noche anterior, tendría que ser algo muy fuerte para volver a asustarlo.

El crujido de un cabrestante contra el casco lo había despertado. Estaban entrando en el puerto de Morgan a través del arrecife. La luna en cuarto creciente brillaba en lo alto y en el interior del arrecife el mar era un espejo de plata. La muchacha había

desplegado la vela. Se deslizaron por la bahía hasta la pequeña franja de arena, y la proa bajo la cabeza de Bond susurró con alivio al varar. Ella tuvo que ayudarlo a salir del bote y cruzar el césped de terciopelo hasta la casa.

Bond se colgó de ella y la reprendió suavemente cuando le cortó la ropa y lo metió en la ducha. La joven no comentó nada cuando vio su cuerpo magullado a la luz.

Abrió el grifo al máximo, cogió jabón y lo enjabonó como si hubiera sido un caballo. Luego lo sacó de la ducha y lo secó con suavidad con toallas que pronto quedaron manchadas de sangre. Él la había visto coger la botella de Milton. Gimió y se agarró al lavabo con antelación. Antes de empezar a aplicárselo, ella se volvió hacia él para besarle en los labios.

—Agárrate fuerte, cielo, y llora —le susurró—. Te va a doler.

Cuando le roció el cuerpo con aquel producto criminal, lágrimas de dolor le resbalaron por las mejillas sin que sintiera vergüenza.

Luego tomaron un desayuno estupendo mientras el alba llameaba en la bahía y tuvieron un viaje en coche espantoso hasta Kingston para terminar en la mesa blanca del quirófano de la sala de urgencias. La presencia de Pleydell-Smith había sido requerida. No se hicieron preguntas. Le pusieron una tintura yodada en las heridas y una pomada de ácido tánico en las quemaduras. El eficiente doctor negro escribió afanoso el informe de guardia. ¿Y qué había escrito?

Probablemente sólo «múltiples quemaduras y contusiones». Después, con la promesa de acudir a la sala al día siguiente, Bond fue con Pleydell-Smith a King's House a la primera de las reuniones, que habían terminado con la conferencia de etiqueta. Bond telegrafió un breve mensaje cifrado a M a través de la Oficina Colonial y al cual dio un final con bastante atrevimiento:

LAMENTO PEDIR DE NUEVO BAJA POR ENFERMEDAD -stop- SIGUE INFORME  
CIRUJANOS -stop- CORDIALMENTE LE INFORMO: SMITH AND WESSON DEL ARMERO  
INEFICAZ CONTRA LANZALLAMAS. FIN.

Mientras Bond tomaba a gran velocidad las interminables curvas con el coche en dirección a la Costa Norte, se arrepintió de aquel informe sarcástico. A M no le gustaría. Era barato. Había malgastado grupos de códigos. ¡Vale! Bond dio un volantazo para evitar un ruidoso autobús cuyo cartel de destino rezaba «Brownin Gal». Sólo quería que M supiera que ni por asomo había sido aquello unas vacaciones al sol. Se disculparía cuando enviara el informe por escrito.

El oscuro dormitorio de Bond estaba fresco. Había un plato con sandwiches y un termo lleno de café junto a la cama doblada hacia abajo. Sobre la almohada encontró una hoja de papel escrita con letras grandes de trazo infantil. Decía así: «*Te quedarás conmigo esta noche. No puedo dejar a mis animales. Estaban intranquilos. Y no puedo dejarte. Y me debes sumisión. Llegaré a las siete. Tuya, Honey*».



Al atardecer, ella llegó cruzando el césped hasta donde Bond estaba sentado dando cuenta de un tercer vaso de *bourbon on the rocks*. Llevaba una falda de algodón a rayas blancas y negras, y una blusa rosa ceñida. El cabello dorado olía a champú barato. Estaba increíblemente hermosa y fresca. La joven alargó la mano, Bond la cogió y la siguió por la carreterilla y por un estrecho sendero bien trillado a través de las cañas de azúcar, que daba varias vueltas en medio de aquella jungla susurrante y de olor dulzón. Luego apareció una parcela de césped bien cuidado junto a unas paredes de piedra resquebrajadas y unos escalones que descendían hasta una puerta pesada cuyos goznes brillaban a la luz.

Ella alzó la mirada hacia él desde la puerta.

—No te asustes. Las cañas están crecidas y la mayoría están fuera.

Bond no sabía qué esperar. Había pensado vagamente en un piso de tierra amazotada y en unas paredes húmedas. Siguió pensando que habrían unos cuantos muebles, un armazón de cama roto cubierto de harapos, y un penetrante olor a zoo. Se sintió preparado para tener cuidado de no herir sus sentimientos.

En vez de eso era casi como estar dentro de una cigarrera muy grande y ordenada. El suelo y el techo eran de madera de cedro muy pulida que desprendía olor a tabaco y las paredes estaban paneladas con cañas de bambú. La luz venía de una docena de velas que pendían de una araña de plata colgada en el centro del techo. En la parte superior de las paredes había tres ventanas cuadradas a través de las cuales Bond vio el cielo azul oscuro y las estrellas. El mobiliario se completaba con varias piezas del siglo XIX de buena factura. Bajo la araña estaba puesta una mesa para dos con cubertería de plata y vasos de cristal pasados de moda y de aspecto valioso.

—Honey, qué habitación tan agradable —dijo Bond—. Por lo que me estuviste diciendo, pensaba que vivías en una especie de zoo.

Ella se echó a reír complacida.

—Saqué la vieja cubertería y otras cosas. Es todo cuanto tengo. Tuve que pasarme el día limpiándolo, porque nunca lo había sacado hasta ahora. Tiene buen aspecto, ¿no? Por lo general, hay un montón de jaulas pequeñas contra la pared. Me gusta tenerlas conmigo, pues me hacen compañía. Pero ahora que estás aquí... —Hizo una pausa—. El dormitorio está allí —Señaló con un gesto la otra puerta—. Es muy pequeño, pero hay sitio suficiente para los dos. Vamos, me temo que será una comida fría con langostas y fruta.

Bond se acercó a ella. La estrechó entre sus brazos y la besó con fuerza en los labios. La sostuvo y contempló sus ojos azules brillantes.

—Honey, eres una chica maravillosa. Eres una de las muchachas más maravillosas que he conocido. Espero que el mundo no te cambie demasiado. ¿En serio quieres operarte? Me gusta tu cara tal como es. Forma parte de ti, parte de todo esto.

Ella frunció el ceño y se soltó.

—Esta noche no debes ser serio. No hablemos de estas cosas. No quiero que hables de ellas. Es nuestra noche; por favor, hablemos del amor. No quiero oír hablar de nada más. ¿Prometido? Ahora, vamos, siéntate ahí.

Bond se sentó. Le dedicó una sonrisa y dijo:

—Prometido.

—Aquí está la mayonesa —dijo ella—. No es de bote, la hice yo. Coge pan y mantequilla. —Se sentó enfrente de él y comenzó a comer observándolo. Cuando le pareció que estaba ahito, le dijo—: Ahora, háblame del amor, cuéntamelo todo, todo lo que sepas.

Bond contempló su rostro encendido y dorado. Tenía los ojos brillantes y dulces a la luz de las velas, aunque con el mismo destello imperioso del primer encuentro en la playa, cuando creyó que le quería robar las conchas. Los labios rojos estaban abiertos de emoción e impaciencia. Delante de él no mostraba inhibiciones. Eran dos animales enamorados. Era natural y no tenía vergüenza. Le podía preguntar cualquier cosa y esperaba que él le contestase. Era como si ya se hubieran ido a la cama, como si fueran amantes. A través de la tela de algodón ceñida, los puntos de sus pechos se mostraban duros y excitados.

—¿Eres virgen? —dijo Bond.

—No del todo, ya te dije lo de aquel hombre.

—Bueno... —Bond se vio incapaz de comer nada más. Tenía la boca seca de pensar en ella y le dijo—: Honey, no puedo comer ni hablar de amor contigo. No puedo hacer ninguna de estas cosas.

—Mañana volverás a Kingston. Allí podrás comer cuanto quieras. Háblame del amor.

Los ojos de Bond eran dos resquicios azules llenos de fiereza. Se levantó y se arrodilló junto a ella. Le cogió la mano y se la miró. En la base del pulgar, el monte de Venus sobresalía lujurioso. Bond inclinó la cabeza sobre aquella mano cálida y blanda y mordió con suavidad el monte. Sintió la otra mano de ella sobre su cabello. Mordió con más fuerza. La mano que sostenía se curvó en torno a la boca.

Ella jadeaba. Mordió un poco más fuerte. Ella soltó un gritito y retiró su cabeza de un tirón cogiéndole por el cabello.

—¿Qué haces? —Sus ojos se habían dilatado y oscurecido. Estaba pálida; dejó caer los ojos, le miró la boca y acercó lentamente su cabeza a la de él.

Bond puso una mano sobre su pecho izquierdo y apretó con fuerza. Cogió la mano cautiva y herida y la puso en su cuello. Las bocas se encontraron y se unieron explorando.

Por encima de ellos las velas comenzaron a danzar. Una gran mariposa esfinge había entrado por una de las ventanas. Revoloteó en torno a la araña de cristal. La

joven abrió los ojos y miró a la mariposa. Apartó su boca de la de Bond. Le alisó el pelo hacia atrás y se levantó; sin decir nada bajó las velas una a una y las apagó. La mariposa salió revoloteando por una de las ventanas.

La muchacha se quedó de pie lejos de la mesa. Se desabotonó la blusa y la tiró al suelo. A continuación, la falda. Bajo el resplandor de la luna, ella era una estatua pálida con una sombra en el centro. Se acercó a Bond, lo cogió de la mano y lo hizo levantarse. Le desabotonó la camisa y con cuidado, lentamente, se la quitó. Su cuerpo, pegado al de él, olía a heno recién segado y a pimienta fresca. Se lo llevó lejos de la mesa y lo hizo pasar por una puerta. La luz de la luna se filtraba sobre una cama individual. Sobre la cama había un saco de dormir con la boca abierta.

La joven soltó su mano, se metió en el saco de dormir y lo miró, diciendo en tono práctico:

—Lo compré hoy, es doble. Vale un montón de dinero. Quítate el pantalón y ven. Me lo prometiste. Me debes sumisión.

—Pero...

—Haz lo que te he dicho.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

# Notas

[1] El barco «Alegría». (*N. del t.*) <<

[2] «Hombre pulpo.» (*N. del t.*) <<

[3] «Llévatela a Jamaica de donde procede el ron.» (*N. del t.*) <<



[4] «No me toques, tomate.» (*N. del t.*) <<

[5] Plato típico jamaicano. (*N. del t.*) <<

[6] También conocida como *Mary Ann* o *Marianne*. Canción tradicional Jamaicana.  
(N. del e.) <<

[7] Pequeño tren portátil inventado a fines del siglo XIX por el industrial francés Paul Decauville. (*N. del t.*) <<

[8] También conocido como *la tortuga*, es un método de tortura: Se tumba al interrogado en el suelo, poniéndole un tablón rectangular encima, sobre el que se coloca peso gradualmente, produciendo aplastamiento paulatino hasta que la persona muere o "confiesa". El tormento se puede prolongar bastante tiempo según el peso que se añade. (N. del e.) <<